

OCULTO ENTRE LAS MORAS



Cristina Rodríguez Trueba

OCULTO ENTRE LAS MORAS

Cristina Rodríguez Trueba

CAPÍTULO 1

—¿Cómo se siente, Beatriz?

—Mejor —le respondo a la forma con voz de mujer que está a mi lado y que imagino esté revisando la máquina a la que me han conectado y que le cuenta cuántas horas de vida me quedan.

El borrón se marcha silenciosamente en el momento en que mis pupilas recuperaban su funcionalidad. Solo alcanzo a distinguir un culo de generosas proporciones balanceándose debajo de la bata verde antes de quedarme de nuevo sola.

Podría volver a fijar mi mirada en la potente luz del techo hasta comenzar a ver destellos de colores. Hacerlo una vez ha tenido su gracia; dos ha sido comprensible; la tercera me pareció que no tenía sentido, e intentarlo una cuarta sería una tontería.

Sin reloj, sin móvil, sin una *tablet* con la que poder conectarme a internet o revisar las noticias del día, los minutos no tienen prisa. He meditado mucho desde que estoy prisionera en esta cama de hospital sobre el tiempo y sus diferentes variedades de minutos: rápidos como flechas y lentos como caracoles

A los primeros hace tiempo que les tengo fichados. Les encanta aparecer cuando tienes los segundos justos para cruzar la calle, entrar al portal, tomar el ascensor hasta la planta catorce, atravesar el vestíbulo, recorrer los setenta y dos pasos de pasillo y acceder al despacho donde el cliente espera sentado con cinco millones de libras dispuestas a poner en manos de quien le garantice una ganancia del ocho por ciento en dos meses.

He completado ese trayecto tantas veces que tengo cronometrados hasta las decimas que necesito en cada etapa y, si no hay nadie esperándome, me sobran ocho segundos caminando a mi ritmo normal. ¿Pero qué ocurre si un cliente, con quien no tenía cita hasta dentro de dos horas, llama para adelantarla cuando estoy haciendo cola en el puesto de perritos calientes de la esquina?

Las estrellas se alinean poniéndome todos los obstáculos posibles para que la meta parezca inalcanzable. Al del puesto se le termina la mostaza y tiene que buscar el cuchillo, rasgar la caja y sacar un nuevo tarro. La puerta de entrada al edificio queda bloqueada por un enorme e inexplicable grupo de ejecutivos que decide salir al mismo tiempo. Tengo que rezar para que alguno de los ascensores descienda desde las últimas plantas; contener un suspiro de impaciencia cuando, ya dentro y a punto de cerrarse las puertas de la cabina, un maletín colocado delante del sensor las obliga a retroceder para dejar paso a alguien con la misma prisa que yo; esperar nuevamente a que todos salgan del ascensor porque me he quedado al fondo y esquivar a quienes parecen haber escogido el pasillo para darse un errático paseo matinal; llegar, por fin, jadeando, con quince segundos de retraso y el comienzo de un molesto dolor de cabeza que procuro ignorar para que se marche por incomprendido resulta bastante habitual.

Como buena científica aficionada he probado a realizar el trayecto interpretando los mismos obstáculos y sin tener a nadie esperándome en el despacho. He contado hasta cinco antes de atravesar las puertas giratorias, he dejado marchar el ascensor ante la cara escéptica de mis compañeros y he esperado otros cinco segundos antes de pulsar el botón de llamada para que acudiera el que estaba en la planta dieciséis. Me he quedado delante del sensor para retrasar el cierre de las puertas, he cruzado en zigzag el pasillo y he fingido que me picaba un pie para llegar a mi despacho. ¡Me han sobrado diecisiete segundos!

Hay minutos cabrones a los que gusta aparecer para jorobar un poquito al prójimo. Les encantan los clientes indecisos, esos que buscan consejo, pero todavía no tienen claro qué quieren hacer con su dinero. Son personas que ya se han prometido a sí mismos, antes de pedir cita, que no van a decidir en esa primera reunión si dejan su dinero en mis manos. Solo quieren escuchar para volver a sus casas y seguir meditando hasta la hora de la cena.

Aunque parezca un caso perdido, siempre hay que esforzarse por captar a ese cliente. Hay un pequeñísimo tanto por ciento que ha dejado una rendija por la que colarse y solamente se hará visible si se busca concienzudamente. Hay que estar atenta y permitir que los lentos minutos desfilen por el despacho

mientras el acaudalado heredero de una fortuna valorada en cuatrocientos ochenta y dos millones de libras se deja querer.

Con mis éxitos profesionales como garantía le pido que confíe en mí y deje en mis manos esos cien millones que su abuela invirtió en fondos y que están reportándole un cuatro con cinco de interés, cuando el beneficio mínimo que podría obtener si me concediese tres meses no sería menor del once por ciento, en el peor de los casos.

Aquí y ahora daría mi reino si lo tuviera por sentir los minutos velocistas o los que son corredores de media distancia, incluso estaría dispuesta a aceptar los maratonianos.

Puedo recordar perfectamente caras y voces de clientes que me confiaron su dinero hace cinco meses o recitar de memoria las cotizaciones en bolsa que las acciones de la empresa que me elevó a la gloria tuvo la primera semana de enero. Sería capaz de escribir los beneficios, incluyendo decimales, de cada venta una vez deducida mi comisión, pero no puedo acordarme de qué día de la semana es, ni de cuánto tiempo llevo tumbada en esta incómoda cama. Por no saber, ni siquiera soy capaz de comprender por qué razón me he puesto a pensar en el tiempo y en cómo se muestra cuando estoy trabajando.

Que no tenga nociones sobre la hora ni sobre cómo he llegado hasta el hospital no es extraño, hay muchas circunstancias que lo justificarían como una pérdida temporal de la memoria. Lo que sí es raro es que no esté preocupada ante esta falta de curiosidad por lo que me está sucediendo. No siento mi cuerpo, ¿me habrán atropellado? Trato de mover mis manos para posarlas sobre mis piernas. No puedo y tampoco me importa demasiado. ¿Tengo piernas? Buena pregunta para la que tampoco tengo respuesta. Voy a cerrar los ojos unos minutos antes de intentarlo de nuevo.

—Beatriz, ¿puedes oírme?

Puedo, pero estoy tan bien... La arena es fina y clara. Me arrodillo y escribo mi nombre. La ola aparece de la nada mojando mis pies.

—¡Beatriz! Trata de abrir los ojos, el médico tiene que hacerte varias preguntas.

¡Ya te he oído! No soy sorda, algo que me congratula comprobar. Regreso a mi playa. Una mano cálida agarra la mía. Mi piel es clara, la de mi amiga tiene

el tono del café con leche. Entramos al agua chillando, está fría y nuestros cuerpos están muy calientes después de jugar debajo del sol mientras esperábamos a que se consumiese el tiempo de la digestión.

—¡Beatriz! Sé que me estás escuchando. Sé buena y abre esos ojos tan bonitos que tienes unos minutos.

—Sí.

La voz del hombre que me está tocando (¡tengo brazos!) es suave y azucarada; la mía, vinagre del malo.

—Beatriz —¡qué bonito suena mi nombre!—, ¿quieres mojarte la boca? Seguro que te sentirías mucho mejor.

¿Y qué hago, me la quito y la meto dentro del vaso como si fuera un bizcocho?

—¡Mira cómo se ríe! ¡Niña, ya me contarás qué te hace tanta gracia!

¿Me estoy riendo? Con un esfuerzo que clasifico como un quince en la escala del uno al diez levanto el párpado izquierdo. El derecho se niega y le comprendo, es agotador. ¡Las lucecitas del techo! Esta vez las he mirado sin querer, es lo primero que ha llegado a mi retina. Solo puedo distinguir a dos figuras a mi derecha, que me obligan a girar la cabeza hacia ese lado.

—¡Por fin, chiquilla! Ya me estabas empezando a asustar.

La luz natural que entra por la ventana enmarca a los dos cuerpos como si fueran una aparición extraterrestre. ¡Encuentros en la tercera fase! ¡Mi casa! ¡Teléfono!

—¡Menudo cachondeo lleva la madrileña! En cuanto te recuperes nos tenemos que ir de juerga los dos.

—Sí —contesto por decir algo. Floto, soy una pluma, ruedo sobre la arena arrastrada por el viento.

—¡Beatriz, Beatriz!

Me muero y estoy demasiado enferma para lamentarme por mi pérdida. ¿Cuánta gente llorará en mi funeral? No le he dicho a nadie si quiero un ataúd o prefiero que me carbonicen. ¿Acompañará a mi padre su novia o pondrá como excusa que está en el quinto mes de gestación? Le dolerá a su manera. Mi padre siente un amor descafeinado hacia mí, y yo, que puedo contar con los dedos de una mano cuántas veces nos hemos visto en los últimos ocho años, le

correspondo con un cariño desnatado.

Mi madre seguramente no llegará a tiempo. Podría estar en Hawái aprendiendo a hacer *surf*, en Costa Rica tomando un cóctel en un *resort*, en medio de la jungla o en un balneario de Suiza haciéndose un tratamiento antiarrugas.

Me gustaría saber qué me está matando. ¿Una dolencia en la lengua puede acabar con un cuerpo joven en pocos días? Mi apéndice se ha convertido en una masa reseca que se pega a mi paladar. El dolor de espalda es muy fuerte. ¿Un accidente?, ¿me habré caído a las vías del metro?

No he plantado un árbol, ni he tenido un hijo, tampoco he montado en globo. Una vida malgastada en actos que nadie recordará. El pedacito de cielo oscuro que se puede ver por la ventana de mi cuarto no me aclara si está amaneciendo o anocheciendo.

A un moribundo siempre se le concede un último deseo y el mío es tomar agua. No quiero “mojar la boca”, beber es lo que anhele, y si para lograrlo tengo que levantarme de la cama, lo intentaré.

—¡Pero qué haces, niña!

“Acelerar mi muerte” sería un buen resumen de lo que acabo de intentar. Quería agua y he ido a buscarla. En el suelo, que es donde acabo de aterrizar, no la hay. Tampoco hay cojines mullidos para amortiguar la caída. Por no haber no hay ni una mota de polvo.

—Agua. —No me pienso morir sin tomar mi vaso de agua.

—Me marchó cinco minutos y te arrojas de la cama. ¡Para haberte *matao*! ¿Quieres que me dé un infarto? Con lo que yo me preocupo por ti...

Un brazo se desliza por debajo de mi espalda y otro me agarra las piernas para levantarme sin aparente esfuerzo. Mi salvador es moreno y velludo. Los pelos que asoman por el triángulo de su camisa verde me hacen cosquillas en la barbilla. No me muevo, el contacto de su piel con la mía es reconfortante. Miro mi pecho: una fina tela blanca tapa mis pechos y mi estómago. No hay tela entre mi espalda y su brazo así que debo tener el culo al aire, pero ¿a quién le importa enseñar las posaderas estando a las puertas de la muerte?

Me deja con delicadeza sobre la cama y retira un mechón que se había enredado en su barba y ahora oculta mis ojos. Me tapa, se sienta en un lado de

la cama y me sonrío. Mientras, busca mi mano derecha y la rodea con las tuyas.

—Te voy a dar agua si me prometes que vas a tomarla a pequeños sorbitos.

—Prometo. —En estos momentos podría pactar con el diablo por un botellín.

—Muy bien.

Mi salvador rebusca en la mesilla. Una botellita y un vaso de plástico blanco aparecen como dos tesoros. Aprovecho que no me está mirando para observarle. Ya ha quedado claro que no puedo moverme y, si me voy a morir, al menos quiero hacerlo sabiendo cómo es la persona que me está acompañando en mis últimos momentos.

Tiene largas pestañas y un pendiente en la oreja. Su negro pelo ondulado y sus labios rojos serían perfectos para ser protagonista de una película de dioses griegos.

El sonido del agua llenando el vaso es música celestial. Salivaría como el perrito del experimento si me quedase algo de humedad en la boca. ¡Cómo me gustaría poder mover los brazos! Saldrían ahora mismo disparados para arrancarle de las manos el último deseo de una moribunda.

—Recuerda que debes tomar solo un sorbito. Hace días que no tragas y podrías atragantarte.

—Sí. —Espero que tomar agua me permita ampliar mi vocabulario.

Posa el vaso en la mesilla, pasa de nuevo eficientemente su brazo por mi cuerpo para elevarme y, sosteniéndome a pulso, me acerca el recipiente. Solo tengo que abrir la boca y sentir. Nunca había apreciado un placer igual. En realidad no recuerdo muchos momentos placenteros en mi corta existencia y este es sin duda el mejor.

—¿Bien?

Ha vuelto a colocar el vaso en posición vertical. He tratado de ocultar el amago de tos y, como mi cuerpo no ha encontrado alivio, se libera de la tensión poniendo dos lágrimas al borde de mis párpados.

—Un poco más. —Todavía hay más gallos que tonos afinados en mis cuerdas vocales.

—Si me miras así, ¡cómo voy a negarme! Las mujeres de ojos grandes no

sois conscientes del poder que tenéis.

¿Poder? Será el del pestañeo. Ni siquiera he sido capaz de aliviar el impacto contra el suelo poniendo las manos, así que dudo mucho que mis ojos puedan hacer algo más profundo que enfocar. Apuro el vasito y muevo la lengua para que recupere su textura original.

—¿Quieres que te tumbe de nuevo o prefieres que te deje un rato así?

—Así, por favor.

—¡Lo que hace medio vaso de agua! ¡Tres palabras seguidas! Un par de vasitos más y te pondrás a bailar.

¡Si fuera tan fácil la vida no estaría escapándoseme en cada respiración! Debo estar empeorando rápidamente, porque ahora me duele hasta el dedo gordo del pie izquierdo. Me parece normal que este muchacho quiera animarme. Dudo que ningún facultativo le suelte a su paciente: “Bueno, le quedan tres respiraciones antes de irse al otro barrio, por lo que me despido. Ha sido un placer, bla, bla, bla, bla...”.

Que piense que en mi situación puede resultar alentador decirme que voy a ponerme a bailar me parece infravalorar la mente humana, concretamente la mía. Tengo el cuerpo como para ir a bailar. Aquí no hay mucho que hacer, solo esperar a que me vuelva a dormir y ya no despierte.

—No me asustes, que busco al doctor. ¿Estás bien?

¿No es médico?, ¿quizá un enfermero? Su voz me ha hablado anteriormente, ha visitado en otras ocasiones mi habitación. Debería estar angustiada, mi muerte es inminente y sin embargo siento bienestar. ¿Es esto lo que se experimenta cuando nos acercamos al fin?

—Estoy bien.

—Estupendo. ¿Quieres que llame a alguien? Tu familia estará muy preocupada. Intenté sacar contactos de tu teléfono móvil para llamar diciendo dónde estabas —se disculpa visualmente y le comprendo—, pero lo tienes bloqueado. Tus compañeros de trabajo no te han escuchado hablar nunca de tus padres y la chica que mantiene tu casa limpia tampoco.

—¿Han venido a verme? —Me emociono, le importo a alguien.

—Claro, y me han dejado sus números de teléfono para que les avisase cuando despertases. Habrá que llamarles. —Me señala con sus manos para

recordarme que estoy despierta.

—Todavía no.

—Entendido, lo haremos cuando estés preparada.

—¿Para despedirme de ellos? —Entonces prefiero no verles. ¿Qué les diría?: “Ha sido un placer teneros cerca, nos veremos en la otra vida”. No creo que haya nada. Mi corazón se parará, mi cerebro dejará de transmitir y ese será el punto final de mi historia.

—¡No, mujer! Se alegrarán al saber que estás recuperándote.

—¿No me estoy muriendo? —Este chico parece hablar en serio. Quizá debiera haber empezado por esta pregunta.

—¡Nooooo! —Se calla unos segundos. ¡Ya sabía yo que no podía tener suerte en todos los aspectos de la vida! Me la dieron para las finanzas, no se puede transferir—. A ver..., entraste bastante malita. El doctor te explicará qué tenías, pero te cogimos a tiempo y has mejorado mucho en estos cuatro días. Si no hay ningún cambio dentro de una semana nos habrás olvidado.

¡Me voy a poner bien! Será como este moreno tan simpático dice, pero yo también tenía razón: he estado muy malita y por eso me encuentro tan mal.

—¡Qué bien! —continúo tan pachucha que no alcanzo a formar frases más complejas.

—Todavía me queda media hora de trabajo. Mi pareja también es enfermera y tenemos el mismo turno. Si te apetece cuando terminemos podríamos pasar y hacerte compañía un ratito mientras cenas. El doctor ha anotado que puedes tomar una tortilla francesa y un yogur.

—Vale. —Me gustaría negarme, alimentarme delante de dos extraños va a resultar incómodo, pero él es la única persona que conozco en el hospital y no quiero que se rompa este frágil lazo que nos une.

—¿Te ayudo a tumbarte? Aunque no me cuentas qué te pasa, te lo noto en la cara: estás incómoda.

—Quizá pueda hacerlo sola. —Si voy a recuperarme deberé poner algo de mi parte.

—Entre los dos será más sencillo —me responde condescendiente—. Si los pacientes no necesitan nuestra ayuda, adiós trabajo.

—Claro —respondo mecánicamente. Estoy concentrada diciéndole a mi

culo que se mueva.

—Bueno, ya está. Ha sido fácil.

Lo ha hecho todo él. Mi cuerpo está rebelde y se niega a obedecer. Mañana le leeré la cartilla. Ahora me siento terriblemente cansada y no quiero luchar más contra mí misma.

—Gracias.

—De nada, mujer. Voy a visitar a otros pacientes, nos vemos dentro de un ratito. Si necesitas algo pulsa ese botón rojo y acudiré raudo y veloz.

—De acuerdo.

El enfermero se despide con una cálida sonrisa a la cual trato de responder con dudoso éxito. Ingresé en el hospital hace cuatro días. Trato de organizar mis recuerdos. La llamada de mi padre mientras cruzaba el puente del Milenio es la última impresión que me ofrece mi cerebro.

Todos los miércoles llama a la misma hora, debe anotárselo su secretaria: “Llamar a la hija a las ocho de la mañana, preguntar cómo se encuentra, comentar algo sobre lo hermoso que debe estar Hyde Park si es primavera o el frío que debe hacer en Londres si ha llegado el invierno, y despedirse hasta el miércoles siguiente”.

Han pasado cuatro días. ¿Desde qué momento? ¿Es sábado, domingo? Mi teléfono móvil guarda la respuesta dentro del armario que está inalcanzablemente lejos. Será lo primero que le pregunte a... Mejor será que mi primera pregunta sea cuál es su nombre y la segunda qué día de la semana es; la tercera en qué hospital estoy; la cuarta qué es lo que me ha sucedido; la quinta que me expliquen si tendrá una cura definitiva o si tendré que convivir con ello el resto de mi vida; la sexta preguntar cuántos días tendré que permanecer en el hospital... Tengo que recuperar el tiempo perdido, llamar a todos mis clientes para tranquilizarles, estudiar los mercados y reorganizar mi agenda.

Soy capaz de pensar con los ojos cerrados, me molesta la luz, estoy sola y puedo poner la cara que me venga en gana. Reviso que la sábana cubra mi pecho y dejo que mis párpados se relajen. Donde debería aparecer una página con todas mis citas para la próxima semana hay una playa. Estoy sentada sobre la arena seca. Hoy no hace sol y el mar parece querer desafiar a los pocos

turistas que caminan por la orilla. Encojo mis piernas y apoyo mi cara sobre las rodillas. El sonido de las olas me acuna y suavizo mi respiración. Le prometo a la playa que no la olvidaré y las promesas hay que cumplirlas.

—Buenos días.

—Buenos días. —¿Ha dicho días? ¿Y dónde está mi enfermero?

—Tienes mejor color. ¿Qué tal has dormido?

—Bien.

“¡He dormido de maravilla!”, matizo mentalmente. Parece que no esperé a mi enfermero; lo intenté, poquito para ser sincera.

—Voy a traerte el desayuno. —Esta enfermera también es española. Si el acento del chico desvelaba su origen andaluz el de ella me dice que es gallega.

—Tengo hambre —declaro espontáneamente mientras me toma la tensión.

—Ese es el mejor síntoma. Ahora regreso.

—Muy bien.

Me siento genial. No para echar a correr, pero sí que me encuentro bastante mejor que ayer y comprobar cómo el movimiento de los dedos de mis pies genera arruguitas en la sábana me alegra aún más. Una vez realizada la comprobación de que mis nervios transmiten sus impulsos a mis piernas, paso a examinar mis manos.

Elevar los brazos es una dura tarea, solo tienen hueso y piel y aun así me pesan como si fueran de plomo. Mis manos lucen mortecinas. Las venas azuladas parecen quebradizas y mis dedos tienen marcas acumuladas por años de castigos. No me muerdo las uñas. Ataco sus flancos mordisqueando la piel hasta causar pequeñas heridas que en demasiadas ocasiones terminan infectándose.

No disponer de un espejo donde mirarme es realmente bueno para mi estima. Los mechones de pelo que se posan sobre mis hombros parecen pelos de escobilla de baño vieja. Palpo mis labios, están secos y agrietados. En mi apartamento siempre tengo muchas cajitas de cacao, tantas como estancias y bolsos tengo multiplicado por dos. Mis labios necesitan hidratación constante y me angustia quedarme sin reservas, así que compro compulsivamente cajitas “por si acaso se me acaban”, y la mitad de ellas caducarán de viejas antes de que pueda usarlas.

El resto del examen no me aporta datos: imposible saber si mi piel está rosada o pálida como la de un cadáver, si mis ojos brillan o tienen el mismo aspecto que los de una merluza después de pasar tres días en el expositor de una pescadería. Mis clásicas ojeras, que trato de mantener a raya a base de corrector, aplicado con la precisión de un tallador de diamantes, habrán ganado seguramente terreno al enfermar y se habrán extendido hasta media mejilla. Definitivamente es mejor no verme si lo que quiero es recuperarme, no va a darme ningún beneficio hacerlo y sin embargo sí que podría minar seriamente mi moral.

—Buenos días, señorita Beatriz.

—Buenos días —respondo al médico en inglés al haberse dirigido a mí en el idioma de Shakespeare.

—Soy el doctor Tanner. ¿Qué tal te encuentras? La enfermera me ha comunicado que tienes apetito.

—Estoy mejor.

—Estupendo —murmura moviendo su linternita sobre mis ojos—. Sigue la luz.

Lo hago obediente, es muy sencillo. Si yo, que soy una mujer con una enfermedad reconocida por un enfermero andaluz, lo hago perfectamente, ¿cómo de enfermo tendría que estar alguien para no poder hacerlo? Si descontamos a los que están inconscientes, dormidos o ciegos, pocos pueden quedar, y tienen que estar con medio pie aquí y uno y medio allá.

—¿Dolores de cabeza, náuseas, mareos? —El facultativo continúa con su inspección y ahora le toca a mi corazón.

—Me duele el cuerpo. —“Todo el cuerpo” debería haber dicho para que comprenda la magnitud de mi dolor.

—Es normal, llevas muchos días en la cama. El cuerpo se paraliza y los músculos se quejan.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

—¿Cuándo llegué?

—El miércoles a las doce y veintitrés —me responde mirando su carpeta—. Te atendió el doctor Harrison.

—¿Y qué me pasaba? No recuerdo en qué condiciones estaba.

—Claro, estabas inconsciente. Tu nivel de potasio era mínimo, no sabemos cómo tu cuerpo ha aguantado. Tenías una ligera arritmia, que parece que hemos controlado, y anemia.

—¿Por eso he estado inconsciente tantos días, por la falta de potasio?

—Es una de las causas. Entraste en urgencias inconsciente, permaneciste unos minutos en ese estado y después despertaste. Según ha anotado mi colega, mostrabas síntomas de desorientación y no eras capaz de responder a las preguntas. Mi turno comenzó a las dos. Dormías y cuando me marché a las diez continuabas durmiendo.

—¿He dormido durante cuatro días? —Mi récord son siete horas.

—Tu cuerpo lo necesitaba. Te hemos realizado pruebas y hemos llegado a la conclusión de que tu patología no está causada por ninguna enfermedad que pueda curar la medicina.

—¿No? —¿No decían que iba a mejorar? ¿Cómo podré hacerlo si no hay cura para mi mal?

—Tú te curarás a ti misma. Lo harás comiendo bien, durmiendo las horas que tu cuerpo necesita y llevando una vida más relajada.

El doctor Tanner acerca una silla y la coloca al lado de mi cama. La enfermera sale para atender una llamada y nos deja solos.

—¿Puedes contarme en qué trabajas?

—Me dedico a la bolsa.

—¿Compras y vendes acciones con tu dinero?

—Con el dinero de los clientes.

—Imagino que serán personas muy exigentes.

—Tienen importantes cantidades paralizadas en el banco. Contactan con mi empresa porque quieren altos rendimientos de su capital.

—Y te dedicas en cuerpo y alma para conseguir el mejor resultado.

—La verdad es que sí. —Para qué negar la realidad—. Cuando me asignan a un cliente me reúno con él, necesito saber qué cantidad quiere dejar en mis manos y de qué tiempo dispondré para mover su dinero. Con los datos que me da elaboro un estudio personalizado. Algunos días puedo trabajar hasta las dos o tres de la madrugada.

—¿Y tu comisión depende de las ganancias?

—Sí. —¡Claro! Si no hay beneficios no tendré comisión. Si hay pérdidas las asumiría la empresa y yo me quedaría sin trabajo.

—¿Quieres un consejo?

Le miro. Tendrá unos cincuenta y cinco años, suficiente edad para ser mi padre. Me coge la mano y la palmea inconscientemente. Parece estar pensando lo que me va a decir. Me gustaría romper este silencio, moverme por la habitación, simular que estoy ocupada.

—Sí.

—Tienes veintinueve años, eres mayor para hacer con tu vida lo que desees. Yo soy mucho mayor que tú, soy médico y mi misión es curarte, por eso voy a ser directo contigo. ¿Tienes deudas? ¿Necesitas ganar mucho dinero para pagarlas?

—No. —Olvidé la hipoteca, pero ¿quién no la tiene?

—Entonces deja ese trabajo, no vuelvas. Hace un mes la ambulancia trajo a un muchacho. Era pura fibra, de esos que se machacan en el gimnasio. No pudimos estabilizarle y falleció. Era corredor de bolsa y lamentablemente no era el primer caso. Tú estás a tiempo.

—¡Doctor! —La enfermera entra angustiada—. El paciente de la catorce se ha arrancado la vía y se está vistiendo para marcharse a su casa.

—¡Si tiene la tensión por las nubes!

El doctor se levanta y deja una última palmada en mi mano. Posa la silla en el sitio exacto donde estaba y se gira para mirarme antes de salir.

—Ya continuaremos hablando en otro momento si lo deseas. Ahora lo más importante es que descanses, comas bien y no te agobies; del resto nos ocuparemos nosotros. Muy sencillo ¿verdad? Pasaré después de comer. Hasta luego, Beatriz.

—Adiós y gracias.

—Bueno, ya has escuchado al doctor. Hay que alimentar ese cuerpo. A ver si conseguimos que salgas del hospital con algún kilillo de más, porque los necesitas.

—¿Sí? —Meto las manos por debajo de las sábanas. Puedo contarme las costillas y los huesos de mis caderas, que pugnan por romper la piel.

—Estar delgada es algo maravilloso siempre y cuando no se ponga en riesgo la salud. —La enfermera gallega se ríe sola—. Cuando tenía una talla cuarenta podía comprar en cualquier tienda.

—¿Ya no tienes una talla cuarenta? —Me parece una mujer alta y delgada.

—¿Dónde quedó aquello! Tengo una cuarenta y dos o cuarenta y cuatro, dependiendo del fabricante. Una vez, hace algunos años, entré en unos vaqueros talla cuarenta. Me vine arriba y compré media docena de pantalones de esa talla. La mitad no los pude estrenar: tres bodas, unas vacaciones en un complejo con todo incluido y varias piras al gimnasio y tenía de nuevo mi talla de siempre. Por suerte todavía no había tenido tiempo de tirar mi antigua ropa. ¿Cuál es tu talla?

—Una treinta y seis. —A veces la treinta y cuatro.

—¿Y mides?

—Un metro y setenta y un centímetros.

—¿Y pesas?

—La última vez cincuenta y cuatro kilogramos.

—¡Ufff! —Lo pone en duda; yo también creo que he perdido algún que otro kilillo.

El desayuno llega y trato de incorporarme, con más intención que resultados. Consigo una postura aceptable esquivando las punzadas de dolor de mi espalda.

—¿Necesitas algo?

—Mi teléfono móvil.

—Ahora te le traeré yo. Tienes que empezar a moverte. Hay una sala al fondo del pasillo con televisión y revistas.

—Está bien. —Ya lo veremos, no me veo con fuerzas.

—Buen provecho.

—Gracias —respondo mojando la primera galleta en el café con leche que supongo hayan ordenado en cocina, porque soy española y suponen que a todos nos gusta el café.

—¿Qué me pasó?

Jason deja su maletín sobre la silla y simula mirar por la ventana. Siempre hemos hablado de trabajo en los despachos, es nuestro ambiente, el único en el

que hemos interactuado. Ahora él está vestido de traje y yo estoy tumbada en la cama con los pelos revueltos. Nos sentimos como somos realmente: dos extraños que han compartido muchas horas y esfuerzos frente a nuestros ordenadores.

Es el hombre con el que he pasado más tiempo los últimos doce meses y ni siquiera sé de qué parte de Estados Unidos es. Le gusta el sushi, los cubos de pollo frito, el agua con gas, las colonias con olor a bosque, los calcetines de rayas... Tiene una capacidad de trabajo infinita y una educación exquisita.

—Tu cliente gritó pidiendo ayuda. Orson y yo acudimos a la puerta de tu despacho al mismo tiempo. Estabas en el suelo inconsciente. Tu cliente nos contó que te habías levantado de la mesa disculpándote. Le dijiste que no te encontrabas bien y que necesitabas ir un momento al baño a refrescarte. Distes dos pasos y te desplomaste.

—No me acuerdo. ¿Qué cliente?

—Zimmerman.

¡Cómo odio a ese hombre! Siempre escudriñándome con esos ojillos verdes como el musgo que crece en el agua estancada. ¿No podría haberme desmayado delante de otro cliente?

Jason mira de reojo la pantalla de su teléfono móvil. Ha tenido la cortesía de ponerle en silencio para que los mensajes que están entrando constantemente en su terminal no interrumpen su visita.

—Llamamos a la ambulancia. Orson se estaba poniendo blanco así que fui yo quien te acompañó a urgencias.

—Muchas gracias, Jason.

—No hay por qué darlas. Tú hubieras hecho lo mismo.

—Es verdad. —Le aprecio, es mi compañero de trabajo y siempre ha sido un colega considerado y atento.

—Estuve un par de horas esperando hasta que le médico me comunicó que estabas estable y descansabas en el box. Me tomaron el teléfono para avisarme cuando despertases. Esperé al día siguiente, pero tampoco me llamaron, así que convencí a Orson de que no iba a ver sangre y vinimos. Estabas en planta y dormías. El enfermero que me ha llamado hoy es el que te estaba cuidando.

—Es muy buen tipo.

—Eso nos pareció a Orson y a mí. —Vuelve a mirar su móvil, la luz no deja de parpadear.

—Muchas gracias por la visita. Tendrás otros compromisos que atender. Ya hablaremos con calma a mi regreso.

—Claro —responde Jason aliviado—. Esta situación es demasiado íntima para el grado de confianza que tenemos. Nos veremos en la oficina.

Se marcha silenciosamente dejándome pensativa. Las últimas semanas han sido una locura. Las noticias viajan en coches de lujo y mis éxitos me aportaron una larga lista de nuevos clientes deseosos de ser todavía más ricos.

Mi jefe quería que yo personalmente les atendiera y para incentivar me incrementó mi comisión. “¡Estupendo!”, pensé en ese momento. Cinco años trabajando a ese ritmo y tendría pagada la hipoteca. Quizá me excedí trabajando demasiadas horas. Intentaré dormir alguna hora más. Pediré cita para que me den un masaje de vez en cuando y procuraré tomar más alimentos naturales. Seré constante y mi cuerpo volverá a funcionar al cien por cien.

Volveré a ser la Beatriz eficiente que nunca rechaza un trabajo, aunque suponga estar rodeada de papeles el fin de semana. Total, mi agenda no tiene planes anotados en rotulador rojo, no hay fines de semana en Ámsterdam, ni viajes en coche a las playas de Gran Bretaña, ni citas románticas con hombres encantadores. Volveré a estar bien y entonces cumpliré mi promesa. Mi playa me está esperando.

¿Continuará mi nombre grabado en la arena?

CAPÍTULO 2

—¡Enhorabuena! El doctor Tanner me ha dicho que te ha dado el alta.

—Gracias, Paco.

—¿Vendrán a buscarte?

Voy a echar de menos a Paco, el malagueño. Me he reído con sus malísimos chistes. Me ha dado ánimos cuando me encontraba triste y me ha regañado cuando me lo merecía.

—Sí, he pedido un taxi.

—¡Mujer! —Paco cruza los brazos y finge estar enfadado—, voy a comunicar que tengo que ausentarme un rato y te acompañaré a tu casa.

—Estoy bien. —Me ha visto todos los días y le extraña que haya tenido tan pocas visitas—. Van a llevarme en silla de ruedas hasta la puerta del hospital. En el taxi estaré acompañada y el portero me escoltará hasta el ascensor. En casa me espera Ana María, la chica que me ayuda, así que únicamente estaré sola en el ascensor. ¡Ya sería mala suerte que me pasase algo dentro de la cabina!

Tomo mi bolso, todo lo que traía lo llevo puesto. No me he entretenido mucho en el cuarto de baño: ducha rápida con los productos del neceser que aporta el hospital, pelo recogido en una coleta y una aplicación del brillo de labios que tenía en el bolso.

Estoy deseando llegar a mi apartamento, meterme en mi baño, llenar la bañera, añadir aceite con olor a coco y sumergirme para empezar a pensar. Esta mañana cargué mi móvil y he estado revisando mi agenda para la semana siguiente. No he sido capaz de centrarme y creo que se ha debido a los medicamentos.

Antes de ayer pregunté al doctor Tanner por qué estaba tan cansada y al mismo tiempo relajada. Me respondió que ello se debía a partes iguales al estrés al que había sometido a mi cuerpo y al efecto de los medicamentos que me he tomado.

Según él, y lleva muchos años ejerciendo, por lo que ha acumulado una gran experiencia, cuando alguien con una profesión como la mía llega al hospital no suele ser consciente del peligro en que se encuentra. Algunos tratan, en cuanto las fuerzas se lo permiten, de montar una pequeña oficina en el cuarto y llaman a clientes, revisan correos o cualquier otra actividad relacionada con su profesión. Había que prevenir, y los medicamentos que relajan hacen ese efecto, impedir que en lugar de concentrarme en curarme me dedicara con ahínco a tratar de recuperar el tiempo perdido llamando a todos los clientes y organizando un *planning* más estresante que el que me había dejado inconsciente en medio de una reunión.

—Eres una mujer muy testaruda, Beatriz Alcázar.

—Y tú un profesional excelente —le comento a Paco palmeándole el brazo por primera vez—. Me encuentro bien. No podría correr un maratón, pero aguantaré hasta llegar a mi casa.

—Estás deseando, ¿verdad?

—Pues sí, he estado muy bien atendida y no podría encontrar ni una sola pega al hospital, pero...

—Te comprendo, querrás volver con tus amistades y tu familia. No eres la única a la que le da vergüenza que le vean tumbada en la cama de un hospital y por eso no le dice a nadie lo que le ha sucedido.

—Imagino.

Paco es discreto, me preguntó un par de veces si quería recibir visitas. Su pareja, a quien finalmente no conocí porque cuando vino a verme yo dormía como una bendita, tiene muy buena mano con los cosméticos y se ofreció a pasar con su neceser para maquillarme sutilmente si eso hacía que me sintiera más cómoda.

Rehusé educadamente porque no pensaba recibir visitas. A Jason le liberé de volver emplazando nuestra próxima conversación a mi regreso a la oficina. A mis padres no les he llamado para contárselo. Mi madre me ha enviado dos whatsApp desde algún lugar de Nepal donde está meditando con su profesor de treinta y cinco años. Cada vez los escoge más jóvenes; año que cumple ella, año menos que tiene su nueva distracción. De mantenerse esta regla dentro de tres años tendré la misma edad del novio que tenga en ese momento.

Le contesté rellenando las dos frases con emoticonos. ¡Para algo tienen que servir las sesenta y ocho caritas amarillas! Para salvar el trago cuando no encuentras palabras porque tu mente está bloqueada pensando en qué tipo de meditación estará llevando a cabo una mujer de cincuenta y ocho años, que es tu madre, con un hombre de treinta y cinco.

Mi padre me llamó antes de ayer, miércoles y a las ocho de la mañana. Solamente ha dejado de hacerlo una vez desde que vine a vivir a Londres: cuando a su secretaria le operaron de una hernia inguinal un miércoles a primera hora de la mañana. Sin nadie que le recordase que tiene una hija lo descubrió al día siguiente ayudado por la llamada de su eficiente colaboradora, que le telefoneó convaleciente desde el hospital.

Tenía el teléfono preparado, atendí su llamada, le pregunté qué tal estaba, él me lo preguntó a mí y yo respondí que como siempre. Me preguntó por el tiempo (yo ya había mirado las temperaturas que había tenido Londres los días pasados y la que había en ese momento) y terminamos la breve charla con su clásico “en cuanto termine unos asuntos del trabajo me cogeré unos días libres, hace mucho que no nos vemos” a lo que yo respondí que me encantaría. Dentro de cinco días volveremos a decirnos lo mismo. Llegará la primavera, el verano y seguiremos sin vernos, a menos que me presente en su despacho; eso sí, estoy segura de que mi llegada le haría más ilusión a su secretaria que a él.

—Nos vemos entonces dentro de una semana.

—¿Eh?

—En tu revisión. El doctor quiere verte de nuevo. ¿Ya lo habías olvidado?

—No, lo llevo apuntado en la hoja que me ha dado. Gracias de nuevo por todo, Paco.

—A ti por ser buena paciente. No te he oído quejarte ni una sola vez.

—Porque he estado dormida casi todo el tiempo.

—En mi tierra hay gente que no se calla ni debajo del agua.

—¡Ja, ja, ja! Que tengas buen fin de semana.

—Lo mismo te deseo, Beatriz.

Mi plan para el fin de semana va a consistir en un *tour* por mi apartamento: cocina, baño, salón, dormitorio. Espero que Ana María haya llenado la nevera

de productos sabrosos, fáciles de preparar y llenos de vitaminas, proteínas y minerales. He conseguido todo lo que me he propuesto en mi vida, probablemente porque mis metas han sido factibles, y poner a punto mi cuerpo es algo que está a mi alcance. Yo no sabía que se estaba estropeando, no me había dado ningún síntoma. Eso no volverá a suceder, lo cuidaré porque no tengo otro y necesito prepararlo para atender a mis antiguos clientes y a los nuevos, a los que no pienso dejar escapar.

Me ha tocado un taxista de esos que dejan claro desde el segundo uno que no están al volante para dar conversación. ¡Mira tú por donde yo no pensaba sobrepasar las frases necesarias: saludar, decirle mi dirección y despedirme al pagar! El hombre me mira de reojo por el retrovisor. Soy consciente de mis ojeras y de mi quebradizo aspecto, pero da la casualidad de que me acaban de dar el alta. Este indiscreto taxista me ha recogido a la puerta del hospital, así que no debería mirarme como si estuviera llevando a una drogadicta. ¡Será capullo! Ojalá le sienta mal la comida, pase el fin de semana sentado en la taza del baño, regrese el lunes a trabajar y todos los clientes se nieguen a montar en su taxi porque les atemorizará su cara de toxicómano.

El portero me abre la puerta solícito. Su piel es muy negra y sus dientes muy blancos y hay que ser muy mala persona para no contestar a su permanente sonrisa con otra, aunque acabes de recibir el pisotón de un turista despistado.

Le encanta tararear canciones en su lengua materna y baladas románticas cuando está limpiando y cree que ningún vecino le puede oír. Su voz es sonora, llena de matices. Siempre que le escucho pienso que podría haber sido negociador, una de esas personas que trata con secuestradores para convencerles de que liberen a los rehenes. Su hablar es tranquilo sin caer en la vagancia y siempre hay una palabra amable para cada ocasión.

—¡Señorita Beatriz, que alegría verla de nuevo!

—Buenos días, John.

Tiene un nombre impronunciable lleno de la vocal “u”. Después del infructuoso intento de varios vecinos para pronunciarlo dignamente, nos propuso que le llamásemos John: es corto, sencillo y fácil de recordar.

—¿Qué tal está? —Sus palabras están llenas del acento de su tierra, un país del centro de África—. Pregunté a Ana María pensando que por fin se

había tomado unas vacaciones y me contó que estaba ingresada en el hospital.

—Estoy bien, gracias.

—¡Qué bien! Sabe que me tiene a su disposición para lo que necesite.

—Muchas gracias, John. —Su sonrisa y una ligera inclinación de cabeza me siguen hasta que las puertas del ascensor se cierran.

—Ana María, ya estoy en casa.

—Beatriz, ¡qué bien te ves!

Ana María me abraza sin miramientos. Cuando se da cuenta se separa y se disculpa con gestos. Quiero que sepa que le agradezco todo lo que ha hecho por mí estos días y tomo sus morenas manos. ¡De nuevo viene a mi mente esa imagen! Estoy mirando mi mano, mis dedos están entrelazados con otros de piel tostada. Levanto la vista para ver a quién pertenecen, pero el recuerdo se ha perdido. Tomo aire y hablo a Ana María antes de que piense que voy a decirle algo malo.

—Quiero agradecerte tus visitas al hospital.

—¿Cómo dices eso, mi niña? Es normal visitar a un familiar o a un ser querido cuando está enfermo.

—Sí. —A mi asistente ya le salió su vena caribeña.

—La casa está limpia, tu ropa planchada y guardada en el closet.

—Muy bien. —La primera vez que Ana María pronunció *closet* me chocó, ahora ya me he acostumbrado a su castellano.

—En la refrigeradora tienes verduras, carne y yogures. La fruta está sobre la mesa de la cocina. Me dijiste que el pescado no sabes prepararlo, así que he dejado uno ya asado dentro del horno. Solo tienes que calentarlo suavemente para que no se reseque.

—No sé qué haría sin tu ayuda.

—Encontrarías el modo, Beatriz. Tú puedes con todo.

—Supongo.

—El lunes por la mañana volveré. Llámame si me necesitas.

El ruido de la puerta al cerrarse me provoca temor. Estoy sola por primera vez desde que ingresé en el hospital. Auxiliares de enfermería, enfermeros y médicos han alternado sus visitas. Estaré alejada del resto de humanos hasta el lunes. Mi teléfono móvil será mi botón rojo en caso de emergencia.

Es extraño regresar a casa después de pasar varios días fuera. Los espacios no han cambiado, los muebles son los mismos, los cojines mantienen su verde pistacho y los cuadros abstractos parecen tener idéntico número de brochazos repartidos en cada lienzo.

¿A qué se debe esa sensación de lejanía con el entorno? Al olor. El apartamento ha perdido mi esencia. Diez días son demasiados para encontrar rastros de mi perfume, por muy francés que sea. Por si todavía quedara alguna pequeña molécula olorosa, Ana María ha limpiado con ímpetu. Usa la lejía con detergente como si le dieran una comisión por cada botella que compra y el aire está cargado de olor a pino.

La vivienda es pequeña y sin embargo la sensación de encontrarme en medio de un paisaje lunar aumenta mi aprensión con cada respiración. Entro en el baño y tomo mi perfume favorito, ese al que siempre acudo cuando necesito recordarme. Voy caminando y pulverizando al tiempo hasta que el salón, la cocina, la habitación y el baño están llenos del sutil olor a jazmín que tanto me gusta.

No es suficiente, hoy el espacio me parece frío e impersonal. El apartamento ya estaba amueblado cuando se lo compré a uno de mis clientes más ricos. Su sobrina, fan del arte moderno y estudiante de Bellas Artes, quería vivir al lado de la Tate Modern y el tío creía haber encontrado el regalo perfecto para su cumpleaños: una vivienda en un edificio de plaqueta rojo situado al lado de la galería.

Mi cliente no tiene hijos, utiliza a los de su hermana para cubrir ese vacío, con la ventaja de que no ha tenido que levantarse por las noches, ni llevarles al colegio, ni soportar las representaciones teatrales. De vez en cuando pasa con ellos un par de horas, suficientes para calmar la nostalgia por no haber querido tener sus propios hijos, y les compra carísimos regalos que ellos reciben con naturalidad.

El decorador de interiores hizo un buen trabajo: tonos neutros en las paredes, pocos muebles de líneas modernas, algún toque exótico como el perchero balinés o una cómoda japonesa, y una cocina integrada en el salón donde se podría organizar una cena de Acción de Gracias con pavo incluido, si yo fuera propensa a meter mi nariz entre fogones.

Era el regalo perfecto para su sobrina hasta que dejó de serlo. Se había enamorado platónicamente de su profesor de Dibujo. Le vio saliendo de la Tate con una chica en clara actitud cariñosa y su tío se enteró de que había pasado de amar a odiar ese museo tres días antes de la fecha de su cumpleaños.

Fue un comentario casual en una de nuestras reuniones y dos semanas después era propietaria del baño y media cocina; el resto es del banco y, si no ocurre un milagro, compartiremos piso durante veinte años.

Dediqué la mañana de un sábado a buscar objetos que hicieran más personal el espacio. Después de tres cojines para el sofá del salón y una manta a juego, unos vasitos de colores que todavía no he estrenado y una cesta llena de sales aromáticas y jaboncitos con forma de corazón, me sentí satisfecha. Esos objetos eran tan personales como cualquier otro y servirían porque yo los había elegido, detalles como no haberlos comprado en un viaje a Vietnam o no ser el regalo de una amiga del alma no alteraba el resultado.

Han pasado once meses desde entonces y no he vuelto a añadir ni un solo artículo. Desconozco el funcionamiento del horno (algo que voy a aprender hoy) y el de las placas de inducción. Hay baldas del frigorífico sin estrenar y el exprimidor conserva el precinto de garantía.

Descorro las cortinas. Si hubo algo que me empujó a hipotecar media vida fue la sensación de amplitud. Habitación, salón y cocina tienen vistas al Támesis. El muelle siempre tiene gente: la que entra y sale de la Tate, los que corren, los que pasean con sus mascotas, los turistas que descansan comiéndose un bocadillo frente al río, los cantantes callejeros que cantan (algunos con mayor acierto que otros) a cambio de unas monedas, mientras esperan que algún cazatalentos les escuche y personas como yo, cuerpos anónimos con una existencia banal. ¿Por qué he pensado esa palabra? Banal. ¿Así es mi existencia? Todavía no tengo fuerzas para pensarlo.

Hace sol. Debería alegrarme, pero me deja indiferente. Apoyo la frente en el cristal y observo. Un chico le está haciendo un retrato a una niña. El dibujo volará hasta Vigo, Roma, Oporto, Varsovia... Le recordará que cuando era pequeña visitó Londres con sus padres, reforzará las imágenes que su mente conserve sobre el viaje. El dibujo creará un vínculo y formará parte de la

historia de esa familia.

Mi prima Soraya diseña vestidos de novia. Tiene buena intención y me consta que le pone ganas, pero de momento se dedica a copiar descaradamente los diseños más solicitados por las mujeres de la alta sociedad madrileña.

Mi padre fabrica galletas. Millones de cajas se distribuyen a diario a los cinco continentes. Para mí no tienen importancia, he visto y comido las galletas de mi padre hasta cogerlas manía. En algún lugar serán el desayuno romántico de una parejita de enamorados, la merienda preparada con amor por una madre a su hijo o el regalo inocente de un pariente lejano a una mujer que acabe de dar a luz.

Mi madre se ha dedicado concienzudamente a gastar el dinero de mi padre hasta el último céntimo y ahora se afana con la misma intensidad a dilapidar la herencia que le dejaron mis abuelos. Podríamos decir que mi madre “crea empleo”.

¿Y qué creo yo? NADA. Convierto a gente rica en alguien más rico. Mi cliente comprará un yate con los beneficios que yo le consiga, lo venderá para comprarse uno más grande y cuando ya no sepa qué hacer con su vida hará un crucero alrededor de las islas griegas. Volverá a casa sin saber si ha estado en una, en dos o en tres islas, porque habrá dedicado todas las noches a salir de fiesta y los días a dormir la borrachera al lado de alguna jovencita deseosa de vivir a lo grande durante una semana al año.

Podría crear una familia, traer hijos al mundo, tener un compañero con quien disfrutar de los placeres de la vida. ¿Y qué tiene de malo dedicarse a la bolsa? Mi nombre no se convertirá en leyenda, mis hazañas no se expondrán en el museo de la ciencia. No soy la única persona con una profesión que no ayudará a la humanidad a dar un salto en su evolución. ¿Acaso han levantado un monumento al señor que controla la calidad de los *Emanems*? ¿Alguien ha escrito a la empresa Mars para decirle lo agradecida que está porque haya un número equitativo de *snacks* de cacahuete recubiertos de chocolate de cada color? No, pero sí que lo habrán hecho para quejarse del controlador si hay demasiadas bolitas de color marrón.

Me duele la cabeza al pensar en estos temas y necesito descansar para terminar mi recuperación, no empeorarla meditando sobre las cuestiones de

siempre. ¡Ya sabía yo que pensar que mi vida era banal no iba a reportarme ningún beneficio!

Cuando regreso a casa, después de un día agotador e improductivo, me asaltan con frecuencia estos pensamientos hasta que me duermo. Al despertar al día siguiente continúo dándole vueltas a la cabeza hasta que entro en la oficina. Entonces llega la revelación y olvido que tengo que comer, que hace dos horas empecé a sentir ganas de ir al baño y que la piel de mis brazos está helada por el frío que siento desde que me quité la chaqueta.

Hay quien lo llama intuición, otros opinan que tengo mucha suerte y yo atribuyo mi éxito a la cantidad de horas que dedico cada día a estudiar los mercados y sus variaciones.

Comeré algo, me tumbaré en el sofá y me taparé con mi manta verde a juego con los cojines. ¿Qué pescado me habrá dejado Ana María? No quiero despreciar el tiempo que ha dedicado a cocinarlo. Aunque no pueda verme voy a comérmelo, porque ella se lo merece y mi cuerpo lo necesita.

El doctor Tanner ha insistido esta mañana, debo cuidarme en dos sentidos: alimentándome bien y tomándome la vida con calma, queriéndome más. Soy consciente de que me alimento con comida rápida desde hace mucho tiempo. Si no tengo en cuenta los contactos de trabajo de mi teléfono móvil, el número de mi madre, el de mi padre y el de dos o tres amistades con las que mantengo un contacto bastante superficial, el resto de teléfonos pertenecen a empresas de comida a domicilio.

Londres es una ciudad que permite comer sabores de todo el mundo a golpe de teléfono. No debería haber enfermado por hacerlo, mucha gente desayuna, come y cena casi todos los días por motivos profesionales en restaurantes. Una pechuga de pollo a la plancha mezclada con lechuga y picatostes debería ser igual de saludable manipulada en casa o en la cocina de un restaurante.

Son alimentos que no necesitan grandes alteraciones para emplatarlos y costaría más esfuerzo y dinero estropearlos que servirlos del modo correcto. Hay leyendas urbanas sobre la comida y cómo la tratan que no tienen sentido. Mi abuelo era un ejemplo del daño que pueden hacer esos chismorreos sin fundamento. Se negaba a probar la comida china aunque el restaurante que

abrió debajo de su casa siempre tenía el comedor lleno por sus excelentes platos que también podían solicitarse a domicilio. “Los chinos cazan gatos y lo sirven como si fuera pollo”, de ahí no había quien le sacase. “El pollo es un alimento tan económico que si tienes el restaurante lleno no merece la pena colocar trampas, abuelo”, rebatía yo siempre.

Se quedaba meditando mis palabras. Mi abuela, que estaba a su lado, no decía nada. Llevaban toda una vida juntos y era una mujer muy lista. ¿Para qué llevarle la contraria si ya estaba yo para hacerlo! “Desde que llegaron los chinos ya no se ven gatos por el barrio”, me respondía siempre él.

Mi abuelo no estaba dispuesto a ceder y yo tenía muchas ganas de comer setas con bambú y gambas, así que buscaba argumentos que no pudiera rebatir. “Abuelo, es normal que no veas tantos gatos como antes: se han urbanizado los alrededores, no pueden acceder a los nuevos contenedores de basura y hay campañas de desratización todos los años. Además, ¿tú has visto la cantidad de comidas que dan todos los días? ¿Cuántos gatos tendrían que cazar? Tendrían que colocar cientos de trampas por toda la provincia ¿Y para qué compran entonces todos esos pollos que trae dos veces por semana el camión, para disimular? Abuela y yo los hemos visto ayer. ¿Cuántas cajas metieron abuela?”

“Muchas”, me respondía mi abuela con la boquita pequeña. Le gustaba la comida del chino más que a mí. Empezaba por los rollitos de primavera y terminaba con el pato con bambú. Del cerdo agridulce no dejaba ni la salsa, la rebañaba con generosos trozos de pan chino, y si quedaba algún pedazo se lo comía a palo seco.

A mi abuela le gustaba todo si no tenía que prepararlo, en eso me parezco mucho a ella. Para cocinar hay que hacer la lista de la compra, acercarse al supermercado, buscar los productos en los pasillos, volver a casa cargada, ordenar cada cosa en su armario, sacarlo de nuevo para cocinar y por último limpiar todo lo que se ha ensuciado. ¡Un montón de trabajo! Eso es lo que yo pienso y solamente lo he hecho muy de vez en cuando. Mi abuela cocinaba todos los días de su vida, por lo que tenía razones para estar hasta el moño y odiar la cocina.

Mi abuelo hacía pastas y galletas. Tenía un pequeño obrador familiar

donde pasaba demasiadas horas al día para que mi abuela le pudiera pedir que le ayudara con el pollo al ajillo. Cuando mi padre comenzó a trabajar, la empresa familiar ya tenía veinte empleados. Cinco años después el número llegaba a la centena y mi abuelo se jubiló, aunque continuaba acudiendo todos los días para dar una vuelta y no perder los lazos con la empresa a la que había dedicado su vida.

Que ya no metiese las manos en la masa de las galletas no había alterado sus gustos culinarios y seguía demandando cocidos, guisos y patatas fritas de guarnición. Mi pobrecilla abuela estaba harta de sacar la sartén y cuando yo acudía a pasar algunos días en su casa se frotaba las manos. Si habían abierto algún lugar de comida a domicilio y yo no lo sabía, ella me lo decía casualmente si la conversación lo permitía y directamente si se acercaba la hora de hacer la comida. Le gustaba la *pizza*, la comida japonesa, las hamburguesas..., y si no había que ensuciar platos, mejor.

Yo crecí con una chica de servicio en casa. En la de mis abuelos no entró nadie hasta que a mi abuelo le dio una trombosis. Habían trabajado duramente y estaban acostumbrados a hacerlo todo ellos. Mi abuela solo dejaba de cocinar cuando se marchaban de vacaciones o cuando llegaba yo. Mi abuelo falleció hace ocho años y a mi abuela la enterramos hace seis. Yo continué con la tradición de buscar alimentos que no tuviera que manipular en la cocina y que no me supusieran más de un plato y un tenedor sucios.

El olor que se escapa en cuanto abro la puerta del horno es delicioso. El pez que descansa en la bandeja tiene una carne blanca salpicada de pequeñas escamitas de sal y gotas de aceite de oliva. Voy a esforzarme para comerlo todo, tengo que hacerlo. El lunes tendré dieciséis reuniones, una cada media hora. Hay que trabajar si quiero recuperar el tiempo perdido y tranquilizar a los clientes. Necesitaré preparar un informe personalizado con la situación económica actual de cada libra que invertí y eso no se hace chascando los dedos.

Ayer revisé someramente en mi teléfono móvil los valores y saqué dos conclusiones: las acciones donde invertí han mantenido o subido su cotización y que mirar fijamente una pantalla tan pequeña más de cinco minutos de manera ininterrumpida provoca escozor en los ojos.

El pitido del horno me avisa: los cinco minutos a ciento cincuenta grados han finalizado y mi pescadito está listo. Me sirvo una porción, coloco el plato sobre una bandeja, añado cuchillo, tenedor y una servilleta de papel y me siento en el sofá. Enciendo la televisión para que me haga compañía, pincho un pedazo, lo acerco para comprobar que no lleva espinas y lo meto en mi boca.

¡Yo he comido antes este plato! No sé dónde ni cuándo, pero el recuerdo está ahí, oculto sobre capas de sabores reconocibles. Me gustó entonces y también ahora, un sabor delicado, una carne suave aderezada levemente para potenciar la esencia del pescado.

Un primer plano de una rana marrón llena la pantalla. Nada portando en su espalda a dos ranitas. Por el camino se encuentra a una tercera, que también se sube. Aunque son más pequeñas tres son multitud y la rana adulta a duras penas puede mantenerse a flote. La cuarta llega y para hacerse un hueco en tan solicitada espalda inicia una lucha que termina con la derrota de la atacante, que abandona el barco nadando con cara de indiferencia.

Ser madre es algo muy duro. A esta rana le faltan patas y le sobran hijos. Estará desando que se independicen para que dejen de ser una carga. Me levanto a servirme otra porción de pescado, pongo en el plato todo lo que queda y regreso al sofá. Al parecer la rana tiene más descendencia y todos intentan cruzar la charca sin esfuerzo.

¡Si son pretendientes! ¡La madre que los parió! ¡Pobre mujer rana! Si no fuera suficiente tragedia que los que la cortejan tengan un cuerpo enano, van y se le suben encima como si estuvieran escalando una montaña y el primero que llegase a la cima y clavase la bandera tuviera como premio ser el novio de la gorda.

La rana llega a la orilla como puede, nadando unos centímetros y buceando los que se hunde por el excesivo número de cansinos aduladores que lleva a cuestas. Yo no tengo ese problema, los enamorados no me agobian, no salen a mi paso haciendo que tenga que dar rodeos para esquivarlos.

Dejo la bandeja en la encimera de la cocina y tomo mi primer plátano. Según el doctor Tanner mi potasio estaba en niveles críticos. Un alimento que no necesita preparación y que aporta una buena cantidad es el plátano. No me

disgustan, tampoco doy saltos de alegría si tengo uno en la mano. Se conservan bien, todas las fruterías los tienen y son muy fáciles y agradecidos de comer. Esa es mi relación con la comida, no hay pasión. He pactado conmigo misma que todos los días deberé comer dos de tamaño mediano y tres si son más pequeños que mi mano extendida.

De nuevo en el sofá, y con mi plátano en la mano, me acomodo para ver las vicisitudes de esta rana. Continúa la lucha de los machos. Acuden de todos los rincones del estanque dispuestos a pelear como una rana sabe hacerlo, rematadamente mal, por ser el dueño y señor de tan oronda y viscosa damisela.

Estoy segura de que esto le sucede a la rana porque ella quiere. Hay modos para impedir que los machos se acerquen y el más efectivo es poner cara de “estás perdiendo el tiempo chaval y si insistes te voy a mandar a tomar el aire a donde no está escrito en el mapa”.

Cuatro miradas y cinco contestaciones cortantes y nadie más se acercó a mí en la universidad. Yo ahí estaba para estudiar, no había elegido minuciosamente una facultad de Estados Unidos para estudiar Economía y después malgastar mi tiempo pasando las noches de juerga en las hermandades.

Cuando empecé a trabajar estaba tan emocionada ganando mi primer dinero que no tenía tiempo para prestar atención a las insinuaciones de mis compañeros de trabajo. En el gimnasio tampoco quería roces, ahí estaba para tonificar mi cuerpo, no para perder el tiempo flirteando con sudorosos hombres. Al llegar a Londres había que esforzarse más. La competencia era feroz y me centré de nuevo exclusivamente en trabajar duramente.

No sé para qué me apunté al gimnasio, cada clase de *spinning* a la que acudo me sale a precio de oro. En los últimos tres meses he ido dos veces y, en el estado de debilidad que me encuentro y con la agenda a rebosar para las próximas semanas, es evidente que tampoco voy a dejarme ver en un par de meses.

La rana ha desaparecido y ahora hay una desagradable larva contoneándose en el agua de la charca. No me parece muy atractiva de mirar, está llena de una especie de patitas que mueve frenéticamente. Es el momento perfecto para

lavarse los dientes.

En el hospital no me quise detener frente al espejo, un único vistazo y mi moral amenazó con arrojarse al agua del inodoro si continuaba mirándome. Las ojeras se habían extendido más de lo que había supuesto y no tenía nada con que taparlas, así que entraba y salía sin mirarme. Ahora puedo hacerlo, tengo un bote de corrector casi lleno. Lo que descubra no tendrá importancia, nadie me verá hasta el lunes. Tengo día y medio para mejorar y lo que no consiga a base de descanso y relajación lo solucionarán los productos de maquillaje.

Me lavaré los dientes eficientemente, me tumbaré un rato con el mando en la mano, dormiré hasta que me aburra, después tomaré ese baño y dedicaré el resto del día a preparar la cena y las reuniones con algunos de los clientes. Es la ventaja de estar sola, no tengo que impresionar, nadie por quien desear estar hermosa, nada por lo que necesitar verme bella.

¿A quién le importa cómo luzca?

CAPÍTULO 3

Son las siete y media y miles de personas estamos llegando a la zona financiera. Algunas tenemos la suerte de poder hacerlo caminando desde nuestras casas, otras tienen que conducir hasta una estación de tren, recorrer trayectos que a veces superan la media hora y al bajar tomar el metro para llegar a su destino.

Camino contando los pasos para que mis piernas sigan el ritmo lento que busco. Yo no quería investigar en internet, mi cuerpo decidió por mí. Cinco minutos después de escribir la palabra ansiedad y pulsar búsqueda ya me había encontrado varios de los síntomas que anuncian que el cuerpo está sufriendo las consecuencias de vivir en un constante estado de estrés.

Mi melena fue la primera víctima, sabía que había disminuido su volumen. Cuando tienes el pelo largo, y la costumbre de formar una coleta en cuanto llegas a casa, tus manos tienen tomado el diámetro. Me engañé ante lo que también mis ojos veían. Para no obsesionarme y empeorar la situación, busqué una justificación: el corte a capas que llevaba era el responsable de que mi melena pareciera menos espesa.

Yo dormía bien, al menos eso era lo que yo creía. Despertar varias veces cada noche y sentir episodios de cansancio durante el día no es normal en una mujer de veintinueve años. Tampoco debería tener la piel y los labios resecos, y sin embargo llevo años aplicándome crema hidratante como si fuera a preparar mi embalsamamiento.

El doctor Tanner no me mintió cuando me contó que hay personas cuyo estrés lleva a su cuerpo a un punto insostenible y fallecen en la flor de la vida. Yo he tenido suerte, me ha dado un aviso y puedo poner los medios necesarios para que no vuelva a suceder.

No me da miedo la muerte, nadie puede saber cuál va a ser su última respiración. Cuando el cerebro deja de recibir oxígeno, ya no puede continuar pensando, así que no tenemos modo de decirnos a nosotros mismos: “¡Fíjate!

Te acabas de morir por no hacer caso al doctor”. Quien fallece no lo lamenta, es quien vive con secuelas el que sufre y por eso camino despacio. Me preocupa mi corazón y me he propuesto cuidarlo no forzando la máquina.

Mi teléfono suena, ni siquiera tengo una melodía original. El sonido que estaba predeterminado en el terminal es el que continúa avisándome de que alguien quiere hablar conmigo.

Es mamá. ¿Qué estará haciendo para llamarme a estas horas? Mi primer impulso es guardar el móvil de nuevo sin atender la llamada. Si lo hago tendré que llamarla yo y nunca encontraré el momento idóneo.

—Hola, mamá. ¿Ocurre algo?

—No, hija. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque todavía no son las ocho de la mañana. Tú nunca te levantas antes de las diez.

—¿Las ocho? ¡Perdona, tesoro! Olvidé la diferencia horaria. No te habré despertado, ¿verdad?

—No, mamá, estoy camino del trabajo.

—¿Tan pronto? ¿A qué hora entras?

—A las ocho, mamá. —Me lo ha preguntado varias veces y volverá a hacerlo.

—¡Qué horror! ¡Con lo malo que es eso para el cutis! Te irás a la cama antes de las doce, ¿no?

—Algunas veces. ¿Qué tal estás? —Ya que ella no parece tener prisa comenzaré yo con las preguntas habituales para que la conversación termine antes de que llegue al trabajo.

—Divinamente. He participado en una clase del maestro Ku. Tendrías que probar un día, es una experiencia que te cambiaría la vida.

—¿Maestro Ku? —No debería preguntar lo que seguramente no querré escuchar, pero qué le voy a hacer, ¡es mi madre!

—Una eminencia en técnicas ancestrales de relajación. Ha dado su clase en la playa y nos hemos quedado todos dormidos.

—¡Qué bien! ¿Dónde estás?

—En Tailandia. Tienes que venir de vacaciones. Hay hoteles monísimos.

—Quizá algún día...

—¡Sí! Y apuntarte a una clase del maestro Ku. Ha sido una revelación.

—¿Ah, sí? —El maestro Ku no va a revelarme si una subida en el precio del petróleo dispara las acciones de eléctricas.

—Hombres y mujeres esperan durante meses para recibir sus enseñanzas. Todavía no me explico cómo he podido entrar en la clase. Y encima me han puesto una pareja muy atractiva.

—Tener un hombre guapo al lado siempre es agradable. —¡Eso dicen!

—Era una mujer, y tenía unas manos increíbles.

—Tú también las tienes muy bonitas, mamá. —Quiero cambiar de tema, esta conversación me está empezando a incomodar.

—¡Suavísimas! El maestro Ku ha conseguido que, gracias a unos sencillos ejercicios de respiración, mi mente se preparase para aceptar que no hay que poner fronteras al placer.

—Ya... ¿Y qué tiempo hace en Tailandia?

—Muy bueno, la temperatura ideal para estar desnuda a la sombra. — Cuando mi madre insiste en contar algo no hay en la tierra tren de mercancías suficientemente largo y pesado para pararla—. La clase estaba situada debajo de unos grandes árboles. Los ayudantes del maestro Ku habían colocado unas toallas enormes en el suelo. Él personalmente ha paseado entre los asistentes y nos ha ido emparejando según nuestra energía.

—¿Daba igual el sexo? —Ya puestos a escuchar, al menos hacerlo entendiendo lo que me está contando.

—¡Por supuesto! Las manos de un hombre o una mujer, si saben cómo y dónde tocar, pueden provocar las mismas sensaciones, solo tenemos que despojarnos de nuestras ideas preconcebidas. Esa mujer me ha excitado como no creía que fuera posible.

—Ya te entiendo. —¡La madre que me...!—. Tengo que dejarte, mamá.

No es normal que deba escuchar esto por muy modernas que seamos las dos. De hecho, yo no me considero nada moderna en ese sentido. Me incomoda imaginar a mi madre disfrutando de su sexualidad, me recuerda que la mía es inexistente.

—Muy bien, tesoro, ya te contaré con más detalle en otro momento. Que tengas un buen día.

—Y tú también, mamá.

¡Por supuesto que mi madre tendrá un buen día! Ella sabrá cómo conseguirlo y si es preciso volverá a pedir ayuda al maestro Ku.

¡Yo no tengo vida sexual porque no quiero! Si me lo propusiera conseguiría un puñado de hombres, o un par de ellos deseosos de ofrecerme sus atenciones.

El semáforo está rojo para los peatones. Frente a mí hay un hombre muy guapo. Pelo rubio, ojos claros, barba de tres días y un simpático hoyuelo en la barbilla. Traje azul marino, zapatos de cordones marrones oscuros y corbata a juego. En una mano pende un maletín y en la otra un teléfono móvil.

¿Me mira porque le estoy mirando? No me importa, probablemente no volveré a verle nunca y necesito hacer esta prueba. Intento sonreírle. Tiene que ser un gesto sutil, una invitación. El rubio desvía la mirada en el momento justo en que le pongo ojitos. Espero pacientemente a que vuelva a elevar la cabeza y entonces ataco con todas mis armas: mi profunda mirada y una media sonrisa.

Me devuelve la sonrisa. ¡Ligar no es tan difícil como pensaba! El semáforo se pone en verde y salto a la carretera envalentonada por la facilidad con la que he roto el hielo. El rubio no me provoca sensaciones, no siento hormiguitas en la piel ni el pulso acelerado. Habrá que dar tiempo al tiempo. Preparo mis labios frotándolos con mi lengua para que estén apetecibles a la vista.

¡Vamos a cruzarnos y todavía no he pensado qué le diré si me pregunta por qué le acabo de lanzar una mirada provocadora! Sorprendida contemplo cómo pasa a mi lado sin pararse y yo, avergonzada por el aparente desplante, tampoco lo hago. Esto no está saliendo como había planeado.

La curiosidad me vence y giro la cabeza al alcanzar la acera contraria. Está abrazando a un chico mulato y no lo hace como si fueran hermanos. ¡Ni celos puedo sentir! Le gustan los hombres, y yo solo soy una mujer que ha perdido el juicio al intentar reavivar sus instintos sexuales a las ocho menos diez de la mañana en un semáforo de la zona financiera de Londres.

Me centraré en el trabajo. Cuando recupere el tiempo que he perdido empezaré a tomar medidas para que mi vida tenga los alicientes que me he

negado durante estos años. Los hombres no se van a extinguir, aunque me demore un par de años en decidir que sí quiero probar de nuevo cómo es esto de ligar.

Mi jefe me felicita por mi recuperación. Tiene un ordenador donde otros tenemos el cerebro y casi puedo escuchar cómo calcula el dinero que ha podido dejar de ganar desde que enfermé. Me anima a que me aplique, quiere que fuerce la máquina para que todos los clientes se tranquilicen. La secretaria, que ha escuchado sus palabras, me pide bajito que me lo tome con calma mientras me deja las carpetas de mis cuatro primeras visitas.

Las horas se precipitan sin dejar un hueco para que me coma el plátano y las dos barritas energéticas que he metido en el bolso. A las doce del mediodía, y después de ocho clientes nerviosos a los que tranquilizo arrojándoles paladas de datos, por fin puedo entrar en el baño.

Dispongo de media hora y no quiero malgastarla saliendo a la calle para volver angustiada a las doce y veinte a preparar mi siguiente reunión. Me descalzo y camino moviendo los brazos, intentando dejar mi mente en blanco. Hago una parada en mis erráticos pasos por el despacho para coger el plátano y las barritas. Prosigo dando vueltas a la mesa y me acerco al gran ventanal. La vista no incluye el río, grandes edificios de oficinas es cuanto mis ojos contemplan. Necesito una distracción y busco mi playa.

Muevo los dedos. Imagino que la moqueta es la arena y ahí aparece: la playa de Asturias ha sido una imagen recurrente desde que enfermé. Hacía muchos años que no me acordaba de aquellas vacaciones forzosas a las que mi madre me apuntó pocos meses después de separarse de mi padre.

Era mi primer campamento. No alcanzaba la edad mínima requerida y mi madre rogó para que me admitieran. A fin de cuentas sí que tendría diez años, los cumpliría al sexto día de llegar. Ella lo estaba pasando muy mal y tenía que alejarse de todo para pensar. Lo escuché escondida detrás del sofá del salón, el lugar donde había sido testigo de algunas de las discusiones telefónicas de mis padres. Siempre recordaré ese momento, algo dentro de mí se rompió. Yo también estaba sufriendo. Quería que mis padres volvieran, que los tres juntos pasásemos las vacaciones en Málaga, que mi padre cavara un gran agujero en la arena para que me metiese dentro, lo volviese a llenar y yo

fingiese que no podía salir de él.

Mi madre me alejaba de su lado y ponía como excusa que yo también lo necesitaba. ¿Cómo podía saber que a mí también me convenía alejarme de Madrid unas semanas? No debería haber hablado con la responsable del campamento como si supiera lo que me pasaba. No me había preguntado cómo me sentía y yo no había tenido valor para contárselo. Adoraba a mi madre, quería verla feliz y no llorando durante horas.

Las primeras semanas después de que mi padre se fuera le consolaba guardando mi dolor. Me metía con ella en la cama y la abrazaba aspirando su perfume. Le proponía ir a pasear a las calles llenas de escaparates que tanto le gustaba mirar. Le animaba a probarse el vestido rojo que había estado observando embelesada, le contaba que la monja había alabado mi trabajo de ciencias naturales o cualquier cosa que se me ocurriese para no dejar que el silencio se colase entre las dos.

Yo había ignorado mi propio dolor para ayudarla y ella me apartaba de su lado, me enviaba lejos durante cuatro semanas. Había escogido el campamento más extenso que ofrecían, un mes en un pueblo de Asturias donde, según mi madre, tendría experiencias muy bonitas que siempre recordaría.

No quiero revivir aquel dolor. Hay heridas que nunca cicatrizan, cierran en falso guardando todos los gérmenes dañinos que las crearon. Aprovechan las recaídas para abrirse extendiendo su mal y duelen como si no hubieran pasado veinte años.

Me gustó aquella playa en cuanto la vi y recuerdo muy bien el primer día que nos llevaron. Yo solo conocía el Mediterráneo, un mar con aguas tranquilas y cálidas en verano, y al escuchar el ruido de las olas rompiendo contra las rocas me asusté. ¡Allí no se podía bañar nadie!

Había un grupo de niños en el agua. Estaban metidos hasta la cintura y si una ola les golpeaba saltaban chillando de alegría. El olor a sal era intenso. Cuando alcancé la orilla y los dedos de mis pies tocaron el agua, yo también grité bajito. El agua estaba fría pero no me acobardé y avancé con el resto de mi grupo.

Si mi despacho tuviera una máquina que pudiera transportarme elegiría esa playa. Me quitaría las medias y me acercaría al agua. En marzo el mar estará

helado y la playa vacía, por lo que podría chillar sin tener que contenerme.

—Beatriz.

—¿Ya ha llegado el cliente?

—Sí.

Miro el reloj que me regaló mi abuela cuando cumplí dieciocho años.

—Son las doce y cuarto. —¿Para qué se establece un horario, para que lo incumplan?

—Dice que le ha surgido una reunión extraordinaria a la una.

—Está bien —contesto dirigiéndome hacia el baño para retirarme de los dientes los restos de plátano que hayan podido quedar. Si tiene tanta prisa quizá pueda sacar diez minutos al finalizar la reunión para comerme las barritas sin que mi vida peligre por tragarlas sin masticarlas.

—Joshua Garret no va a llegar a tiempo, quiere venir mañana.

—Tendré citas todo el día.

—Cierto. Joshua ha propuesto las doce y media.

—¡Era mi única media hora libre!

—Ya se lo he dicho.

—¿Todavía está al teléfono?

—Sí, espera una respuesta.

—Dile que venga. —Joshua es uno de mis mejores clientes, no quiero contradecirle.

Cuando termina la jornada y salgo al exterior para caminar hasta mi casa siempre siento frío por lo que me ato todos los botones del abrigo. Mis manos y la punta de la nariz parecen cercanas a la congelación y si no cubro bien mi cuerpo para protegerlo comienzo a temblar.

La noche me gusta, las sombras me protegen, no tengo que fingir poniendo cara de mujer eficiente y segura. Camino cruzándome con cuerpos sin rostro a los que esquivo como si estuviera participando en una carrera de obstáculos.

Saco la primera barrita del bolso y la mastico ávidamente. La pelota de trocitos de cereal con chocolate con leche rebota en mi estómago. Imposible comer la otra. La dejaré en el bolso y en cuanto llegue a casa calentaré una crema de verduras de tetrabrik que cenaré en cuanto me duche. Mi plan de dieta sana y equilibrada y descanso no está saliendo como yo esperaba.

Despierto a las doce y veinte con el bol vacío sobre las piernas y el dossier de mi cliente más repelente en mi mano derecha. La ensalada que me preparé como segundo plato ya no parece apetecible: el vinagre de Módena ha quemado la lechuga y las rodajas de tomate y los taquitos de manzana verde se han oxidado. Vierto los restos en el cubo de la basura y cierro la bolsa para retener el olor. Mañana lo intentaré de nuevo.

Soy demasiado ambiciosa preparando mi desayuno, no se puede compensar lo que no cené anoche incrementando la cantidad en la siguiente comida. La segunda tostada se me atasca y tengo que recurrir al café con leche para tragar los últimos bocados. Intentar tomar el zumo de naranja ahora que siento el dulzor de las dos cucharadas colmadas de azúcar que he disuelto en mi taza de café es difícil y después de algunos intentos el contenido del vaso desaparece por el desagüe del fregadero.

Hay una tienda, en el camino hacia la oficina, que vende todo tipo de productos naturales. Si está abierta, tal y como creo, me llevaré un zumo natural que tomaré entre dos citas.

Mi pelo no tiene remedio. Siempre lo he llevado largo y me resisto a cortar la pobre melena que ahueco en un vano intento por que luzca como lo hacía hace tiempo. Siempre he envidiado esas melenas lisas que lucen impecables aunque haga viento. Ahora me alegra que la mía forme grandes ondas, ya que así parece que hay más pelo del que realmente crece.

Nunca me he quejado del tono, algunas personas dirían que rubio, otras que pelirrojo claro. Hace juego con mis ojos, dorados como la miel de azahar. Me gustan mis labios cuando están suaves y odio las pecas que salpican mi nariz y parte de mis mejillas.

Me aplico un maquillaje fluido que extiendo con esmero sobre las odiadas ojeras. Rímel, colorete y brillo labial rematan mi concesión a la coquetería. Tampoco pierdo el tiempo eligiendo la ropa, me gusta que sea cómoda. Suelo escoger trajes de chaqueta y pantalón, que complemento con blusas lisas y zapatos de tacón de cinco centímetros.

Llueve, así que me pongo la gabardina. Cojo el paraguas y salgo preparada para el nuevo día. Siento una infantil alegría cuando veo luz en la tienda. He pasado cientos de veces por delante y nunca antes había sentido el menor

deseo de entrar. Hay una sección entera dedicada a las bebidas preparadas con alimentos crudos. Una de dos: el aloe vera se ha puesto de moda o lleva tiempo en los mercados y yo me acabo de enterar. Todos los zumos tienen trocitos de esa planta flotando en su superficie y a los que han librado de tan poco apetecible producto les han jodido añadiéndoles zumo de apio o espinacas. ¿Hasta dónde van a llegar estos colgados de lo natural? El apio no se exprime, en ninguna cocina del mundo las madres preparan a sus hijos un zumito de espinacas para desayunar. Estos mejunjes deberían suministrarse en vena y no en vasos de plástico.

Entre tonos verdosos y marrones destaca una bebida de un bonito rojo cereza. Espero que no le hayan añadido remolacha, que es la única verdura de ese tono que me viene a la mente. ¡Zumo de frutas del bosque, naranja sanguina y pomelo rosa! Solo hay dos vasos y agarro uno con determinación antes de que otros compradores con gustos prehistóricos como yo acaben con las existencias.

¡Diez libras! ¿A quién le han comprado la fruta, a Caperucita Roja? Espero que sea bueno y lo acaben de exprimir en la trastienda, porque con diez libras se pueden comprar muchas fresas, arándanos y frambuesas.

Entrando al ascensor me acuerdo de un pequeño detalle: he comprado el líquido y me he olvidado del sólido. Tengo mi barrita energética de emergencia dentro del bolso. Será mi tentempié a media mañana.

—¿Te encuentras bien, Beatriz?

—No. —Voy a decir la verdad, no vaya a ser que me vuelva a desmayar —. Me duele el estómago.

—¿Qué has comido? —Mary, la secretaria, es como una madre para todos nosotros.

—He tomado un zumo.

—¿Y nada más? Son las tres y veinte.

—Era un zumo muy grande. —Me defiendo frotando con mi mano la zona donde nace el dolor.

—¿De qué era?

—De frutas del bosque y zumo de naranjas.

—¿Eso es lo único que has tomado desde la hora del desayuno?

—Tengo una barrita en el bolso.

—Ahí está bien. —Mary me reprende con la cabeza—. La acidez de la fruta combinado con el vacío de tu estómago te ha provocado ese dolor. Tengo galletitas saladas en mi escritorio.

Mary sale dando esos pasos tan peculiares que solo ella puede coordinar. Corre sin levantar el cuerpo. Me acerco a la ventana, me atrae como polilla a la luz. La lluvia golpea los cristales y nada me gustaría más que sentarme debajo de un porche enrollada en una manta a escuchar el sonido de las gotas y del viento.

—Cómete varias. —Mary me ofrece un tarro de plástico lleno de galletitas saladas y un botellín de agua.

—¿Ya ha llegado Paul Wilson?

—Tranquila, yo le entretendré preguntándole por sus perros. Los dos somos apasionados de los *whippet*. Él tiene tres machos y yo una hembra, así que la conversación está asegurada. Le enseñaré las fotos de mi damisela y él hará lo mismo con los suyos. Tienes cinco minutos, come despacio.

—Gracias, Mary.

Hoy iba a ser un día organizado. Tenía un plan muy bien estructurado que los clientes se han encargado de tirar por la borda. Tengo veintinueve años, soy mayor para organizar mi vida y sin embargo otros lo están haciendo constantemente por mí. ¡Y me olvidé el plátano del desayuno! Solo llevo una camisa de raso blanca y un pequeño sujetador debajo, y aun así estoy sudando. ¿Era este uno de los síntomas?

Hablaré con el jefe y le pediré vacaciones. El año pasado solamente disfrute de dos semanas: la primera se consumió en mi mudanza y la otra la malgasté viajando hasta París para reunirme con mi madre y su amigo de turno. Mirándolo bien, aquello tuvo su puntillo.

Mi madre se apunta a todo: clases de gimnasias diversas, cerámica, expresión corporal, bailes de salón... Afronta el aprendizaje de cualquier disciplina con el ímpetu de una persona que ha deseado hacerlo durante toda su vida y siente que por fin ha llegado el momento. Si no tiene novio no sabe qué hacer con su tiempo libre, y tiene mucho, todo el que le queda a una persona si le restas el que dedica a dormir, comer, arreglarse e ir de compras.

Mi madre me llamó una tarde emocionadísima. Había alquilado una buhardilla en el centro de París y desde la ventana de su habitación se veía la Torre Eiffel. Estaba en su etapa de pintora de arte abstracto y tenía su profesor particular: Michael. Era una joven promesa del que se hablaría mucho dentro de pocos años. Mi madre se había convertido en su mentora y me lo pidió con tanto ímpetu que acepté ir. Sabía que estaba cometiendo un error al creer que Michael se dedicaría en cuerpo y alma a pintar mientras mi madre y yo pasaríamos tiempo juntas deambulando por París.

Mi madre me había facilitado la dirección y subí las últimas escaleras arrepintiéndome de mi decisión. Si mi madre había venido a París con Michael, no era solamente para pasear y comer *croissants* en la terraza de un café con encanto. Toqué a la puerta tratando de tranquilizar a mi vocecita interior. Michael resultó ser Miguel Cendoya y era de Vallecas, un vigoroso ejemplar del sexo masculino que rezumaba testosterona incluso cuando bebía agua. Me abrió la puerta con el pincel entre los dientes. Estaba descalzo, no llevaba camiseta y su pantalón de lino amenazaba con precipitarse al suelo para dejar al descubierto su virilidad. Por el movimiento de la tela intuí que debajo no había ropa interior dando calor a sus joyas de la corona.

No me gustó; de hecho, sentí un poco de repelús ante tanta carne desbocada emanando un sudor dulce y empalagoso. Su pelo largo recogido en una descuidada coleta lucía sucio y enredado. Entré distraída preguntándome qué habría visto mi madre en aquel baboso, cuando me topé de bruces con ella tendida en el sofá como Dios la había traído al mundo.

Yo también soy mujer, las dos tenemos pecho y culo, pero ¡es mi madre! Verla tumbada como si fuera la maja de Goya, con esa horrible tela brillante morada tapándole la entrepierna, fue realmente duro. Cuando todavía estaba intentando componer cara de normalidad, me volví a derrumbar al echar un vistazo al lienzo de Michael.

¡Miguel Cendoya tenía la cara más dura que el cemento armado! Aquello era una chapuza. Si en lugar de mi madre hubiera estado tumbado un orangután de Borneo, habría repartido las mismas absurdas pinceladas por el lienzo. No tuve valor para dormir en aquel apartamento la primera noche, era demasiado pequeño y Michael parecía demasiado fogoso.

Cuando alguna vez hablo con mi madre y menciona aquella semana, me cuesta creer que nuestros recuerdos puedan ser tan diferentes. Para ella fueron unos días maravillosos con desayunos en coquetos cafés, almuerzos en restaurantes frecuentados por intelectuales y artistas, y salidas nocturnas a bares exclusivos. Mis recuerdos incluyen desayunos tardíos con Miguel Cendoya mirando libidinosamente a cuantas mujeres se pusieran a tiro, almuerzos en los que Miguel Cendoya se excusaba para ir al baño y regresaba media hora más tarde tocándose obsesivamente la cremallera del pantalón y visitas a antros donde el único que parecía encontrarse en su ambiente era Miguel Cendoya. Mi madre era demasiado mayor y yo alguien que no tenía nada que ver con aquellas personas que bebían como si se hubieran tragado un salero.

—Beatriz, ¿puede pasar Paul?

—Sí, Mary, ya me encuentro mejor. Muchas gracias.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, Beatriz. ¿Qué tal hace por ahí? Aquí tenemos dieciocho grados, el tiempo se ha vuelto loco.

—Ayer llovió y hoy está nublado.

—Todavía es invierno, es normal.

—Sí, tiene que llover si queremos una primavera bonita.

—Cierto. ¿Vas a venir a Madrid en Semana Santa?

—Todavía no lo sé, tengo mucho trabajo.

—El trabajo es lo primero. Yo también ando muy liado, las obras de ampliación de la fábrica me están volviendo loco.

—Claro... —Eso ya lo había imaginado. La fábrica es lo primero, yo estoy en la parte inferior de la lista.

—En cuanto todo termine buscaré unos días y tomaré un vuelo. Podríamos pasar un fin de semana juntos.

—Sería genial, papa.

—Lo será, hija. Tengo que dejarte. Cuídate, Beatriz.

—Tú también, papá.

No le he preguntado por su pareja. Me enteré del embarazo de su novia por mi madre. Su voz tenía un poso de rencor. Aunque han pasado muchos años no

ha olvidado; yo tampoco lo he hecho.

Hoy sí que lo tengo todo controlado. He tomado un buen desayuno al que he añadido los dos plátanos. He cambiado el bolso por uno mayor donde poder llevar sin que se aplaste un sándwich y un batido de chocolate.

—Buenos días, Beatriz.

—¡Ah! —Menudo susto. No esperaba encontrarme al jefe en mi despacho —. Buenos días, Adam.

—Lamento si te he asustado.

—He entrado distraída.

—Mary me ha dicho que tendrás libre de doce y media a dos.

—Eso creo. —Con la mala suerte que tengo últimamente lo creeré cuando lo vea.

—Quiero que hablemos. ¿Comemos juntos?

—Sí, claro.

—Muy bien. Nos vemos luego, Beatriz.

—De acuerdo.

Que Adam quiera comer conmigo puede significar algo malo a secas o algo muy malo. Me inclino por lo segundo. Hace unos días hubiera empezado a temblar, hoy contemplo esa posible desafortunada noticia con cierta tranquilidad, como si fuera una espectadora, y eso sí que es malo. Adam es un depredador. Cuando conversa cada una de sus palabras puede contener un segundo e incluso tercer significado, y para captarlos todos hay que estar en modo alerta al ciento veinte por cien. Mi primer cliente entra y durante media hora me olvido de todo menos de los dos millones de libras de la señora Patterson que invertí en acciones y que hoy le voy a devolver después de conseguirle una ganancia de doscientas veintisiete mil libras, una vez deducida nuestra comisión.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, Orson.

—¿Qué tal estás?

—Bien, gracias.

—Esta mañana el jefe te estaba buscando. ¿Podría saber para qué quería verte?

—Vamos a comer juntos —le respondo con un suspiro—. Pero no me ha adelantado de qué quiere que hablemos.

—Estoy casi seguro de que va a tener relación conmigo.

—¿Por qué piensas eso? —Orson es bueno, se preocupa por sus clientes, aunque en algunas ocasiones yo habría arriesgado más.

—Hace un mes me llamó a su despacho. Conversamos sobre mis resultados y Adam me sugirió que fuera más agresivo. Tus rendimientos son increíbles y Jason también obtiene grandes beneficios para sus clientes.

—Tú también tienes una estadística excelente.

—Insuficiente para Adam, quiere más. Antes de ayer me interrogó sobre media docena de clientes.

—Adam es muy ambicioso.

—Y a su novio le encanta el lujo. Hace falta mucho dinero para tenerle contento.

—Lo he comprobado, el Maserati es muy bonito.

—Y carísimo, Beatriz.

—Perdona, un segundo. —El teléfono suena y atiendo la llamada de Mary.

—¿Ha llegado tu cliente?

—Sí, siempre es puntual. Orson, no te preocupes, eres uno de los pilares de la empresa.

—Todos somos prescindibles.

“Sí —murmuro para mis adentros cuando Orson abandona el despacho—. Nos haremos mayores y otros corredores más jóvenes y con más energía ocuparan nuestros puestos. ¿Y dónde estaremos nosotros? ¿Dónde estarás tú, Beatriz? ¿En otra empresa, dirigiendo a tu propio grupo o desechada para el mundo laboral después de dar todo lo que tenías y quedar consumida?”

Quiero disfrutar ahora que soy joven de las olas, poder entrar al agua sin miedo a que el mar me desequilibre y ponga en peligro mi prótesis de cadera. Quiero arrancar una manzana del árbol y morderla con mis propios dientes, tumbarme en la arena sin preocuparme por cómo haré para levantarme con gracia de la toalla. Quiero comer moras a puñados sin pensar si me van a sentar mal porque mi viejecito estómago ya no tolere tanta acidez.

—Los clientes te quieren a ti, Beatriz. —Alan siempre tan directo.

—Orson es muy bueno.

—Lo es y todos se muestran muy agradecidos. Saben que tú puedes conseguir mejores resultados y están decididos a que solo tú les gestiones su dinero.

—Tal vez si pudiera hablar con ellos...

—No me parece buena idea.

Adam mastica su filete tranquilamente. Yo no puedo tragar mi ensalada con salmón. Los gestos de Adam son claros. Está decidido, no me está consultando, solo me lo está comunicando.

—Son demasiados clientes, no tengo tiempo.

—Te pondré un ayudante que se ocupará de las funciones más sencillas.

—¡Perdería más tiempo explicando lo que necesito que haciéndolo yo directamente!

Necesito estudiar personalmente cada dato, comprobar los mercados, estar al corriente de toda la información que pueda influir en el futuro valor de la acción.

—Hay mucha competencia, Beatriz. —Adam pincha los trocitos de brócoli con la misma determinación con la que me está hablando de las nuevas condiciones de mi futuro laboral.

—¿Dejarás que lo piense? —Necesito tiempo.

—¡Por supuesto! Lo hablaremos el lunes. ¿Vas a pedir postre? La tarta de tres chocolates es deliciosa.

—No, gracias, estoy llena. —Le contesto respirando profundamente para tranquilizar mi estómago. La tarde va a ser muy larga.

Siempre había subestimado el poder de una manta. Me parecía una soberana tontería cuando escuchaba a la gente decir lo bien que se sentían tapados con una. Yo llegaba a casa, la miraba, la desdoblaba y me la echaba sobre los hombros esperando que se comportara como una capa mágica que convirtiera mi vida en un lugar más hermoso. No sucedía nada y ahora entiendo la razón. Mi manta se ha estado reservando durante meses, ha esperado pacientemente en una esquina del sofá a que quisiera taparme honestamente con ella por primera vez. Sabía algo que yo desconocía: cuando la necesitase y me tapase la primera vez con ella nada volvería a ser igual.

Acurrucada con una taza de chocolate caliente la manta verde aleja las sombras.

¿Qué le voy a decir a Orson? Me encuentro entre la espada y la pared. No soportaría más carga de trabajo. Imaginar a ocho nuevos clientes con sus consiguientes reuniones y llamadas telefónicas me provoca sudor en las palmas de las manos. Cierro los ojos y cuento hasta diez muy despacito antes de volver a abrirlos.

No quiero pensar en ello. Puedo aplazar la decisión y esquivar a Orson, aunque hacerlo le ponga nervioso. Yo ya lo estoy y es preciso que de una vez por todas me concentre en examinar cada una de las emociones que estoy constantemente eludiendo. El momento de tomar partido en mi futuro se acerca.

Me levanto pesarosa. Me gustaría quedarme hecha un ovillo debajo de mi manta con la mente perdida en la televisión y fingir que todo va bien. Entro en la habitación. Me encuentro muy sola y una mujer con tetas enormes empeñada en que el cirujano le opere para ponerle unas nuevas prótesis de mayor tamaño me hará compañía, sin ella saberlo, hasta que el sueño aparezca.

Este jueves ha comenzado mal. He tenido pesadillas que no recuerdo y que me han dejado una desagradable sensación, que ni el aire polar que barre la isla ha conseguido arrancarme. Me cruzo con el primer cliente en el *hall* del edificio antes de tener la oportunidad de zafarme. La reunión da comienzo en el ascensor donde el misterioso señor Zimmerman se dedica a quejarse de los mediocres resultados que estoy obteniendo en esta ocasión.

No me pregunta qué tal me encuentro y yo tampoco le agradezco que pidiera ayuda cuando me desmayé, porque tengo el presentimiento de que no desea recordar que yo tuve la desfachatez de perder el conocimiento delante de él.

Intento hacerle entender que ganar un treinta y uno por cien en un día solo pasa una vez en la vida y a él ya le sucedió. No debería mostrarse desconforme con una ganancia del cuatro y medio. En la bolsa se pierde de vez en cuando, nadie gana eternamente.

Me sigue hasta el despacho, un acto que me irrita, ya que me gusta disponer de cinco minutos a solas que utilizo para colgar el abrigo, encender mi

ordenador y hacer una última lectura de los datos del cliente con el que tengo que reunirme.

Se sienta como si estuviera en el salón de su casa y continúa con su retahíla de quejas. Las ha memorizado tan concienzudamente que las suelta como si estuviera recitando un padrenuestro. Procuero mantener un tono conciliador y una media sonrisa, ignorando el doloroso latido de mi sien.

—No me está prestando atención. ¡Cómo no es su dinero el que está en juego!

—Eso no es cierto. —Mi voz se ha elevado un tono y carraspeo para disimular la tensión que estoy acumulado—. Trato el dinero de mis clientes como si fuera mío y prueba de ello son los beneficios obtenidos hasta la fecha.

—El último no ha sido tan bueno.

No va a cambiar de idea, su mirada está fija en su pantalón. Con su dedo meñique izquierdo levantado como si estuviera señalando a la luna retira pelusas inexistentes que arroja al suelo cual indeseables piojos. Me parece ridículo ese anillo de oro con esmeralda engarzada. ¿Qué tipo de hombre lleva un anillo ostentoso en ese dedo? Uno como el señor Zimmerman. Alguien tan estirado que se podría romper en cualquier momento.

Se ha despertado enfadado y yo soy su saco de boxeo. Ya he pasado anteriormente por situaciones similares. Se levantará cuando se agote, se marchará con rígidos movimientos y olvidará esta conversación cuando consiga otro éxito que le haga ser un poquito más rico.

—Estoy esperando un dato que podría suponer un revulsivo para ciertas acciones. —Es mi frase comodín y espero que funcione.

—Quisiera hablar con Adam.

—Bien. —¡Qué puedo decir!

—No pareces muy molesta.

—Trabajo para Adam, no puedo negarle a un cliente que se dirija a él.

Me levanto temblando. Los músculos de mi cara están tan rígidos que no soy capaz de esbozar una sonrisa final. Abro la puerta de mi despacho y le invito a que se marche. Ni pestañea, me provoca con la mirada y no quiero ponerme aún más nerviosa.

Salgo expirando el aire que he contenido y le cuento a Alan el problemilla

que tengo sentado en mi despacho. Le conoce mejor que yo y me tranquiliza con una de sus escasas sonrisas. Espero tomando un té con Mary hasta que veo pasar a los dos charlando amistosamente como si las quejas que todavía resuenan en mis oídos se hubieran convertido en humo.

Comunico a Mary que no debe pasarme a otro cliente hasta que le avise y entro al baño, donde arrodillada vomito el desayuno. Si algo positivo se puede obtener de esta situación es que ya no tendré que esquivar a Orson. Ha intuido que una parte de mi malestar podría haberla causado involuntariamente y asoma la cabeza para desearme que me mejore posponiendo nuestra charla para mañana.

—Veamos cuánto pesas, Beatriz.

Me subo a la báscula apostando que no llegaré a cincuenta y dos. El doctor Tanner espera a que la enfermera le dé una cifra para anotarlo en mi historial.

—Cincuenta.

¡Bingo! Siempre acierto con los números, aunque en esta ocasión he hecho trampas. Puedo dar la vuelta a la falda sobre mi cintura como si fuera un aro de gimnasia rítmica. Mi pecho también me ha avisado esta mañana, o se ha vuelto más pequeño o el sujetador ha cedido y a mi ropa interior nunca le ha sucedido tal cosa.

—Ayer me puse mala.

El doctor se levanta, se acerca y comienza a palparme el cuello. Habrá que ser sincera. El médico es como el cura: a él se le puede contar todo y guardará silencio para proteger al paciente.

—Vomité varias veces y esta mañana también he tenido problemas para tomar el desayuno.

—No quiero sermonearte de nuevo. Eres una mujer inteligente para entender que, si tu cuerpo se queja, tendrá sus razones.

—Lo sé y voy a tomarme unas vacaciones. —La primera sorprendida ante esta firme decisión soy yo. ¡No lo sabía! Lo había pensado y creía que todavía tenía tiempo para seguir meditándolo.

—Me alegra saberlo. Necesitas cambiar de aires, poder mirar desde la distancia.

Contárselo al médico ha sido fácil, no es mi jefe. Él no tendrá que calmar a

los clientes, escuchar sus quejas al saber que serán atendidos por otros compañeros.

¿Y si le mandase un correo electrónico para comunicárselo? ¿Sería inapropiado?

CAPÍTULO 4

—Voy a coger vacaciones.

—¿Perdona? —Respira Adam, que te estás poniendo morado.

—Trabajaré la semana que viene para reunirme con todos los clientes y después me tomaré un mes de vacaciones.

—¿Te marchas un mes? —¡Pues claro que me marchó, te lo acabo de decir!

—¿Puedo saber las causas? Si es por tu comisión...

—Necesito descansar, Adam. —¿Acaso pronuncio mal la palabra vacaciones en inglés?

—Es un mal momento, Beatriz. —¿Y cuándo sería buen momento para ti, en el siglo veinticinco?

—Si no me recupero no podré tener ni buenos ni malos momentos.

El tono de Adam se ha congelado. Vuelve a fijar la mirada en la pantalla de su ordenador. Le conozco, está pensando en todas las repercusiones que mi ausencia tendrá en su empresa, y por el color que están tomando sus mejillas intuyo que no le parece aceptable el balance contable que dejaré el tiempo que permanezca lejos de su negocio.

—¿Algún problema con los compañeros? Podemos hablar de ello, Beatriz. Tenemos confianza para tratar cualquier cuestión, no saldrá de estas paredes.

—Me llevo muy bien con todos. —No parece capaz de entenderlo.

—¿Entonces? —Su voz vuelve a caldearse. Ahora querrá apelar a mi sentido de la fidelidad—. Somos una pequeña familia, formamos un buen equipo. ¿Por qué no coges una semana en abril? Dicen que la Feria de Abril es muy divertida.

¡En la Feria de Abril estaba pensando yo! ¡No se cómo no se me había ocurrido! ¿Me dará tiempo a encargarme un traje de sevillana? Estaría muy pintoresca envuelta en tela roja con lunares rojos. Podría tomarme media docena de rebujitos antes de caer todo lo larga que soy al suelo en coma etílico. ¿Y el resto de marzo, Adam? ¿A seguir produciendo? Nunca estaré

libre, todo aquello que hace años me hizo temblar de emoción ahora me oprime las entrañas.

—En cuatro años he descansado seis semanas. Lo siento mucho, Adam, pero necesito desconectar. Ya he tomado la decisión. Lo he meditado mucho este fin de semana. De hecho, ya había comenzado a sentirme incómoda antes de ingresar en el hospital.

—Si es cuestión de tiempo podríamos llegar a un acuerdo: trabaja menos horas. Podrías cogerte la tarde del viernes libre y alargar así el fin de semana.

—Dudo mucho que cambie de idea. Como ya te he dicho es algo que debo hacer. Mi cita habrá llegado ya, voy a atenderla.

—Claro, claro.

Adam no mueve sus ojos del monitor para despedirme. Está enfadado, algo que ya sabía que sucedería. Es una de las causas que me han llevado a este punto del que casi no retorno. Es incapaz de comprender que hasta las mejores máquinas se estropean si las fuerzas de modo continuado.

Yo también tengo mi ración de culpa; tendría que haber marcado un límite, haberle hecho entender desde el principio que no estaba dispuesta a sacrificar mi vida por la empresa.

—Dame un minuto, Mary —le pido a la secretaria asomando la cabeza de camino a mi despacho.

—Tranquila, está hablando por teléfono. Le ha llamado su exmujer. En esta ocasión le está reclamando la casa de la costa brava. Tienes por lo menos diez minutos.

—Muy bien. —Minutos de menos que tendrá el puntilloso señor Wells. Si su tiempo es precioso, el mío también es importante. De momento hacerme una bolita en el sofá y taparme con mi manta es mi único *hobby*. Ya encontraré otros, todo es cuestión de proponérselo.

¡Son las seis y diez y estoy en la calle! Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que terminé de trabajar a esa hora. Hoy he respetado mi horario, no el que han tratado de imponerme los clientes. Algunos se han marchado bastante disgustados y otros todavía deben estar pensando en lo que les he dicho y en cómo se lo he dicho.

La brisa matutina se ha convertido en fríos cuchillos que se clavan en mi

cara y en mis manos. Ajusto mi pañuelo hasta que me cuesta respirar y aprieto los puños dentro de los bolsillos del abrigo para contener los temblores de mi cuerpo. Se queja ante el cambio brusco de temperatura y no le culpo. Yo también quiero llegar a casa y lo haría corriendo si no fuera porque los pies se me han helado y bailan dentro de los zapatos.

Siempre hay turistas en Londres, son incansables. Se paran en el puente para sacarse fotos, cruzan caminando a paso de caracol, buscan a alguien que les saque una instantánea, siendo yo la agraciada en esta ocasión. ¡Compraros un palito y haceros un selfie como hacen los japoneses!

—Muchas gracias. —Son españoles y parecen muy enamorados.

—De nada.

Les dejo mirando la instantánea que les he sacado. ¿Qué se siente? ¿Cómo es posible levantarte con una persona, compartir desayuno, volver a casa para encontrarte con esa misma persona, cenar con ella y dormir a su lado? ¡Y hacerlo todos los días de la semana!

Me sentiría prisionera. Llevo mucho tiempo haciendo lo que me viene en gana. ¿Es el amor un sentimiento tan poderoso como dicen? Sería bonito averiguarlo.

—¡Esa rubia guapa!

Alguien está piropeando a una mujer con una frase muy poco original.

—¿Quieres follar conmigo?

¡Eso sí que es ir al grano! Para qué perder el tiempo con palabritas cariñosas, si lo que está buscando el hombre es darle un desahogo a su entrepierna.

—¡No me pongas esa cara tan seria! Tengo algo muy bueno para ti. Conmigo gozarías como nunca.

El chico emerge entre los grupos de turistas hasta cortarme el paso. Mulato, un metro ochenta, muy delgado y con una dentadura amarillenta como si acabase de comer una pastilla de regaliz.

—No, gracias. —Soy la agraciada con sus hermosas y caballerosas proposiciones.

—¿Vives cerca? Por cien libras te lo hago tres veces.

—Por favor. —Me intercepta el paso. Algunas personas, imagino que

conocedores de la lengua de Cervantes, se han detenido al escuchar las explícitas palabras de este descarado e indeseable espécimen del sexo masculino.

—Hagamos un trato: veinte libras por cada orgasmo que te provoque.

Su boca se abre groseramente al pronunciar la última palabra. Si está buscando excitarme lo está consiguiendo. Me están entrando unas ganas terribles de poner mis manos en su pecho, acercar mi cuerpo y ¡tirarle a las aguas del Támesis!

—Ya es suficiente. Si no me dejas pasar llamaré a la policía.

Da un paso hacia atrás, inclina la cabeza hacia la derecha y me sonrío lamiéndose los labios. Yo no me he excitado, pero a él pensar en lo que le gustaría hacerme le ha debido de poner en una situación incómoda. Abre las piernas para darle espacio a lo que quiere meterme hasta que me quede afónica de chillar.

—No te hagas la fina conmigo —me susurra—. Tienes cara de viciosa. Te lo hago gratis.

¿Yo tengo cara de vicio? He debido de ponerla al pensar en mi pijama de forro polar. Será porque yo tengo mis deseos sexuales en búsqueda y captura desde hace dos años y once meses, pero no entiendo cómo alguien puede estar cachondo con el frío que hace.

Me cede el paso con una reverencia y un guiño de ojo. Cruzo el resto del puente meditando. ¿Cuándo fue la última vez que recibí un cumplido? Sin contar el intento de este mulato para ponerme mirando hacia cualquier punto cardinal para facilitarle el desahogo, obtengo como conclusión que debe ser demasiado tiempo ya que ni me acuerdo.

Una vez escuché a una sexóloga decir que el deseo sexual aumenta cuando se mantienen relaciones sexuales a menudo. Tengo una duda: como nunca lo hago y nunca tengo ganas, ¿tendría que forzarme las primeras veces para despertar el deseo o podría surgir de modo espontáneo ante el estímulo adecuado?

Hacerlo sin ganas sería desagradable y bastante difícil de acometer, además de una injusticia para el hombre elegido. Seguramente a tipos como el que me ha ofrecido sexo a grito pelado le será indiferente lo que la mujer

sienta mientras le deje finalizar la faena.

Como si estuviera en una competición me quito la ropa y la arrojo sobre la cama. Sin movimientos inútiles me pongo el pijama y las zapatillas. Mi asistente repone cada hueco que dejo en el frigorífico con comidas sanas y nutritivas. Me prepararé una ensalada: tomate, plátano, nueces, uvas pasas, taquitos de queso, melocotón en almíbar, maíz dulce y fiambre de pechuga de pavo. Una buena ración debería contener todos los nutrientes que mi flaco cuerpo necesita para soportar otro día más en la oficina.

La sección de postres de mi nevera también está bien surtida: natillas de chocolate, copas de nata con crema de chocolate, panacota, flan de queso y el glorioso tiramisú. Es mi postre favorito y, como no tengo problemas de azúcar ni colesterol, saco dos raciones para que, mientras ceno la ensalada, pierdan el exceso de frío.

El sofá me está mirando, me invita a cenar cómodamente sentada en una esquina. Piernas juntas, cuenco de ensalada sobre las rodillas, tenedor en una mano y mando de la televisión en la otra.

“¡Quiero ese vestido!” ¡Pues cómpratelo de una vez! Menudo programa aburrido. Yo ni estoy prometida ni voy a casarme. La chica de la televisión se está probando un vestido con más brillos que un árbol de Navidad. ¿A quién le importa cómo le siente el escote a la una rubia pechugona de Atlanta? ¿Y qué interés podría tener para la humanidad que la madre le sugiera que se ponga uno que tenga encaje y varios metros de cola? Seguramente será muy interesante para alguien que no soy yo, una chica que tenga novio y haya pensado en casarse con un largo y virginal vestido blanco.

Mantengo la televisión encendida para no sentirme sola y busco en mi mente en qué punto dejé esta mañana mis divagaciones sobre mi futuro. Hay algunas cuestiones que ya he decidido:

- Necesito unas largas vacaciones. (La playa de Rodiles será mi destino y ya se lo he comunicado a Adam).
- Tendré que pensar qué cambios querré instalar en el trabajo a mi regreso.
- Tengo que recuperar mi vida social. (Tendría que haber pensado

"crear" una vida social, pero era tan patético que me hubiera deprimido al escucharme.)

Me detengo en mi decisión de pasar un tiempo en Villaviciosa. Hacía años que no recordaba aquel verano en Asturias. Desde que desperté en la sala de urgencias pensando en aquella playa, ha sido un recuerdo permanente. ¡Tiene que significar algo!

Dejo los restos de la ensalada en la mesita auxiliar cuyo sentido acabo de encontrar y tomo la primera tarrina de tiramisú. Averiguar lo que necesito está bien, saber si puedo permitírmelo será el siguiente paso. De nada servirá centrarme en lo que me gustaría hacer si no tengo posibilidad económica para llevarlo a cabo.

Tengo algunos ahorros, no muchos, ya que invertí lo que había guardado en pagar una parte de la vivienda. Por fortuna los meses posteriores a la adquisición de mi apartamento han sido los más rentables y mi cuenta bancaria tiene dinero suficiente para sobrevivir sin problemas durante un año siempre y cuando mantenga una vida sin ostentaciones.

La cuestión de la cuota del préstamo ha sido resuelta gracias a las empresas que se dedican a alquilar viviendas por semanas a turistas o personas que necesitan un alojamiento durante unos días por motivos laborales y prefieren un apartamento antes que quedarse en un hotel.

Me han asegurado que la ubicación de mi propiedad garantizará su ocupación permanente. Eso me permitirá pagar la mensualidad del préstamo y quedarme algo de dinero, que guardaré porque cuando regrese no voy a ganar la misma cantidad de antes. Si trabajo menos tendré menor comisión y desconozco si podré mantener mi ritmo de vida actual.

Tomo el segundo tiramisú, abro la tapa y acerco la cucharilla. Cierro de nuevo el envase y me levanto para devolverlo al frigorífico. Me lo podría comer porque me encanta pero estoy llena y tanto queso *mascarpone* no me dejaría dormir.

Recojo el resto de utensilios, me lavo los dientes y regreso a mi rinconcito con el portátil en la mano y libreta y boli en la otra. Enciendo el aparato, tecleo alojamientos en Villaviciosa en el buscador y espero. Hora y media

después tengo suficientes conocimientos de hoteles, casas rurales, alquiler de viviendas y campings de la comarca para poder tomar una decisión.

Sueño que estoy dentro de una tienda de campaña naranja. El calor es sofocante y busco la cremallera para que entre algo de aire fresco. Estoy muy cerca de un acantilado y sin embargo no siento temor. Gateo sofocada hasta el borde. El agua está en calma y me tiro sin miedo disfrutando de cada segundo de caída. Cuando me sumerjo sé que he hecho lo correcto, ese es mi sitio y el mar se alegra de mi regreso meciéndome.

¡Seis y veinte! Los veinte minutos de retraso en mi salida son prueba de que he tomado la decisión adecuada. Los clientes nunca han tenido en cuenta mi horario, están acostumbrados a que todo el mundo siga el suyo y hay que luchar para que se marchen del despacho cuando se cumple la media hora estipulada. Me agota esta lucha. Me cuesta mucho ser cortante, levantarme de la silla y acompañarles hasta la puerta cuando algunos de ellos no muestran el menor deseo de irse.

Voy a cancelar mi suscripción al gimnasio para que no me giren más recibos. También quiero pasar por la inmobiliaria para matizar que deseo que mi asistenta continúe encargándose del mantenimiento de mi apartamento. Ella lo cuidará y me mantendrá informada si detecta cualquier anomalía. De regreso a casa pararé en la tintorería para recoger ropa.

—Rubia, ¿te apetece follar hoy?

¡Joder! Debería haberme quedado hasta las ocho en el despacho. El impresentable de ayer está en el mismo lugar del puente del Milenio.

—No. —Intento ser más rápida que él, aunque nuevamente me corta el paso con una espátula en la mano.

—Anoche no pude dormir pensando en ti.

Ni le contesto. Yo no me acordé de él ni para desearle que se infectara de una enfermedad venérea cuando estuviera dándole placer a alguna de sus improbables conquistas.

—Dime qué es lo que te gusta y yo te lo haré.

—No quiero nada contigo, así que déjame pasar.

—¿Quieres que te lo coma todo, que te lo haga fuerte? ¿Te gusta que te azoten? Espera, que ahora mismo vuelvo.

¡Ni loca te voy a esperar! Aprovecho que se ha retirado para alejarme de él, aunque la curiosidad me vence y giro la cabeza cuando ya he interpuesto una distancia prudencial. ¡Es el vendedor de garrapiñadas! Por eso llevaba la espátula en la mano, para mover los cacahuets. Yo mañana por aquí no paso.

—Esta mañana he hablado con alguno de tus clientes y la mayoría han aceptado que compañeros tuyos gestionen su dinero hasta que regreses.

—Estupendo. —Yo tenía la conciencia tranquila, aunque es de agradecer que mis esfuerzos para que no cundiera el pánico entre los suspicaces inversores hayan dado sus frutos.

—¿Ya has decidido dónde vas a disfrutar de tu mes sabático?

—Vuelvo a España.

—Me encanta el sur: Sevilla, Cádiz, Málaga...

—Voy al norte.

—No lo conozco.

Adam me ha ofrecido la pipa de la paz con una comida ligera pedida a un restaurante japonés que hace un sushi succulento. Hoy es mi último día. Noto un cosquilleo que identifico como un setenta por ciento de nervios por lo cerca que se encuentra el cambio de rumbo y el cuarenta por ciento restante es pena por alejarme de las personas con las que he compartido muchas horas. Voy a echarlas de menos, incluso a Adam.

—Pastos verdes, arenas blancas, aguas frías en invierno y estimulantes en verano, noches frescas.

—¿Y cómo se llamaba tan idílico lugar?

—Villaviciosa. Deberías conocerlo. La playa de Rodiles te gustaría.

—Me lo pensaré. Beatriz, espero que encuentres el descanso que estás buscando.

—Muchas gracias, Adam.

Voy a pasar por última vez en un tiempo por el puente del Milenio. Con un poco de suerte el tío de las garrapiñadas estará atendiendo. Ayer hacía bueno y los turistas esperaban en una ordenada fila delante del puesto. El mulato con ganas de mambo tenía la cabeza agachada contando los cambios que le daba a una niña y yo pasé corriendo mirando hacia otro lado. ¡A saber dónde habrá tenido las manos metidas mientras preparaba los cacahuets y el azúcar!

Los meteorólogos han pronosticado que se aproxima un frente frío que dejará abundantes precipitaciones y un descenso brusco de la temperatura. Los informativos, la prensa escrita, internet... no se habla de otra cosa. Todos, turistas y locales, han salido para estirar las piernas antes de que la lluvia les obligue a enclaustrarse en sus casas.

Mañana a las seis y media de la tarde, hora local, montaré en un avión que me llevará hasta el aeropuerto de Santander. De nuevo las circunstancias parecen empujarme con fuerza y urgencia hacia el norte. Esta mañana busqué vuelos a aeropuertos cercanos a Villaviciosa. Quería volar el lunes o martes, pero no quedaban pasajes hasta el próximo jueves. Soy muy testaruda y no me gusta que nada ni nadie me obligue a cambiar de planes.

Adelantar dos días mi partida será incómodo, no imposible. Lo tengo todo controlado: despedirme de mi asistenta que ya me estará esperando en casa, llevar al trastero anejo al apartamento la ropa que no me voy a llevar a España, meter en las maletas el resto de la ropa, mis artículos personales, mi portátil y mi manta verde.

Mañana me levantaré con calma, desayunaré y me acercaré a la inmobiliaria a entregar un juego de llaves y a ultimar las condiciones del alquiler del apartamento. Comeré por última vez en mi sofá, cerraré con llave, llamaré a un taxi y me despediré de Londres por unas semanas.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana, rubia?

—Me voy de vacaciones. —Me voy a dar el gusto de darle un corte al salido de las garrapiñadas.

—¿Sola?

—Sí. —¡Agg! Tenía que haber dicho que no.

—Porque tú quieres, llévame contigo. Soy un hombre muy caliente.

—Eso es porque tienes la cinturilla del pantalón pegada todo el día al fuego.

—¿Cómo?

Una familia se ha acercado al puesto. El mulato les ha visto y aprovecho este momento para dejarme llevar. Total, no voy a volver a verle, yo también puedo jugar.

—Digo —le hablo bajito— que tienes la polla caliente porque la pones

cerca de las garrapiñadas.

Acompaño mis palabras con un gesto de deseo que interpreta inmediatamente mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Piensa que me tiene en el bote, merece este pequeño castigo por la vergüenza que me ha hecho pasar estos días.

—No te marches, ahora mismo vuelvo.

—Claro, chicarrón. Te espero.

Sale despedido espátula en mano y yo aprovecho para desaparecer mezclándome con los niños de una excursión escolar.

—Estamos llegando al aeropuerto Severiano Ballesteros. La temperatura exterior es de nueve grados y llueve copiosamente.

¡Menuda mala suerte! No tengo paraguas y mi compañera de vuelo me ha comunicado que tendremos que cruzar la pista caminando. No hay pasarela y el avión estacionará a bastantes metros de la terminal.

—¡Menudo viento! —se le escapa a un chico que está sentado cerca cuando las ruedas tocan la pista varias veces antes de hacerlo definitivamente.

Si en el aeropuerto de Stansted llovía cuando el avión despegaba, en Parayas está cayendo el diluvio universal. Me ato todos los botones de la gabardina, cruzo mi bolso sobre la cabeza para tener libertad de movimientos y me preparo para bajar las escaleras lo más rápido posible y echar a correr hasta la tejavana del edificio.

Me toca delante una señora que desciende las escalinatas metálicas a velocidad de tortuga octogenaria. Tiene las piernas terriblemente hinchadas. Lucen un peligroso tono morado que todavía se muestra más oscuro en algunas zonas. Ocupa literalmente todo el espacio y se agarra con ambas manos a las barandillas.

Intento volver a la cabina del avión, pero la desgraciada de la azafata ha continuado despidiéndose de los pasajeros con cara de tonta en lugar de decirles que esperasen un par de minutos hasta que las escaleras quedasen libres de nuevo. Todos los que estamos a la cola y no disponemos de un paraguas debemos tener la misma cara de contenida angustia.

Cuando la mujer posa por fin sus pies en tierra firme, los que podemos nos lanzamos a la carrera y descubrimos, cuando ya no tiene remedio, que no ha

sido la mejor idea. El asfalto no puede absorber tantos litros de agua y los charcos se unen formando una superficial laguna que salpica nuestros calzados y nuestras piernas. Entre el agua que se desliza en regueros por mi cabeza camino de mi cuello y la que asciende cuerpo arriba en cada chapoteo recibo un baño de agua de Cantabria. Solo se salva mi braguita y lo que ésta cubre.

—A todos les sucede la primera vez, y a algunas tontas como yo también la segunda, y la tercera...

Mi compañera de viaje es una simpática santanderina que ha aprovechado la línea de *low cost* para visitar a una prima que trabaja en la embajada española en Londres.

—Intentaré que a mí no me pase la segunda vez.

—¿Dónde vas a quedarte esta noche? Si quieres puedes dormir en mi piso. Mi padre estará fuera esperándome.

—Muchas gracias, pero tengo una reserva en un hotel.

—Anúlala.

—A estas horas —son las diez y media, nuestro avión salió con retraso—, ya no puedo hacerlo. Tuve que dar la numeración de mi tarjeta de crédito y me cobrarán la noche. Te lo agradezco.

—Dejarás al menos que te acerquemos. ¿Cómo se llama el hotel?

—Espera que lo mire en el móvil... Chiqui se llama. ¿Lo conoces?

—¡Todo el mundo en Santander conoce el Chiqui!

—Espero que sea porque es bueno.

—Te gustará. Ahora está lloviendo y es de noche, pero mañana cuando te despiertes y te asomes a la ventana alucinarás.

—¿Tenéis que desviaros mucho para llevarme al hotel?

—No, vivo en la S-20, está muy cerquita.

—¿Segura? —No quiero resultar una molestia—. Puedo tomar un taxi.

—Segura, suelo pasear cerca del hotel. Es un camino precioso para recorrer por las mañanas y los del tiempo han puesto un sol radiante desde que amanezca. ¿Te vas a marchar a Villaviciosa nada más levantarte o te quedarás algunas horas?

Estamos esperando nuestros equipajes. La cinta transportadora ni siquiera ha comenzado a moverse, por lo que aprovecho para quitarme la gabardina y

sacudirla. Menos mal que la prenda ha resultado ser impermeable tal y como anunciaba el fabricante.

—A las doce. A esa hora tendré que dejar el hotel —le respondo a Tina secándome cara y el cuello con pañuelos higiénicos de papel.

—¿Sueles madrugar?

—Estoy acostumbrada a levantarme pronto y me despierto a la misma hora, aunque no tenga que ir a trabajar. —¡Trabajar! El lunes no tendré que ir a la oficina. ¿Qué es lo que he hecho?

—Yo no me acostumbro a los madrugones. Los fines de semana me quedo en la cama hasta la una si puedo. Por desgracia mañana no podré ejercer de guía local contigo. Mis abuelos celebrarán sus bodas de oro y hay comida familiar en la casa del pueblo.

—No te preocupes. —Para hacerlo ya estoy yo, he renunciado durante un tiempo a un trabajo muy bien pagado y no sé qué demonios voy a hacer cuando llegue a Villaviciosa—. Si me das las indicaciones iré encantada, estoy deseando pasear.

Me despido de Tina y de su padre asegurándole que le escribiré contándole mis impresiones sobre la ruta que me ha propuesto y mis aventuras por Villaviciosa.

Mientras espero a que la recepcionista formalice mi registro en el hotel pienso que Tina será una de tantas personas que pasarán por mi vida como una anécdota. Le enviaré un wasap para agradecerle de nuevo su ayuda. Le contaré cuánta razón tenía recomendándome hacer ese paseo, aunque no me haya gustado, y ahí terminará nuestra relación. Yo soy así.

Lo primero que hago en cuanto entro a mi habitación es salir al balcón para ver el mar. Solo caían unas pocas gotas cuando he llegado y estaba deseando asomarme a la barandilla del paseo marítimo para relajar la vista mirando a las olas. Hacerlo con dos maletas y con Tina y su padre diciéndome adiós hubiera sido un poquito extraño.

Me ha tocado la última habitación del pasillo, el balcón mira al mar y a un edificio que deduzco son viviendas, ya que algunas ventanas tienen cortinas y otras estores. Es un increíble lugar para vivir. Los vecinos pueden salir con la toalla al hombro en verano, darse un baño en el mar y regresar para tomar el

desayuno en la terraza, sin necesidad de caminar largas distancias ni montarse en un vehículo.

La luna asoma entre las nubes. Es un momento mágico y quiero aprovecharlo. No hay nadie en la calle, algo normal después de la tromba de agua que ha caído sobre la capital. Me pondré algo seco y daré un pequeño paseo frente al hotel antes de meterme en la cama.

El aire limpio después de la lluvia se mezcla con las diminutas gotas que las olas lanzan cada vez que rompen contra el muro de piedra. Respiro profundamente y el recuerdo asociado a ese olor aparece en mi mente.

Me encantaban aquellas tardes de playa. En el campamento desayunábamos a las nueve y a las diez todos los niños estábamos listos después de lavarnos los dientes y dejar nuestras camas ordenadas. Si hacía buen tiempo, y aquel mes de julio debió de ser de los mejores por la cantidad de días seguidos de sol que disfrutamos, acudíamos a granjas para ver cómo ordeñaban las vacas, montábamos a caballo, ayudábamos en la huerta del campamento o jugábamos en un gran prado donde los monitores organizaban turnos para tiro con arco, carreras de sacos o tiempo libre para dejarnos llevar en actividades tan simples como girar hasta caer al suelo mareados.

Si no llovía después de comer preparábamos nuestras mochilas, montábamos en las furgonetas de la empresa y aburríamos a los sufridos monitores cantándoles siempre las mismas canciones que suenan en todas las excursiones infantiles. Nos bajábamos del autobús como si fuera la primera vez que veíamos el mar. Colocábamos nuestras toallas siempre en la misma zona de la playa, nos quitábamos la ropa y formábamos dos grandes círculos; niños por un lado y niñas por otro. Aquella tontería nos hacía mucha gracia. ¡Qué bonito es tener diez años! Y con el bote de protección solar en la mano recibíamos al tiempo que aplicábamos una capa de crema en la espalda que algunas veces llegaba hasta media cabellera y que nos tenía entretenidos durante un rato.

Los juegos en la playa eran los mejores: palas, concurso de castillos y fútbol americano. Había un monitor enorme, un gigante rubio de ojos claros que tenía loquita a sus compañeras de trabajo. Yo todavía jugaba con muñecas, por lo que era inmune a sus encantos. El primer día que me habló me asusté.

Nunca antes había escuchado una voz tan grave y pensé que me estaba riñendo.

Jugaba en un equipo estadounidense y el resto de monitores solía preguntarle cuestiones sobre ese deporte mientras nos cuidaban. Un día formamos equipos mixtos. Nos explicó las reglas del fútbol americano, marcamos el campo en la arena seca para que amortiguase las caídas y jugamos dos minutos. El monitor, cuyo nombre por más que lo intento no consigo recordar, había pedido a los chicos que jugasen midiendo sus fuerzas.

Cogió el balón una niña muy chiquitita que se pasaba el día entero metiéndose el dedo en la nariz. Fue lista y lo tiró al suelo en cuanto vio cómo un chaval muy moreno se acercaba corriendo para intentar placarla. Tenía mi edad, mes arriba o abajo, y estaba lozana. Recuerdo sus pechos, más grandes que los que tienen muchas mujeres adultas, y los muslos tan gruesos que los pantalones cortos se le iban subiendo cuando corría hasta quedar arrugados en la entrepierna. Había que separar a niños y niñas si queríamos continuar jugando.

Todos queríamos tener al gigante rubio como entrenador, en mi caso porque era el único que realmente sabía jugar. Yo quería ganar a aquella repelente niña de Lérida que parecía que lo sabía todo. Las razones de algunas de mis compañeras mayores eran diferentes a las mías. En cuanto se caían acudían quejándose para que les prestara atención.

Me parece escuchar unos pasos. Me giro y un tipo con una capucha cubriéndole la cabeza está paseando a varios metros de distancia. Hombros encogidos, cara oculta mirando hacia el suelo, pasos vacilantes... Mejor será volver al hotel por si acaso. En todas partes hay pirados sueltos y ya sería mala suerte toparme con uno en mi única noche en Santander.

No quiero cenar en el restaurante. Me he vestido de modo informal y me sentiría incómoda si entrara con calzado deportivo a un salón donde desde la puerta puedo ver los vestidos brillantes y los tacones de las mujeres. Pido un sándwich vegetal y un refresco en la barra del bar y regreso a mi habitación para cenarlo en una silla del balcón.

Saco mi manta verde, compruebo que el asiento esté limpio, me envuelvo en ella y me siento a cenar con la luz de mi habitación apagada mirando hacia el mar. ¡Me encanta! Decido quedarme un poquito más comiendo una

chocolatina del minibar.

Satisfecha después de mirar un rato cómo las olas vienen y van enfoco mi vista en los edificios del Sardinero. Es un lugar muy hermoso y la casa que tengo a mi derecha un sueño para quien pueda disfrutarla. Hay luz en alguna estancia, pero el interior queda protegido por cortinas que evitan que turistas como yo podamos observar a quienes habitan en esas viviendas.

Una habitación queda parcialmente iluminada, si hay cortinas han olvidado correrlas. Se puede ver el salón en penumbra y al fondo una puerta abierta por donde entra la luz del pasillo. Siento curiosidad y tampoco tengo nada mejor que hacer, así que giro la silla y observo como si fuera una espectadora y el gran ventanal de cristal una pantalla de cine.

Me gustan las películas de acción, las de ciencia ficción y las comedias, pero no sé en qué género situaría la escena que aparece ante mis ojos. Una persona, imposible saber si es hombre o mujer, está vestido con un disfraz de conejo gigante azul celeste. La cara del conejo tiene ojos enormes, rodeados de tela blanca, al igual que el interior de las tiasas orejas y el pequeño rabito con forma de pompón. Aparece otro conejo gigante, en este caso color rosa chicle. ¿Irán a una fiesta de disfraces? Me rasco el cuello, el brazo y la nariz. Me está picando todo al imaginarme a mí dentro de ese disfraz.

Se mueven por la habitación hasta que se colocan uno frente al otro. Es difícil entender qué están haciendo con tanto pelo hasta que el pecho de una mujer queda al descubierto. La otra persona le está abriendo el disfraz por la parte delantera. Cuando la abultada tela peluda queda amontonada en los pies el conejo azul, se agacha, se lo retira y lo arroja a una esquina de la habitación.

El turno de la mujer, que tiene un cuerpo lleno de hermosas curvas, comienza. También manipula el disfraz de conejo azul a la altura del pecho hasta dejar libre unos musculados pectorales. ¿Vendrán de la fiesta y estarán ayudándose mutuamente a deshacerse del incómodo atuendo? ¿Y lo han llevado sin ropa interior? Eso parece... Solo puedo confirmar que el varón está preparadísimo para ofrecerle a la mujer lo que el mulato del puente del Milenio tanto empeño tenía en darme.

Me tapo los ojos con las manos instintivamente. No quiero verlo, pero sí

quiero saber qué caras tienen, qué tipo de personas se ponen un disfraz de conejo a las once y media de la noche. Ella rodea un butacón de alto respaldo y apoya los brazos en su parte superior. Él se sitúa detrás. Solo es posible ver los hombros de ambos y las dos cabezas de conejo que no se han retirado. El rítmico balanceo del conejo azul y la caída de cabeza del conejo rosa ponen punto final a mi improvisada sesión de voyerismo. Ver a dos personas teniendo relaciones sexuales en vivo y en directo es demasiado impactante para poder mantener la vista, más aún cuando la cabeza del hombre está fija en mi balcón y sus enormes ojos parece que me estuvieran mirando.

¿Soy acaso parte de su fantasía en vez de una observadora casual?

CAPÍTULO 5

¿Existen los presentimientos o son pensamientos normalitos que tomamos como una revelación por parte de algún sentido extra que oculto para la vida diaria persiste en lo más profundo de nuestra mente? Empiezo a dudar sobre el mensaje que mi subconsciente me ha estado enviando desde que ingresé en el hospital. ¿Era un simple recuerdo que se había puesto pesado o quería realmente que fuera a Villaviciosa?

El comienzo de mis vacaciones ha sido original. El aterrizaje de ayer fue “movidito”, me empapé y en el paseo me siguió un tipo raro. Recibí un fuerte impacto emocional, que todavía estoy tratando de asimilar, mientras cenaba mi sándwich y tuve pesadillas en las que conejos de peluche me pedían que invirtiera sus ahorros en bolsa.

También he disfrutado de unos minutos muy placenteros recorriendo el paseo que Tina me recomendó y que comienza en la parte trasera del hotel y bordea el campo de golf de Matalaños. La tierra y el mar se abrazan en un moderado acantilado. El sol hacía brillar el agua y se podía ver la península de la Magdalena y su hermoso palacio. Me he detenido para sacar una foto y mi teléfono ha salido volando por los aires cuando algo me ha golpeado el antebrazo izquierdo. ¡Todavía no me explico cómo ha podido atravesar la pelota de golf la red de protección! Me ha dejado el brazo tumefacto y ni siquiera he escuchado un “perdón” al otro lado del muro de piedra. ¡Si me da en la cabeza me deja tonta de por vida! Menos mal que el móvil ha caído sobre un matorral de hierba que ha amortiguado el impacto.

He cogido la pelota y me la he metido al bolsillo. Está guardada en un compartimento de la maleta, quizá algún día lo recuerde y me haga gracia. He entregado la llave de mi habitación indicando que necesitaba un taxi que quisiera llevarme hasta Villaviciosa. He esperado en la acera para disfrutar de unos últimos minutos al sol y no he podido evitar mirar de reojo a la vivienda de los disfraces de conejo.

Dos vecinos han salido en ese momento del inmueble, un hombre y una mujer, y juraría que él me ha mirado sospechosamente. ¿O he sido yo quien le ha observado insistentemente haciendo que el hombre se mosquease? ¿Qué esperaba, que moviera la nariz como los conejos para confirmarme que él sí era la persona que penetraba a la mujer mientras me miraba?

El taxi ha llegado en el momento justo, cuando la situación se estaba volviendo incómoda. El taxista ha resultado “la taxista”, y lo que en un primer momento me ha parecido garantía de un viaje agradable se ha convertido en una pesadilla. La mujer, que tendrá unos cincuenta y cinco o sesenta años bastante mal llevados, debe ser aficionada a la Fórmula 1. Hemos cruzado la ciudad en zigzag, alternando de un carril a otro de un modo bastante agresivo. El vaivén del taxi me ha provocado malestar en el estómago y unos nervios que solo recordaba haber sentido cuando invertí en unas acciones, de las que nadie esperaba grandes ganancias. Todo el dinero de mis clientes y las acciones duplicaron su precio en quince días. De momento me encomendaré al patrón de los usuarios de taxis para que me mantenga con vida hasta que lleguemos a Villaviciosa.

He contado cinco palmeritas de coco, que la mujer se ha comido a grandes mordiscos. Ahora estamos dejando atrás el letrero de Llanes y trato de no mirar hacia el indicador de velocidad. En dos ocasiones le he rogado que disminuyera la velocidad. La taxista me ha sonreído, me ha pedido disculpas y ha pisado el acelerador. Me planto en ciento sesenta y cinco kilómetros por hora. No quiero saber más, solo espero que el azúcar de las palmeras le den energía a su cerebro para que mantenga la concentración hasta llegar a Villaviciosa.

Necesito distraerme. Mirar por la ventilla para ver cómo adelantamos a todos los coches no ayuda a olvidar que estamos desafiando a la muerte, por lo que tomo el móvil y pienso qué podría buscar para distraerme. El contacto de Tina aparece en pantalla, recordándome que si quiero que esto funcione yo también tengo que poner de mi parte.

Buenos días. Di el paseo que me aconsejaste y tenías razón, es un lugar muy bonito. Sufrí un pequeño percance con una pelota de golf, pero conseguí sobrevivir. Espero que estés disfrutando de las bodas de oro de tus

abuelos. Gracias por todo.

No espero respuesta. Es la una del mediodía y toda la familia estará reunida celebrándolo. Meto el teléfono en el bolso de nuevo y me quedo mirando mis uñas. Voy a hacerme una promesa para quitarme de una vez por todas esta costumbre de mordirme los bordes de mis dedos. Caminaré un kilómetro por cada mordida, será un castigo y un beneficio al mismo tiempo. Necesito hacer deporte y voy a tener mucho tiempo libre, que tendré que llenar de alguna manera.

¡Ya está hecho! Estoy en Asturias, he dejado atrás mi trabajo y no sé si me estará esperando a mi regreso. Mi apartamento y mi escasa vida social también se han quedado en Londres. ¿Qué voy a hacer en Villaviciosa un mes además de pasear un montón? Acabo de endeudarme con el primer kilómetro mordiéndome el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Si no lo saco de la boca se mantiene la multa de un kilómetro o tengo que añadir multas por cada minuto que lo mantenga dentro? Hay un vacío legal al que me acojo: mientras no lo saque no se añadirán kilómetros.

—Nunca había llevado a nadie a Villaviciosa, ¿cómo es?

—No lo sé, estuve hace diecinueve años y no he vuelto.

—Serías un bebé. —La taxista gira la cabeza confiada para echarme un vistazo y mi corazón se detiene hasta que vuelve a fijar la mirada en la carretera.

—Tenía diez años.

—¡Pensaba que eras menor!

—¿Cuánta edad aparento?

—No más de veintidós. Tienes suerte, a mí me calculan siempre diez años más de los que tengo. ¿Y qué vas a hacer en Villaviciosa? Si no quieres no respondas, solo busco un poco de conversación.

—Voy a tomarme un tiempo para descansar.

—¡Ya me gustaría a mí poder hacerlo! Si me das la dirección voy escribiéndola en el GPS.

—No te preocupes. Me dejas en cualquier calle, Villaviciosa es pequeña.

¡Lo que faltaba, que además de tener el pie pegado al acelerador se dedique a enredar en el navegador! No me puedo bajar en medio de la autovía,

pero sí que puedo cruzar el pueblo tirando de mis dos maletas.

—Como quieras. Ahí es donde hay mucha sidra, donde fabrican la que tiene la imagen de un gaitero en la etiqueta, ¿no?

—Sí. Esa sidra es espumosa. También elaboran sidra sin burbujas.

—¡La que escancian alejando la botella del vaso para que caiga con fuerza!

—Esa. —He visto un montón de imágenes sobre Villaviciosa y he leído sobre todo aquello que me pudiera interesar.

—Menuda cogorza cogimos mi hermana y yo en Gijón hace años tomando esa sidra. Aquello cambió mi vida.

—¿Sí? —Ni callada ni hablando baja la velocidad. Prefiero charlar para que el tiempo pase rápido. Si nos estrellamos al menos que no me dé cuenta porque esté distraída.

—Apenas había tomado alcohol antes. Me casé muy joven. Trabajaba en la hostelería, ya sabes cómo funciona: muchas horas, siempre se trabaja los fines de semana... Mi marido era camionero y tenía buenos ingresos. Cuando nació nuestro primer hijo dejé el trabajo. Después vinieron otros dos chiquillos y mi marido aumentó los viajes para que entrase más dinero en casa. Mi madre enfermó de alzhéimer y mi hermana y yo estuvimos cuidándola durante cuatro años. Cuando falleció mis hijos se habían hecho grandes, mi marido tenía una amiguita y yo no tenía nada.

—Tuvo que ser muy duro. —Quiere contarme su vida, por lo menos tiene algo con que rellenar sus años de existencia.

—Lo fue. Él tenía mucha prisa por separarse, quería estar con su nuevo amor. Antes de tener los hijos estaba delgada, aunque cueste creerlo. Aunque no fuera Miss Universo, me sabía sacar partido. Volví a pedir trabajo en la hostelería, pero me rechazaron en todas partes. Yo también lo hubiera hecho, no me arreglaba, había subido mucho de peso, cada día que pasaba me encontraba peor. Mi hermana es monitora de zumba. Una alumna había organizado una salida a Gijón de fin de semana. En su clase había mujeres con todo tipo de historias: casadas con una vida estable, separadas como yo, viudas, solteras... Me negué, no quería salir de casa. Insistió tanto que acepté y fue un fin de semana inolvidable.

—¿Por la sidra?

—¡Noooo! Bueno, la sidra ayudó bastante, no voy a negarlo. Es una historia normalita, de una mujer como yo, seguramente no te interesará escucharla. A veces se me olvida que estoy trabajando y que no debo ser pesada con los clientes.

—Me parece bien que charlemos. Es un viaje muy largo para estar las dos todo el tiempo calladas. ¿Y qué pasó en Gijón?

La taxista me mira sonriente a través del espejo retrovisor. Entiendo que no debe ser fácil en algunas ocasiones adivinar cómo desea un cliente ser tratado: si quiere conversación sobre el tiempo o prefiere que el coche se convierta en una tumba durante el trayecto.

—Llegamos el viernes por la noche, dejamos las maletas y salimos a tomar algo. Se suponía que íbamos a dar una vuelta. Después regresaríamos al hotel, nos arreglaríamos y nos dirigiríamos a cenar en un lugar tranquilo que le habían recomendado a una de ellas. A la mañana siguiente queríamos levantarnos pronto para ir a un *spa* que hay en la playa de Poniente.

—Eso siempre está bien, es relajante. —Si hubiera acudido de vez en cuando quizá ahora no estaría camino de Villaviciosa, donde no sé qué demonios voy a hacer.

—Está realmente bien, te lo aconsejo. Pedimos una botella de sidra. Los camareros la escancian, algo muy lógico porque si lo hiciéramos los clientes pondríamos el suelo del bar hecho un asco. Hay que tomar el culín como ellos lo llaman en el momento de servirse, es cuando la sidra se oxigena y sabe mejor. Aunque tiene pocos grados todas íbamos con el estómago vacío. El camarero nos llenaba los vasos en cuanto los dejábamos vacíos en la barra del bar.

Total, que salimos de la primera sidrería bastante contentas y en el siguiente local tomamos más botellas. ¡Aquello entraba solo! Ya no regresamos al hotel para cambiarnos de ropa y ponernos las pinturas de guerra. El resto de la noche está un poco borroso. No recuerdo todos los bares a los que entramos, solo que me reía por todo. Al día siguiente nos despertamos como te podrías imaginar, a ninguna se le ocurrió sugerir que fuéramos al *spa*. Ya nos meteríamos a remojo por la tarde, cuando nos

quitásemos la tontera que nos había dejado la sidra.

Nos pusimos como guarras en el desayuno y salimos a dar un paseo relajante por la playa de San Lorenzo. Cada mujer tenía su historia. Me sentí identificada, yo no era la primera mujer que pasaba por este trago y había tenido que luchar para salir de él. Por la tarde, a remojo dentro del *jacuzzi* continuamos hablando. En la sauna, cuando todas nos quedamos calladas, me hice una promesa: yo no era más débil que ellas, empezaría a quererme y saldría adelante. Y aquí estoy.

—Me alegro. —“Yo también voy a hacerlo”, me digo a mí misma en este momento de subidón emocional que supone escuchar a otra mujer contando cómo ha superado las adversidades—. ¿Y cómo te hiciste taxista?

—Mi padre era taxista. Ya llevaba un año trabajando como ayudante de cocina cuando me dijo que se jubilaba. Había conocido a una mujer viuda como él y querían disfrutar los años buenos que les quedasen. Me ofreció el taxi. A mí siempre me ha gustado conducir y acepté.

—Y ahora estás aquí, llevando a una pasajera que también busca su camino contándole cómo tú encontraste el tuyo.

—Pues sí, es una especie de cadena de favores. La que cuenta su historia reafirma su creencia en sí misma y la que escucha recibe esas palabras como si fueran un pequeño empujón para tirar hacia adelante. Yo al menos así lo entiendo. —Se queda durante unos instantes con la mirada clavada en la carretera—. No me hagas mucho caso, es psicología de andar por casa.

—Pero tienes razón.

—Ya estamos llegando.

Observo los montes, los campos y las casas que hay dispersas. Mi recuerdo está difuminado por el paso de los años. El campamento estaba rodeado de árboles. Para llegar había que atravesar un bosque y lo que se escondía en él era como una leyenda urbana. Si un niño contaba que le habían dicho que el año pasado una niña se había adentrado sola en el bosque de noche y no había regresado, otro lo aumentaba afirmando que se había levantado al baño a media noche y había escuchado aullidos. Seguramente lo inventarían los monitores para asegurarse de que a ninguno se nos ocurriera salir de la finca para hacer una excursión nocturna.

La ría de Villaviciosa se despliega tranquila al final de una curva de la autovía. ¡Ese momento! Cierro los ojos y respiro el recuerdo del olor de las flores calentadas por el sol del mediodía, las risas de mis compañeras de habitación, aquella niña morena que compartía litera conmigo y con la que siempre me bañaba, los monitores regañando a aquel niño tan travieso que no tenía una idea buena y se dedicaba a agobiar a todos los insectos que encontraba a su paso, el aroma de los árboles frutales. Solíamos salir de excursión. El día tenía muchas horas y había que mantenernos ocupados para que no tuviésemos tiempo de idear alguna trastada. El campamento estaba en este lado de la ría, recuerdo muy bien esta vista. Si todavía está en pie el edificio lo encontraré.

—¡Qué bonito! He pasado por aquí un par de veces, pero siempre de noche. Si no fuera porque tengo que cuidar esta tarde a mi nieta, me daría una vuelta para ver de cerca la ría.

—Sí que lo es —respondo pensativa.

—Entonces quieres que entre en el pueblo y te deje en el centro.

—Sí, prefiero dar un paseo para estirar las piernas.

—Como gustes.

A ver, a mí lo que me gustaría es que el taxi me dejase en la puerta del alojamiento rural, pero mi seguridad es lo primero y la dirección donde está la casa es demasiado larga para que esta mujer se entretenga poniendo cada letra en el navegador.

Busco en mi teléfono móvil, no es cuestión de dar vueltas a lo tonto y decido utilizar la aplicación para que me indique la ruta que debo seguir. Mis maletas de ruedas son ligeras y muy manejables, siempre y cuando circulen por un aeropuerto. La acera se acaba y arrastrarlas por el borde de una carretera llena de piedritas es una prueba de calidad que seguro no pasan en la fábrica donde las montan. Espero que las ruedas no se desarmen hasta llegar a destino. Por buscar algo positivo a este ruidoso traqueteo, pienso que los dueños del alojamiento ya se habrán dado por enterados de que un cliente se acerca, al igual que las tres vacas y varias ovejas que se han acercado a la valla interesadas por el misterioso ruido que altera esta soleada mañana de marzo.

Si yo fuera una vaca blanca y negra y viese pasar por la carretera a una mujer a las dos del mediodía tirando de dos maletas muy pijas, consideraría muy seriamente la cordura de esa persona, más aún cuando todavía quedan dos kilómetros hasta llegar al alojamiento y el último es una cuesta interminable que está poniendo a prueba mis piernas y mi resistencia.

Una furgoneta blanca con el logotipo de una pastelería de Villaviciosa se detiene a mi lado.

—¿Te diriges a La Casona Azul?

El conductor tiene una sonrisa franca y le respondo entre jadeos.

—Sí.

—Sube, voy a entregar allí una tarta. Queda lo peor del recorrido.

—Muchas gracias.

El pastelero se baja y me abre la puerta trasera de la furgoneta. Lleva la típica ropa blanca con restos de harina. Me arranca las maletas, las eleva como si fueran almohadas de plumas y cierra con el mismo ímpetu.

—¡Qué bien huele!

—¡Sabe aún mejor! ¿Vas a comer en la casona?

—No he concertado la comida. —No había pensado en ello. El olor a mantequilla me está haciendo salivar.

—Te lo recomiendo. Susan cocina como los ángeles. Los domingos hay fabes con almejas, cachopo y, por supuesto, mi tarta de hojaldre. Algunos dulces se le resisten para suerte mía.

—¡Ya se me ha abierto el apetito!

En Londres siempre estaba atenta a la gente que se acercaba demasiado a mí. Nunca sabes cuándo una persona con inofensiva apariencia va a aproximarse con la mente llena de imágenes de acuchillamientos, sangre saliendo a presión y otras atrocidades.

Miro de reojo al pastelero. Si es un disfraz para dar confianza a las mujeres está muy bien conseguido: furgoneta con el cartel de una pastelería, una apetitosa tarta cubierta de azúcar glasé y un hombre vestido de blanco y rociado de harina. ¿Prepararía alguien un escenario tan complejo para salir en búsqueda de una infeliz que esté caminando por una carretera desierta al mediodía? Podría..., pero lo dudo. La casona aparece después de una curva

muy cerrada y me devuelve la calma que estaba empezando a perder.

—Ya hemos llegado. Si les hubieras avisado te habrían ido a recoger al pueblo. Isaías acaba de sacarse el carnet de conducir y está deseando encontrar cualquier excusa para coger el coche y hacer prácticas por la zona.

—No sabía que la casona estaba ladera arriba.

—Eso es lo mejor, las vistas que tiene. Si las nubes no deciden aparecer, esta tarde te recomiendo que estés atenta a la puesta de sol, es una pasada.

Habrás que ver esa “pasada” de la que habla el pastelero. No pensaba ir a ningún sitio y para llegar hasta el pueblo hay que tener tiempo y tomárselo con sosiego. ¡He elegido un lugar para quedarme durante un mes tan alejado y con tanta calma que me voy a curar de puro aburrimiento!

Me bajo y echo un primer vistazo mientras mi taxista accidental rodea la furgoneta en búsqueda de mis maletas. La Casona Azul está construida sobre una parcela parcialmente llana, en una de las laderas donde los prados se alternan con áreas plantadas de eucaliptos. La ría serpentea a lo lejos y también se puede ver un pedacito de mar que se confunde con el horizonte.

La finca es extensa y el terreno está salpicado de árboles grandes y pequeños. La casona tiene tres colores: rojo en su tejado, blanco en las ventanas y azul cobalto en la fachada. Es una construcción imponente que más tarde me dedicaré a contemplar, porque no quiero perderme la comida. ¡El centro comercial no me pilla precisamente a mano para comer en una hamburguesería de esas que sirven comida que parece que alguien ya ha masticado para que tragarla no suponga dificultad alguna aunque no te quede ni un diente!

—Mi sobrina está en recepción —me cuenta señalándome la puerta de entrada—. Yo voy a dejar la tarta en la cocina y a decirle a Susan que te vaya preparando una mesa. ¿Vas a quedarte muchos días?

—Un mes. —Una nota de angustia se ha colado en mi respuesta. ¿Qué voy a hacer tanto tiempo en este sitio?

—¿Urbanita buscando un lugar para recuperar la paz?

—Sí. —¡Joder con el pastelero!—. ¿Tanto se nota?

—Un poco —se ríe y su barriga le acompaña oscilando de arriba abajo en cada carcajada—. De vez en cuando aparece alguno, aunque tú eres la primera

mujer.

—¡Ah!

—Espero que disfrutes de tu estancia. Si bajas al pueblo, ya sabes dónde encontrarme. —Me señala su furgoneta. Memorizo el nombre de la pastelería, más que nada por tener un destino a donde dirigirme cuando salga a caminar.

El pastelero se aleja con su aromática tarta firmemente sujeta. En cuanto traspaso la puerta de la recepción el olor invade mi sentido del olfato. ¿A qué huele? Es algo que conozco, pero no puedo identificarlo. Me gusta, es intenso y al mismo tiempo relajante.

—Buenos días.

—Hola. Me llamo Beatriz Alcázar. Reservé a través de su página web una habitación.

—La estábamos esperando, señorita Beatriz. ¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, gracias. —La muchacha tiene cara de niña. El pelo corto le sienta realmente bien. Parece tenerlo ondulado como yo. Si se lo ha cortado en Villaviciosa, esa peluquería también será el destino de otra de mis excursiones.

—Su habitación está preparada, está en la última planta. A las personas que hacen una reserva para tantos días. —¡Uf, no me lo recuerdes, que cada vez siento más pesar!—. Se les aloja en “la habitación del pintor”, porque tiene un pequeño saloncito y creemos que resulta más cómoda para largas estancias. Hoy la casona está completa, pero si mañana desea cambiarse de habitación y elegir una en la primera o segunda planta no tendrá más que indicármelo.

—Seguro que esa habitación está muy bien.

—Es la más bonita. Se lo digo porque no hay ascensor.

—Me servirá para hacer ejercicio. —Escaleras, laderas... Mira por dónde voy a tonificar los glúteos sin tener que acudir a clases de *spinning*.

—Aquí tiene la llave. Si espera unos segundos, Isaías le subirá el equipaje.

—Muchas gracias, pero no hace falta. Solo son tres pisos.

—Como guste. Veo que no indicó la hacer la reserva si deseaba algún tipo de pensión. Es la hora del almuerzo, ¿le apetece entrar al comedor?

—Sí, por favor.

—Avisaré a cocina de que ya ha llegado para que le vayan preparando la mesa.

—Su tío lo iba a hacer.

—¿Mi tío?

—El de la pastelería. Subía a traer una tarta y me ha recogido en el camino.

—¡Germán!

—Será.

—Mi tío es un buenazo. ¿Le gustan los dulces?

—Mucho. —En la furgoneta se me hacía la boca agua.

—Entonces guarde espacio para la tarta de hojaldre, se deshace en la boca.

—Eso pensaba hacer.

—Que tenga muy buena estancia en La Casona Azul. Estaré encantada de ayudarla.

—Muchas gracias, Mariola. —La primera vez que leía ese nombre. Espero haber entendido bien las letras de la chapita que lleva prendida de la camisa azul del mismo tono que la fachada.

—De nada, señorita Beatriz.

—Beatriz, por favor.

—Beatriz —me responde señalándome la preciosa escalera de oscura madera cuyos primeros peldaños nacen en un espacioso *hall* con butacones forrados de alegres telas de colores donde el azul cobalto también tiene su espacio.

Subo despacio las escaleras, debería haber dejado que Isaías me ayudara. Separarlas del cuerpo para que no me golpeen las piernas en cada escalón es muy fatigoso y cuando llego a la última planta estoy jadeando y los brazos me pesan como si llevase dos garrafas de cinco litros de agua atadas a las muñecas.

Un original cartel hecho con láminas de madera a las que no han retirado su corteza indica tres estancias: “habitación del aventurero”, “habitación de las hadas” y “habitación del pintor”, la mía. Giro a la derecha y al fondo del

pasillo hay dos puertas: mi estancia a la izquierda y otra puerta a la derecha que no tiene cartel.

Busco la llave en el bolsillo de mi chaqueta y abro. ¡Me la quedo! Dejo las maletas al lado de la cama y dedico una breve inspección a mi habitación. Ocupa una esquina del edificio y es una estancia muy grande. El tejado agaterado tiene las vigas de madera vistas y hay dos grandes casetones, uno en cada uno de los ángulos. Se puede ver la ría desde uno de ellos y el mar desde el otro. ¡Sin duda una vista maravillosa para ser pintada! Es una lástima que sea tan patosa dibujando. Los monigotes que se suponía eran los niños de mis dibujos tenían las cuatro extremidades de diferentes dimensiones y unos pies que parecía que tenían gota. Me limitaré a sacar fotos para recordar este paisaje.

Entro en el baño para lavarme las manos y hacerme una coleta. También es un sitio precioso. Los sanitarios blancos son modernos y al mismo tiempo combinan perfectamente con los detalles clásicos: toallas blancas bordadas con hilo azul cobalto, pequeños jabones sobre cuencos azules, el alicatado blanco con azulejos azules salteados sin orden aparente... Botes de sales aromáticas al borde de una bañera sugieren baños relajantes de los que sin duda disfrutaré en los momentos de descanso.

No quiero hacer esperar a la cocinera y tendré tiempo de sobra esta tarde para descubrir todos los detalles de mi habitación. Cierro y bajo hasta recepción, donde un nuevo cartelito escrito sobre un pedazo de madera me ayuda a encontrar el restaurante.

—Buenos días, Beatriz. Soy Susan, la dueña de La Casona Azul.

—Buenos días. —La mujer que ha salido a mi encuentro parece alemana. Su potente acento, su altura, unos ojos azules y una tez clara son pistas claras para pensar que seguramente será oriunda del norte de Europa.

—¿Te ha gustado “la habitación del pintor”?

—Mucho, tiene unas vistas increíbles y es muy grande.

—Es nuestra favorita y también la más amplia de La Casona Azul.

—Me encanta.

—Te he preparado una mesa al lado de la ventana.

—Muy bien —digo a modo de respuesta mientras me conduce entre los

comensales—. ¡Qué bien huele!

—Son las velas con aroma a higo. Las hago yo en invierno.

—¿Sí? —¿Cómo se harán las velas?

—El tiempo transcurre lento cuando llega el frío y me gusta tener las manos ocupadas. Muchos de los detalles que encontrarás los he preparado personalmente: los jabones, las velas, los centros de flores secas... La naturaleza nos ofrece todo lo que necesitamos, solo hay que saber mirar.

—Yo no soy buena con las manos —le respondo mientras tomo asiento.

—Solo hacen falta ganas. Voy a hacer jabón de lavanda mañana, pero también podríamos hacer velas si te apuntas.

—Me encantaría. —Me sorprende mi contestación. Hace un mes hubiera rechazado su ofrecimiento. Hoy estoy decidida a aceptar todas las propuestas que me hagan, aunque sea algo tan curioso cómo hacer jabón. Mañana ya se verá.

—A las siete de la tarde en la cocina —me dice confirmándome que tengo una clase de velas y jabones para principiantes.

—Ahí estaré. —Finjo ojear la carta. Voy a pedir lo que Germán me ha recomendado, aunque antes tengo que hacer una pregunta—: ¿Qué es el cachopo?

—Un filete de ternera empanado relleno de jamón y queso.

—Entonces probaré las fabes con almejas y el cachopo. Germán me ha recomendado ese menú.

—En la cocina le tengo comiendo fabes a dos carrillos. —Susan se echa las manos a la tripa—. Un día va a reventar. Los domingos busca cualquier ridícula excusa para traer la tarta a la hora del almuerzo. Se come un plato de fabes con almejas y después va a su casa y come la paella de marisco que hace su mujer y el pollo asado con patatas y pimientos rojos. ¿Y para beber?

—Agua, por favor.

—Una chica sana. Enseguida vuelvo.

—Muy bien.

Susan se marcha repartiendo palabras amables entre los comensales. Hay familias con niños y varias parejas de diferentes edades. Soy la única persona que está comiendo sin compañía. No estoy en Londres, allí es posible

encontrar a hombres y mujeres comiendo solos en cadenas de comida rápida. La gente almuerza mirando su teléfono móvil o el ordenador portátil y a nadie le parece raro, ya que suponen en ocasiones la mayoría de los clientes del establecimiento.

Susan sabía que podría sentirme algo fuera de lugar y por eso ha elegido una mesa en un rincón. Me distraigo mirando la vela que arde dentro de un cuenco de barro. El olor a higuera es penetrante y lo más curioso es que a mí no me gustan los higos.

—Que aproveche.

—Muchas gracias.

La ración de fabes con almejas es generosa, pero la ataco animada, cuchara en mano, porque huele muy bien y estoy muerta de hambre después de haber hecho ejercicio al aire libre en Santander y en Villaviciosa. La primeras fabes casi me carbonizan la lengua y tengo que recurrir al agua para calmar mis dañadas papilas gustativas. Recuerdo la regla básica después de este atropellado comienzo: soplar y acercar la cuchara despacito a mis labios para comprobar que la temperatura de las legumbres es tolerable para la fisiología humana.

Mi hambre va saciándose según desciende el nivel del plato de loza blanco. Con la última cucharada aparece la sensación de saciedad que me hace lamentar haber pedido el filete de ternera. La tarta de hojaldre queda fuera del menú. ¡Con lo que me gusta a mí el postre! Comeré algunos trozos del cachopo y dejaré esparcidos otros por el plato para simular.

—¿Qué tal estaban las fabes?

—Buenísimas.

—Si lo deseas puedes repetir.

—No, gracias.

—Me hubiera sorprendido que un cuerpo tan menudo como el tuyo pudiera repetir del primer plato y después comerse el cachopo.

—¿Es muy grande el filete? —La palabra cachopo me está pareciendo potente para denominar a un trocito de ternera.

—Debe serlo, si no, no sería cachopo.

Susan se marcha con mi plato vacío. Me estiro para que mi estómago

acomode las alubias que tiene que digerir. Hacía años que no comía con tanta ansia un plato de cuchara y me parece que voy a pasar un mal rato.

Sin resultar demasiado descarada puedo observar a un hombre y a una mujer que están comiendo la tarta de Germán. Podrían tener la edad de mis padres. Hablan entre susurros y ella le ofrece su mano por encima de la mesa. Él sonríe, la cubre con la suya y la acaricia con su dedo pulgar. Es bonito verles y me quedo como una tonta mirándoles hasta que el hombre se da cuenta y me dedica una de sus sonrisas que hace que me salgan los colores por la vergüenza que siento al ser descubierta.

—Que disfrutes de tu cachopo.

Susan me ha dejado algo inmenso en una fuente. Se lo agradezco y miro de soslayo el gigantesco filete empanado que podría murmurar: “¿Quién va a comer a quién?” Si fuese muy fino comerlo ya sería una hazaña. Al cortar el primer trozo se descubre su secreto: dentro del rebozado hay un sándwich de dos filetes de carne en cuyo interior el jamón y el queso se mantienen calentitos.

Está muy bueno. El queso fundido impregna la carne y el jamón le pone su toquecito salado al conjunto. No podría comer este cachopo ni aun siendo plato único. Aquí hay al menos la cantidad de tres segundos platos de un menú normal. No hay modo de disimular cortando pedacitos, o se come o se va a ver que no he podido con ello. Me lo tomo como un reto personal. Hay que dejar menos de la mitad y ataco con el tenedor sin hacer caso a las quejas de mi estómago.

La botella de agua está vacía cuando todavía me queda algo más de la mitad del colosal cachopo. Calculo qué pedazo podría alzarme como ganadora y lo divido en cuatro grandes bocados que voy masticando mientras miro obstinadamente al jardín. Raciono el agua de mi vaso en cuatro medidas con las que voy empujando la comida hasta el estómago, donde se ha formado un atasco difícil de salvar.

Susan está charlando con un matrimonio que tiene tres hijos pequeños. El menor ha debido decir algo gracioso y todos ríen la ocurrencia. El eco de una voz grave recorre el comedor. El sonido proviene de la cocina. Me gustaría girarme para ponerle cara a ese hablar seguro y tranquilo, pero me contengo.

Tendrá boca, ojos, orejas y piernas, como el resto de sus congéneres.

—¿Puedo retirarlo?

—Sí, lo siento. Está buenísimo, pero ya no puedo más.

—No te preocupes, a mucha gente le sucede. Para comer el cachopo hay que hacer mucho ejercicio por la mañana. ¿Vas a tomar postre?

—¡Nooooo! —Doy fuerza a mi negación llevándome las manos al estómago —. No podría meter ni un grano de azúcar.

—Te voy a traer un remedio para el empacho. Es un licor de hierbas que elaboramos artesanalmente.

—Muchas gracias. —¿De dónde sacará esta mujer el tiempo? ¿Tendrá insomnio?

El brebaje marrón hace el mismo efecto que la inyección de anestesia de un dentista. La primera sensación es dolorosa, tiene alta graduación alcohólica y por donde pasa deja su huella en forma que quemazón.

Salvo las últimas escaleras con una incipiente sensación de levedad. Tengo que concentrarme para lavarme los dientes, ya que el cepillo tiende a desviarse a las encías y no es ahí donde se han atrincherado los restos de la ternera. Al salir del cuarto de baño la cama es lo único que veo, mi mundo se reduce a esa superficie de un metro y cincuenta centímetros por dos. Solo quiero tumbarme un rato, media hora como máximo hasta que el sopor desaparezca.

¿Por qué me siento tan feliz?

CAPÍTULO 6

Algo me está calentando el ojo derecho. La sensación se extiende por la mejilla y el cuello. ¿Es agradable o llega a ser molesto? ¡Desagradable! Me estoy cociendo a fuego lento. Nada me gustaría más que sumergirme de nuevo en el sueño, hacer como si no existiese esa molestia. La mitad izquierda de mi cara está fresca. Aunque estoy rozando la inconsciencia, llego a comprender que el problema podría desaparecer si girase la cabeza. La levanto y le doy las indicaciones a los músculos del cuello. El dolor reemplaza al malestar. Me he quedado dormida boca abajo y, por el estado de rigidez que tiene mi cuello, he permanecido en esta postura durante bastante tiempo.

Vuelvo a apoyar la mejilla izquierda sobre la colcha de algodón blanco. Habrá que hacerlo poco a poco. Levanto la mano derecha y la poso sobre la cama, empujo y me elevo hasta quedar sentada sobre mis tobillos con los ojos aún cerrados. La sombra se agradece. Abro los ojos lentamente y comienzo un gradual movimiento del cuello hacia la izquierda, hasta que un invisible tope me avisa. Si lo sobrepaso el dolor volverá. Repito movimiento hacia la derecha, nuevamente hacia la izquierda y no me detengo hasta que recupero la funcionalidad.

La tarde está cayendo y el sol lo anuncia descolgándose hacia el oeste. Los rayos entran por la ventana del casetón desde la que puede verse la ría. ¡Las seis de la tarde! He dormido dos horas. No recuerdo haberme echado una siesta tan larga en años, y lo mejor de todo es que no me duele el estómago. Me encuentro ligera, como si las fabes con almejas y la mitad del cachopo hubieran desaparecido.

Es el momento idóneo para examinar con calma “la habitación del pintor”: cama grande entrando a la izquierda; cabecero de metal dorado; una mesilla de madera de tres cajones en el lado derecho y una especie de mesa auxiliar redonda en el lado izquierdo; funda blanca de nórdico, y cojines azules de diferentes tamaños. Un coqueto salón ocupa la esquina del tejado. Hay un sofá

de dos plazas tapizado en el característico azul cobalto y un butacón orejero de cuadros frente a la televisión. A la derecha la puerta del baño tiene colgada una imagen en blanco y negro de unas mujeres entrando a una playa. Son tres y están vestidas con la ropa típica con la que las mujeres de hace cien años se bañaban en el mar: tapadas hasta el cuello y con un ridículo gorrito con volantes sobre la cabeza.

Los casetones son tan grandes que la estancia está llena de luz. Los detalles de los que hablaba Susan están repartidos inteligentemente y aportan calidez sin resultar agobiantes.

Estoy lejos de todo; de Villaviciosa ya lo descubrí hace algunas horas. Susan no lo sabe, pero si he podido comer tanto ha sido gracias al súper paseo que he tenido que dar para llegar hasta aquí. ¿No hay deportistas que se ponen pesos en las muñecas para hacer que el ejercicio sea más intenso? Yo he llevado dos maletas por zona llana irregular, por cuesta, y las he levantado a pulso cuarenta y ocho escaleras.

También estoy lejos de la playa de Rodiles. Ir, con su consiguiente vuelta, me ocupará varias horas. Nueve kilómetros son un buen paseo, teniendo en cuenta que, si bien el camino de ida parece ser cuesta abajo, los nueve kilómetros de regreso serán llanos en su comienzo y en pendiente en cuanto me acerque a estas laderas. Eso no me asusta, con todas las horas del día libres no tengo que ponerme una meta para llegar, bastará con pararme a descansar cada vez que lo necesite.

Lo que sí me preocupa es el recorrido. Solo hay prados y casas dispersas. ¿Habrá alguna cafetería donde poder resguardarme si se pone a llover? Que algún autobús de línea realizase ese recorrido también me vendría muy bien. Las marquesinas son un buen lugar donde descansar a cubierto mientras se espera al autobús. La solución al problema planteado es sencilla: chubasquero cuando esté nublado y paraguas plegable en una mochila. Y al llegar a La Casona Azul ducha de agua calentita y poner toda la ropa mojada a secar.

¿Qué voy a hacer con mi ropa? ¿Tendrán servicio de lavandería? ¿Y qué voy a hacer aquí metida si se pone a llover durante varios días? No hay gimnasio, el edificio no tiene piscina climatizada ni *spa* donde pasar un par de horas. Comienzo a sentirme agobiada. ¿Por qué he venido? ¿Por qué he

escogido este lugar para quedarme? Debería haber buscado un hotel con todos los servicios. Un balneario podría haber sido el lugar idóneo, ahí se puede escoger uno de esos programas anti estrés de una semana que te tiene ocupada desde la mañana hasta la noche y habría regresado a mi trabajo como nueva. Podría hacerlo un par de veces al año para desintoxicarme mentalmente de la presión a la que me someto para tener satisfechos a los clientes. No encuentro explicación para que, después de pensarlo durante varios días, haya tomado esta decisión. Son muchas preguntas las que tengo que responderme para que los latidos de mi corazón regresen a su ritmo habitual.

Estoy en una habitación desde la cual puedo ver la ría de Villaviciosa porque necesitaba venir. Mi mente no paraba de recordar fragmentos del tiempo que pasé de niña en el campamento. En mi memoria la playa de Rodiles ha aparecido de modo constante desde que desperté en el hospital. Traté de guardar de nuevo aquellos momentos con mis compañeros de campamento en ese rincón del cerebro donde almacenamos las buenas experiencias pero se fugaban constantemente. Parecía una señal, me había puesto enferma por ignorar a mi cuerpo y el primer paso para una recuperación era atender a ese deseo de ver de nuevo esa playa donde había sentido que el mundo era perfecto.

¿Por qué este alojamiento? Había varios hoteles en Villaviciosa que hubieran sido más apropiados para alguien sin un medio de transporte. Me llamó la atención la foto, una fachada azul rodeada del verdor del campo. Aunque estuve examinando otros lugares siempre volvía a La Casona Azul. ¡Y aquí estoy!

¿Reflexioné sobre lo que haría cuando llegase a Villaviciosa arrastrada por mis propias deducciones? No, confiaba en que la misma lógica que me había traído hasta aquí me guiase en cuanto pusiera un pie en esta tierra. De momento las ideas no han aparecido. Ir y volver a la playa cada día es lo único que se me ocurre para llenar mi agenda de vacaciones.

¡Cortarme el pelo! ¡Hacer jabón!... Me levanto como si el asiento tuviera un resorte y me hubiera propulsado hasta la cómoda, donde tomo el lapicero y garabateo en la libreta de cortesía todas las ideas que se me ocurren y que ocuparán mis largas vacaciones en Asturias.

Algo más animada dedico los siguientes minutos a deshacer mi equipaje, que guardo en un bonito armario de dos puertas de diseño clásico al que Susan, si no me equivoco, ha dado un aire más fresco pintando flores amarillas y naranjas sobre la oscura madera.

Abro la ventana para comprobar si la temperatura ha descendido. Todavía tengo una hora de luz solar, que pienso aprovechar examinando los alrededores de la casona. Dos coches abandonan la finca y un tercero tiene el maletero abierto. Los huéspedes se marchan. Es domingo y las obligaciones esperan: colegio para los más pequeños y trabajo para los mayores. ¿Me quedaré sola o algún otro turista extraviado como yo me hará compañía en esta aventura?

—Hola.

—Buenas tardes, Mariola. ¿Existe algún camino que transcurra cerca de la casona además de la carretera por la que he llegado? Me gustaría dar una vuelta antes de que anochezca.

—Tenemos varias rutas recogidas en un mapa. —Mariola se agacha y rebusca en el parte interior del mostrador de recepción—. Si rodeas la casona —me señala con su dedo la parte trasera del edificio que está pintado en el mapa con mismo tono azul que muestra la fachada— tienes una puerta peatonal. La llave de la habitación también sirve para abrir la cerradura. Como puedes ver el camino transcurre paralelo al terreno. Si al salir girases a la derecha, podrías llegar a Villaviciosa. Si decides caminar hacia la izquierda, tienes también muchas alternativas. La ladera está llena de caminos que usan los agricultores y ganaderos para llegar a sus terrenos.

—Ya veo. ¿Y se podría llegar hasta la playa de Rodiles?

—¡Claro! ¿Vas a hacerlo hoy? —Mariola se muestra preocupada.

—¡No! Pensaba hacerlo mañana después de desayunar.

—¡Ah! —Mariola toma un bolígrafo y recorre varias de las líneas negras de la fotocopia hasta unir la puerta peatonal y el pinar de la playa de Rodiles—. Hay que tomar varios desvíos. Parece lioso, pero si sigues las instrucciones no te perderás.

—Muy bien. Voy a dar entonces una pequeña vuelta para reconocer la zona. Quería comentarte algo más: cuando realicé la reserva no pensé en el asunto

de las comidas. He visto que tenéis servicio de pensión completa, quizá esta noche sea algo precipitado —no he avisado y no quiero ser una huésped molesta—, no pasa nada.

—Esta noche puedes cenar aquí. Susan y tú os haréis compañía mutua, Isaías va a ir al cine con su novia.

—Gracias. Apúntame entonces parar desayunar, comer y cenar todos los días. ¿A qué hora será la cena?

—Cuando está sola Susan suele cenar a las ocho. Todavía conserva alguna de las costumbres de su país de origen.

—Me parece bien. Hasta luego.

El jardín es amplio. Hay espacio de sobra para incluir una pérgola y también veo una mesa de hierro forjado blanca con dos sillas a juego. Otra mesa, en este caso de piedra, al borde del terreno será un lugar perfecto para tomar un refresco cuando el sol caliente demasiado. El sauce llorón, ahora desnudo por el invierno, dará buena sombra a quien ahí se siente. Al fondo, y colocado a propósito en una esquina donde no molesta a nadie, hay dos pequeñas porterías y un par de columpios.

La hierba está recortada y los macizos podados. La hiedra roja cubre la verja que delimita el terreno. Cualquiera de los asientos que hay repartidos serían un buen lugar para sacar el ordenador portátil y enredar en internet. También podría leer un libro o aprender algo sobre la historia de Villaviciosa. Me gustaría conectarme con la bolsa de Tokio para pasar después a la de Londres y Nueva York. No lo haré, trataré de cumplir todas mis promesas: caminaré tantos kilómetros como veces me muerda los dedos y me olvidaré de la bolsa durante un mes.

El sol se acerca a las montañas de la orilla izquierda de la ría. Sus rayos ya no tienen fuerza y la temperatura del aire comienza a descender. Salgo al camino que me ha señalado Mariola. Es cómodo pasear sobre el suelo llano de tierra y una delicia para el sentido de la vista: campos verdes a ambos lados, la ría cuya agua se ha vuelto dorada con la caída de la tarde y el mar a lo lejos.

Caminaré durante veinte minutos y regresaré antes de que se haga de noche. Todo va salir bien, me tomaré este mes como una prueba más en mi vida. Soy

una mujer fuerte que siempre ha conseguido aquello que se ha propuesto y si he decidido tener un mes de vacaciones lo tendré.

Camino los primeros metros concentrada en los aspectos positivos de este viaje hasta que un rebuzno me hace sonreír. Un burro de pelo largo y encrespado se ha acercado trotando ladera abajo a la verja de espino del terreno que tengo a mi derecha.

—Hola, guapo. ¿O eres guapa?

El animal mueve sus grandes orejas como si entendiera lo que le estoy diciendo. Es un encanto, los burros me parecen animales entrañables y nada me gustaría más que acariciar su hocico. Acercó inconsciente la mano y el animal responde enseñándome unos grandes dientes amarillentos.

—¡Eh, que no quería hacerte daño! Solo pretendía ser amable.

Continúo caminando, el animal también lo hace. Mantiene mi ritmo y eso me hace gracia, parece que quisiera pasear conmigo.

—Te aburres aquí solo, ¿verdad que sí? —Continúo hablándole como si tuviera la certeza de que es un machote—. Mañana te traeré algo del desayuno y lo compartiré contigo.

Mi nuevo amigo o amiga mueve de nuevo sus orejas. Lástima no tener un traductor del idioma de los asnos. Estoy segura de que me está contestando.

—¿Cuáles son tus favoritas, las galletas de chocolate o las de mantequilla?

El burro ha desaparecido, solo me he agachado para atarme el cordón suelto de una zapatilla y cuando me he incorporado ya no estaba. No puede haberse evaporado, la finca no tiene lugares donde ocultarse. Un rebuzno me sobresalta. ¿Dónde está el bicho este?

—¡Eh! —Por decir algo— ¿Cómo has salido del vallado?

El nuevo rebuzno ya no me parece tan desenfadado como los anteriores. Mi amigo levanta el labio superior de un modo bastante sospechoso y me enseña de nuevo sus dientes. ¿Qué hago? Podría intentar pasar a su lado y seguir con mi paseo. No tengo que impresionar a nadie. Estoy sola y si al animal se le ocurriera darme un empujón me empotraría contra la valla y me llenaría el cuerpo de moratones.

Como si pudiera leerme el pensamiento, comienza a caminar de un modo atropellado hacia mí. Parece que estuviera burlándose, haciendo a propósito

esos saltitos con las patas traseras para asustarme aún más. Si me doy media vuelta y empiezo a correr no podría verle ni esquivar su topetazo. Las piedritas del suelo son del tamaño de cerezas. ¡Tendría que acertarle en un ojo para que fueran efectivas!

No hay palos, una planta de grueso tallo es mi única esperanza. La agarro y noto sus pequeños pinchos clavándose en la palma de mi mano. Tiro de ella con fuerza. El líquido viscoso que suelta me resulta desagradable, pero el burro está casi a punto de poder darme un beso en la frente y con un último esfuerzo la planta se suelta de la tierra.

¿Se la ofrezco o le atizo con ella? El asno decide por mí. Arranca una hoja y se la come. Le gusta y cuando abre de nuevo su boca suelta la planta para que se entretenga. Es mi momento. Camino con mi propio estilo de marcha, todo lo rápido que puedo sin trotar, mirando de reojo al animal que está masticando con pasión el tallo. Llavo en mano entro en el jardín, cierro y respiro relajada.

—¡Ya has vuelto!

A Mariola se le ha escapado la sorpresa que le ha causado mi rápido regreso. Le he preguntado, me ha garabateado un mapa, yo le comentado que iba a dedicar la última hora de luz dando una vuelta y resulta que entro por la puerta a los diez minutos.

—Un burro me ha salido al encuentro y me he tenido que dar media vuelta.
—Así ha sido, para qué adornarlo. El animal me ha cortado el paso, cualquiera lo hubiera visto así.

—¿Andresiño?

—Nadie nos ha presentado, así que no sé cuál es su nombre.

—¿Has tomado el camino de la izquierda?

—Sí.

—Entonces era Andresiño.

—¡Menudo nombre para un burro!

—Se lo puso un niño gallego que estuvo aquí el verano pasado y la verdad es que le pega.

—Pues ahora que lo dices...

—No muerde. Está acostumbrado a que la gente al pasar le diga cosas y en

cuanto ve a una persona se acerca para que le acaricien o le den algo de comida.

—Eso hizo cuando me vio, se arrimó a la valla, pero luego apareció en medio del camino. —¡Menos mal que lo hizo delante de mí! Si llega a cortarme el paso hubiera caminado hasta la playa con tal de esquivarle.

—Es muy listo, sabe cómo descorrer el cerrojo. Si vuelves a encontrártelo pasa sin miedo, es inofensivo.

—Ahora que ya lo sé no volveré a darme media vuelta si me encuentro con él.

—Es normal asustarse, es un vacilón. Cuando se escapa y escucha ruidos en el jardín viene corriendo y pasa la cabeza por encima del vallado. Si no le hacen caso se pone a hacer unos gestos muy raros, como si estuviera burlándose de la gente.

—¡Eso me hizo a mí!

—Admito que, para quien no le conozca, intimida un poco. Le vuelven loco unas galletas de canela que hace mi tío. Mete unas pocas en tu chaqueta mañana antes de salir hacia la playa. Se pone tontito perdido cuando las huele.

—Seguiré tu consejo. —Olvido al burro porque el corte de pelo de Mariola me gusta cada vez más—. Me gusta mucho tu corte de pelo. No te lo habrán cortado en alguna peluquería de Villaviciosa, ¿verdad?

—¡Gracias! Me lo corta mi madre.

—¡Ah! —Adiós a la ilusión de tener un *look* parecido.

—Te voy a apuntar el teléfono en el plano del pueblo.

—Pero no voy a ir a su casa a que me lo corte. —Esta familia es muy humana, pero yo no estoy preparada para asimilar tanta familiaridad.

—Aquí está su peluquería —me responde sorprendida por mi tonta deducción—. Con este plano del pueblo —me saca una nueva fotocopia de las calles de Villaviciosa— te apañarás para llegar.

—Estupendo, mañana llamaré. Desde hace tiempo he tenido la idea de llevarlo corto, pero no sabía qué tipo de peinado me iría bien. Me parece que tenemos el pelo parecido.

—Sí, ondulado —sonríe Mariola pasándose los dedos por su cabello—; pero no llames mañana, los lunes cierra por descanso semanal.

—Entonces llamaré el martes.

Ya tengo dos mapas, varios planes como son dar un paseo a la playa con parada para darle de comer a Andresiño, una invitación para hacer jabón, una visita a la peluquería... A veces las cosas suceden sin que las planeemos y son las mejores.

—Hola. —El comedor está vacío. He buscado a Mariola, pero también la recepción está desierta, por lo que he regresado con la esperanza de que Susan apareciese.

—Estoy en la cocina. Pasa, Beatriz.

—Vale.

Tomo el pomo y tiro hacia mí. Entro confiada. El golpe de la puerta en mis nalgas me asusta y me ocasiona un grito que ahogo entre carraspeos.

—Esa puerta lleva días dándonos golpes a todos. Con el anterior muelle la puerta cerraba suavemente, pero se murió de viejo y no encontramos el modo de regular el nuevo.

—Solo ha sido el susto.

—Podría haber sido un guapo asturiano. ¡Perdona! —Susan se disculpa cogiendo mis manos en un bonito gesto espontáneo—. Quizá tienes novio o estás casada.

—Ni una cosa ni la otra. —Mis palabras han sonado lastimeras.

—Porque tú no quieres. —Me pasa una copa de vino tinto que acepto por educación.

—La verdad es que nunca he prestado mucha atención a los hombres. Siempre estaba demasiado ocupada para dedicar tiempo al coqueteo.

—No era tu momento. —Se apoya en la encimera y me ofrece queso que, cortado en finas lonchas, es una tentación que no puedo rechazar. —¿Te gusta la dorada? Hay dos cocinándose en el horno. Si lo prefieres puedo preparar una tortilla.

—Me gusta. Aunque me encuentro muy bien gracias a tu bebida milagrosa, no quisiera cenar mucho.

—Por eso he puesto pescado y una ensalada de tomate como guarnición. Ha quedado tarta de hojaldre y también hay yogures y fruta.

—Ahora entiendo mejor a los clientes que han dejado sus críticas. Leí una

muy entrañable: un hombre escribió que se habían sentido como cuando de niño acudía a comer a casa de sus abuelos.

—Para mí es un honor leer a huéspedes como ese. Me gusta relacionarme con los clientes. Muchos de ellos se convierten en amigos, y eso es un regalo. Esta noche solo estamos tú y yo, así que he preparado la mesa de la cocina. Es un lugar más recogido.

—Muy bien. ¿Puedo ayudar? Te advierto que mis conocimientos de cocina son básicos.

—Puedes trocear los tomates.

—Eso lo hago muy bien.

—Entonces tienes por lo menos nivel medio. Tengo un huésped que es viajante y todos los meses se aloja un par de días entre semana. Una vez estábamos solos y como ahora preparé la mesa de la cocina. Es un hombre encantador y también se ofreció a ayudarme. En esa ocasión la ensalada tenía tomate y lechuga. Me distraje haciendo una salsa para la carne, cuando me giré y vi cómo había dejado la verdura no me lo podía creer, había cortado todo en trozos minúsculos y animado por el momento había aliñado la ensalada cubriéndola de media botella de vinagre de Módena.

—La quemaría...

—¡La había matado! Los trocitos de lechuga parecían espinacas cocidas y el tomate tampoco había por dónde cogerlo. Desde entonces cada vez que se aloja y ve una ensalada me lo recuerda descojonándose. Él se comió la ensalada porque se sentía culpable y yo lo hice porque me daba apuro de que supiera que estaba malísima.

Corto meticulosamente los pedazos. Mi tomate tiene que estar presentable para que no desluzca al lado del pescado, que está desprendiendo un apetitoso olor a través de las rendijas del horno.

Susan coloca una dorada en cada fuente. La mesa ya está puesta. No se me ocurre en qué más puedo ayudar. Le acerco el plato de tomate y la cesta con el aceite y vinagre para que los vierta en su justa medida.

—¿No te atreves? —Susan me mira interrogante—, vamos a comerla ahora mismo.

—Otro día quizá, ¡ja, ja, ja! No quiero arriesgar una cena tan buena.

Susan es una mujer inteligente, sabe cuándo insistir y cuándo hay que dejar de hacerlo. Esa es una virtud que puede parecer una cualidad de rango menor, pero genera una corriente de empatía que hace que me sienta relajada en su cocina, aunque prácticamente nos acabemos de conocer.

La cocina está orientada al este y al sur. Unas luces de cortesía iluminan el vallado de la finca y se puede ver el camino que he tomado antes y que me llevará el martes hasta Villaviciosa para que me corten este molesto pelo.

El suelo está cubierto de losas de barro cocido colocadas en sentido transversal. Las paredes están enchapadas en su mitad inferior por azulejos amarillos, el resto y el techo tienen pintura de un amarillo más claro. Solo hay armarios en la parte inferior. Son de madera oscura. Los pomos son redondos y blancos, y tienen en el centro el dibujo de una margarita.

La campana extractora de humos es grande y tiene el aspecto rústico que tan bien combina con el diseño de la cocina. Sobre la pieza de madera que sobresale en la base están dispuestos multitud de botes de especias listas para ser usadas en las proporciones que estime la cocinera. La gran nevera plateada de dos puertas contrasta con la decoración clásica de esta estancia. En el centro una mesa para cuatro comensales tiene sillas pintadas en el mismo tono amarillo de las paredes y margaritas repartidas sin orden aparente.

—Vamos a cenar, que la dorada hay que comerla antes de que se enfríe.

—Tiene una pinta estupenda.

—Por tu estancia en La Casona Azul, Beatriz. Brindemos para que se convierta en un bello recuerdo.

—Estoy segura de que así será. —Entrechocamos nuestras copas de vino con suavidad.

—No suelo tener huéspedes con estancias tan largas.

—¿No? —Tomo el primer bocado y se deshace en la boca.

—Los fines de semana siempre están ocupadas todas las habitaciones. En verano también se llena entre semana. En invierno los clientes disminuyen: algunas parejas que han tomado un par de días de descanso, los viajeros que conocen el servicio que damos y siempre que están por la zona se alojan aquí, algún extranjero que está recorriendo la costa... Una vez tuve un escritor que se quedó dos meses.

—¿Estaba escribiendo una novela?

—Sí, se marchó cuando la terminó. Unos meses después me llegó por correo un ejemplar firmado con una dedicatoria.

—¿Ah sí? ¿Y es una novela conocida? Pensaba leer algo y me motivaría saber que lo escribió aquí.

—Está en la biblioteca. Se titula *El horizonte infinito y letal*.

—No lo había oído.

—Dudo que lo hagas. Busqué en internet y la novela no aparece a la venta en librerías. Es una auto publicación y lamentablemente pasó sin pena ni gloria por el mercado literario.

—¿De qué trata? ¿La has leído?

—De una pareja que está distanciada y organizan un viaje en un pequeño velero alrededor del mundo para intentar salvar su matrimonio. Hay una tormenta en el Atlántico y quedan a la deriva fuera de las rutas comerciales. No les funciona el motor ni la radio. Una ráfaga de viento partió el mástil y se llevó las velas, así que solo pueden esperar.

—¿Qué angustia! Prefiero una historia más alegre.

—Es bastante opresiva.

—Yo no he venido a escribir una historia trágica.

—Me alegro.

—Solo he venido a descansar. —Se lo cuento porque no quiero que imagine cosas raras, soy una persona normal.

—Cuando el cuerpo dice basta hay que hacerle caso.

—Sí, demasiadas horas trabajando al día, comiendo poco y mal, descansando peor... Por eso busqué un lugar tranquilo donde estuviera obligada a hacerlo.

¿Me estoy justificando? Eso parece, se supone que ya había encontrado las razones por las cuales decidí venir a España y alojarme en La Casona Azul. ¿Por qué estoy de nuevo dándole vueltas al mismo tema?

—¿Puedo saber en qué trabajas?

—En la bolsa.

—Menudo estrés.

—Un poco. —¿Para qué profundizar en la vida que estoy intentando

cambiar?

—Recuerdo esa sensación.

—¿También te dedicabas a la bolsa?

—No. —Susan remueve el tomate para que el aliño impregne cada porción

—. Mi familia tiene hoteles. Yo me dedicaba a recorrerlos para comprobar su funcionamiento. He viajado por medio mundo.

—Qué interesante.

—No creas. A veces, cuando me despertaba no sabía en qué país estaba. Los hoteles que pertenecen a una cadena son siempre parecidos.

—Una empresa grande.

—Mi abuelo convirtió la casa familiar en Berlín en el primer hotel. Con los años la empresa fue aumentando. Mi padre y sus hermanos compraron el primer hotel en el extranjero el año en que yo nací. Se suponía que yo seguiría con el negocio familiar. Estudié turismo y comencé a viajar. Los primeros años fueron maravillosos, pero con el tiempo me fui desanimando.

—¿Y cómo terminaste en Villaviciosa?

—Por amor. Estaba en la isla de Gran Canaria cuando conocí a Tonino, que estaba trabajando en la recepción de uno de nuestros hoteles. Es de Villaviciosa y vinimos para que me presentase a su familia. Cuando llegamos y vi este paisaje sentí amor a primera vista. Durante unos años fuimos felices. Tuvimos a nuestro hijo Isaías, compramos la casona... Teníamos grandes planes. Estaba en ruinas, pero cuando la miraba veía una casa hermosa llena de gente disfrutando de las vistas que me habían cautivado. Lo nuestro terminó hace diez años. Yo había sido una viajera fortuita, él lo había sido por vocación. Somos buenos amigos, ahora está en Costa Rica.

—La vida da muchas vueltas.

Es una frase que cumple en este caso dos funciones: resume lo que Susan me acaba de contar y es al tiempo un escueto modo de decir que sé de qué me habla. He dormido en muchas camas desde que mis padres se separaron y en ninguna me he sentido en casa.

—Tantas que a veces nos mareamos y no somos capaces de ver con claridad.

—Sí. —Un escalofrío recorre mi espalda—. ¿Y la casona ya era azul

cuando la compraste?

—No —Susan sonríe—, la casa fue construida a finales del siglo XIX por un rico comerciante de Oviedo. No es la típica casona de indianos que tanto abunda por la zona, no hay una historia romántica que contar. Era una casa muy grande porque el señor tenía dinero, trece hijos y podía construir una vivienda con habitaciones suficientes para cada uno de ellos.

—La heroína era la mujer.

—Doy fe de ello. Tengo un hijo y criarle me ha costado muchas noches sin dormir. Cuando los padres fallecieron, los hijos dejaron de venir y los nietos tampoco estaban interesados en una casa vieja. Parte del tejado se desplomó y el agua deterioró mucho el interior. La pusieron en venta y la compramos. Una pared interior estaba intacta y tenía el tono azul que hoy ves en la fachada. Decidí probar a pintarla de ese color. La gente del pueblo comenzó a llamarla La Casona Azul y con ese nombre se quedó.

—Es muy bonita y mi habitación parece sacada de una revista.

—Muchas gracias. La casona y tu habitación han aparecido en un par de publicaciones sobre casas de campo. Isaías y yo vivimos al lado de ti en un peculiar apartamento con dos habitaciones y un baño. Esta es mi cocina y cuando quiero leer un rato o disfrutar de la chimenea acudo al salón.

—¿Hay chimenea? —Me parece recordar alguna imagen de una chimenea de piedra en la página web.

—Sí, ahora está apagada, pero la leña siempre está preparada. Podríamos encenderla y sentarnos a tomar una infusión de hierbas, que recojo con la ayuda de los turistas que quieren hacer algo diferente.

—Es increíble que tengas tiempo para gestionar el alojamiento, cocinar y además elaborar velas, licores o artículos de decoración.

—Tengo mucha ayuda. Carmina se encarga de la limpieza de la casona, Isaías del jardín y de las pequeñas reparaciones, Mariola atiende la recepción, las reservas y ayuda a los huéspedes en lo que necesiten. Yo me encargo de la cocina. Los clientes son quienes hacen casi todo el trabajo de confeccionar velas, hacer conservas...

—¿Y cómo lo saben? ¿Lo pone en tu página web?

—No, la información es directa. Tú has preguntado por las velas, te lo he

contado y si no cambias de idea me ayudarás mañana por la tarde.

—¡Sí! Quiero hacerlo.

—Entonces haremos tantas velas como tiempo tengamos. Te llevarás unas pocas para tu habitación y el resto las repartiremos por las zonas comunes. El miércoles por la tarde me gustaría hacer confitura de limón para servirla en el desayuno. ¿Te atreves a cortar muchos limones?

—¡Por supuesto! Tengo la agenda libre hasta el quince de abril.

—Quién sabe, a lo mejor te enamoras y decides quedarte.

—¿Yo? —Todo puede suceder, pero no me veo viviendo un romance en Villaviciosa.

—De alguien, del paisaje, de su gente. No soy la única que ha dado un giro de ciento ochenta grados a su vida. Al otro lado de la ría vive un francés. Es artesano y hace todo tipo de objetos en madera. También tenemos a Matt, que dejó las plataformas petrolíferas para hacer sidra.

—Yo soy muy torpe con las manos, ni siquiera soy capaz de hacerme las dos trenzas idénticas.

—Otras habilidades tendrás. Date tiempo para descubrirlas.

Tiempo es lo que me sobra y sin una meta el horizonte parece muy lejano.

¿Podría ser feliz dedicándome a dar forma al barro o haciendo ganchillo?

CAPÍTULO 7

Me restriego contra las sábanas. Aunque tengo los ojos cerrados, la luz que traspasa mis párpados me revela que ya ha amanecido. Me gustaría darme la vuelta y dormir un rato más, algo que mi conciencia no me permitiría hacer sin saber antes qué hora es. El horario del comedor para tomar el desayuno finaliza a las diez. Recuerdo que Susan me dijo que podía bajar más tarde y entrar directamente en la cocina, donde siempre había café, galletas y pastas.

No quiero hacerlo. Anoche tuvimos nuestra dosis de confianzas ayudadas por el chorrito de su licor curalotodo que añadió a las infusiones. Hablamos de muchos temas acariciadas por las llamas con aroma a roble. Como me sentía ligera y ocurrente, le conté alguna de las extravagancias de mis clientes sin desvelar sus nombres. Susan me respondió con un compendio de extrañas peticiones de algunos huéspedes, de los que también preservó nombre y apellidos. Subimos las escaleras riéndonos como tontas, ni recuerdo por qué.

Bajaré a desayunar a una hora correcta, prepararé mi mochila, incluyendo varias galletas para el burro ese tan cachondo, y pisaré de nuevo la playa de Rodiles. Soy consciente de que no va a suceder nada cuando llegue, no voy a tener una revelación divina. Aun sabiéndolo en lo profundo de mi mente, guardo una pequeñísima esperanza de que al tocar la arena algo me será confesado. Con ese pensamiento abro por fin los ojos.

Me acerco, todavía más dormida que despierta, al casetón desde el que se puede ver el mar. No hay ni una sola nube en el horizonte y eso supone un alivio. ¿A qué hubiera dedicado la mañana de haber amanecido lloviendo? Abro la ventana y compruebo brazo al aire la temperatura exterior. Son las ocho y cuarto, una hora perfecta para ducharme sin prisa, vestirme con la ropa con la que vaya a dar el paseo y bajar a tomar un buen desayuno que me de fuerzas para recorrer los dieciocho kilómetros que me esperan.

Braguita, sujetador, camiseta de tirantes pegada al cuerpo... Voy a buscar la camiseta de manga larga, pero me quedo quieta: hay algo que me ha llamado

la atención y tengo que mirar. Me giro hacia el butacón, la pantalla del ordenador portátil está abierta. Yo no lo usé anoche, de hecho estoy convencida de que ni siquiera lo saqué de su funda. Aunque ahora está apagado sí está conectado a la corriente.

Bajo la tapa y retomo mi búsqueda del atuendo perfecto para mi primera larga caminata: gafas de sol, móvil con la batería cargada, botellín de agua que tomé del último hotel y que relleno con agua del grifo del baño, pañuelo de algodón —que abulta poco y puede ser de gran ayuda si el tiempo refresca— y cacao para los labios.

Me meto en la ducha. Me puedo jabonar el pelo mirando al trocito de cielo que se deja ver desde el pequeño casetón que hay sobre la bañera. Lo hago pensando que esta será una de las últimas ocasiones en las que note el pelo pegado a mi espalda cuando me aclare. ¿Y si no me gusta el resultado? “¡A esperar, Beatriz!”, me contesto bajito mientras salgo de la ducha revitalizada. Así como está no puedo dejarlo, luce pobre y sin brillo. Si algún día se anima a volver a crecer espeso y brillante le daré la bienvenida; si por el contrario estos cuatro pelos de rata mojada van a ser los únicos que conozca hasta que me muera, tendré que acostumbrarme a otros cortes más favorecedores, porque no me veo llenándome de extensiones que queden al descubierto cuando sople el viento.

Escojo un frasco de cristal con retorcidas formas y tapón de corcho. Es aceite corporal de aceite de oliva y aloe vera. Recuerdo que me lo recomendó Susan antes de despedirnos. Retiro el tapón y vierto una pequeñísima cantidad en la palma de mi mano derecha. Donde esperaba notar olor a patatas fritas aparece un olor sutil que me recuerda a los chicles de menta.

Mezclo con las dos manos y la aplico en mis piernas, que al instante brillan. Tomo un poquito más y repito la operación en el resto del cuerpo. Susan insistió en que podía dármelo también en la cara. Desconozco el beneficio que este aceite casero podrá tener en mi piel a largo plazo: el inmediato es obvio, mi piel parece más elástica. Posando con suavidad papel higiénico sobre la cara, retiro el exceso y procedo a secarme el pelo cabeza abajo para que mi melena adquiera algo más de volumen antes de que se convierta en historia.

Vuelvo a pensar en el ordenador. ¿Tan contenta estaba anoche gracias al alcohol para no recordar que enredé en el ordenador? ¡Sí que tiene poder ese brebaje! Ayuda a las digestiones, te pone contenta, tiene ingredientes naturales y lo mejor de todo: ¡no deja resaca! Estoy segura de que si Susan lo comercializase las personas que lo probasen llenarían la red de comentarios sobre sus beneficiosos efectos y se agotarían las existencias rápidamente.

Tal y como he hecho en la cara, retiro con la toalla el exceso de aceite en el cuerpo para que no manche mi ropa. Me visto, me hago una coleta floja para disimular, me aplico cacao y salgo del baño dejando las toallas que he usado extendidas en el secador que para tal efecto hay adosado en una de las paredes. ¡En este lugar han pensado en todo! Ya sé dónde voy a secar mi ropa interior. Las de mayor tamaño las meteré en una bolsa y la dejaré encima de la cama. Carmina se la llevará cuando arregle mi cuarto y me devolverá su contenido seco y planchado. Un último vistazo a mi ordenador hace que me ría yo sola mientras bajo las escaleras, ilusionada ante la cercanía del momento que llevo semanas esperando.

—Buenos días, Mariola.

—Buenos días, Beatriz. ¿Has descansado bien?

—Como un bebé. Después de cenar tomamos el tónico mágico de Susan y ha obrado milagros. Ayer dormí la siesta, algo a lo que no estoy acostumbrada, y aun así he descansado toda la noche del tirón.

—¿Sí? Yo nunca he dormido mal. Tengo que ponerme el despertador fuera del alcance de la mano para obligarme a levantarme. Si lo dejo en la mesilla lo apago sin darme cuenta, me doy media vuelta y continúo durmiendo. Pero bueno es saberlo. Estaría bien tener una botellita en casa por si hace falta.

—Buena idea. Lástima que no pueda llevarme a Londres unas botellas dentro de la maleta. En cuanto pasase por el escáner me tirarían al suelo creyendo que estoy intentando colar una bomba en el avión. A ver cómo explicaba yo que es una medicina para el insomnio.

—Te hacemos una receta.

—Con el sello del establecimiento, ¡ja, ja, ja!. ¿Tienes el teléfono de los taxis de Villaviciosa? Me figuro que podré hacer el recorrido de ida y vuelta hasta la playa, aunque tardaré bastante porque estoy desentrenada. No me

vendría mal tener el teléfono de un taxista por si me tienen que rescatar.

—Hasta los niños pequeños lo hacen, así que tú también podrás. Tómatelo con calma y disfruta del paisaje. —Mariola me apunta en un papel dos números—. El primero es el teléfono de la parada de taxis de Villaviciosa y el segundo es el teléfono de Ángel, uno de los taxistas. Si te pierdes y le envías tu ubicación él te encontrará. Ha nacido en un barrio que está muy cerquita de la casona. Vas a pasar delante de la casa de sus padres cuando camines hacia la playa.

—Estupendo. Voy a tomar fuerzas entonces y a coger las galletas para el burro. ¿Cómo se llamaba?

—Andresiño.

—Eso —no había modo de recordar el nombre—, galletas de canela para Andresiño.

—Susan estaba hace un momento en la cocina.

Me siento bien. Cuando me marche voy a dejar la mejor crítica que se me ocurra de mi estancia en La Casona Azul. Tanto Mariola como Susan hacen que me sienta como si fuera parte de la familia y eso tiene un valor incalculable en mi caso.

—Buenos días. —Le acompaña un chico rubio que guarda mucho parecido con Susan, por lo que deduzco que se tratará de Isaías.

—Buenos son, Beatriz. ¿Ayer conociste a mi hijo?

—No.

—Encantado. —Me ofrece su mano y me parece curioso el modo en que lo hace. Como si fuera un adulto con años de experiencia en el trato con gente en vez de un muchacho grande que todavía conserva su cara de niño.

—Igualmente. Tienes un jardín precioso.

—Muchas gracias. Lo estás viendo en su momento más triste. Dentro de un par de semanas empezarán a brotar las hojas y entonces se verá mejor.

—Lo veré y disfrutaré.

—Beatriz, ¿tomas café o prefieres té? También puedo ofrecerte una taza de cacao. Es lo que siempre toma Isaías para desayunar.

—Me apunto al cacao. ¿Ya habéis desayunado?

—Yo he tomado el primer café de la mañana hace un rato. Ahora tomaré el

segundo con vosotros y unas rebanadas de pan con queso de untar.

—¡No me digas que también lo haces tú!

—El pan sí. Soy alemana y allí es costumbre elaborar el pan en casa. El queso es de una empresa de la comarca. Hacen queso fresco, el de untar que te he comentado y un queso tierno que es ideal para acompañar el membrillo que sí elaboramos con la fruta de nuestros árboles.

Isaías es tan apasionado o más que su madre por la vida natural. También le gusta, como es normal a su edad, acercarse a Gijón para tomar algo con los amigos algún sábado por la noche o para comprar tecnología. Me enseña su última adquisición, un reloj que te cuenta el número de calorías que consumes al día, los kilómetros que caminas, el pulso, el nivel de estrés y ni sé cuántas funciones más que escucho enumerarle, emocionado con tan completo aparatito.

—Que mida la distancia está muy bien. Yo me he hecho una promesa y tiene relación con los kilómetros.

—¿Cuál? —pregunta Susan colocando el pan recién horneado sobre la mesa.

—Tengo que caminar un kilómetro por cada vez que me muerda los dedos. Hoy cumpliré mi penitencia porque voy a ir hasta la playa, pero me gustaría saber cuánta distancia recorro en cada paseo.

—¿Te los has mordido hoy?

—Todavía no. —Le enseño mis manos, las puntas de mis dedos no tienen ese tono rojizo habitual—. Estoy intentando dejarlo.

—Descárgate alguna aplicación en el móvil. La clave del Wi-Fi es “lacasonaazul”, escrito sin espacios y en minúscula.

Lo hago y el simbolito de red Wi-Fi disponible aparece en la parte superior del *smartphone*.

—No conozco ninguna. ¿Cuál es buena?

—Si me permites.

Isaías extiende su mano, yo acepto encantada su ofrecimiento posando mi móvil sobre su palma. No tengo secretos que ocultar. Teclea con soltura mientras mastica un bocadillo de jamón que se ha preparado con el pan humeante.

—¿Altura?

—Ciento setenta y un centímetros.

—¿Peso?

—La última vez cincuenta y un kilogramos.

—¡Qué delgada estás! —Susan se asombra, yo también lo hago cuando me miro al espejo y veo mis piernas de alambre.

—Otro de mis propósitos es llegar a los cincuenta y cinco kilogramos. Uno por cada semana.

—Ahí te puedo ayudar. —Exclama Susan frotándose las manos.

—¿Edad? —La pregunta balbuceante de Isaías me hace reír. Es prudente y yo demasiado joven para tener vergüenza en ese asunto.

—Veintinueve.

—Ya lo tienes, y te acaba de entrar un WhatsApp.

—Es de Tina, una chica que conocí en el viaje de Londres a Santander — aclaro leyendo el texto rápidamente—. Me recomendó dar una vuelta desde el hotel hasta el faro y le escribí ayer para contarle que lo había hecho y que me había gustado mucho el paisaje. Ella tenía celebración familiar en casa de sus abuelos y se dejó el móvil olvidado.

—Santander me encanta. Hace mucho que no voy.

—Yo no lo conocía. Me alojé en el Sardinero, frente a la playa, y me gustó mucho.

Guardaré siempre en secreto lo que vi. Me metí presurosa en mi habitación convencida de que esa cabeza de peluche gigante me estaba mirando. Ese hombre me estaba haciendo partícipe de su juego y volví a mirar por una rendija de la cortina, protegida por la oscuridad de mi habitación. Continuaba mirando hacia mí y nunca reconoceré que una parte de mí sintió deseo.

—Podríamos ir un día que la casona no tenga huéspedes, para dar un paseo por el palacio de la Magdalena y comer en un sitio donde preparan un cocido montañés para chuparse los dedos. Caminaremos después por el centro un rato, para bajarlo antes de montar de nuevo en el coche y volver.

—¿Me hablas a mí? —Estaba tomando el cacao tranquila convencida de que Susan se lo estaba proponiendo a su hijo. Levanto la cabeza y los dos me están mirando a mí.

—¡Claro! Isaías dudo mucho que se apunte. Cuando no hay clientes suele irse con la novia.

—¡Ah! Me parece muy bien, cuenta conmigo.

—A ver si tenemos suerte y hace bueno el día que vayamos. A la vuelta pararíamos en Lastres, un pueblecito que está cerca y es muy bonito.

—Estupendo. —Apostillo llevando mi vaso y mi plato a la fregadera. Antes de que Susan pueda decirme nada, los friego y los dejo escurrir sobre un trapo de cocina.

—Hoy volveremos a estar los tres solos a la hora del almuerzo. Voy a preparar una ensalada con queso de cabra y *foie*. Para quien se quede con hambre de segundo habrá canelones de pollo y jamón. ¿Y eso? —me pregunta señalando lo que acabo de limpiar—. La cena la tomaremos en el salón —continúa hablando mientras me regaña con la mirada—. Por la noche llegarán cuatro parejas gaditanas.

—Si hace falta echar una mano me encantaría. Aprendería a cocinar y me entretendría al mismo tiempo.

—Lo hablamos si te parece a la hora del almuerzo. Te recomiendo que salgas ya hacia la playa, porque tienes una buena caminata por delante.

¿Me estaré poniendo pesada? ¡Es lo último que desearía! No he tenido muchas oportunidades en esta vida para relacionarme fuera del ámbito estudiantil o laboral.

Cierro la cancela y me incorporo al camino mordiéndome un dedo. Saco mi teléfono móvil y compruebo que el cuentakilómetros que Isaías me ha instalado ha empezado a contar los metros que acumulan mis zancadas. Si completo la prueba y no vuelvo a llevarme un dedo a la boca tendré dos kilómetros de superávit.

Andresiño me anuncia su presencia con un gran rebuzno, seguido de dos o tres más pequeños que parecen estornudos. Está parado en medio del camino como si ayer hubiera leído mi mente. Lo que no sabe es que vengo preparada, o quizá también sabe que quien tiene miedo y repite, lo hace con un as en la manga: media docena de galletas de canela que Susan me ha dado. ¿Al burro le gustan esas galletas desde que las probó por primera vez o se ha ido acostumbrando a su sabor a base de recibir dosis continuas por parte de

huéspedes asustadizas como yo?

—Buenos días, guapo.

Otro rebuzno enfatizado con un movimiento de su peluda cabezota es la respuesta que tengo que interpretar.

—¿Qué tal has dormido?

Esta conversación es absurda, le estoy preguntando qué tal ha descansado a un asno. Avanza despacito como queriéndome explicar: “Fatal, he tenido una pesadilla horrible: un turista me daba galletas de limón. Cuando le pille le voy a dar un poco de su propia medicina, le voy a lanzar contra el limonero para que se le quiten las ganas de tomarme el pelo”. Reviso que no haya nadie cerca. Que esté dispuesta a mantener una conversación con Andresiño no incluye que me sea indiferente que algún paseante me descubra preguntándole por sus dolencias.

—Te he traído el desayuno.

No hay cambios, esa palabra no la entiende, así que busco un lenguaje alternativo: el de la mímica. Me relamo y simulo estar comiendo algo delicioso. Andresiño mueve las orejas. Esa atención es una muestra evidente de su interés por comunicarse conmigo y le enseño la primera galleta para que asocie lo que le estoy diciendo con la olorosa comida.

Consume los últimos metros al trote y extendiendo la mano hacia él, porque es lo único que me salvará de que impacte contra mi cuerpo y me envíe por los aires como a los hombres bala de los pósteres de los circos de principios del siglo veinte, que aparecían pintados con un traje ridículo y un fino y largo bigote que se enroscaba en sus puntas.

Mastica la galleta como solo un burro podría hacerlo, tirando la mitad al suelo y moviendo su mandíbula como si estuviera masticando algo grande y difícil de comer.

Usa su hocico como una aspiradora industrial, lo pasa por todo mi cuerpo inhalando el aire aparatosamente en búsqueda del origen del aroma a canela que desprenden las galletas de Susan. Me revuelvo buscando espacio para que mi brazo maniobre y tome otra galleta que también me arranca de la mano. A este paso voy a quedarme sin galletas. Si no tengo con lo que distraerle tendré que darme media vuelta, y no estoy dispuesta a renunciar por un asno a mi

visita a la playa.

Le arrojo una galleta con tan mala suerte que no la ve, así que continúa empujándome. Si alguien nos estuviera observando desde la lejanía se devanaría los sesos tratando de interpretar los movimientos de Andresiño y los míos. Después de varios intentos por fin puedo meter la mano de nuevo al bolsillo de la chaqueta. Le enseño la galleta y la arrojo cerca de la primera. Sale corriendo en dirección a la casona y yo lo hago todavía más rápido en sentido contrario.

Resoplo por el esfuerzo y continúo corriendo hasta que los sonidos de mi respiración quedan tapados por la fuerza de los latidos de mi corazón. Mis piernas se paran. No soy yo quien lo ha decidido, ellas solitas se han plantado. Si Andresiño está siguiendo el olor de las galletas me encontrará con la mano en el costado y la cara colorada como si acabase de salir de una sauna.

Después de la tempestad viene la calma, podría decir ahora que he superado el obstáculo del burro goloso. Miro la hora: las diez menos veinte. Comeremos a las dos, así que reparto mentalmente el tiempo del que dispongo: hora y media para llegar, veinte minutos para pasear por la playa y dos horas y media para regresar. La pendiente que me beneficia en el tramo de ida será un hándicap al regresar, con el agravante de que también estaré más cansada en los últimos kilómetros.

—¡Vamos a por ello Beatriz! ¡Tú puedes!

Esta aplicación es tan lista que sabe la velocidad a la que camino. Ajusto mis pasos hasta conseguir el ritmo que necesito y me dejo llevar por la belleza del paisaje. Los pájaros pían como locos anunciando que la primavera llegará pronto. El sol templó el aire que enfrió la noche y yo comienzo a ver cumplido lo que tanto he deseado últimamente.

El primer cruce aparece, el camino es atravesado perpendicularmente por otra calzada similar. Mi instinto me dice que debo girar hacia la izquierda, ya que aproximarme al mar me parece el camino más normal para llegar hasta la playa.

No tengo tiempo que perder y sí debo tener presente que no estoy atravesando los campos en línea recta hasta la playa. Los caminos en estas zonas montañosas discurren aprovechando el terreno y se alternan las curvas

con las rectas. Me detengo para examinar el plano que me ha pintado Mariola.

—¡Casi la lío! —me reprocho a mí misma. Había que girar a la derecha.

Deshago los pasos caminados a lo tonto y aprovecho el parón para abrirme la chaqueta. La cremallera debe haber pillado, como casi siempre, un trocito de la tela. Ya sé por experiencia cómo resolver el problemilla y sin dejar de caminar me pongo manos a la obra. El ruido que se me viene encima sin saber qué peligro amenaza mi vida me arranca un grito descontrolado.

—¡Ohhh!

El caballo negro me da mucho miedo y el jinete que lo monta también. He notado la onda de su grave y potente voz ordenando calma al caballo. El animal se resiste elevando la cabeza desafiante.

—Perdón. —Me disculpo antes de mirar si yo he sido la causante de que el caballo se haya encabritado y el hombre esté teniendo que afanarse para gobernarlo.

—¡Ohhh, Thor!

Busco la pared de piedra más cercana y me pego a ella con movimientos suaves para no asustar más al caballo. Los ojos del animal me miran con pavor y los del hombre, ¡a saber cómo lo estarán haciendo en este momento!, visera y gafas ocultan su rostro. El caballo es muy grande y quien lo monta parece poderoso subido en el majestuoso equino.

Se alejan en la dirección que yo erróneamente pensaba seguir. En un primer momento siento un gran alivio, porque ese enorme animal con acertado nombre se marcha. Después pienso que el jinete podría haber dicho algo más que “¡oh!”. Miro a mi alrededor y continúo sin tener claro si he sido yo quien he abordado al caballo y a su jinete o por el contrario ha sido él quien se me ha echado encima.

A partir de este momento declaro el estado de alarma en un perímetro de diez metros a mi redonda. Estos caminos no son tan seguros como la gente y yo misma podríamos suponer. Me podría atropellar una vaca de esas que están aparentemente concentradas arrancando hierba. A lo mejor están fingiendo que comen y lo que realmente están haciendo es acercarse disimuladamente al murete que está medio derruido y esperan el momento oportuno para lanzarse a la carrera, saltar como si fueran tigres de bengala y liarse a rabazos. Esto

último sería, además de doloroso, bastante desagradable, ya que lucen unos cuartos traseros llenos de costras de sus propios excrementos.

Seré como las gacelas Thomson que aparecen en todos los documentales de la sabana africana y están siempre al borde de un infarto: comen con un ojo en el suelo y otro vigilando si las leonas sobrepasan la invisible línea de seguridad. Estaré alerta. El paisaje es secundario: si se puede contemplar, se contempla; ¿que no se puede?, pues no se mira.

Siguiendo las indicaciones del mapa paso por debajo de la autovía del Cantábrico y atravieso pequeños barrios. Hace rato que camino por suelo asfaltado. Me he cruzado con el camión que reparte pan y con un pequeño coche que deja periódicos y revistas en algunas viviendas, y que debería haberse dedicado al mundo de los ralis. El coche toma las curvas como si fueran rectas. El conductor es capaz de maniobrar marcha atrás con una destreza y velocidad increíbles.

Sin dejar de estar alerta, porque ya estoy escamada por mi experiencia con el burro y el caballo, contemplo las casas tratando de memorizarlas para que me sirvan de referencia en próximos paseos. Hay casas ocupadas y otras que están vacías y parecen ser residencias vacacionales. Estas últimas son construcciones nuevas y tienen cierto aire moderno.

El humo en algunas casas de aspecto tradicional es el único signo de vida que demuestra que están habitadas. De vez en cuando una señora me saluda mientras cuelga su ropa interior en el balcón de barrotes de madera, o un hombre que en una ciudad estaría dando de comer a las palomas o viendo cómo amplían el metro, y aquí corta leña metódicamente, me hace un gesto con la cabeza.

Voy acercándome a la meta con la chaqueta anudada a la cintura y la camiseta de manga larga remangada, porque estoy caminando a una media de seis kilómetros a la hora y este esfuerzo está haciendo que me sobre hasta la ropa interior.

¡Por fin! Capturo con la vista todas las imágenes que guardaban mis recuerdos: los pinos, la arena, la montaña que delimita en su parte derecha la playa, la ría a la izquierda mezclándose tranquila en las aguas del Cantábrico. Aspiro profundamente y busco notas de mar.

Las gaviotas son las dueñas de la playa en esta época del año y se resisten a levantar el vuelo ante mi presencia. Según me aproximo al agua van desplazándose en grupo hacia la izquierda entre graznidos. Cuando las supero y ven que no son mi objetivo, se quedan de nuevo quietas en su parcela de arena mojada.

Llego a la orilla, intento interpretar la marea. Estoy pisando arena mojada, por lo que descarto que esté subida. ¿Se habrá alcanzado la bajamar o todavía se retirará más? Observo las olas, son suaves y constantes, hasta que entre ellas hay una que parece hacerse más grande y lame la puntera de mis zapatillas y hace que retroceda para librarme de volver con los pies mojados.

—¡Subiendo! —afirmo después de buscar la tabla de las mareas de la zona en el móvil.

Leer que la bajamar se producirá dentro de dos horas y cuarto no es algo trascendental. Cualquiera puede equivocarse, sobre las olas no flotan las indicaciones para quienes se acercan por primera vez. Es lógico que no sepa interpretar bien las señales, soy madrileña y mi vida ha transcurrido entre libros, colegios mayores, grandes ciudades y edificios de oficinas donde nadie dice en el ascensor “Esta tarde la marea estará subiendo” o “Se esperan abundantes lluvias esta mañana y fuertes ráfagas de viento coincidiendo con la bajamar de las ocho y cuarto”.

Si no tiene importancia, ¿por qué estoy llorando? La pantalla se ha convertido en un borrón a donde resbalan las gotas que caen silenciosas por mis mejillas. La emoción contenida se escapa al conseguir aquello que he deseado con fuerza. Por eso estoy llorando, esa debe ser la explicación. Me encuentro al borde del mar, en el punto exacto donde he necesitado estar desde que me desmayé en el despacho.

Dejaré que se agote esta tensión para que las lágrimas cesen. Tampoco sabría cómo hacerlo. ¿De qué manera se puede obligar a unos ojos a dejar de llorar? ¿Cómo descubren su habilidad los que pueden mover las orejas? Buena pregunta para la que tampoco tengo respuesta.

Me siento ridícula llorando sobre mi móvil. Esto no tendría que estar sucediéndome, ahora mismo debería sentirme feliz por volver a respirar el olor de la sal. Se suponía que las respuestas a las preguntas estarían aquí,

entonces ¿por qué no aparecen? ¿Esto es todo? No puede ser.

Debo tranquilizarme y comienzo a caminar por la orilla contando lentamente: uno, dos, tres... nueve, diez. ¿Qué recomiendan los expertos cuando llegas a diez y la angustia está paralizándote las entrañas?

Hasta para llorar hay que estar entrenada. Los primeros lloros han sido difíciles, hacía veinte años que no lo hacía. Después de varios patéticos hipidos se rompen las cuerdas que me tenían prisionera y es entonces cuando llega la liberación. Mi mente se desconecta y deja de guardia al vigilante de la higiene que me impulsa a ir sacando pañuelos del paquetito hasta que solo queda uno. Es el momento de parar, no quisiera pasarme la manga de la camiseta por la nariz y la montaña está cada vez más cerca.

Me seco los ojos. El móvil continúa funcionando, aunque las lágrimas son saladas. ¡Estos japoneses son la leche! Si esto es lo que me aguardaba al llegar a la playa, maldigo a mi estúpida intuición que me llevó a dejar medio plantados a mis clientes para pasar un mes en Villaviciosa.

Tengo bastante práctica en sustituir cualquier sensación que no domino por la rabia, y cuando esta ha anulado al dolor la reemplazo por la lógica. Ahora también debería funcionar, por lo que me enfado conmigo misma por permitir que esta llorera me estropee el día. Ojos rojos, congestión nasal, dolor de cabeza, náuseas... Sufrir estos síntomas no aporta nada bueno.

Tener la mente ocupada, centrarme en mi realidad, concederme una tregua... Tengo bastantes argumentos para despedirme de esta playa y volver a la casona.

—Vamos a por ello, Beatriz. Tú puedes, siempre has podido con todo. Nueve kilómetros no son nada, unos cuantos miles de pasos no van a ser capaces de derrotarte.

Me centro en los metros que quiero recorrer por minuto, distribuyo el tiempo en cuartos de hora y me planteo un reto para cada periodo. Los primeros pasos son muy duros, ¡normal después del berrinche!, y caminar sobre la arena seca agudiza la sensación de cansancio. Posar los pies sobre el asfalto es reconfortante, al menos los primeros metros. En realidad ahora mismo nada me gustaría más que enroscarme dentro de un agujerito envuelta en una manta gigante para dormir un sueño hueco del que despertar reseteada.

Ese momento llegará, el brebaje de Susan será el catalizador que me acerque a la isla de los olvidos, posaré en su orilla este dolor y me alejaré para despertar tal y como era antes: una mujer que aceptaba su destino.

No es la primera vez que me cuestiono mi existencia, ni soy la única persona que lo hace. Examinar el camino que hemos recorrido y hacia donde nos dirigimos es algo habitual. Soy una profesional en el campo de encontrar razones para los actos que hago. Hacerlo me produce calma. “Es así porque así tiene que ser”, me sentencio cuando quiero dar por zanjada una polémica.

Después de kilómetro y medio a un ritmo enfadado y de aplastar en cada zancada los brotes tiernos de dudas que crecen entre las comas de mi alegato, llega la paz. Agotarse físicamente es poco compatible con mantener una batalla mental. Es como si el cuerpo dijese: “Tú decides: o nos dedicamos a darle caña a las piernas o aflojamos el ritmo para que sigas debatiendo contigo misma”.

Decido mantener la presión sobre mis músculos. No quiero caminar seis kilómetros con un cerebro pataleando, prefiero sudar y jadear aplicándome de vez en cuando cacao para mis resecos labios. Y pasito a pasito dejo atrás el dolor enganchado en las ramas de los árboles del camino.

—Tengo que ir a Gijón a recoger unos encargos, ¿alguien se anima? Mi intención es estar de vuelta a las seis. Quiero tener una hora libre para hacer las velas antes de dedicarme a preparar la cena.

—Yo no puedo, mamá, tengo trabajo en el jardín. Esta semana me toca hacer semilleros, preparar la tierra para plantar, abonar los árboles...

Isaías se queda sin dedos enumerando y yo con la boca abierta ante la cantidad de cuidados que necesitan las plantas para mantenerlas bellas y sanas.

¿Estoy suficientemente cansada para pasar la tarde en mi habitación hasta que Susan regrese y me distraiga elaborando velas aromáticas? No ha sacado la botella mágica y tampoco me he atrevido a preguntar por ella. ¡No quiero parecer una alcohólica!

—Yo te acompaño.

—No es una obligación, Beatriz, yo tengo que ir pero tú puedes quedarte descansando.

—O ayudándome a mí. Algunas plantas agradecerían unas manos pequeñas y delicadas. —Me enseña sus grandes manos como prueba y me río porque tiene unas extremidades a juego con su cuerpo; es un muchacho grande y fuerte. Las mías parecen ridículas, solo sirven para teclear en un ordenador.

—Prefiero ir a Gijón hoy. —Susan me dedica una mirada que me atraviesa como si fuera de gelatina—. Estaré más que encantada de poner mis “manitas” al servicio del jardín mañana y pasado, y al otro si te parece bien.

—¿No sabes lo bien que me vendrá algo de ayuda en esta época del año!

—Y en mayo, en junio, en julio... Has ido plantando tantas especies que te has convertido en un esclavo del jardín.

—Me gusta y a los niños que vienen en verano también. Tengo una caja llena de guantes infantiles y tijeras de podar chiquitinas, palas y un par de carretillas verdes con la rueda y los mangos amarillos. Se lo pasan muy bien.

—Eso es verdad, Isaías conecta al instante con los huéspedes menores de doce años. Les da los guantes, les coloca una visera y les tiene entretenidos durante horas.

—Que haya moras y frambuesas y fresas ayuda bastante.

—¿Tienes? Cuando estuve aquí de niña me gustaba comer las moras que crecían en los caminos.

—¿Ya habías estado antes en Villaviciosa? —Susan trata de leerme de nuevo la mente.

—Hace muchos años. Subo un momento a lavarme los dientes y a coger mi bolso. —Voy a contárselo en el coche, no tengo nada que ocultar.

—Dame quince minutos para ponerme decente.

—Tú siempre estás decente, mamá. —Isaías me guiña un ojo, pero yo no encuentro dónde está la gracia.

¿Qué aspecto tendrá Susan vestida de “decente”? Me he duchado antes de comer, por lo que mis retoques no me ocupan más de cinco minutos. Me miro en el espejo antes de salir de la habitación. Solo yo sé que he llorado. Si quedaba algún rastro ahora está oculto debajo del bendito corrector de ojeras.

Espejito, espejito, ¿quién es ahora la mujer más hermosa del reino?

CAPÍTULO 8

—Germán ha nacido y crecido aquí. Él sabrá dónde estaba el campamento.

—Volver a verlo estaría bien.

Han sido pocas palabras. No es una historia muy larga y sin embargo me encuentro como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Ya no tendré que poner excusas para aceptar cualquier tarea manual que me ofrezcan y pueda realizar.

—Yo creo que todo lo que nos sucede tiene una finalidad.

—He caminado hasta la playa y no ha pasado nada. —Todavía me resisto a admitirlo.

Oculto a Susan una parte de mi visita a la playa. Antes de hablar del llanto tengo que entender qué lo ha provocado. Del mismo modo que un científico tiene que estar cerca de los virus mortales para estudiarlos yo necesito palpar los sentimientos y me contaminaría de ellos sintiendo de nuevo la angustia con mayúsculas.

—A veces nuestros actos o el azar no nos llevan de la mano hasta nuestro destino. Simplemente nos colocan en un nuevo camino. Yo siempre estaré agradecida a mi padre por enviarme a Canarias. Mi hijo Isaías merece cada momento de soledad que sentí en las habitaciones de los hoteles que inspeccioné.

—En la playa no había nadie. Espera, sí que había, muchas gaviotas.

—¡Ja, ja, ja! Ese es un comienzo. Hoy gaviotas, mañana podría ser una gallina y dentro de diez días...

—Al burro ya le he conocido.

—Entonces has avanzado mucho en un día, pero todavía te quedan veintinueve. Concédetelos, Beatriz, los mereces.

—Gracias. —Es difícil mantener la serenidad cuando lo único que deseo es volver a llorar—. Voy a seguir buscando hasta que se cree una leyenda sobre mi búsqueda de algo.

—Durante un tiempo yo fui “esa alemana tan terca”. Llevaba la contraria a todos los gremios. En mi mente veía la casona como es ahora. Recuerdo a los carpinteros, dos hermanos que se quedaron sin saliva intentando convencerme para que no aprovecharse la escalera original. Pero yo sabía que podía recuperarse, es el alma de la casona.

—Volveré a la playa aunque corra el riesgo de convertirme en “esa loca que camina junto a las gaviotas”. ¿A dónde vamos? —Estamos entrando en Gijón.

—A visitar a un amigo. Tiene una tienda donde vende antigüedades que busca por viejas casonas de indianos, rastrillos y lugares insospechados. Hace tiempo le conté que quería cambiar la vajilla y la cristalería de la casona. Debajo de los escombros había platos y vasos, pero todos estaban rotos. Saqué unas fotos y busqué sin éxito modelos similares. Conocí a Darío hace algunos meses, le enseñé las imágenes y me llamó el viernes. Ha conseguido una vajilla parecida y vamos a verla.

—¿La tienes? —pregunta Mariola esperanzada al vernos entrar.

—Sí, está en el maletero. —Susan sacude su chaqueta en el quicio de la puerta. Ha empezado a caer algo de lluvia cuando llegábamos a la casona.

—¿Encontró lo que buscabas?

—¡Sí! —Susan lo afirma sonriendo de oreja a oreja, a lo que Mariola responde con pequeñas palmaditas—. Es preciosa. Mañana la sacaremos, ahora tenemos mucho que hacer.

—¿Viste a Darío?

—Sí —responde Susan tranquila.

—¿Qué tal estaba? —insiste Mariola. Confirmo que esos dos se gustan mucho.

—Bien.

Susan da por finalizada la cuestión del estado de salud de Darío entrando en la cocina y dejando a Mariola sonriéndome y elevando las cejas. Devuelvo la mirada imprimiéndole signos de que yo también he visto la complicidad de ambos. ¡Por supuesto que he visto cómo Darío babeaba ante cada palabra que Susan pronunciaba! Y a ella le gusta él. Un cuarto de hora después de marcharnos de la cocina salió arregladísima: pelo perfecto, labios rojos y

suave sombra azul en los párpados.

Han quedado este jueves por la tarde. A la tienda llegará un surtido de artículos para el baño que Darío enseñará a Susan. Si tiene intención de comprarlos es algo que desconozco, pero como todos los baños tengan el mismo nivel de decoración que presenta el mío no sé dónde pensará meter las jaboneras o los vasitos para los cepillos de dientes.

Me apunto en la agenda mental no ir, bajo ningún concepto, a Gijón con ella. Ahora comienzo a dudar sobre su ofrecimiento de que la acompañase. Ya no sé si Isaías exageró la carga de trabajo que tenía en el jardín como excusa para no ir, si Susan lo dijo para ser cortés porque al llegar de la playa se notaba que algo me había sucedido o por lo callada que estuve en la comida.

—¿No quieres llevarte galletas para Andresiño? Ahora que se las has dado una vez va a pedirte las siempre.

—No voy a la playa, Susan. Hoy toca caminar hacia Villaviciosa, voy a la peluquería.

—¿Vas a cortarte el pelo o solo peinar?

—Cortar. —Con mis dedos imito una tijera que coloco a la altura de la nuca.

—¿Tan cortito, como Mariola?

—Sí.

—Cuento contigo para comer, ¿no?

—Por supuesto, espero no tener que entrar en un bar a emborracharme cuando vea cómo me queda el pelo corto.

—Seguro que te queda muy bien. Lo bueno del pelo es que crece de nuevo.

—Cierto. Hasta luego.

Salgo de La Casona Azul por la verja trasera mapa en mano. El recorrido hasta el pueblo es menor que el de la playa: cinco kilómetros y medio con algunas bifurcaciones, y un descenso final que al regresar me hará entrar en calor.

Si hubiera podido habría elegido acudir por la tarde y dedicar la mañana a ayudar a Isaías en el jardín. La peluquera tenía cortes de pelo y tintes desde las cuatro hasta las siete. Prefiero ir y volver caminando, ayer me volví a cargar de sanciones por morderme los dedos mientras cenaba sola.

Esta mañana al despertar he tenido una extraña sensación. No recuerdo si he soñado algo perturbador, pero al abrir los ojos sabía hacia dónde quería mirar: hacia el sofá. Y juraría que se había movido de sitio. Incluyo un “se”, ya que anoche vi la televisión desde la cama, no me acerqué al sofá en ningún momento.

En el desayuno he tratado de recordar los pasos que di desde que cerré la puerta de “la habitación del pintor”. Mientras lo hacía he atacado sin piedad mi dedo índice de la mano izquierda. Ahora está tapado con una tirita para no ver los estragos de mis incisivos.

La lluvia de ayer fue breve y suave. El sol ha vuelto a lucir y los campos brillan llenos de gotas de rocío. Me mantengo alerta. Las vallas de algunos prados parecen simbólicas, si un animal se acerca y me mira me hago la despistada. He descubierto a un toro entre las vacas que me ha mugido de un modo que a mí me ha parecido que no quería ser un “buenos días, señorita, aquí estoy cuidando a mi harén, mira qué bonitas ubres tienen mis chicas”. Me inclinaría más por una advertencia del tipo: “No vendrás también a tocarle las tetillas a mis chicas, ¿verdad? Te advierto que soporto al que las ordeña porque las tranquiliza y al veterinario porque las cuida cuando están enfermas, pero a ti no te conozco de nada. Si te acercas te embisto, que para algo tengo estos dos cuernos en la cabeza tan pesados”.

Llego a la peluquería con veinticinco minutos de adelanto. Daré una vuelta por el pueblo, necesito chicles para salvar el resto de mis dedos. Encuentro lo que busco y salgo de la tienda con caramelos, un gran paquete de gominolas variadas, cinco paquetes de chicles de fresa y cinco de menta. El centro del pueblo es pequeño, la fachada de la peluquería aparece varias veces y me tengo que esforzar para estar distraída hasta las doce.

Una inmobiliaria aparece como mi salvación. El escaparate está lleno de anuncios de venta de pisos, chalets y terrenos. Leyendo con calma dejo que pasen los segundos. Reconozco la casa de uno de los anuncios, pasé por delante de ese chalet ayer y me fijé en él por sus dimensiones. Me recordó la mansión de un jeque árabe, y no estaba muy equivocada. ¿Quién va a comprar una casa con quince habitaciones y nueve cuartos de baño? Alguien con la misma mentalidad o necesidades de quien la mandó construir.

Preferiría, al mismo precio, vivir en la casita de la foto que hay a la izquierda: una vivienda de planta baja con un porche, donde me imagino a mí misma tomando un zumo o leyendo un buen libro. Parcela de novecientos ochenta metros delimitada por un muro de piedra. Casa de ciento diez metros con dos habitaciones, salón, cocina y baño. Habitáculo de quince metros cuadrados anexo que podría utilizarse como garaje o trastero para los útiles de jardín. El precio parece demasiado bueno, hasta que leo la última frase que lo aclara todo: “Necesita reformas”. Anoto mentalmente la localización de la casa para preguntar por curiosidad más tarde.

A las doce menos cinco tenía melena y a la una y diez tengo el pelo todavía más corto que Mariola. Siempre lo había llevado largo y al pasar delante de un escaparate mi reflejo me pone nerviosa. Me siento desnuda sin los mechones haciendo cosquillas en mi cuello, sin el balanceo de la coleta al compás de cada paso. ¡Habría que acostumbrarse o tener paciencia hasta que crezca!

Me apetece un caramelo. Meto la mano dentro de la bolsa de plástico y parece uno de naranja, pero yo quiero limón. Suelto el que había cogido y pruebo suerte de nuevo. Otro de naranja que regresa de nuevo al grupo. El tercer intento hace que me asalten las dudas. ¿Estoy cogiendo todo el tiempo el mismo caramelo o solamente los he comprado de ese sabor? Bajo la vista, ahí están los muy pillines, en el fondo de la bolsa. El golpe contra un muro humano me priva de nuevo del escurridizo caramelo de limón.

—¡Aggrhhennmm!

—¡Perdón! —¿Me ha gruñido el muy capullo?

El gigante está hablando por teléfono. Quieto delante de mí, escucha asintiendo con la cabeza. ¿Y cómo es su rostro? Ni lo sé ni me importa, las gafas que lleva puestas me protegen de los rayos destructores que sin duda sus ojos estarán lanzándome en este momento.

Su brazo libre se eleva lentamente. Una mano que podría perfectamente rodear mi cuello y levantarme del suelo como si fuera una ristra de ajos se acerca a mis hombros. Trato de esquivarle, la acera es estrecha y su cuerpo muy ancho. Cuando poso un pie en la carretera, la rueda del camión que reparte refrescos pasa cerca y arroja a mi tobillo el aire caliente y

contaminado de su tubo de escape.

Sin volver la vista atrás subo de nuevo a la seguridad de la acera. Camino mirando obstinadamente hacia la señal de tráfico. Es ahí donde tengo que girar a la izquierda para salir del pueblo camino de La Casona Azul. Un coche está aparcado en doble fila y no deja salir a quien lo ha hecho correctamente. El claxon del conductor desesperado se mezcla con una voz humana. Si pertenece al gigante no voy a averiguarlo hoy. Doblo la esquina y acelero el paso, tratando de no pensar en que ni corriendo lograría alejarme de sus larguísimas piernas si el gigante decidiese alcanzarme para soltarme otro gruñido de cavernícola. Olía muy bien.

—¡Estás guapísima!

—Le he copiado el corte de pelo a Mariola. —Me disculpo ante Susan.

—No se nota: ella morena, tú rubia. Además, ella lo tiene más rizado, a ti te salen unas ondas muy bonitas.

—Ya veremos cómo queda cuando me lo lave yo. Me ha vendido un producto que es el que ella ha usado para que no se encrespe.

—Yo soy una negada en ese campo. Lo llevo por debajo de los hombros y con la raya a un lado desde hace veinte años. —Susan está lavando la lechuga, una de las pocas labores en las que puedo colaborar sin riesgo, y me coloco a su lado para ayudarla.

—A ti te queda bien así.

—Es cómodo. Puedo recogermelo cuando me apetece cambiar y no tengo que ir a la peluquería constantemente. Tenías que haberme visto con quince años en mi época rebelde. Deberían haber detenido a la peluquera por aceptar cortar el pelo a una menor como le enseñé en una foto de una revista de moda. ¡Parecía un muñeco de esos de Barrio Sésamo que hacían los coros cuando la cerdita Peggy o la rana Gustavo cantaban! Me rapé toda la cabeza y me dejé una cresta en la parte superior.

—¿Si? —¡Vaya con Susan! Viéndola ahora es difícil imaginarla en ese momento *heavy*.

—Era horrible. Tengo el pelo muy lacio así que me daba gomina. Lo cardaba, lo secaba con secador... Daba igual lo que hiciese, al cabo de un rato la cresta se iba cayendo. Parecía que llevara el rabo de un burro sobre la

cabeza, porque estaba sucio y enredado por todo lo que le había hecho antes de salir de casa.

No podría decir a quién le hace más gracia, a mí que la imagino con una especie de estropajo rubio en la cabeza o a ella que estará recordando desde la perspectiva que da la distancia los malabarismos que tenía que hacer cada día para tratar de parecer una punki.

—Mi abuela decía, ¡ja, ja, ja! —Susan se frota las manos con un trapo de cocina antes de llevárselas a los ojos para secarse las lágrimas con cuidado de no estropear el rímel—, que parecía que llevaba un sobaco en la cabeza. Me lo dijo tantas veces que me obsesioné con los pelos de las axilas de mis compañeros de clase. Cuando había Gimnasia miraba a los que llevaban camisetas de tirantes y eran rubios como yo. Observaba los pelos y después me miraba en el baño.

—A mí me dan bastante repelús esos hombres que son muy peludos y se dejan crecer el pelo de los sobacos hasta que les sobresale, aunque tengan los brazos pegados al cuerpo.

Solía acudir a clase de *spinning*, a la misma hora que yo lo hacía, un hombre que tenía la piel aceitunada. Una vez eligió la bicicleta situada delante de la mía y me pasé los cinco primeros minutos de pedaleo mirando incrédula a la tupida mata de pelos que se escapaban por debajo de sus axilas y los cincuenta y cinco restantes mirando hacia el manillar de mi bicicleta. El monitor había venido cargado de energías y dispuesto a darnos una clase de *spinning* brutal. Las gotas de sudor del hombre aceitunado se acumulaban en las puntas de los pelos de sus sobacos y salían disparadas cuando el monitor ordenaba pedalear más rápido. Sentí una gota en la mano izquierda. Yo no sudo y la chica que estaba a mi izquierda me puso cara de grima cuando ella también recibió su dosis de sudor de axila. Cuando terminó la clase las dos salimos corriendo hacia el baño, donde nos duchamos hasta quedar más limpias que las manos de un cirujano antes de proceder a una operación.

—¡Y cuando los levantan tienen ahí escondido más pelo que algunos en la cabeza! Podrían recortárselo.

—Como la barba, o los setos, ¡ja, ja, ja! —Al aceitunado le habría venido muy bien una poda.

—¡Uf, todo ese sudor ahí retenido! Eso no lo aguanta cualquier mujer.

—¿De qué estáis riéndoos? Los de Cádiz acaban de llegar al comedor y están asombrados ante tanto cachondeo. Me han preguntado si pueden entrar a la cocina para ver qué os hace tanta gracia.

—¿Sí? —Susan mira asustada a su hijo—. ¿Se nos ha oído mucho?

—Tranquila, mamá, que estos llevan también su buena guasa. Han estado tomando unas sidras en el pueblo y han entrado al comedor más colorados que un mejillón.

—¿La de escanciar? —Susan se recompone retirándose con un pañuelo los últimos rastros de la diversión que nos ha aportado el asunto de su cresta y su parecido con los pelos de los sobacos.

—Sí, les ha gustado tanto que quieren llevarse unas cajas para su tierra.

—¿Dónde la tomaron?

—Donde Vicente.

—¿Y tomaron la sidra de Matt? —Susan le pasa dos ensaladas a Isaías.

—Sí —responde empujando con el culo la puerta para llevarlas al comedor.

—¿Corto más pan? —Hay gente que acompaña el pan con pan. Dos rodajas me parecen una generosa cantidad para cada comensal, es un pan de hogaza con miga muy compacta y corteza gruesa.

—Sí, Beatriz —me contesta Isaías entrando de nuevo en la cocina—. Vamos a darles mucho pan para empapar la sidriña.

—¡Exagerado! No hay más huéspedes, así que déjales que canten un poco y cuenten chistes. Es una delicia ver cómo disfrutan de los productos de la tierra y un buen sistema para que cuando regresen a su casa hablen bien de Asturias.

—Hacía tiempo que no me reía tanto. Voy a tener agujetas en el estómago.

—¡Ni yo! Menos mal que mi madre no les ha ofrecido sidra de Matt para comer, se hubieran puesto a bailar encima de las mesas.

—A lo mejor me animo yo y la pruebo uno de estos días.

—Cuando quieras, el otro día traje diez cajas. Cada caja contiene seis botellas. Por mucho que bebas no vas a poder con todas y Susan tampoco lo permitiría. Esa sidra entra como si fuera agua, pero si no sabes controlarte se

sube a la cabeza.

—Con un vasito será suficiente.

A los gaditanos se les escuchaba desde la cocina donde he comido con Susan e Isaías. No quería sentarme en una mesa del comedor mientras esos amigos soltaban chistes como si fueran ametralladoras. Me hubiera sentido incómoda y Susan lo ha comprendido. Soy una persona solitaria que está tratando de introducir pequeños cambios.

Esta noche cenaremos todos juntos. Los de Cádiz han querido felicitar a la cocinera, Susan ha salido de la cocina para agradecerse y me ha presentado como su inestimable colaboradora. Una cosa ha llevado a la otra y esta noche juntaremos varias mesas, cenaremos entremeses y el deseado cachopo. Los huéspedes han rogado a Susan que lo prepare y resultará ser un segundo plato muy apropiado, ya que asegurará que el alcohol que tome cada comensal no haga estragos en las voluntades de los andaluces.

Me hubiera gustado decir que me encargaría del postre, que era una consumada artífice de tartas exóticas. Sé distinguir un buen tiramisú de otro malo, pero no sé cómo se elabora; Susan sí que sabe hacerlo. Dentro de media hora me ausentaré de mi actual puesto de ayudante de jardinería para atarme el delantal y tomar mi primera clase de repostería para novatos.

—Estás poniendo un cubierto de más. Yo he contado once comensales: los ocho gaditanos, tu madre, tú y yo.

—Mi madre ha invitado a cenar a Matt.

¡Mira por dónde voy a conocer por fin al famoso Matt del que tanto hablan en esta casa! Con ese nombre podría ser un compatriota de Susan, o un inglés, estadounidense... Si es amigo de esta familia será una persona muy agradable que aportará a la cena su granito.

—El que elabora la sidra que tomaremos —le apunto colocando en la gran mesa que hemos montado las velas que hicimos ayer y que enciendo porque me hace ilusión oler algo en lo que yo he participado, aunque sea muy modestamente.

—El mismo, y también repara cosas. La última vez que comió con nosotros puso a punto la segadora y ahora va como la seda.

¡Otro manitas! Comienzo a untar las tostadas de pan con un paté de caza

casero que ha sacado Susan de la despensa donde guarda todos los productos que elabora artesanalmente y que podrían estar expuestos en el escaparate de una carísima tienda de alimentos ecológicos del centro de Londres.

Anoche, como siempre a la hora de acostarme, encendí la televisión mientras me cepillaba los dientes y me quitaba la ropa para meterme en la cama. El azar quiso que eligiera la cadena donde estaban emitiendo un programa sobre supervivencia.

Habían reunido en una isla desierta a media docena de hombres vestidos, lo cual resultó un alivio para la vista. Anteriormente había visto algo similar: un hombre y una mujer desnudos tratando de sobrevivir en lugares como junglas llenas de insectos gigantes, sabanas con un sol abrasador y muy pocos lugares donde encontrar agua... Iban por ahí caminando como vinieron al mundo y cada vez que se agachaban a recoger una baya aparecía un primer plano de su panderero con el centro pixelado.

En esta ocasión llevaban pantalón largo, botas y chubasquero. La isla no parecía paradisiaca; al contrario, ver las nubes negras, el viento que azotaba los arbustos que crecían a la orilla del mar y unas olas furiosas hizo que me tapase instintivamente hasta el cuello.

Un profesor de Griego, el dueño de una imprenta, un amo de casa, un camarero... Todos con profesiones normales y una apariencia común. Les habían abandonado a su suerte en una pequeña isla del Pacífico asegurándoles que tenía agua dulce y comida suficiente para sobrevivir durante una semana.

Construían trampas con ramas y se hacían un refugio con las grandes hojas secas de las palmeras que encontraban en el suelo. Trataban de pescar haciendo un círculo con cantos rodados cuando la marea estaba baja para que los peces que traía la pleamar quedasen atrapados dentro cuando el agua se retirase. También cogían semillas y hojas comestibles.

¿En qué podría colaborar yo si formase parte de un grupo dedicado en cuerpo y alma a sobrevivir en un entorno hostil? Solo se me ocurre una cosa: en invertir el dinero de cada uno de ellos para que obtuviesen intereses cuando regresasen a sus casas. Les tendría que contestar: “Beatriz, no tenemos agua”; “Aguantad tres días más hasta que salgamos de aquí”; “Olvidaos un poco de la sed que estáis sintiendo y no me interrumpáis mientras muevo vuestro dinero

para hacer que produzca beneficios durante nuestra estancia en la isla”; “Beatriz, ayuda recogiendo leña, que hace muchísimo frío”; “¡Exagerados! Poneos a brincar para entrar en calor, que la bolsa de Nueva York va a abrir dentro de cinco minutos”. ¡A ver cómo me las arreglaba yo sin internet para conectarme!

Ahora estoy aprendiendo muchas cosas. Saber cómo se hace un tiramisú no me salvaría la vida en el supuesto de un cambio climático radical, pero es un comienzo. Esta tarde con Isaías he descubierto que la jardinería también puede ser una actividad muy relajante y satisfactoria. Hemos trabajado en el semillero. Dentro de unas semanas pequeñas plantas de tomates, pimientos y lechugas habrán crecido hasta alcanzar un tamaño adecuado. Se trasplantarán a la huerta, donde terminarán su proceso de crecimiento para convertirse en ingredientes de los platos que Susan preparará a sus huéspedes.

—Matt llegará unos minutos tarde —anuncia Susan entrando a la cocina a por los últimos platos de entrantes fríos—. Vamos al salón, que ya están ahí los gaditanos.

—¿No le esperamos para cenar? —pregunta Isaías cogiendo los vasos para la sidra.

—No —responde Susan y saca del horno la bandeja de champiñones rellenos—. Me ha rogado que empecemos sin él. Lo que sí haremos será aguardar a que entre para que él personalmente escancie las primeras botellas.

—Habrá que tener cuidado y no dejar al alcance de los chicos las botellas, si no queremos convertir el comedor en una piscina.

—¿Tú crees que alguno de ellos se va a atrever a coger una botella estando Matt encargado de la sidra?

—¡No! —Isaías se carcajea imitando a ese Matt al que ya estoy deseando poner cara—. “Perdona —para imitar su voz acerca la barbilla al cuello y pronuncia con voz grave y profunda—, si no te importa, YO me encargaré esta noche de la sidra”.

Los chicos de Cádiz tienen un apetito envidiable y una reserva inagotable de chistes. Se han tomado esta cena como si fuera una celebración y han traído una caja muy grande de bombones de una pastelería de Gijón donde han pasado la tarde.

Va a ser difícil meter algo a la boca con tanta risa como nos provocan sus comentarios. Tienen gracia y mucha guasa, y saben contagiarla.

—Buenas noches.

—Hola, Matt. Llegas a tiempo, acabamos de sentarnos.

¡El gigante contra ese con el que choqué esta mañana! Estaba concentrado atendiendo el teléfono, por lo que tengo una oportunidad para seguir siendo una total desconocida para él. Y siempre me quedará el recurso de disimular. Si me nombrase nuestro encuentro en el pueblo podría poner cara de sorpresa, elevar las cejas como si me desconcertara que él me reconociese, cuando para mí su identidad no había sido tan importante como para recordarla.

—He tenido que esperar al veterinario. Thor cojea de una pata y quería que le viera.

¡También es el tipo del caballo! Ese primer encuentro fue muy breve, yo estaba más preocupada por los movimientos del caballo que por el aspecto del jinete. Aunque en ambas ocasiones me gruñó como si fuera un troglodita, su voz es inconfundible. ¡Y yo que creía que Orson tenía la voz profunda! Al lado de este tipo parecería un castrato.

—¿Y qué tiene? —Susan se acerca. Matt le abraza y le frota la espalda con cariño.

—Un esguince. Me ha recetado que dé paseos por la orilla del mar para que fortalezca su musculatura.

—Os presento a Matt, el amigo que elabora la sidra que tomasteis esta mañana y que va a escanciar para nosotros.

Todos se levantan, presentan y alaban su trabajo. Matt tiene un hablar tranquilo que nadie interrumpe. Es como si su voz y su imponente presencia tuvieran poderes hipnóticos sobre los ocho turistas, que se muestran entusiasmados escuchando las explicaciones de Matt sobre la sidra que elabora.

Mantengo una media sonrisa de circunstancia hasta que todos se sientan de nuevo para contemplar cómo el gigante eleva el brazo por encima de su cabeza con la botella firmemente sujeta. Isaías ha traído un barreño para proteger el suelo y Matt coloca la mano que sujeta el vaso encima de ese cubo.

Había visto en internet la maniobra de escanciado, en directo me parece

que hace falta mucha práctica para hacer coincidir el chorro que sale de la botella con la boca del vaso. Todos aplauden entusiasmados. Yo lo hago para no ser diferente, eso es algo que también se hace bien, mimetizarme, seguir la corriente cuando es conveniente para pasar desapercibida.

—Por esta noche. —Matt Levanta su vaso.

—Por la sidra. —Apunta uno de los de Cádiz.

—Y por los asturianos. —Amplía otro de los amigos.

—Y por los gaditanos. —Isaías se apunta a la marea de brindis.

Como si fueran votos uno a uno levanta su vaso y propone algo que celebrar. Yo soy la última. Me toca y los ojos azules de Matt me miran indescifrables.

—Por La Casona Azul.

Parece que he acertado, porque los de Cádiz quieren volver en verano para probar las aguas del Cantábrico.

—Si no os molesta colocaremos estos taponcitos en las botellas de sidra, para que todos podamos servirnos tranquilamente sin tener que levantarnos de la mesa.

Susan muestra cómo el chorrito que sale del pitorro genera espuma y los ocho toman nota para comprar también estas piezas de plástico en la ferretería. Todos se sientan siguiendo las indicaciones de Susan. A mí me toca hacerlo en una esquina de la mesa y frente a Matt. Me gustaría quejarme ante esta probable encerrona de la anfitriona, aunque me resigno. Sonaría ridícula pidiendo otro asiento en la mesa y el bochorno no me dejaría permanecer más días alojada en La Casona Azul.

—¿Te sirvo sidra? —La voz de este hombre es fuerte y cálida al tiempo.

—Gracias. —¿Para qué pregunta si ya está sirviéndome? No pienso beberlo, estoy segura de que me ha reconocido y no se ha molestado en disculparse. Yo sí lo hice, dos veces, y aunque yo haya tenido la culpa en ambas ocasiones lo más lógico hubiera sido responderme en su momento o hablarme de ello ahora en su defecto.

—Con tanta celebración he olvidado presentaros. —Susan se ha levantado para colocarse al borde de la mesa—. Beatriz, te presento formalmente a Matt, un buen amigo.

—Hola, Beatriz.

—Hola. —Finjo estar ocupada bebiendo la sidra del gigante.

—Matt también es de Madrid.

—¡Ah! —Ya me parecía raro no detectar acento extranjero en sus palabras.

Susan regresa a su sitio y yo trato de incorporarme a la conversación principal de la mesa. Si mantengo la cabeza girada hacia la derecha y río las gracias de Paquito, que no para de sacarle punta a cada cosa que los demás dicen, Matt se aburrirá de mirarme y se centrará en el resto de comensales.

—¿Tan feo soy?

—¿Perdona? —He entendido perfectamente, aunque me ha hablado bajito. Estoy tratando de ganar tiempo devolviéndole la pelota.

—Déjalo.

Se gira y se dedica a hacer lo que yo he intentado, ignorarme mientras toma una de las tostadas que yo he untado con paté. Me da rabia que él lo haga, yo tengo derecho a sentirme ofendida por su falta de educación. ¿Con qué motivo lo hace él? Me parece una chulería que combina muy bien con sus anteriores groserías.

“¡Idiota!”, pienso mirándole de reojo. Pensaba que era su voz la que me había obligado a mirarle. Ahora está callado escuchando una historia sobre las fiestas de Cádiz y mis ojos vuelven una y otra vez a su rostro.

Las canas salpican su cabello rubio, lo lleva corto como si le hubiera dicho al peluquero que se lo cortase como quisiera, siempre y cuando no le diera preocupaciones. Las cejas son algo más oscuras y no parecen haber sido moldeadas a base de pinza, algo muy agradable de ver hoy en día cuando es fácil cruzarse con hombres que tienen artificiales líneas que parecen cejas de mujer.

Los ojos tienen el azul del mar cuando está en calma y sin embargo dan pistas sobre lo tempestuosos que podrían llegar a mostrarse. La mandíbula fuerte y equilibrada está poblada por una barba dorada que tampoco ha sido recortada en sus límites. Los labios parecen suaves y cuando los abre se puede ver que una de sus paletas está ligeramente mellada en uno de sus bordes.

La camisa azul de cuadros hace juego con sus ojos. Las mangas largas

remangadas exhiben unos brazos fuertes y las manos tienen marcas de cortes recientes. En el gimnasio a donde acudía en Londres era fácil cruzarse con hombres musculados, algunos de ellos muy altos. El pecho que rellena la camisa de Matt parece sólido como una pared de granito. La piel de su cara y de su cuello tiene el tono dorado de alguien acostumbrado a recibir los rayos del sol durante todo el año. Todo en él parece natural, un hombre que trabaja con su cuerpo en armonía con la naturaleza.

—¿No comes?

—Sí. —Me ha pillado.

Tomo un champiñón, que por cierto está para chuparse los dedos, y me entretengo buscando la servilleta, limpiándome y tomando otro poco de sidra. Matt es paciente y continúa mirándome fijamente. ¿En qué momento de la cena sería prudencial ausentarse sin resultar descortés?

—Seguid comiendo, por favor, voy a la cocina unos minutos.

—Te acompaño, Susan.

—¿Huyes? —¡Mira que guasón es el gigante!

—No, voy a ayudar a Susan.

En cuanto la puerta se cierra recupero la calma. Tomo el delantal que dejé posado en el respaldo de una silla y me lo coloco para no mancharme la camiseta.

—Vuelve al comedor, Beatriz. En cuanto fría los cachopos saldré con ellos.

—Son muchos, te ayudaré.

—Está bien, vamos a poner las dos sartenes grandes a calentar. Coloca sobre la bandeja papel de cocina para que al sacarlos absorban el exceso de grasa. En ese armario —me señala un bajero que hace esquina— hay una fuente de cerámica grande. Los dejas unos segundos envueltos en papel y en cuanto lo retires los colocas uno sobre otro para que conserven mejor el calor.

—Entendido. —Me agacho en búsqueda de la fuente. —¿De qué color es?

—Amarilla. Mete la cabeza, seguramente esté al fondo del armario.

—Allá voy.

—No os he visto conversar a Matt y a ti.

La estoy escuchando, pero como tengo la cara oculta dentro del armario

me demoro pensando qué le voy a decir a Susan.

—Yo os había puesto juntos para que fueras entablando amistad con gente de la zona. —Insiste.

—Hemos cruzado unas palabras —le respondo cuando ya no puedo quedarme más tiempo dentro del armario sin levantar sospechas—. Yo no soy muy habladora cuando no conozco a una persona.

—Se te nota —me dice sonriéndome con cariño—. Es una buena persona, le tengo un gran aprecio.

—Eso está bien.

—¿Qué está bien? —Susan da la vuelta a los dos primeros cachopos dentro de las sartenes.

—Que tengas cerca personas en las que confíes.

—Sí, nunca sabes en quién puedes necesitar apoyarte.

—Claro.

“Apoyarse en alguien”, hace tiempo decidí lamerme en soledad las heridas. Cuando no esperas nada de nadie no sufres. El dolor que se siente cuando pides ayuda y no te la ofrecen es mayor que el que ha originado el problema.

—Es una carretera de dos sentidos: a veces ayudamos y otras veces necesitamos que nos consuelen.

No contesto, es una conversación en la que no quiero entrar. Mi ánimo se ha ensombrecido por la presencia de Matt y las palabras de Susan hacen que sienta lástima de mí misma. Me he adaptado a mis circunstancias: con doce años estaba estudiando en Suiza, cumplí los quince en Boston y celebré la mayoría de edad comiendo un perrito caliente en Times Square. Podría haber tratado de confiar en alguna compañera de clase, hacer amistades, tener fe en la gente, pero fue más fácil seguir cayendo antes que agarrarse a las paredes del túnel para salir.

—¿Esos dos son los últimos?

—Sí. Hay once. ¿Frío alguno más? Matt come por dos.

—Yo por un cuarto. Con tanto picoteo estoy llena y quiero probar el tiramisú.

—Siempre hay que dejar hueco al postre. Venga, vamos con el segundo,

que se nos va a enfriar.

Salgo con la fuente en la mano porque me hace sentir justificada, como si para mí la cena hubiera quedado en un segundo término porque estoy cocinando. Susan deja unos pimientos rojos con ajillos en el centro de la mesa y yo la imito aparentando profesionalidad.

—Aquí están los cachopos que ha preparado Susan. —Lo tenía que aclarar.

—¡Ay, mi madre! —Salta una de las chicas echándose la mano a la cabeza—. ¿Hay uno para cada uno de nosotros?

—Claro —Susan comienza a servir los platos—, pero no es obligatorio dejar el plato vacío.

—Yo no pude ni con la mitad y hoy tampoco voy a ser capaz —puntualizo. Me quito un peso de encima al adelantar a todos que voy a dejar mucha comida en el plato.

—Yo lo voy a intentar. Si esta noche escuchan ruidos extraños fuera de la casa no se asusten, que seré yo dando vueltas por el jardín para que me haga la digestión.

Nos reímos por la ocurrencia de otro de los chicos. Tiene gracia lo que dice, pero realmente lo que nos genera la risa es el modo en que cuenta las cosas. Otro se levanta y comienza a hacer exagerados movimientos —según dice, “para hacer hueco”— y su pareja se encomienda a una virgencita cuya imagen lleva colgada al cuello.

Me río tanto que durante un minuto me olvido de todo, de que yo no suelo comportarme así, de que tengo delante a un hombre que me mira manteniendo la sonrisa en la boca.

Trato de concentrarme de nuevo en las gracias de los andaluces, pero Matt ha roto la conexión. Disimulo riéndome cuando el resto lo hace, busco mi pelo para retirarlo y encuentro mi cuello desnudo. No sé qué pinto yo en esta mesa.

¿Contaría como vacaciones quedarse el resto del mes en la habitación bebiendo licor mágico de Susan cada dos horas?

CAPÍTULO 9

—¡Beatriz!

Así me llamo.

—¡Beatriz!, ¿estás bien?

Perfectamente.

—¡Beatriz! Solo quiero saber que te encuentras bien. Si no me contestas usaré la llave maestra para entrar.

¿Viene la maestra? ¿En qué curso estoy? ¿Me he perdido alguna clase? ¡Por favor que no haya faltado a clase de Matemáticas! Me gustan los números, cuatro más dos siempre son seis, no hay sorpresas.

—¡Beatriz!

—Ahora voy. —Con lo a gusto que me encontraba dormidita entre las sábanas.

—Tranquila, baja cuando quieras, no hay prisa. Solo quería saber que no te había pasado nada.

—Vale.

Me he levantado con tanto ímpetu que todo me da vueltas. Me siento otra vez sobre la cama y cierro los ojos. Al abrirlos nuevamente los objetos continúan moviéndose. ¿Estaré sufriendo una recaída? Me he alimentado bien y he debido de dormir un montón, por el modo en que Susan ha aporreado la puerta.

¡Las once menos cuarto! ¿A qué hora me acosté anoche? La puerta del baño se queda quieta si no realizo movimientos bruscos con la cabeza. ¡Estoy borracha! ¡Qué vergüenza! ¿Qué hice anoche? Recuerdo el tiramisú, estaba delicioso. Recuerdo fragmentos de canciones, palmas y un hombre llevándome en volandas por el comedor.

Me ducho como si me fuera a romper. Tengo la boca seca y la lengua pastosa. Al mirarme en el espejo me sorprende gratamente: mis ojeras parece que también esta noche han continuado disminuyendo de tamaño. ¡Fue el tiramisú, seguro!

—Buenos días, Mariola.

—Buenos días, Beatriz.

—¿Dónde está Susan? —Tengo que disculparme y necesito que alguien me recuerde las últimas horas.

—Ha salido al jardín. Eres la primera en levantarse, los del sur todavía no han dado señales de vida.

Es un ligero alivio saber que no he sido la única a la que se le han pegado las sábanas. Encuentro a Susan caminando con los brazos cruzados sobre el pecho. El cielo está cubierto, son nubes blancas que no anuncian lluvia pero impiden que el sol de marzo caliente el frío aire que llega del norte.

—Hola. Siento haberme quedado dormida.

—Yo sí que lamento haberte despertado. Me contaste lo que te había pasado en Londres. No bajabas a desayunar y empecé a pensar que quizá te habría vuelto a suceder.

—Estoy bien, gracias por preocuparte —le respondo enfatizando mis palabras con un ligero toque de mi mano en su brazo—. Cuando me has despertado me he levantado fatal. ¿Sabes si bebí mucho anoche? Siento el estómago revuelto y me duele un poco la cabeza.

—Los gaditanos arrasaron con todas las botellas de sidra que les puse a su alcance. Si tú tomaste mucha o poca no te lo puedo decir, aunque imagino que sí lo harías. Bailaste, cantaste, incluso te lanzaste a contar un par de chistes.

—¿Yo? ¡Pero si no me sé ninguno! ¿Y dices que bailé?

—Sevillanas. Una de las chicas es profesora de baile en una academia y nos puso en parejas para que aprendiéramos los pasos.

—¿Y a mí con quien me tocó? —Me va a decir que con Matt.

—Con Matt, y no lo hicisteis nada mal para ser la primera vez de ambos.

—¿De verdad? No recuerdo nada.

—Pues es una pena, porque fue una noche muy bonita. También aprendimos el paso básico de la bachata.

—¿Con Matt? —Me temo que también.

—Sí, hacíais muy buena pareja.

—¿Hice algo inapropiado?

—¡No! Todos bailamos como pudimos. Matt fue el que más me sorprendió, para ser un hombre tan grande se movía con bastante gracia. Cuando le diste la

mano para bailar bachata recuerdo que le preguntaste qué número de pie calzaba. Cuando te dijo un cuarenta y ocho le hiciste prometer que no te pisaría.

—Me lo cuentas y me aparecen imágenes: las mesas retiradas para tener espacio para bailar, la música de un móvil, las risas de Isaías...

—Mi hijo tiene una risa muy contagiosa. Esta mañana le he oído tararear una de las canciones que bailamos anoche mientras estaba en la ducha.

—Yo también lo he hecho cuando me he despertado. ¿A qué hora nos fuimos a dormir?

—Subiríais a eso de las dos.

—¿Subimos? —¿Con quién subí yo? Esta mañana me he despertado sola. Intento captar cualquier indicio de mi cuerpo que me pueda dar pistas sobre cómo he pasado la noche, si sola como siempre o en compañía.

—Los andaluces y tú. Isaías y Matt se quedaron a recoger las mesas.

—¡Me ayudaron a meter la llave en la cerradura!

De eso sí que me acuerdo. Veía doble, el agujero se movía constantemente y el clic del metal de la llave al chocar contra la cerradura me estaba poniendo de los nervios. Me tapé un ojo para ver simple pero tampoco funcionaba, aquello se movía más que los pies de una mulata bailando samba.

—Algunos de ellos bebieron como esponjas, por eso no me ha extrañado que no hayan aparecido a la hora del desayuno.

—¿Y a mí no se me notaba?

—Bueno, me pareció que estabas contentilla, pero en ningún momento sospeché que la sidra te estaba afectando tanto como para no recordar nada al día siguiente. Daba gusto verte, Beatriz —me dice entrando a la cocina por la puerta trasera—. Reías, bailabas, se te veía relajada. ¿Quieres un café?

—Solo si tú también lo tomas.

—Mariola, ¿me podrías dar la clave del Wi-Fi? Quisiera descargar alguna novela en el portátil para distraerme.

—Toma, te aconsejo que te acerques al salón cuando vayas a descargar el libro. Es donde hay mejor señal.

—Lo haré entonces ahora que están todos cenando en el comedor.

—Mucho bullicio, ¿verdad?

—Me he acostumbrado mal, diría yo. La casona ha estado vacía estos días y de repente llega el viernes por la tarde y se llena de matrimonios con niños y parejitas.

—Cuando comencé a trabajar aquí me molestaban los dos extremos. Me aburría cuando no había habitaciones ocupadas y me agobiaba cuando el hotel se llenaba. Con el tiempo he conseguido encontrarle el encanto a cada momento.

—Yo no voy a tener tiempo de habituarme —le digo mientras guardo el papel en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Los días han pasado sin encontrar el momento para volver a la playa. Estar arrodillada en el jardín ha resultado muy adictivo, las plantas no se quejan (Isaías dice que tienen su modo de comunicarse, pero de momento no he escuchado ni un ay cuando las he manipulado). Aunque todavía no distingo una planta de tomate de otra de pimiento, me gusta el olor a tierra, quitar las malas hierbas, saber que las agujetas que siento en las piernas por estar de cuclillas durante mucho tiempo sin tener costumbre para hacerlo serán recompensadas. En verano, cuando yo esté lejos, Isaías me enviará una foto de la huerta y recordaré con cariño estas horas.

El fin de semana será lluvioso, algo bueno para la tierra pero malo para mí. Me dejará sin los paseos que pensaba dar para rellenar el tiempo hasta que los turistas se marchen y pueda volver a moverme por la casona como si estuviera en mi casa.

Subo las escaleras de dos en dos. El salón no estará vacío mucho tiempo y no quiero exponer mi portátil a las manitas de las gemelas de León. Estoy segura de que serán la alegría de sus progenitores, pero para mí, que no tengo parentesco con ellas, son veinte dedos regordetes tratando de dejar sus grasientas huellas dactilares en cualquier superficie.

Regreso corriendo. El salón continua vacío, las voces del comedor se mezclan con el ruido de la leña al quemarse. Saco el ordenador de su funda, lo poso en el sofá y lo enciendo. Aprovecho el tiempo que hay que esperar mientras se cargan los programas para sacar el papel de la clave. ¡Estoy en las nubes!, “lacasonaazul” es la clave y ya me lo habían dicho. La pantalla de mi ordenador me pregunta si deseo restaurar la última página visitada. Siempre

cierro todos los programas antes de apagar cualquier ordenador, es una costumbre que adquirí hace muchos años y que nunca abandono.

Pulso restaurar y la página principal de un hotel de Tokio aparece ante mis incrédulos ojos. No he tocado el ordenador desde que llegué de Londres. ¿Estaba tan agotada como para apagar el aparato sin cerrar todas las pantallas? Seguramente. Cierro la pestaña y me pongo manos a la obra para tener una distracción hasta el domingo. ¿Para qué miraría yo un hotel en Tokio?

—¿No tendréis un paraguas? —Hoy está Isaías en la recepción.

—Tenemos varios. ¿Quieres uno normal o el extra grande?

—Voy al pueblo, así que igual me llevo el extra grande. —No ha dejado de llover ni un solo segundo desde el viernes y necesito estirar las piernas, aunque las cale al salir.

—Llévate este entonces. —Me saca un paraguas de los que usan en los campos de golf—. Lo vas a necesitar.

—Me quitaré el calzado antes de entrar.

—Por eso no te preocupes, los dos matrimonios de Bizkaia acaban de salir a caminar hacia la playa con sus hijos. Voy a poner el cartel de “suelo mojado” en la entrada para que nadie patine con el agua que gotee de las ropas de los que entren.

—¿Con los niños? —¡Si tienen cada uno dos niños pequeños, y los mayores no tendrán más de ocho años!

—¡Con los niños! Ya habían visto el pronóstico del tiempo y han venido preparados: botas impermeables, chubasqueros, paraguas y mochilas.

—Yo me voy a calar los pies con este calzado. —Le señalo mis deportivas, que están diseñadas solo para ser bonitas, no para soportar agua y barro.

—Necesitarías unas zapatillas de Gore-Tex, mi madre las tiene, ¿qué número usas?

—El treinta y ocho —le contesto, aunque no pienso llevar el calzado de otra persona, me agobiaría pensando en que podría estropearlo.

—Mi madre el cuarenta y uno. Son tres números, pero si quieres probártelos te los bajo ahora.

—No, muchas gracias. Me tropezaría constantemente, es mucha diferencia. Aprovecharé que voy al pueblo y buscaré una tienda de deportes para mirar el escaparate, y si las tienen volveré mañana a por ellas. Voy a por chucherías, ya me las he comido todas. ¿Quieres que te traiga algo?

—¡Pipas! Toma dinero. —Mete la mano en su bolsillo—. Para sentarnos a la tarde en el salón y comerlas cerca de la chimenea.

—No me des dinero. —Me separo del mostrador para que no me meta el billete en los bolsillos de mi chaqueta—. Después de todo lo que os preocupáis por mí traer unos paquetes de pipas es lo menos que puedo hacer.

El viento no se pone de acuerdo. Las ráfagas se cruzan y el paraguas ya me ha dado dos golpes en la cabeza. Es tan grande que hay que hacer mucha fuerza para mantenerlo en su sitio. ¿Y cómo tengo el cuerpo a escasos quinientos metros del centro de Villaviciosa? De cintura hacia arriba seco gracias al chubasquero y al paraguas, de cintura hacia abajo empapado. Los pies están helados, aunque me he movido todo lo rápido que podía. Si me quitase el calzado y le diese la vuelta seguramente caería un buen chorro de agua.

Camino sin aminorar el paso hacia la tienda de chucherías. No hay nadie en las calles, solo estoy yo y parezco la loca de la colina, porque el día está para quedarse en casa y no salir. Compro tanto que tengo que distribuirlo entre los cuatro bolsillos de la chaqueta, para poder tener las manos libres y sujetar el paraguas. Ya buscaré la tienda de deportes en otra ocasión, me vuelvo a la casona. Hoy es el día perfecto para estrenar la bañera y quedarse a remojo dentro del agua calentita.

La fachada de la inmobiliaria me llama. Me he acordado varias veces de esa casa. Saco una foto al anuncio y continúo caminando. En cuanto dejo atrás la protección de los edificios el viento me obliga a agarrar con las dos manos el paraguas. Camino hacia el norte y el cielo se ha ennegrecido. La lluvia es tan fuerte que el ruido de la tela del paraguas compite con el de los eucaliptos jóvenes, que se bambolean al compás de las ráfagas cargadas de agua.

Esa casa sería perfecta para alguien como yo. Podría ser mi refugio de paz. Tendría un sitio a donde acudir cuando necesitase descansar de mi trabajo en Londres. ¿Cuántas obras necesitará? Yo preciso de muy poco para estar cómoda. Con un sofá cama, una televisión y una pequeña cocina tendría

suficiente. No me hacen falta dos habitaciones, no me imagino a mi madre o a mi padre viniendo de visita a Villaviciosa. No creo que mi madre disfrutase dándole de comer galletas a Andresiño y mi padre se las comería para saber si merece la pena llevarse alguna al laboratorio de la fábrica y descubrir su fórmula.

¡Es una locura! ¿Cómo se me ha ocurrido? El golpe en la sien con el paraguas ha debido provocarme una locura transitoria. ¿Qué haría yo ahí sola? Lo mismo que hago en Londres los fines de semana: nada. Si limitase mis visitas al verano las cosas cambiarían: acudiría a la playa, tomaría el sol, me sentaría a la sombra del porche, comería moras de los caminos..., plantaría para tener frambuesas y arándanos, visitaría a Susan y continuaría aprendiendo en su cocina.

Es bonito soñar, hacer planes aun a sabiendas de que nunca se harán realidad. Estoy deseando llegar a la casona, quitarme esta ropa y atacar la bolsa de las gominolas.

—En el tercer desvío tienes que girar hacia la derecha.

—Ya veo, y luego todo recto hasta llegar al campamento.

—A la granja de gallinas —me recuerda Susan.

—Son los proveedores de la pastelería de mi tío. Le surten desde que se puso por su cuenta.

—¿Y cuándo fue eso?

—La abrieron cuando yo hice la primera comunión. Tengo veintitrés, así que por lo menos quince años.

—No continuaron entonces más de cinco años.

—Por eso yo no sabía nada —dice Susan—. ¿No prefieres que te haga una tortilla? Me cuesta cinco minutos.

—Prefiero chorizo, hace años que no me como un bocadillo de embutido.

—Todo sabe mejor dentro del pan. Te añadiré una manzana y un plátano.

—¡Y las galletas para Andresiño!

—También, ¡ja, ja, ja!, que sin ellas no pasas.

Estoy deseando salir. Meto todo en mi bolso menos las galletas, que llevaré en la mano para arrojárselas a Andresiño en cuanto aparezca. Me despido de mi familia adoptiva rumbo a la playa con una parada en el antiguo

campamento convertido en gallinero.

Me quedo quieta pegada a la verja. Casi puedo escuchar los gritos de mis compañeras de habitación, el sonido de la campana llamándonos a almorzar. En mi boca aparece el sabor de aquellos bocadillos de queso con membrillo y huelo a la lejía con la que desinfectaban los baños.

También llega hasta la cancela el olor a gallina y se oye música clásica. El edificio ha sufrido pocas transformaciones: antes en las habitaciones nos alojábamos niños y ahora cientos de gallinas ponen huevos al ritmo de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi.

Después de muchos meses viviendo rodeada de tristeza, llegar al campamento resultó una bendición una vez pasé el periodo de aclimatación. En estas campas que ahora contemplo me olvidé de que mi padre se había llevado su ropa del armario y su colección de raquetas antiguas de tenis. Soñé despierta que todo iba a salir bien, que al regresar hablaría con mis padres. Les convencería para que volvieran a estar juntos y de nuevo seríamos una familia.

No me gusta el final de esta historia. Me doy media vuelta sintiendo el amargor previo al dolor que todavía me bloquea, cuando recuerdo la cara de mi madre esperándome en el punto de recogida. No hizo falta que me lo dijera, al mirarla supe que esa noche y las siguientes dormiríamos solas. Mi padre no iba a regresar.

El sol calienta. Después de cuatro días lloviendo, sentir los rayos del astro debería ser reconfortante; de hecho, estaba bastante contenta hasta que el pasado ha llenado de escozor mi alma.

Acelero el paso esquivando los recuerdos. Clavo la mirada en la playa y simplemente camino. Me centro en dar un paso, y luego otro, y otro más. Voy a ponerle remedio, estoy decidida y nada ni nadie me va a parar.

A distancia se pueden escuchar las olas. Dos hombres con aspecto de jubilados abandonan la playa en el momento en que yo llego. Avanzo varios metros, poso el bolso sobre la arena, me quito la chaqueta, la doblo y la coloco sobre el bolso. Me remango, me arrodillo y comienzo a cavar.

La arena está compactada después de días de lluvia. Los granos se incrustan en mis uñas y las separan dolorosamente. Soy muy consciente del

daño que me estoy causando, cuando son pedacitos de conchas los que clavo en mi carne, pero no me detengo, debo hacerlo.

Cuando el agujero alcanza la profundidad que busco, me levanto, me froto las manos contra las perneras de mi vaquero y vomito dentro todos mis recuerdos dolorosos. Con los pies recojo la arena que ha quedado esparcida y empujo dentro hasta que el agujero desaparece.

Piso con fuerza hasta que no queda rastro de mi escondite. Un día recuperaré purificados todos los momentos que ahora yacen bajo la arena de la playa de Rodiles, y entonces podré hablar de mí sin sentir conmiseración de mi propia historia.

Hoy no tengo prisa, puedo caminar con calma en dirección a la ría. Recuerdo las pequeñas conchas que las olas arrastraban hasta la orilla. Me fascinaba su interior nacarado y metí varias en la maleta. Mi madre las tiró a la basura con la excusa de que podían contener gérmenes.

Todas las conchas me parecen bonitas. Recorro la orilla agachándome continuamente, hasta que ya no puedo sostener más entre mis manos. Las aclaro en una pequeña piscina que se ha creado al bajar la marea. Estos charcos eran punto de encuentro de todos los que eran frioleros y preferían chapotear en esas aguas algo más calientes que las que traían las olas.

Tengo hambre y me gustaría sentarme para comerme el bocadillo. El pinar ofrece mesas y bancos. En verano la gente que acude con la tartera llena de tortilla, pimientos y filetes empanados agradecerá la sombra que dan los árboles. En marzo el sol no molesta; al contrario, es muy placentero sentir cómo los rayos calientan la ropa.

En el acceso a la playa he visto un lugar donde podría apoyarme para descansar: un *parking* que tenía unas vallas de madera y que, como están al sol, es probable que estén secas. Me doy la vuelta. Desde la montaña que hay al final de la playa seguramente las vistas serán inmejorables. Es probable que haya algún camino, otro día investigaré esa zona. Mi ruta ya es muy larga como para añadirle nuevos kilómetros.

Hoy el mar está muy tranquilo y el ruido que llega a mis oídos se escucha alto y claro. Me giro y a varios metros detrás descubro a Matt que está paseando con Thor por la orilla. De nuevo la visera y sus gafas de sol no

permiten saber hacia dónde está mirando. Su saludo con una mano me saca de dudas. ¿Desde cuándo está en la playa? ¿Por dónde ha aparecido? ¿Me habrá visto excavando?

Respondo a su saludo y vuelvo a caminar hacia el *parking*. Debería haber parado y esperar a que se acercase a mí; a fin de cuentas, bailamos juntos anoche, aunque yo no lo recuerde con mucha nitidez. Busco una disculpa que guardarme en la manga: el otro día asusté a Thor y he creído conveniente no acercarme de nuevo para no volver a poner nervioso al caballo, que está rehabilitándose gracias al efecto del agua de mar.

Trato de acelerar el paso de un modo proporcional, no quiero que descubra que estoy intentando alejarme de él. Queda descartado el plan de sentarme sobre los postes de madera, probablemente Matt pasará por ahí al abandonar la playa y no quiero enfrentarme a él.

Alcanzo la carretera y me lanzo cuesta arriba en un intento vano de interponer metros entre el gigante, su caballo y mi cuerpo. Tomo la primera curva, escucho el sonido de las herraduras del caballo cada vez más cerca y un camino de tierra a mano izquierda aparece como una salida de emergencia.

Me escondo detrás de los eucaliptos que crecen a la derecha del camino. Veo la visera roja de Matt entre las hojas mientras me quedo muy quieta intentando que mi agitada respiración no me delate. No pienso salir de nuevo a la carretera en un buen rato, tanto como estime necesitará Matt para regresar a donde tenga su casa el caballo.

Son las dos y veinticinco. Dispongo de varias horas de luz y mi móvil tiene una buena conexión a internet. Voy a avanzar por este sendero, parece un lugar muy poco frecuentado. Las ramas de los arbustos crecen invadiendo el camino, por lo que es muy poco probable que algún coche haya pasado por aquí en mucho tiempo.

Saco el bocadillo. El primer mordisco me sabe a meriendas en casa de mis abuelos, a excursiones del colegio, a las tardes en la playa después de bañarnos hasta quedar arrugadas como uvas pasas.

El camino a veces divide dos fincas y en otros tramos casi hay que adivinarlo, al discurrir por el límite de un terreno donde la hierba ha absorbido las rodadas de los tractores. Cada vez me alejo más de la carretera,

la única ruta que conozco para volver a La Casona Azul. Es hora de dar media vuelta y regresar al camino principal. Es entonces cuando aparece la casa de una planta que está en venta.

En la foto me pareció acogedora, ahora me parece perfecta. La ladera donde está ubicada le asegura el sol desde que sale hasta que se pone. Me acerco hasta la tapia de piedra. Si desde donde estoy se puede ver un trocito de la playa, desde el porche de la casa, que está más elevado, las vistas deben ser increíbles.

La casa es muy sencilla; tiene forma de *e* mayúscula, con un porche en la fachada sur. Su orientación está pensada para recoger la mayor cantidad de sol y calor posible. Lo que podría ser el garaje o cuarto para los aperos de labranza está situado en la esquina sureste. Cierra por ese lado el porche y lo protege del aire. El lado contrario no tiene pared que lo aisle del viento del norte, que aquí suele soplar tan a menudo. Es normal, si hubieran dado a la casa una forma de *u* mayúscula no se podría ver desde el porche la playa. Yo solucionaría este problemilla de entrada de aire colocando un cristal que protegiese en invierno, sin quitar las vistas, y se pudiera plegar en verano para que no se concentrase excesivo calor.

No parece necesitar tantas reformas: el tejado no está hundido, las tejas rojas están alineadas y el canalón no tiene plantas que crezcan en su interior. La fachada es blanca en algunas zonas y grisácea en otras, necesita una mano de pintura. Las dos contraventanas, la puerta y el portón del garaje, también precisan una capa de barniz.

Siento el impulso de entrar. Me gustaría rodear la casa, mirar desde el porche. No hay otras viviendas cerca y tampoco se ve a nadie trabajando en los campos. Podría pasar por encima del muro, pero no me atrevo. Nunca he entrado en una propiedad privada sin el consentimiento del dueño, y si éste pasase y me descubriese dentro me moriría de vergüenza.

Las fincas de ambos lados tienen alambres de espino y en la parte trasera hay un bosque que parece impenetrable. Sigo el camino de tierra hasta que llego a la parte alta de la loma. Las casas que se ven dispersas al otro lado no pueden ver el mar ni tampoco la casa en venta. Regreso a la vivienda y me quedo quieta apurando mi bocadillo. Sería un lugar perfecto para las

vacaciones. La playa está tan cerca que podría salir de casa con la toalla al hombro y las llaves en el bolsillo del pantalón corto, darme un baño, secarme al sol y regresar caminando. Tiene intimidad y al mismo tiempo está muy cerca de la carretera. Aunque alguien construyese delante la casa no perdería sus vistas al estar situada en una zona más elevada. Por la parte trasera el terreno está salvaje. Parece difícil imaginar a una gran constructora metiendo sus palas para edificar una urbanización de chalets.

Una mecedora, una mesa redonda al lado, una tumbona con un mullido cojín donde dormirar después de trabajar en el jardín, las contraventanas abiertas, una tarta de frambuesas enfriándose en la nevera... ¡Despierta, Beatriz, tú no sabes cocinar tartas!

Me despido de la casa dedicándole una última mirada y varias fotos desde todos los ángulos que me permite el muro perimetral. Pensar en todo lo que tengo que andar para llegar a La Casona Azul me agobia. El último tramo es una cuesta sin tregua que me dejará inservibles las piernas para el resto de la tarde. Ayudaré a Isaías si me lo permite y dedicaré el resto del tiempo a una novela que me está costando leer. Habrá sido un éxito de ventas con ni sé cuentas ediciones publicadas, pero todo es tan previsible que solo deseo llegar hasta el final por pura cabezonería. Total, desde el capítulo primero ya sabía que la chica y el chico van a vivir felices y comer perdices.

Comienzo a andar decidida. Tengo un hormigueo en el cuerpo y la casa en venta es la causante. No me la puedo quitar de la cabeza. ¿Cómo será por dentro? ¿Rebajarían el precio los vendedores si les hiciese una oferta en serio? Mi cabeza bulle descontrolada, ¿qué costaría pintarla? ¿Tendrá cocina equipada o estará vacía?

Podría utilizar el fondo que mi abuela me donó antes de fallecer. Yo no quería aceptarlo y le propuse que se lo gastase viajando alrededor del mundo hasta que se agotase. Insistí hasta que comprendí que le hacía feliz que lo tuviera. Siempre he pensado que ese dinero no era mío, estaba en una cuenta a mi nombre pero no me pertenecía. Mi abuela falleció y continué sintiendo que no debía tocarlo, yo no lo había ganado y me había hecho la promesa de no depender nunca del dinero familiar para subsistir.

He demostrado que soy capaz de vivir por mi cuenta. Tengo un

apartamento, una hipoteca, un trabajo... De repente lo cambiaría todo por poder sentarme cada mañana en ese porche a tomar el café.

¿Es todo una gran locura? ¿Cómo he pasado de tener una vida organizada a sacarle fotos a una casita en el campo imaginándome feliz viviendo en ella? ¿He pensado la palabra “vivir”? Sí, vivir, me he visto a mí misma dentro cuando el viento golpee las contraventanas, cuando las tormentas de invierno arrojen sus granizos sobre los cristales, cuando el aire se cargue de olor a primavera, cuando las noches sean estrelladas y cálidas. Y mientras me he imaginado a mí misma dentro de esos momentos, me he sentido en casa.

Según el doctor Tanner, el potasio es un elemento fundamental para nuestra existencia y yo lo tenía en niveles alarmantemente bajos. ¿Estaré padeciendo las secuelas por haber privado a mi organismo de la cantidad necesaria? Me estoy volviendo loca y ni siquiera siendo consciente de ello soy capaz de frenar esta avalancha de razones que me impulsan a comprar la casa.

¿Me estaré volviendo una mujer caprichosa?

CAPÍTULO 10

—La casa necesita alguna reforma.

—Ya lo había leído. ¿El dueño estará en la vivienda?

—El dueño vive en una residencia privada para personas mayores. Ha entregado la casa como pago por su estancia y la empresa nos ha encargado la venta.

—Entendido. —La inmobiliaria tendrá indicaciones sobre el precio mínimo que pueden aceptar por la propiedad.

—Usted no es de aquí ¿verdad?

La vendedora es una mujer que ha entrado con aparente facilidad en el coche de la inmobiliaria, aunque tiene un volumen en la tripa tan grande que no sé si está gorda o en avanzado estado de gestación.

—No, soy de Madrid.

—He vendido alguna casa a madrileños. Les gusta el frescor que hay en verano y lo bien que se puede dormir por las noches. ¿Sería un lugar para pasar las vacaciones?

—No lo sé.

—Ah. —La mujer baja la ventanilla para saludar a un paseante que camina dirección a Villaviciosa.

—Hay gente que viene a pasar unos días y termina quedándose toda la vida, incluso extranjeros.

—Lo sé. —Habría que darle algo de qué hablar para que no continúe interrogándome—. Me alojo en La Casona Azul.

—¿Dónde Susan? Acudimos juntas a gimnasia de mantenimiento.

¿Y qué no hace esta alemana? ¿Cómo es posible que pueda gestionar el tiempo para realizar tantas actividades diferentes?

—¿Hay gimnasio?

—Sí, ahora está cerrado por obras, pero abrirá de nuevo después de Semana Santa. Estoy deseando retomar las clases. Ahora cuando termino de

trabajar me meto en la cocina y me dedico a comer hasta que me voy a la cama. ¡Te envidio sanamente! ¡Estás tan delgada! Yo no recuerdo lo que es tener cintura.

—Todos los extremos son malos.

Yo no quiero hablar de flacos y gordos, quiero que llegemos ya. He dormido fatal pensando en ese momento, porque sé perfectamente lo que voy a decirle a esta mujer si al quedarme quieta en el porche las sensaciones que vengo imaginándome se cumplen.

—Supongo que sí. Yo siempre he estado en el extremo de las anchas de hueso y últimamente estoy colgada del borde. En fin, tengo que alejarme de la cocina si no quiero explotar. ¡Uf, que calor! Veinticinco grados. ¿Te importa si enciendo el aire acondicionado? Llevo fatal este viento sur.

—No me importa. —A mí me encanta, es el día perfecto para ver la casa: sol, calor y una brisa cálida que me permitirá entrever cómo sería disfrutar del porche un día de verano—. Si decidiera adquirir la propiedad, ¿cuándo se podría hacer la escritura?

—A ver..., todo depende del modo de pago elegido. Si tienes que pedir una hipoteca habría que esperar a la valoración del perito, el estudio por parte de la entidad bancaria... La nota registral ya la has visto y la notaría podría darnos cita dentro de dos o tres días a partir de la fecha en la que lo solicitásemos.

—No preciso hipoteca.

—Es jueves, el próximo lunes o quizá el martes a más tardar. —A la vendedora se le han puesto los ojitos brillantes intuyendo una venta rápida.

Tuerce a la derecha antes de llegar al camino de tierra que yo recorrí. Intento memorizar los giros que hace en los tres cruces que nos encontramos y detiene el vehículo donde el asfalto desaparece.

—Se puede llegar en coche hasta la casa. Si no te importa iremos andando los últimos metros. Yo soy muy torpe conduciendo marcha atrás y no sé en qué condiciones estará el tramo que enlaza de nuevo con la carretera ladera abajo.

¡No muy bien si quieres que tu coche salga indemne de los rayones de las zarzas!

—¿Por qué no hay asfalto hasta la casa?

—En esta zona las casas están muy desperdigadas, hay muchos caminos y no todos están asfaltados. Hace unos meses tuvimos en venta una casa a cuatro kilómetros de ésta con una situación similar. El comprador solicitó al ayuntamiento que acondicionasen el tramo que faltaba para poder llegar a su casa y la respuesta del técnico fue que actualmente no había partida presupuestaria destinada a asfaltar nuevos viales, pero que el ayuntamiento no pondría ninguna oposición si el vecino decidía acometer la obra él mismo. Mandar verter un camión de gujarros no es muy costoso y ayudaría a pasar en días de lluvia.

—Habría que consultar el precio.

Le respondo distraída. La casa está cada vez más cerca y su presencia me atrae como la luz a las polillas. Me quito la sudadera y disfruto del sol en los brazos. Por el calor que hace perfectamente podríamos estar a finales de junio, cuando las tardes son más largas y parece que el verano va a extenderse eternamente.

—Por supuesto, conozco a una empresa que podría hacernos un buen precio.

La vendedora mete la llave en la cerradura de la puerta exterior y me cede el paso. Las losas de piedra encastradas en el terreno están parcialmente cubiertas por la hierba que ninguna pisada ha estropeado desde hace mucho tiempo.

—Me gustaría entrar sola —le solicito a la sorprendida mujer—. Solo preciso un par de minutos. —¿Cómo explicarle que quiero vivir este momento íntimamente?

—Perfecto. No hay luz, tendrás que abrir las ventanas para desbloquear las contraventanas.

—Entendido.

El llavero tiene un salvavidas blanco con rayas azules. La mujer me lo entrega sujetando la llave que abre la puerta de casa. Lo tomo emocionada. Dudo unos segundos frente a la entrada. Si me marcho sin verla me quedará la duda. Pensaré mientras camino hacia el trabajo en que fue una bonita ilusión y que me hice un favor no entrando. Por más que me repito que alejarse de aquello que no podemos o debemos permitirnos es una opción muy

recomendable que sirve como protección, ¡necesito pasar! Empujada por esta auto exigencia giro la llave y empujo.

Dejo la puerta abierta. Los rayos del sol, que son los primeros en entrar, iluminan un rectángulo en el suelo de cerámica. Cuento tres puertas: una a mi izquierda, otra frente a mí y la última a mi derecha. Con cuatro pasos alcanzo la puerta que tengo delante y la abro. La luz que llega es débil, pero se distinguen los muebles de la cocina y la ventana, que tiene vistas a la parte trasera de la casa.

No me entretengo, quiero dar luz natural a las estancias antes de examinar la casa. La siguiente habitación es la que encuentro saliendo a mi izquierda. La ventana también está orientada al norte. Abro la puerta restante, un pasillo con tres nuevas puertas, y empujo la de la izquierda. La luz no puede girar para iluminar la habitación y toco la pantalla de mi móvil para que me dé algo de claridad que me permita llegar hasta la ventana. La vendedora me saluda desde el porche mientras habla por teléfono. La penúltima puerta corresponde al baño —desde el que también se puede ver el bosquecillo— y la última es como un gran premio. La habitación tiene dos ventanas, una de ellas en el porche y la otra en la fachada oeste, desde donde se puede ver el mar. El cabecero de la cama está colocado de modo que si se dejan las contraventanas abiertas la ventana se convierte en un hermoso paisaje marino.

He abierto todas las que hallo a mi paso para que aire cálido del Sahara expulse el frío que ha quedado contenido dentro de la vivienda. Es entonces cuando realmente miro y lo hago borrando los muebles, el color de las paredes y los detalles que el dueño no se llevó a su nueva morada y que dan inequívocas pistas sobre sus aficiones marineras.

Imagino formas, colores, texturas y olores, me imagino a mí. Me veo preparando una ensalada con la ventana abierta para escuchar el sonido del viento al rozar las hojas de los árboles, me encuentro en el salón avivando la pequeña chimenea de leña para que me dé calor en las frías tardes de invierno, me oigo tarareando una canción mientras pinto las paredes de la habitación principal en un tono amarillo para que el sol de poniente lo transforme en naranja.

—¿Qué impresiones te produce? —me pregunta la vendedora al salir.

Le pido un poco más de tiempo con un gesto de mi mano izquierda. Asiente con la cabeza ante mi petición silenciosa y la dejo en el porche, donde vuelve a concentrarse en su móvil para distraerse ante mi inquietante comportamiento.

Rodeo la casa. El terreno que hay hasta el muro en la parte trasera es menor. El bosque está formado por árboles de diferentes especies que conviven en aparente armonía con recios arbustos de hoja pequeña. Pruebo las llaves en la cerradura del garaje sin conseguir abrirla. Me encamino de nuevo al porche, echo un último vistazo y me acerco a la vendedora. La pobre se mantiene quietecita apoyada sobre la columna, sin atreverse a decirme nada para no darme motivos para rechazar la propiedad.

—No imaginaba que fueran necesarias tantas obras para dejarla decente.

—Está algo viejita, pero lo compensa con las vistas que tiene.

La mujer trata de contrarrestar los desconchones, la vieja cocina y el deprimente baño a base de paisajes idílicos. Yo no tengo ni puñetera idea de lo que podría costar dejar la casa “decente”. Puedo pintar, tirar lo que no me guste, limpiar hasta que todo brille y ponerme de rodillas para arrancar una a una las malas hierbas del jardín. No necesito lujos para vivir, pero estoy segura de que la inmobiliaria tiene permiso para negociar la venta y tirarme un farol es cuanto se me ocurre para ahorrar algo de dinero.

—También habrá que acondicionar el camino —dejo caer, como el que no quiere la cosa.

—Podríamos negociar el precio final si estás interesada seriamente en comprarla.

—¿Lo hablamos aquí o volvemos a la inmobiliaria? Si llegamos a un acuerdo transferiría una señal a la cuenta que me indicaseis hoy mismo.

—Volvamos entonces a la oficina, seguro que encontramos un importe en el que ambos nos sintamos a gusto.

—Muy bien. —Es mía, ¡mía!

—¿Sucede algo, Beatriz?

—¿Perdón?

—Pregunto si estás bien. Me has respondido con monosílabos la última media hora.

—Lo siento. —Me disculpo dejando sobre la mesa el pequeño jarrón de

barro que estoy pintando. Es una de las miles de ideas de Susan para decorar las mesas del comedor.

—Si te puedo ayudar...

—He comprado una casa. —Tengo que compartir este momento con alguien.

—¡Enhorabuena!

—He firmado un contrato de compraventa y he dejado una cantidad como señal. Mañana me dirán cuándo escrituro.

—Ya sabes que tanto Isaías como yo estaremos encantados de acercarte al aeropuerto.

—La he comprado aquí.

—¡No me digas! —Susan se levanta. Su jarrón cae al mantel de plástico y deja un manchón verde lima—. ¡Vamos a ser vecinas! Esto hay que celebrarlo.

—Buenas tardes. ¿Puedo unirme a la celebración?

La voz de Matt es única. Con la cabeza asomada por la puerta de la cocina pide permiso a Susan para entrar.

—Llegas en el momento justo. Beatriz me estaba contando que ha comprado una casa aquí.

—¿Eras tú quien iba dentro del coche de la inmobiliaria esta mañana a eso de las doce?

—Sí.

Me habla con naturalidad, aunque mi intuición me dice que es una pose. El otro día en la playa, ayer en la farmacia de Villaviciosa, ahora en la cocina de la casona... Somos correctos por deferencia a Susan, pero hay algo que no puedo todavía explicar. Me temo que preferiría no tener que saludarme y yo tampoco lo haría, porque su cercanía hace que me sienta incómoda.

—He visto el coche cuando repostaba en la gasolinera.

—No te he visto.

—Estaba dentro de la camioneta.

Matt separa una silla, la levanta limpiamente y la coloca a mi lado. ¿Por qué hace eso? Cuando está cerca su olor se introduce en mi cerebro, donde permanece durante horas recordándome su apabullante masculinidad.

—¿Te apetece tomar algo, Matt? ¿Café, té, una copa de vino?

—No, gracias, me voy a ir enseguida. He pasado para invitaros este sábado a la cena informal de inauguración de las nuevas instalaciones.

—¿Terminaste las obras?

—Sí. —Es la segunda vez que veo sonreír a Matt. Su cara se transforma y por un momento puedo imaginarme a ese niño que fue hace tiempo.

—¡Qué bueno! —Susan se levanta y le da dos besos—. Está visto que esta es la tarde de las felicitaciones.

—Yo todavía no soy la propietaria, así que todavía está lejos cualquier celebración. —Me muerdo la lengua para no contar más de lo estrictamente necesario.

—Así me dará tiempo para recuperarme de la de Matt. —Susan continúa meditando sobre las fechas de las celebraciones.

—Seremos un grupo de amigos. Prepararé algo informal, y te prohíbo que cocines nada.

—El sábado tendré la casona llena, así que iré cuando todos los huéspedes hayan cenado.

—¿Te parece bien si te recojo a las ocho, Beatriz?

—¿A mí?

—Sí, a ti. No sabes dónde está mi casa, no tendrás manera de llegar tú sola.

—Podría ir con Susan cuando terminase —intento parecer relajada—, así le ayudaría con las cenas.

—De eso nada. Vas a ser propietaria y este será un buen momento para conocer a gente de la zona.

—Pero puedo conocerla cuando tú vayas.

—¿Y si termino muy tarde? A las ocho está bien, Matt. Beatriz estará en la puerta a esa hora.

—Estupendo. —De nuevo esa sonrisa que me desarma—. Aquí estaré.

Cojo de nuevo mi jarrón y me centro en dar pinceladas sin mirar a Susan a los ojos. Estoy segura de que está sonriendo encantada con la encerrona que me ha preparado.

Su pecho es duro y liso. Noto su vello en mi espalda y sus fuertes manos, que calientan mi piel al acariciarme. Aunque su aliento en mi nuca me excita,

permanezco muy quieta entre sus brazos. Abro los ojos. Las sombras de la noche se han apoderado de la habitación, no reconozco dónde estoy. ¿Estamos en la casa de Matt? Si me he dejado llevar animada por la sidra, ahora tendré que lidiar con lo que yo solita me he buscado.

¿Hemos hecho el amor? No me lo parece si atiendo a los nervios que estoy sintiendo en estos momentos, sabiendo que el cuerpo desnudo de Matt está pegado al mío, que tampoco tiene ropa.

—¿No puedes dormir?

—No. —Su mano izquierda recorre mi cadera. Ya no necesito más estímulos, su voz me acaba de catapultar de tal manera que estoy a punto de darme media vuelta y comenzar a tocar.

—Yo tampoco. —Me besa el cuello y mi sexo responde humedeciéndose.

Intensifica el abrazo acercándome a su cálido cuerpo. El contacto es el detonante. Me giro para aceptar y devolver caricias, besos, suspiros y anhelos. Un nuevo escalofrío estremece mi cuerpo. De repente hace frío y no siento la presencia de Matt. Extiendo mi brazo buscándole. ¿Cuándo se ha marchado? Me incorporo. Le necesito, la oscuridad me da miedo y le llamo. El eco me devuelve su nombre deformado. ¿Dónde estoy? Muevo las manos frenéticamente esperando tocar el cabecero de la cama o la pared, pero detrás de mí no hay nada...

—¡Matt! —De rodillas busco la sábana—. ¡Matt!

El bombeo de mi corazón me bloquea el sentido del oído. Encuentro una manta. Es suave y su olor me resulta familiar y tranquilizador. Mi manta verde me devuelve al estado de conciencia. ¡Estaba soñando! La sábana y el edredón están tirados en el suelo. La almohada arrugada al borde de la cama me confirma que he tenido una pesadilla.

La luz de la mesilla ahuyenta las sombras que se esconden detrás de los muebles de “la habitación del pintor”. Tengo la piel fría y la boca seca. Imploro que no haya estado llamando a Matt a grito pelado mientras me peleaba con la ropa de cama. Me cubro con mi manta y entro en el baño a beber agua.

Me paso las manos por la cara y recupero las sensaciones que he sentido cuando Matt me ha acariciado. Los sueños son volátiles, se deshacen cuando

tratamos de contenerlos. Capturo algún sentimiento antes de que se derritan al calor de la conciencia. Matt excitaba mi cuerpo y mi mente. El sueño ha sido tan real que mis pechos se han sensibilizado y el roce de la manta los irrita.

Tengo que ser sincera conmigo misma. Mirándome a los ojos, espero la contestación que guarda el espejo. Si Matt entrase en este instante no dudaría, me entregaría a sus brazos y le exigiría las escenas que mi mente ha formado. Ha sido un sueño, uno excesivamente real. Volver a dormirme va a ser muy difícil. Son las tres y veinticinco, y las pocas imágenes que perduran de nuestro tórrido e irreal momento sexual pasan continuamente como si estuviera delante de un ti vivo y en vez de caballitos, Matt apareciese besándome, tocándome, abrazándome.

¿Con qué recursos cuento para que mi gamberra imaginación vuelva a ese lugar recóndito de la mente y deje de hacer travesuras con mis emociones? La televisión la rechazo porque estoy buscando un remedio para conciliar de nuevo el sueño. Ver a esas pitonisas con grandes anillos y uñas extremadamente largas me alteraría y tampoco estoy de humor para descubrir los milagros que el artilugio bautizado como Powerton 3008 puede obrar en mis músculos usándolo únicamente diez minutos al día. La novela, cuyo final sería capaz de escribir, beso arriba o abajo, sin equivocarme, podría ser efectiva. Es tan aburrida y predecible que leerla me creará el sopor que necesito para volver a dormirme.

Amanece. Una incomodidad es la causante en esta ocasión de que me vuelva a despertar antes de lo que yo hubiera deseado. ¡Sí que me aburrió la novela! El portátil está abierto sobre mi estómago con la batería agotada. Me he dormido antes de apagarlo y sin conexión a la red. Ha debido de estar funcionando hasta hace poco rato, porque la batería todavía está tibia. Me levanto, tomo el cable e introduzco la clavija.

En la ducha los restos de las impresiones del sueño con Matt regresan y hacen que me demore en mi aseo personal. Es agradable fantasear con un hombre de cuerpo tan masculino debajo del agua caliente. El vapor contenido en la ducha propicia que mis manos quieran jugar a ser las de Matt y cierro el agua regañándome a mí misma por mi falta de control. Es muy alto, fuerte, guapo, viril y tiene una voz muy sugerente, pero ese cuerpo necesita una mente

que le gobierne y la de Matt no me gusta.

Me froto con demasiada brusquedad como penitencia y regreso a la habitación para vestirme. La pantalla del ordenador está llena de colores donde solo debería existir el fondo blanco y las letras negras de la soporífera novela. Una piscina rodeada de un cuidado jardín oriental trata de tentar a los turistas con muchas ganas de un destino exótico y abundante dinero para gastar en un hotel pensado para relajarse. Al dormirme he debido de tocar el teclado y ha aparecido esta página tan sugerente. La cierro y guardó también la novela. No tengo esperanzas en volver a retomar la historia de amor imposible que parece ser del gusto de mucha gente a la que le gusta sufrir. No soy capaz de entender a esas personas a las que contemplar la vida real no les debe de proporcionar su dosis necesaria de sufrimiento y recurren a estas historias trágicas para continuar llorando a moco tendido cuando se van a la cama. Contaré ovejitas, y vacas, y burros...

—¿Y dónde está la casa? Ayer llegó de improviso la familia francesa y ya no pudimos hablar.

—Cerca de la playa. ¿Ya han desayunado?

—Sí, a las ocho ya tenían las maletas dentro de la furgoneta. Han tomado café y fruta, y se han marchado tan silenciosamente como llegaron.

—¡Qué familia más rara! —Los padres y sus cinco hijos cenaron intercambiando unos pocos susurros, se fueron a dormir agradeciendo que sin previo aviso Susan les hubiera preparado una cena tan sabrosa y ya se han marchado.

—Generalmente los huéspedes son personas “normales”, gente que acude de vacaciones, que está de paso por motivos laborales o gente como tú que vienen a descansar.

—Y que terminan comprando una casa mientras pasean por los prados. Lo mío no es normal.

—¡No! Tú eres como yo, una mujer que se ha enamorado, y no se puede luchar contra ese sentimiento.

La voz de Matt susurrándome al oído cuánto me desea parece tan real que mi piel se eriza. Si he sido capaz de comprar, casi sin pensarlo, una casa por enamoramiento, ¿qué no sería capaz de hacer si mi amor estuviera volcado en

un hombre? Hasta ayer por la tarde mis sensaciones cuando pensaba en Matt eran claras: no me caía bien. Esta noche he soñado con él y nuestra relación era muy profunda. Ahora me hablan de amor e inmediatamente pienso en él. ¿Voy a transformar mis sentimientos hacia ese hombre con la misma rapidez con la que pasé de mirar por curiosidad la foto de la casa a no poder pensar en otra cosa que no fuera estar en el porche tomando un café por la mañana y una infusión por la noche?

—Todavía no entiendo lo que he hecho. —Poso mis manos sobre las de Susan buscando consuelo a esta especie de locura transitoria que se ha apoderado de mi voluntad.

—Has hecho caso a tu instinto —me responde Susan levantándose cuando la cafetera avisa—. Yo te entiendo, vi una casa hermosa donde solo había escombros, y nunca me he arrepentido de seguir ese sexto sentido al que deberíamos hacer caso más a menudo.

—Dentro de semana y media tendré que volver a Londres. No voy a tener tiempo de disfrutarla.

—¿No puedes coger vacaciones en verano?

—¡Imposible! A mi jefe no le sentó nada bien que me tomase un mes sabático. Los clientes quieren tratar siempre con la misma persona, no aceptarían confesarle sus riquezas un día a uno y el siguiente a otro.

—¿Y trabajar desde casa? Con un ordenador, una conexión a internet y una webcam podrías comunicarte con los clientes sin necesidad de acudir a Londres.

—Me parece que no —le digo desanimada.

—Para comprar y vender acciones no hace falta reunirse en una comida de empresa. Hay gente que vive de invertir sus propios ahorros y controla la evolución de sus inversiones desde cualquier parte del mundo.

“Los suyos propios”, medito untando la tostada con mermelada de moras, un vicio del que no me privo ninguna mañana.

—Ten fe, seguro que encuentras un modo de disfrutar de tu casa. Por cierto, ¿dónde está exactamente?

—No conozco el nombre del lugar. Justo antes de llegar a la playa hay que desviarse a mano derecha y ahí está, apartada del resto.

—Es un paraje muy bonito. La playa está muy cerca, los acantilados, la tranquilidad... ¡Estoy deseando conocerla!

—En cuanto tenga las llaves vamos a verla, aunque te advierto que no tiene nada que ver con La Casona Azul. Es una casita de planta baja sin pretensiones.

—Pero tiene algo, ¿verdad?

—Sí —le respondo sonriendo—. Es acogedora, íntima... y tiene un porche que, aunque ahora está desnudo, se convertirá en un rincón confortable algún día.

—Unos bonitos faroles, cojines de colores, velas en una mesa...

—Guarda todas tus ideas, que serán bienvenidas.

—También me gustaría hacer algo para Matt. Estoy pensando en un objeto que pueda ser útil para su trabajo, pero de momento no se me ocurre nada.

—Ayer no me atreví a preguntar, ¿Qué va a inaugurar exactamente?

—La nueva nave donde elaborará la próxima cosecha de sidra.

—Me sigue pareciendo muy raro que me vaya a venir a buscar para llevarme a su negocio.

—Y su casa. Vive allí.

—¿Sí? —El recuerdo del sueño regresa.

—En una casita de madera prefabricada.

—El otro día comentaste que era oriundo de Madrid como yo.

—Sí, sus abuelos maternos eran de aquí.

—Susan —o me sincero o reviento—, no le caigo bien. Me viene a buscar por deferencia a ti. Llámale, por favor, y dile que tengo que ayudarte.

—¿Cómo? ¿Eso crees? Si algo tiene Matt es sinceridad. Si le cayeras mal como tú dices ten por seguro que no se hubiera ofrecido a llevarte. ¿Por qué dices eso?

—No sé. —Ahora esos dos atropellados encuentros comienzan a parecerme menos traumáticos—. Imaginaciones mías.

—Es una lástima que no te acuerdes de la cena con los gaditanos. Te sacó a bailar varias veces cuando podría haberse quedado sentado mirando a los demás. Deja de darle vueltas a esa cena. Has venido a Villaviciosa a desconectar de tu rutina en Londres. Relájate y disfruta.

—Está bien.

Susan ha dado por zanjada la conversación porque tiene razón. Parezco una niña pequeña asustada antes de salir a actuar en la función del colegio. Me he reunido con personas a las que acababa de conocer y siempre me he sentido segura. Mañana acudiré, alabaré las instalaciones, haré alguna pregunta de cortesía, intentaré integrarme en las conversaciones y antes de que me dé cuenta Susan habrá llegado.

¿Y qué ropa será apropiada para un evento como ese?

CAPÍTULO 11

—Tu teléfono está sonando.

—¡Es cierto! Estaba escuchando el sonido tranquilamente como si le estuviesen llamando a otra persona, cuando aquí solo estamos nosotros y me acabas de contar que el tuyo lo has dejado en la cocina.

—Eso es por la concentración con la que estás plantando el apio.

—¡La verdad es que me encanta!

Me incorporo y me quito los guantes. Isaías tiene mucha paciencia y ha contestado a todas las ingenuas preguntas que se me han ocurrido para que el apio crezca fuerte.

—Me ha llamado un compañero de trabajo.

—¿De Londres?

—Sí, tengo que devolver la llamada.

—Claro, yo continuaré.

—Serán solo un par de minutos.

—Está bien. —Isaías vuelve a su semillero y yo me alejo hasta los columpios.

—¿Qué tal estás, Beatriz?

—Bien, Jason, ¿y tú?

—Bien, bien... Mira, te he llamado para avisarte por si acaso Adam decide contactar contigo.

—¿Qué ha ocurrido? —Me sobresalto. Si Jason quiere advertirme es porque me conviene estar preparada.

—Zimmerman llamó este mediodía con indicaciones muy precisas. Dentro de diez días deberemos vender a las once de la mañana sus acciones al precio que estén en ese momento. Ha facilitado un nuevo número de cuenta donde hay que depositar el dinero.

—¿Dijo por qué? ¿Ha estado reunido con alguno de vosotros después de que yo me fuera?

—No.

—Mantenía unos miles en acciones, ¿sabes cómo están? Yo no he vuelto a mirar desde que salí de Londres.

—Estables, y darán dividendos dentro de dos semanas.

—Lo recuerdo. ¡Qué raro! ¿Ha dado alguna razón?

—No, y tampoco ha querido hablar con Adam, lo cual le ha puesto bastante nervioso.

—Y el jefe me ha echado a mí la culpa. —Como si le estuviera viendo.

—Pues sí. Solo quería que lo supieras, he intentado calmar a Adam, no es el primer cliente que decide prescindir de nuestros servicios aun a costa de perder dinero, pero para Adam siempre resulta más sencillo buscar un responsable dentro de su plantilla.

—Lamento en general que cualquier cliente se marche de la empresa, aunque no echaré de menos al señor Zimmerman. No sé si habrás tenido ocasión de revisar su cuenta.

—No.

—Lo imaginaba, pues te diré que ha sido el cliente que menos dinero me ha dejado invertir. En los seis meses que le he tratado me he reunido con él muchas más veces que con cualquier otro cliente. Siempre hablaba de grandes sumas que tenía pendientes de liberar para que yo invirtiese con ellas. Yo creo que todo era un farol, que le gustaba venir para que le hiciera la pelota, así que no voy a llorar su pérdida.

—Unos van y otros vienen —sentencia Jason, tan pragmático como siempre—. ¿Qué tal tus vacaciones? Aquí no ha parado de llover en una semana.

—Muy buenas. —Iba a decir extrañas, porque si le contase a Jason que cuando me ha llamado estaba arrodillada plantando en la huerta también a él le parecería raro, pero cada día me gusta más estar aquí y hacer este tipo de cosas.

—Me alegro, Beatriz. Ni Orson ni yo queremos que vuelvas a darnos otro susto. Por cierto, Mary te manda saludos. Desde que te fuiste, Adam le vuelve loca preguntándole por cada uno de tus clientes.

—Pobrecilla. ¿Tienes su número personal? Me gustaría llamarla pero no al

trabajo, no quiero dar motivos a Adam para que se acuerde de mí.

—No lo tengo. El lunes se lo pediré y te lo enviaré. Que sigas disfrutando.

—Gracias por llamar, Jason. Que pases un buen fin de semana.

Vuelvo a meter el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Zimmerman, Mary, Jason, mi despacho... todo me parece lejano y borroso, como si hubieran pasado muchos meses. De repente me acuerdo del puesto de perritos calientes. ¡Y pensar que me parecían un manjar! Me metía el primer bocado como si estuviera comiendo un plato elaborado por un chef con tres estrellas Michelin. Estaban correctos sin más, y mi paladar estaba atrofiado por tanto ketchup industrial.

—¿Va todo bien?

Isaías es como su madre, una persona que se preocupa sinceramente por los demás. No se ha acercado, pero ha estado atento. Ni se imagina cuánto aprecio esos gestos.

—Sí —me aproximo tratando de sonreír con naturalidad—. Se ha marchado un cliente y mi compañero quería advertirme de una posible llamada de mi jefe.

—La gente tiene derecho a cambiar de gustos. No siempre se logra que todos queden satisfechos.

—Es verdad. —Si Isaías conociese al señor Zimmerman comprendería mejor lo que voy a decirle—. A este cliente nunca le parecía bien lo que yo le decía, siempre tenía que pronunciar la última palabra, y lo hacía con desdén, como si los demás fuésemos insignificantes y le provocásemos compasión.

—Hay individuos que tienen como profesión buscar algo malo que decir de todo y de todos. Nosotros también tenemos clientes que dejan críticas en las páginas de opiniones que son ridículas: “Ha sido horrible, todo el tiempo lloviendo”. ¿Qué tendrá eso que ver con el alojamiento o el servicio ofrecido? Asturias siempre ha estado en el norte de España y este verdor no se consigue por arte de magia.

—¡Todo el mundo sabe que aquí hay días soleados y otros que llueve!

—Así debería ser. ¡Ni que mi madre tuviera poder sobre las nubes!

—¡Ja, ja, ja! No estaría mal. Zimmerman sería uno de esos, se quejaría de que hay demasiadas montañas, de que hay viento o de que la comida está

demasiado rica.

—¡No! Eso no lo escribiría, porque para esa gente la comida nunca es suficientemente buena. ¡A saber lo que comerán en sus casas!

—Verduritas tan ricas como estas ya te digo que no. Voy a terminar con el apio antes de que anochezca.

—Lo haces realmente bien, como si toda la vida te hubieras dedicado a la agricultura.

—Ha sido un auténtico descubrimiento. ¡Yo no había estado cerca de una verdura que hubiera que cocinar ni en los supermercados! y ahora estoy deseando comer cualquier cosa que prepare tu madre.

—Podría llevarte algunas plantas a tu casa y sembrarlas. Y si fuera una vez a la semana para mantenerlas cuando vinieses en verano tendrías tu propia verdura.

—Sería bonito... En fin, ya veremos qué hago con la casa, Isaías.

—¿Ya sabes si vendrán muchos clientes a cenar?

—De momento me han confirmado cinco habitaciones. —Susan me mira sonriéndome con picardía.

—Entonces te vendría bien algo de ayuda.

—Todo está controlado. Ve a cambiarte, Matt es muy puntual.

—Está bien.

Soy una mujer adulta, tengo educación, una conversación amena, un sincero interés por aquello que desconozco y estoy acostumbrada a tratar con todo tipo de personas. No debería tener problemas para sentirme bien en esa celebración si no fuera por Matt.

Ya sabía algo sobre la elaboración de la sidra. Los días previos a mi llegada me dediqué a leer todo lo que encontraba en internet y que estaba relacionado con Villaviciosa. Siempre he sido un ratón de biblioteca y desde que supe que acudiría sola a la cena que ha organizado Matt he destinado tiempo a seguir aprendiendo la teoría para tener preguntas y comentarios con los que rellenar los posibles silencios incómodos que pudieran crearse.

Me aplico el aceite de Susan sin dejar de darme argumentos para afrontar esta noche con optimismo y seguridad. He elegido la ropa pensando en donde cenaremos, una nave no me parece el lugar ideal para ir con taconazos y

minifalda. Botines negros, pantalón vaquero, camiseta de tirantes, blusa de seda negra y mi cazadora de cuero.

Estoy encantada con mi pelo. Siguiendo las instrucciones de la madre de Mariola, lo seco a lo loco para que quede como si me hubiera electrocutado. Es entonces cuando hay que aplicar el producto mágico. Se pone en la palma la cantidad equivalente a una avellana, se frota ambas manos para que se impregnen de la crema y se van tomando mechones y llevándolos hacia donde se desee.

Es curiosa esta costumbre que tienen las peluqueras de usar los frutos secos como medidas: una avellana si es poca cantidad, una nuez si el producto es una espuma... Nunca escucharás “ponte lo de una uva blanca en la palma de la mano” o “para conseguir el efecto mojado hay que aplicar el equivalente a una mandarina”.

No me disgusta el resultado. Espero que lo que ahora contemplo se mantenga así durante horas y mi pelo no decida jugarme una mala pasada haciéndome parecer un puercoespín enfadado.

El maquillaje no debería causarme tampoco demasiados problemas. No tengo muchos productos, así que difícil meter la pata pintándome como si fuera un cuadro abstracto. Mi piel luce estupenda si la comparo con la que tenía cuando llegué a Villaviciosa. La de mis labios también está menos seca, hoy he estado toda la tarde sin aplicarme cacao y aun así están lisos y suaves. Podré por fin estrenar la barra de labios roja que lleva meses en el fondo de mi neceser. Mi piel cuarteada me limitaba al sempiterno brillo de labios que a los cinco minutos desaparecía.

Son las ocho menos veinte. Coloco mi reloj en la muñeca, meto dinero y mi carnet de identidad en un bolsillo de la cazadora y mi móvil en el otro. Me aplico perfume, un olor floral que me recuerda mi visita al Royal Botanic Gardens, y ya estoy lista.

—¡Qué guapa!

—Gracias, Mariola.

—¿Vas al pueblo?

—No, viene a buscarme Matt para llevarme a una cena informal con la que celebrará la inauguración de su nueva bodega.

—Seguro que lo pasas muy bien. —¿Estoy paranoica o tienen sus palabras segundas intenciones?

—No conozco a nadie. —Me vuelvo a angustiar.

—Conoces a Matt, y él y todos sus amigos son gente sana como dice mi madre.

—¿Le conoces?

—¡Claro! El hermano pequeño de mi madre y Matt han sido amigos desde niños. Imagino que también estará en la fiesta.

—A veces olvido lo que significa vivir en un lugar pequeño.

—Todo se sabe. Mira, ahí tienes al anfitrión.

¡Ahh! No estoy preparada. Ni siquiera he ensayado un saludo, una frase ocurrente, algún tema de conversación por si acaso nos quedamos demasiado tiempo en silencio dentro de su furgoneta.

—Siempre es un placer entrar en La Casona Azul y más aún si me encuentro a dos mujeres tan bellas.

—Tú también estás muy guapo.

—Mariola, me vas a sacar los colores.

—Tú ya estás muy grande para que una mujer te ponga colorado.

—Nunca se sabe. ¿Estás lista, Beatriz?

—Sí.

—Vamos entonces.

Matt abre la puerta y me cede el paso. Su olor parece acompañarle allá donde vaya. El vehículo es un *pick up* blanco muy grande que hace juego con su conductor. Me abre la puerta y entro agradeciéndole la galantería. Aprovecho para mirarle mientras rodea al capó: camisa azul oscura remangada, pantalón vaquero desgastado y botas camperas. Se mueve con agilidad teniendo en cuenta su envergadura.

Su presencia llena la cabina. Descruzo mis brazos, que había puesto sin darme cuenta sobre mi pecho. Relajo mi espalda y me apoyo en el respaldo tratando de aparentar normalidad.

—El cinturón.

—¿Cuál? ¡Ah, sí! Perdona. —Primera metedura de pata—. ¿Está muy lejos la nave?

—Diez minutos.

—Bien. —Me ato la cazadora.

—¿Tienes frío?

—Un poco. —Siento frío, tiemblo, noto calor en la cara... Tengo un poco de todo como en una botica.

—Pondré la calefacción. —Un aire helado comienza a salir por las aireaciones—. Disculpa, es la primera vez que toco este aparato.

—Lo intento yo si no te importa. —A mí las máquinas siempre se me han dado bien.

—Mejor.

Manipulo el climatizador y escojo una temperatura de veinte grados por deferencia al conductor. Si por mí fuera mantendría la presión en el dedo hasta llegar a la temperatura máxima.

—¿Demasiado calor?

Matt no tenía frío y yo sí. Si ahora yo no tengo, él estará sintiendo calor. Es la misma lógica que aplico a las parejas que veo en celebraciones como bodas o cenas formales. Los hombres acuden con traje compuesto por camiseta interior, camisa, chaleco en algunas ocasiones y chaqueta con forro. En la parte inferior suelen llevar un slip y sobre éste el pantalón, calcetines para traje y un par de zapatos con generosa suela aislante.

Las mujeres llevan vestido ceñido y debajo solo pueden tener en el mejor de los casos un *body* y unos pantis. Los zapatos siempre tienen la suela tan fina que cualquier piedrecita que se pise parece traspasar el material y provocar un dolor difícil de creer. ¡Es imposible que el hombre y la mujer se encuentren bien! O ella está muerta de frío o él está sudando como pollo ensartado girando en un asador.

—No, estoy bien. Te sienta muy bien ese corte de pelo.

—Gracias. —Este sería un buen momento para hablar de nuestros dos encuentros anteriores, si no fuera porque no sabría cómo abordarlo—. Es cómodo.

Nos volvemos a quedar callados. Matt detiene la furgoneta delante de la señal de *stop*. Está mirando a la izquierda para incorporarse a la carretera y aprovecho este momento para deleitar mi vista en sus hermosas facciones.

—¿Qué te parece Villaviciosa?

Me he debido de quedar obnubilada contemplándole, porque cuando se gira me pilla con la guardia baja y su mirada al descubrirme me reseca la garganta.

—El pueblo es bonito, aunque lo que más me gusta es el entorno.

—¿Para pasear?

—Sí. —No pienso dar mi brazo a torcer. Si quiere decirme algo tendrá que empezar él.

—¿Y cómo elegiste La Casona Azul para tus vacaciones? ¿Te había hablado alguien de Madrid de ella?

—No, quería venir aquí y busqué por internet alojamientos. Era el lugar que más bonito me parecía; además, tenía muy buenas críticas.

—Entonces formularé de nuevo la pregunta: ¿por qué escogiste Villaviciosa en esta época del año?

Su voz me hipnotiza, las ondas que sus palabras forman en el aire me acunan y las partes de mi espalda que continuaban rígidas se relajan y se funden con el cuero del asiento.

—Ya había estado cuando era pequeña. Tenía muy buen recuerdo y quería volver.

—¿Sí? —Matt me mira con sincero interés—. ¿En qué fecha estuviste aquí? Yo soy bastante mayor que tú, así que no frecuentaríamos los mismos sitios.

—Hace casi veinte años, en julio.

—Serías muy pequeña. —Me observa calculando mi edad.

—En el campamento cumplí diez años.

—Un momento. —Matt estaciona la furgoneta en la entrada a uno de los numerosos desvíos de la carretera—. ¿Estuviste en el campamento El roble?

—Sí. —Debió de ser un lugar famoso por la cara de asombro que tiene ahora mismo—. Estuve un mes.

—¡Ja, ja, ja! —Lo que me faltaba, oírle reír—. Yo fui monitor ese verano.

Nos miramos. Estará tratando de rebuscar en sus recuerdos a una niña con mi aspecto. Yo tenía diez años, todavía no había comenzado mi transformación a mujer. Llevaba siempre el pelo recogido en una coleta y aparato en los

dientes.

—¿Eras un monitor que jugaba al fútbol americano? —¡No puede ser!

—¡Sí! —Vuelve a escrudiñar mi rostro con sus increíbles ojos azules—. Jugaba en la universidad de Estados Unidos donde estudiaba—. Y te acuerdas de mí...

Es la primera vez que veo a este imponente hombre vacilar y me hace gracia que se sienta inseguro. Él no se acuerda de mí, yo tampoco tengo en mis recuerdos las caras de los monitores. Para mí simplemente eran adultos a los que tenía que obedecer.

—Por eliminación, recuerdo que había varios monitores, chicos y chicas, y uno de ellos era bastante más alto que los demás.

—¡Increíble!

—Sí que lo es.

Matt se pasa la mano derecha por la barbilla. Resulta alucinante todo lo que me está sucediendo. Es realmente difícil asimilar que este hombre sea el muchacho que nos sentó a todos una tarde en la arena para explicarnos con pasión las reglas de un juego que encantó a los niños y puso nerviosas a las niñas. Algunos de los chicos eran brutos incluso cuando jugaban a la comba y aseguraron que derribarían a cualquiera que osase interceptarles.

Lo más sorprendente de todo es que hace pocos días me acordaba de un Matt sin rostro y sin nombre en la playa y minutos después le veía montado en su caballo sin sospechar que eran la misma persona.

—¡Ya lo siento! No recuerdo la cara de ninguna de las niñas. Trabajé también en agosto. Llegaron otros niños, algunos monitores también eran nuevos. En aquel tiempo eras una niña y ahora eres una mujer, ¡y muy guapa! —. Se está disculpando y eso agrieta mis defensas.

—Gracias. —Me sonrojo ante su espontáneo piropo—. Yo tampoco recuerdo como eran físicamente ni sus nombres. Me acuerdo de lo alto que eras y de cuánto te gustaba ese deporte. También guardo imágenes de las tardes en la playa, de los juegos en el jardín, de aquellas horribles tortillas francesas...

—¡Síiiii, jod...! Lo había olvidado —Matt se ríe y yo también lo hago, porque me siento como si hubiéramos montado en una máquina del tiempo y

ahora mismo estuviéramos en el comedor del campamento viendo pasar aquellas tortillas francesas con sorpresa—. Eran espantosas, estaban medio crudas por dentro y aquella cocinera no permitía que entrásemos en la cocina para demostrarle cómo se debía preparar una simple tortilla.

—¿Y las sábanas, las vuestras también parecían lija?

—Sí, y olían tanto a lejía que mareaban.

—Es verdad —sonríe relajada—. Odio ese olor desde entonces.

El claxon de un coche nos pide paso y Matt se reincorpora a la carretera. El sol se ha escondido detrás de las montañas que encajan la ría y las nubes que pasan dispersas camino de Cantabria se tiñen de rojo.

Nos miramos como si lo hiciéramos por primera vez. Se ha esfumado mi recelo, mi recuerdo de aquel chicarrón al que le encantaba jugar en la playa y siempre tenía una palabra amable para cada niño es fuerte. Fue un monitor cariñoso y Susan también habla bien del hombre en el que se ha convertido.

—¿Y continuaste viniendo a Villaviciosa después del campamento?

—No, esta es la primera vez desde entonces.

—¿Y puedo saber por qué ahora?

—Si algún día lo averiguo te lo contaré.

Me mira alzando sus cejas. Tomo aire y lo expulso mirando el paisaje que tanto anhelé volver a ver.

—Hace unas semanas me desmayé en mi despacho. Cuando desperté estaba pensando en la playa de Rodiles.

—Un buen modo de despertar. ¿Y ahora estás bien?

—Sí. —Me parece natural contar lo que me sucedió—. Necesitaba descansar, pedí un mes de vacaciones y aquí estoy, recordando lugares y gente. —Le señalo acusadora.

—Se te ve mucho mejor que el primer día que nos topamos en el cruce.

—¿Cuando todavía tenía el pelo largo? —Como sucede en tantas ocasiones, mi imaginación había convertido este encuentro en algo difícil de gestionar. Al llegar el momento de hablar de ello lo afronto con confianza.

—Sí, Thor se encabritó y salió corriendo hacia donde quiso. Cuando le dominé y volví ya no estabas.

—Lo siento. —Yo siempre me disculpo por todo—. Me dio miedo el

caballo.

—Es un animal noble, pero tiene que acostumbrarse a la gente. Al llegar nos acercaremos para que le saludes y te vaya conociendo.

—Vale. —Así que me reconoció... ¡Por supuesto que lo hizo!

—Pensaba contártelo cuando nos chocamos en la calle, pero estaba reclamando a fábrica unos componentes que necesitaba urgentemente para poder finalizar las obras y por fin me iban a pasar con el responsable.

—¿Y me pediste que esperase?

—Sí.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—Estaba convencida de que ibas a regañarme por haber asustado a tu caballo.

—¡Y yo pensando en la cena con los de Cádiz que eras tú la que estaba enfadada conmigo!

—¿Yo? ¡Qué va! —Mentira piadosa a la espalda, nos hemos malinterpretado los dos y punto.

—Eso me pareció después, cuando nos pusimos a bailar bachata, que todo había sido un malentendido.

—Lo fue.

He entrado a la furgoneta angustiada y ahora me siento etérea como si mi cuerpo se hubiera convertido en algodón de azúcar.

—Ya casi hemos llegado.

Identifico el desvío, estamos bastante cerca de mi casa. ¡Cómo suena eso de “mi casa”! Hasta ahora habíamos recorrido el mismo camino que yo he seguido para llegar a la playa. Giramos a la izquierda, después a la derecha y por último de nuevo a la izquierda, hasta que llegamos a unas altas puertas metálicas verdes con barrotes. La chica de la inmobiliaria aparcó su coche a unos pocos metros de donde nos encontramos. ¡Más coincidencias! No salgo de mi asombro. Matt coge el mando a distancia y las puertas comienzan a replegarse hacia adentro.

—Ya estamos.

—El Último Rincón —leo en el muro.

—Así la llamaba mi abuelo.

Cuatro perros salen a recibirnos. No reconozco sus razas, pero son sin duda perros muy felices. Mueven los rabos como si fueran ventiladores y juraría que están sonriendo.

—No les tengas miedo, aquí dentro solo tienes que temer al dueño.

La cara de perplejidad que se me ha debido quedar al escuchar las frías palabras que Matt ha pronunciado para tomarme el pelo también debe de haberle desconcertado a él, porque compone cara de angelito para quitarle hierro al asunto.

—El dueño es el más inofensivo de todos.

Los perros siguen el *pick up* hasta el lugar donde Matt lo aparca. Nuevamente me abre la puerta y me ofrece la mano para ayudarme a bajar desde la altura a las que se encuentra la cabina.

—¡Hola, guapos! —Los perros me rodean y a mí siempre me han gustado los animales.

—Como les digas esas cosas te van a llenar de babas.

—No me importa, me gustan mucho los perros. Cuando era pequeña todas las navidades pedía un perrito.

—Y no llegó nunca...

—No. —Una ráfaga de dolor se acerca y preparo mi escudo protector para hacerla rebotar.

—Ahora tienes a cuatro reclamando tu cariño. El peludo es Brown, el blanco se llama Copito, ese que tiene una oreja mellada es Guerrero y el que no tiene rabo es Micky.

—Son muy bonitos.

—Son muy nobles, aunque llegaron dañados. —Matt les hace un gesto con la mano y los cuatro se sientan obedientemente—. Portaos bien y os daremos todo lo que sobre.

—¿Los adoptaste?

—Nos hacemos mutua compañía. A Micky le encontré cerca de Oviedo. Estaba hecho un asco y tenía mucho miedo. Me costó un buen rato convencerle para que montase en la furgoneta. Brown llegó solo. A Copito le habían dejado en un contenedor de basura, unos chavales estaban sacándolo cuando pasé. Era

un cachorro precioso, parecía una bolita de nieve.

—¿Y a Guerrero?

—Ese ha sido el que más preocupaciones me ha dado. Estaba malherido, se había peleado con un mastín y había salido perdiendo. Estaba acurrucado en el pinar de la playa. Cuando fui a recogerle me lanzó una dentellada de la que todavía conservo la marca. —Me enseña su dedo, donde una fina línea le recuerda el mordisco con el que el animal trató de defenderse.

—¿Y cómo pudiste cogerlo?

—Con una manta vieja. Se la arrojé sobre el cuerpo y le aprisioné con ella. Se quedó tan quieto que pensé que se había muerto. Estuvo en la clínica veterinaria cinco días. Tenía desgarros en el cuello, le faltaba media oreja y tenía una pata rota.

—Pobrecillo. —Sabe que estamos hablando de él y se acerca metiendo su cabeza debajo de mis manos para que le acaricie. ¡Me tiene ganada!

—Es un luchador. Cuando le traje a casa estuvo varios días sin acercarse al resto de perros. Llegué a pensar que nunca se adaptaría, pero aquí le tienes totalmente integrado en la manada.

—Son cuatro chicos —reparto mimos a los cuatro que lo celebran como si me conocieran de toda la vida—, ¿y si viene una chica?

—¡Uf! Se complicaría la relación. Espero que no haya más desgraciados que abandonen a sus perros cuando se aburran de ellos. Por si eso ocurre ya tenemos un plan de emergencias. Mi vecino Maxi adoptaría a las chicas si llegase la ocasión, porque él tiene dos perras bóxer.

—Lo tenéis todo pensado.

—En teoría... ¿Quieres que te enseñe la finca?

—Tus perros me han rodeado y se me ha olvidado para qué había venido. Ya la veré en otro momento, ahora tendrás que atender al resto de invitados.

—Eres la primera.

—Pero van a venir, ¿no?

—Claro, llegarán a las nueve. No sabía si serías puntual o una de esas mujeres que tiene por norma acudir con media hora de retraso a cualquier cita.

—¡Menuda fama nos atribuyes! Yo suelo ser siempre muy puntual.

—Ahora ya lo sé. Tengo una hermana dos años mayor que yo. Si quedaba

con sus amigas a las ocho ella comenzaba a prepararse a las ocho menos cinco. Daba igual que estuviera viendo la tele o mirándose las uñas. Siempre había alguna amiga llamándole al portero automático para meterle prisa.

—Mi prima Carol también era así y a mí me sacaba de quicio.

—Los amigos ya conocen la casa. Todavía hay algo de luz. Podemos dar una vuelta por los manzanos si te apetece.

Matt mira con disimulo mis botines. Tienen tacón ancho y hace días que no llueve. Mis pantalones vaqueros están llenos de pelos y babas de los perros, así que un poco de tierra en el calzado no va a estropear mi *look*.

—Olvidé decirte que vinieras con ropa vieja, a los perros les encanta recibir visitas. Ya has podido comprobar que son muy sociables, pero ensucian a todo aquel que les hace caso y tú les tienes enamorados.

Y es recíproco. Giran a mi alrededor con sus rosadas lenguas colgando. Me gustaría tirarme al suelo y jugar con ellos sin reprimirme. ¡Quizá otro día!

—A mí también me han conquistado.

La zona asfaltada se extiende desde la entrada hasta una antigua construcción de piedra.

—En esta casa nació mi abuelo.

—Es muy bonita.

—A mí me gusta. Aquí he pasado los mejores momentos de mi niñez. Mi abuelo trabajaba en una compañía eléctrica, le ofrecieron un buen puesto en Madrid y mi abuela y él se fueron a vivir allí. Mi madre nació allí y siempre ha preferido veranear en el sur. A mí me gustaba más corretear por estos caminos. Mi abuelo al jubilarse se encargó personalmente de la mayoría de los trabajos de reparación de la casa. Mi abuela y él solían pasar la primavera y el verano aquí y yo venía siempre que podía.

—¿Estas barricas eran para la sidra? —Sin darme cuenta hemos traspasado las puertas de madera de la planta baja.

—Sí, la elaboraba para consumo personal. Esta parte se utilizaba para los animales y para hacer la sidra, y la planta superior era la vivienda. Yo he estado aprovechando estas instalaciones hasta que se me han quedado pequeñas.

—Tenían buen gusto.

—Sí. —Matt acaricia la madera de la balaustrada de la escalera por la que se accede a la primera planta.

—Vives en una casa muy grande.

—Yo no vivo aquí, solo la usan mis padres o mi hermana, su marido y mis dos sobrinos cuando vienen de visita. Para mí es demasiado espacio. Yo tengo una cabaña de madera detrás.

Estamos solos recorriendo las habitaciones. La casa respira historia, los muebles están gastados por el uso, la cocina conserva el hogar de leña y las alacenas tienen pomos de cerámica.

—Me recuerda la cocina de mi abuela.

—¿Tus abuelos viven?

—No, fallecieron hace años.

—Mi abuelo se quedó solo hace cinco años. Yo ya estaba cansado de la vida que llevaba y decidí que era el momento de dar un giro de ciento ochenta grados.

—Susan me dijo que trabajabas en algo relacionado con la industria petrolífera.

—Sí, estudié Ingeniería Industrial, me contrató una petrolera y estuve trabajando en plataformas petrolíferas durante años. Al inicio me apasionaba mi trabajo, viajaba mucho, ganaba un montón de dinero que no podía gastar porque siempre estaba trabajando y el tiempo pasaba demasiado rápido.

—Me suena lo que me dices. —Agradezco que estemos de nuevo fuera con los perros corriendo a nuestro alrededor. Dentro había demasiada intimidad y la voz de Matt rebotaba en las paredes llenando el aire con su presencia.

—Sabrás entonces de qué te hablo.

—Sí, dejamos que la vida laboral se convierta en nuestra única vida.

—¡Sí! Cuando tenía vacaciones venía aquí. Al principio me marchaba satisfecho, pero todo eso fue cambiando, cada vez me costaba más despedirme de este sitio. No era feliz. Comencé a sentirme encerrado en las plataformas, no dejaba de pensar en que no tenía sentido continuar en algo que estaba empezando a odiar. Lo dejé todo y vine a vivir con mi abuelo.

—Hiciste bien, yo todavía estaba estudiando cuando mi abuela falleció.

—Sí, la mejor decisión que pude tomar. Compartir todo esto con mi abuelo

fue maravilloso. Vamos a ver los árboles antes de que nos quedemos sin luz, luego saludaremos a Thor.

—Vamos. —Le digo a él y a los perros que se lo toman como si fuera un acontecimiento traspasar la zona donde están plantados en filas perfectamente alineados los manzanos.

—Cuando las manzanas están crecidas no les dejo entrar porque se dedican a arrancarlas para jugar con ellas.

—De estos manzanos sale la sidra que tomamos el otro día en la cena.

—De estos y de otros frutos que me venden algunos amigos. Empecé con mi abuelo, la sidra gustó y con el tiempo he ido aumentando la producción. Por eso he construido la nave donde vamos a cenar, porque necesitaba más espacio y unas instalaciones modernas.

—Cambiaste el petróleo por la sidra.

Caminamos entre los árboles, la luz desaparece y nos vamos quedando en penumbra. El aire está calmado como casi siempre sucede a estas horas. Solo se escuchan nuestros amortiguados pasos sobre la tierna hierba.

—Y volvería a hacerlo una y mil veces.

Está muy cerca, tanto que escucho su respiración serena. Es un momento mágico, algo que recordaré como un tesoro cuando esté lejos de esta tierra. El estrambótico sonido de un claxon arruga el instante.

—Ese es Isidoro, vayamos a abrirle.

Los perros salen disparados ladrando como si se tratase de un concurso para saber quién lo hace con más fuerza. Mi móvil vibra. Sin dejar de caminar miro de reojo el wasap de Susan: me pregunta si estoy bien. Un “sí” acompañado de una carita sonriente resume lo bien que me encuentro en un lugar donde temía estar.

—Ya no cierres —le dice un hombre con una poblada barba negra—, Pelayo y Chus estarán a punto de llegar. Me enviaron un mensaje hace cinco minutos diciendo que salían hacia aquí.

—Me quedo aquí entonces —me explica Matt—. Los perros habitualmente no suelen salir, pero no quiero correr riesgos.

—Te acompaño.

—¡Ya están aquí!

Dos nuevos coches que incorporan a siete invitados aparcan junto al coche del barbudo, de donde han salido un total de tres personas. Matt cierra las puertas, así que parece que seremos doce los que brindemos por la nueva bodega que todavía no he visto.

Abrazos para los hombres y besos a las mujeres. Escucho los nombres tratando de memorizar cada uno con su cara correspondiente.

—¡Pelayo, saca los huesos que hemos comprado a los perros! —grita una de las chicas, Cristina si no me equivoco, mientras gira para esquivar a los cuatro canes, que saltan como si quisieran subirse a su cabeza.

—Les has acostumbrado mal y ahora reclaman su premio.

—Estos perros tuyos son más listos que el hambre. —Pelayo saca la bolsa, que lanza a la chica cuya integridad parece peligrar por cómo saltan los perros a pocos centímetros de su cara.

—Cristina tiene una tienda que vende productos para los animales. —Me explica Matt riéndose ante las vueltas que está dando la mujer para esquivar los hocicos de los cuatro canes, que impacientes tratan de sacar sus premios de la bolsa de plástico—. Pelayo, su marido, es tío de Mariola y uno de mis mejores amigos.

Un fuerte relincho seguido de varios ecos hace que Cristina reparta eficientemente los cuatro huesos de piel seca prensada para que cesen los aullidos.

—¿Es Thor? —pregunta emocionada.

—Sí, ha escuchado alboroto y nos está llamando.

—Habrás traído algo para el caballo, ¿no?

—¡Por supuesto! Cuando Matt nos dijo lo de la fiesta, lo incluí en el pedido y ha llegado hoy.

—Vamos a verle antes de que se rompa una pata. —Los golpes metálicos y los relinchos se alternan.

El alumbrado exterior se enciende, el tono cálido de la luz convierte el paisaje en una ilusión. Matt acerca su mano a mi espalda y su calor traspasa mi cazadora.

—¿Me ayudas a llevarle los restos a los perros? Ha sobrado mucha comida y ellos también pueden cometer algún exceso de vez en cuando.

Hace rato que nadie ha tocado los platos. Las botellas de sidra vacías repartidas por la mesa dan fe de lo bien aplicados son los amigos de Matt bebiendo. Yo también he colaborado con unos cuantos vasos brindando por las nuevas instalaciones, por la nueva cosecha, por Villaviciosa, por los madrileños, por la noche y por cualquier propuesta efectuada con pasión por los amigos del anfitrión.

—Sí.

—¿Necesitas ayuda, Matt? —pregunta el chico de las largas barbas.

—No hace falta, gracias.

—Toma —me pasa un par de cuencos metálicos—, vamos a echar un poco de cada plato en cada comedero para que no tengan envidia.

—Muy bien.

Una mezcla de chorizo, jamón, queso, panceta, panecillos untados en paté y otras exquisiteces van llenando los cuencos hasta que ya no queda comida salada sobre la mesa.

—Alza los comederos —me pide mientras abre la puerta peatonal de la bodega—. Copito salta como un canguro.

Matt empuja la puerta con la pierna al salir al exterior para que los perros no puedan colarse dentro. Separamos los cuencos para evitarles tentaciones y nos quedamos unos instantes mirando cómo devoran con cara de felicidad.

—Vamos a darle el postre a Thor.

Me enseña unos azucarillos, un tópico que se cumple con el brioso caballo.

—¿Así? —Ha posado un azucarillo en la palma de mi mano extendida.

—Sí.

Thor toma la golosina y me hace cosquillas con su hocico. Matt me entrega el segundo azucarillo, que vuelve a desaparecer para deleite del goloso animal, que se relame a su manera. Saca la cabeza y me olisquea buscando tesoros ocultos en mi cuello y en mi pelo.

—No tengo más —le confieso con sincera cara de pena—. Otro día te traeré eso que te ha dado antes Cristina y que tanto te ha gustado.

—¿Vas a volver otro día?

Matt me mira esperando una respuesta. Ha sido un modo de hablar, no pretendía invitarme. Solo quería que el caballo supiera que yo no me olvidaría

de él si volviese. No lo hice con Andresiño y tampoco lo haré con Thor.

—Quería decir que, si alguna vez volviera a verle, le traería algo rico.

—Entonces tendrás que venir...

—Vale.

El teléfono de Matt me salva de la nueva pregunta que seguramente estaba a punto de formularme.

—Perdona.

Thor me empuja con su hocico. Su bravura es pura fachada y busca las caricias con sus enormes ojos almendrados mirándome fijamente. Paso mi mano por su frente y sus orejas se relajan demostrándome cuánto le gusta el contacto. “A mí también me gustaría que alguien de mi especie mi hiciera mimitos”, le comunico mentalmente. “Este será nuestro secreto”, y juraría que lo entiende, porque hace unos curiosos ruiditos.

—Era Susan. Se acaban de marchar los últimos comensales.

—¿Qué hora es? —me pregunto a mí misma buscando la esfera de mi reloj por debajo del puño de mi cazadora.

—Las doce menos veinte. Muy tarde para ver la bodega. Mañana tendrá que preparar desayunos y comidas, y es mejor que descanse. El día que ella venga le acompañas y así cumples tu promesa con Thor.

—¿Y con los perros? ¡No voy a hacerles un feo!

—Entonces también tendrás que traer algo al dueño.

—Bueno... —¿Y qué le digo? Le miro y descubro que está conteniendo la risa—. A ti te traeré algo dulce.

—El tiramisú del otro día.

—Solo ejercí de pinche, Susan es quien sabe.

—Me arriesgaré.

—Tú decides. —Me río nerviosa—. ¿Alguno de tus amigos vive cerca de La Casona Azul?

—No.

—Entonces voy a llamar a un taxi para que venga a buscarme.

—De eso nada, yo te he recogido y yo te dejaré de nuevo en la puerta sana y salva.

—Pero a estas horas y habiendo tomado alcohol...

—Todavía es pronto. Prometo no volver a beber.

—Está bien. —¿Cómo voy a negarme si sus ojos azules me han dejado sin fuerzas para hacerlo?

—Volvamos entonces a la bodega. —De nuevo su mano dirigiéndome me hace desear que mi vida fuera siempre así de bonita—. Todavía no me has dicho qué te ha parecido.

—Parece funcional, práctica y muy limpia.

—Con un “me ha gustado” hubiera servido. —Matt se ríe y me contagia—. Pero muchas gracias.

—De nada —respondo entrando de nuevo en la bodega donde todas las cabezas se giran para mirarnos buscando señales que les den ideas para una historia romántica.

“No busquéis, no vais a encontrar nada”, pienso volviendo a mi sitio.

¿Existen realmente las historias donde el amor consume y alimenta a los protagonistas o son fruto de la imaginación desbordante de escritores a los que les gustaría que esos sentimientos existieran?

CAPÍTULO 12

Se supone que los domingos son días tranquilos. Los más deportistas organizan recorridos en bicicleta o paseos por la montaña, los que prefieren las rutas por los bares salen a tomar vermouths hasta la hora de la comida y los que hemos disfrutado de una cena en buena compañía deberíamos quedarnos hasta tarde en la cama, levantarnos sin prisas, desayunar de buen humor y pasar el resto del día vagueando.

Cuando me metí en la cama mi teléfono marcaba las dos menos diez. Estoy casi segura de que los amigos de Matt, gente estupenda y muy dispuesta a alargar la fiesta, se fueron antes para dejarnos solos. Descubrí a uno de ellos guiñando el ojo a Matt y a su mujer propinándole un codazo como reprimenda por no darse cuenta de que yo estaba mirando.

De repente me dio miedo volver a estar a solas con él, había tomado sidra y temía los efectos que podía haber causado en mi organismo. Busqué disculpas (que era tarde, que no quería despertar al resto de huéspedes, que quería ayudar a Susan a preparar los desayunos...), tantas que me descubrí y Matt me trajo en silencio dándome un beso en la mejilla antes de que saliese disparada hacia el cobijo de la casona.

Aunque no hacía frío, me tapé hasta el cuello para ahuyentar los remordimientos, que acudían en oleadas a cada recuerdo de nuestras palabras y gestos. ¿Había dicho alguna tontería? ¿Varias? ¿Muchas? ¿Había sido correcta, demasiado seca o había dejado al descubierto mi recién descubierta atracción hacia Matt? Estas preguntas y muchas otras me mantuvieron despierta al menos hasta las tres y cinco (última vez que miré qué hora era). A las cinco y cuarenta minutos me despertó una sensación amarga en la boca. Sentía que algo extraño había sucedido y abrí los ojos asustada buscando al monstruo.

La luz del baño estaba encendida. Sabía perfectamente que la había apagado, había estado observando la luna a través del casetón mientras estaba

desvelada. ¿Habría quedado el interruptor mal pulsado y vuelto a su sitio cuando me he quedé dormida? Es la justificación que me di para mi tranquilidad. Para que mi portátil estuviera encendido sobre la taza del baño no había explicación y que de nuevo apareciera la página de un hotel de Tokio en la pantalla todavía era más desconcertante.

Dormir más horas resultó imposible. Nunca escuché a mi madre decir que yo tuviera sonambulismo. ¿Es posible que aparezca en la edad adulta? ¿Habría sido la bajada de potasio la desencadenante?

Regresé a la cama buscando el cobijo de las sábanas tibias. Inquieta ante estas preguntas, tomé el teléfono y pasé una hora leyendo definiciones, causas y tipos de sonambulismo. Tratar de sacar conclusiones ante un comportamiento del que no soy consciente es buscar una aguja en un pajar. Solo conseguí angustiarme al auto diagnosticarme un tumor o una degeneración de mi cerebro por alguna enfermedad incurable.

¿Y por qué esa manía con los hoteles? ¿Tendrá algo que ver la presión a la que me sometí hasta decidir que tenía que tomar vacaciones? Podría comprar un equipo para grabarme, pero ¿para que serviría, para comprobar cómo me levanto y camino como una tonta por la habitación con el ordenador en la mano?

Esperaré. Mi vida ha sido tan poco normal desde que me desperté en el hospital que no sería extraño que mi cerebro estuviera haciendo ajustes para aceptar los cambios.

Me he acostumbrado rápidamente a desayunar en compañía y busco a Susan en la cocina. Este loco viento sur anunciado en las previsiones meteorológicas ha llenado La Casona Azul de parejas con niños que corretean por el comedor mientras los padres tratan con poco éxito de que terminen el desayuno.

Saludo a Mariola al pasar. Está repartiendo fotocopias con las rutas que se pueden hacer a pie o los recorridos en coche a lugares como Tazones o Lastres. Escucho a una mujer preguntar por la playa de Rodiles. Hoy es un buen día para pasear sin prisas.

—Buenos días, Susan.

—Buenos, Beatriz. —No voy a tener en cuenta esa sonrisilla que me

dedica mientras casca huevos en un plato hondo.

—¿Bien batidos? —le pregunto tomando un tenedor.

—Sí, hay que preparar cuatro tortillas —me responde sacando otro plato.

Formamos un buen equipo, al menos a mí me lo parece. Yo pongo mis manos y mis ganas al servicio de Susan y ella me enseña los fundamentos básicos de la cocina.

—¿Dos huevos para cada una?

—Estoy poniendo tres, son muy pequeños.

—Y los clientes tienen que coger fuerzas, la mayoría va a salir a dar una vuelta.

—No me extraña, hay veinticuatro grados. Yo también me iría si pudiera.

—¿Mañana habrá huéspedes?

—De momento no hay ninguna reserva hasta el miércoles.

—Entonces podríamos dar ese paseo mañana. A las nueve escrituro. Me gustaría mucho enseñarte la casita.

—¡Me encantaría!, pero ¿caminando desde aquí? —Susan no pierde detalle a las tortillas y me mira velozmente—. Luego hay que volver y no estoy acostumbrada a caminar tanto.

—Podríamos ir andando y luego regresar en autobús.

—Eso me parece mejor, o decirle a Isaías que venga a recogernos.

—¡Buena idea! Me dijo que quería ver la casa.

—Bueno, y cuéntame, ¿qué tal lo pasaste anoche?

—Muy bien —trato de sonar despreocupada—, todos fueron muy agradables. Comimos y bebimos un montón y me reí mucho con los chistes de Pelayo.

—Tendrías que verle en el trabajo, ahí no bromea nunca.

—¿A qué se dedica?

—Es policía local. ¿Qué te pareció El Último Rincón?

—Lo que pude ver muy bonito. Me enseñó la casa y los manzanos antes de que se hiciera de noche.

—¿Su casa?

—¡Nooo! —No quiero que saque conclusiones erróneas—. La de sus abuelos.

—¿Ya sabe que vais a ser vecinos?

—No hablamos de ello, no me pareció apropiado, era el momento de su nueva bodega.

—También es verdad, voy a sacar las tortillas antes de que se enfríen.

—¿En qué más puedo ayudar?

Susan sabe que me hace un favor manteniéndome ocupada y me señala las naranjas antes de salir. Me pongo manos a la obra con el exprimidor pensando que tengo muchos motivos para estar nerviosa: mis paseos nocturnos cuya única prueba fehaciente es el uso del ordenador, la firma de la escritura de mi nueva casa, los inquietantes ojos de Matt, la creciente sensación de paz que me causa vivir en este rincón verde y el malestar que aumenta cada día que me acerco a la fecha impresa en mi billete de avión.

Susan disfruta relacionándose con los huéspedes, no quiero monopolizarla. Hoy cenaremos juntas y tomaremos su mágico licor en el jardín si el calor persiste y frente a la chimenea si vuelve el frío de marzo. Durante años he sido capaz de permanecer sola muchas horas. Necesito saber que no estoy perdiendo esa cualidad, por lo que caminaré hasta la playa, contemplaré la casa y comeré sola en un bar antes de regresar despacito.

Andresiño ha paralizado a un matrimonio con tres niños. No sabían que para cruzar la aduana hay que pagar un peaje al asno. Reparto mis galletas entre los titubeantes niños, que las entregan con temblorosos gestos y dejamos al animal comiendo tranquilamente.

Caminamos un rato juntos hasta que un cruce nos separa: ellos toman el desvío a la izquierda que les lleva a la carretera nacional y yo recorreré un nuevo tramo que me llevará a descubrir otros barrios.

El calor en esta época del año resulta al principio alentador: el sol, la brisa cálida, los insectos llenando el aire con sus vuelos en busca de comida... Muchos árboles tienen pequeños brotes y las flores salpican los campos donde las vacas pastan relajadamente.

Después de llevar durante siete kilómetros un pantalón largo, calcetines, deportivas, camiseta y sudadera atada a la cintura ya nada me parece tan hermoso. Estoy sofocada, pegajosa y sueño con tener entre mis manos una botella fría de agua. La mitad iría directa a mi garganta y la otra mitad la

repartiría por mi nuca, cuello, brazos y escote. Un bar de esos de pueblo que lo mismo te pone un café con leche a las ocho de la mañana que te vende una caña de lomo o un paquete de azúcar aparece como respuesta a mis plegarias. Entro dando un escandaloso traspiés porque el interior está oscuro y no veo a tiempo el escalón de cinco centímetros que hay que salvar.

—¡Ahh! —chillo involuntariamente por el susto.

—Buenos días para ti también, Beatriz.

Es Matt y me pongo roja para desgracia mía. Si antes de entrar tenía calor ahora estoy a punto de prenderme fuego espontáneamente. Tendría que haberme fijado en los coches que había aparcados fuera antes de empujar la puerta. Ahora es demasiado tarde.

—Hola.

—Buenos días. ¿Qué le pongo?

—Una botella de agua fría para llevar, por favor.

—Solo tengo botellines —me responde un señor que hace tiempo cumplió los ochenta.

—Entonces me llevaré dos.

—¿De excursión?

—Sí. —Me cuesta hablar. Matt me mira y el tendero también lo hace, como si estuviera en el mismo grupo de chat.

—¿Has venido caminando desde “La casona azul”?

—Sí —le contesto después de tomar un largo trago de agua que me sabe a gloria.

—Hace mucho calor.

—Demasiado —confieso tomando más agua—. Voy a llegar hasta la playa y por la tarde volveré en autobús.

—¿Y dónde vas a comer? —La pregunta de Matt me obliga a quedarme quieta cuando ya estaba pensando cómo despedirme para proseguir con mi paseo—. Tienes que alimentarte bien—. Le conté que había enfermado por descuidar mi alimentación.

—En un restaurante que me han recomendado.

—¿Sola? —A Matt le parece raro y al abuelete también por cómo se rasca la calva.

—Sí. —Contesto con determinación.

—Come conmigo, Susan me ha pedido varias cajas de sidra. Las llevaremos juntos esta tarde, así no tendrás que volver en autobús.

—Entonces voy a llamar al restaurante para confirmar que tengan mesa para dos personas. —Me siento acorralada, no debería haber sido tan sincera, pero ¿cómo saber al cruzar la puerta que dentro estaría Matt dispuesto a volver a pasar unas horas con una desconocida!

—Dejémoslo para otro día, uno que llueva o esté nublado. Hoy podemos comer al aire libre.

—Igual tienen mesas fuera. —¡Mira que eres caprichoso!

—Es probable, pero yo tengo una mesa reservada.

—¿Ah sí? —Termino la primera botella para disimular. El tendero no tiene necesidad de fingir y espera a la resolución de esta charla. Es lo que tiene la edad. Mi abuela decía que era una de las pocas cosas buenas de hacerse viejo, que se perdía la vergüenza—. ¿Dónde?

—En El Último Rincón, Ramón —se dirige al abuelo que está pegadito a nosotros—. ¿Tienes tomate y lechuga?

—La lechuga es del invernadero de Sito y está bastante buena. Todavía no tiene tomates, pero te recomiendo los de corazón de buey. Los traje de prueba hace un par de semanas y están gustando mucho.

—¿Te gusta la cebolla?

—No.

—A mí tampoco. Veamos... —se queda pensando y el tendero y yo callados—, algo sencillo para no pasar mucho rato en la cocina: una ensalada con lechuga, tomate y bonito embotado por una mujer que todos los años me regala unos tarros, una tabla de quesos y un helado. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

—¡Muy bien! Ramón, ponme una lechuga, un par de tomates, una hogaza de esas que ya sabes tú, unas latas de refrescos, una bolsa de caramelos y otra de gominolas. —¿Se fijaría en que buscaba un caramelo cuando me choqué contra él en el pueblo?

—Y me lo cobras a mí. —Iba a invitarle a comer en el restaurante.

—¿De eso nada!

—Pero tengo que llevarles algo a los perros y al caballo —se lo prometí a Thor—, no puedo ir con las manos vacías.

—Añade cinco barras de pan. El veterinario me ha dicho que el pan es bueno para cualquier animal. Cuando les des las barras se las van a llevar como si tuvieran un tesoro. Hoy pago yo, cuando tengas tu casa en condiciones y la inaugures, entonces me invitarás.

—Está bien. —En algún momento tendré que decirle dónde está la casa.

—¿Tengo algo en la cara?

—No. —Me ha pillado. Estaba mirándole mientras conduce camino de su casa—. Estaba pensando que las cosas parecen suceder de un modo muy natural en esta tierra.

—¿Sí? —No sabe si creerme—. ¿Qué cosas?

—Estas. —Le señalo la bolsa de comida que he posado entre mis piernas—. Yo pensaba comer sola y ahora voy a hacerlo contigo y con tus cuatro perros y tu caballo.

—Thor se va a quedar en su prado porque no quiero que se ponga a trotar como un loco por todos los sitios. Todavía está un poco asilvestrado. A los perros, si se acercan, les dejaré que huelan la ensalada. Se alejarán en cuanto les llegue el olor a vinagre.

—Pero no voy a comer sola —insisto—. Lo haré contigo.

—Anoche me pareció que habíamos conectado.

—¡Y así fue! —¡No se puede ser más tonta, Beatriz! ¡Arréglalo!—. Disfruté mucho de la cena y de la compañía. Solo es un sentimiento de extrañeza ante la facilidad con la que hemos pasado de conocernos hace unos días a planear en el momento una comida en tu casa.

—Estás equivocada, Beatriz. —Estaciona y, mientras espera a que las puertas se abran para poder meter la furgoneta, me dedica una de sus fantásticas sonrisas—. Nosotros hace años que nos conocemos, diecinueve para ser exactos.

—Pero no nos hemos tratado en mucho tiempo, tanto que ni siquiera nos reconocimos al vernos.

—¿Tú no tienes un tío o un primo al que solo has visto una vez o dos en tu vida?

—Pues sí.

—¿Y cuándo le ves haces como si fuera un extraño para ti? No, ¿verdad? —No me deja contestar—. Esto es lo mismo. Te cuidé cuando eras pequeña y ahora también lo haré, pero de un modo diferente porque ya no eres una niña.

—No. —Suspiro ante sus ojos que están mirando fijamente a mis labios.

—Entonces —sonríe y su mirada se aclara como el cielo después de una nevada—, coge las barras de pan, que ya los tienes esperándote.

—¿Un paseo por los acantilados? Podríamos acercarnos hasta la enseada de Conejera. ¿La conoces? No está lejos de la casa que has comprado.

—Me gustaría pasar.

Se lo he contado mientras comíamos. Sabe que me encapriché de esa casa el día que acudí a la peluquería. Me da algo de vergüenza parecer pesada. A partir de mañana podré entrar y salir a mi antojo, pero eso no anula las ganas que tengo de ver de nuevo el porche.

—No hay problema. —Me pasa un helado y le doy la primera lametada

con glotonería—. Iremos hasta tu casa, la rodearemos y nos dirigiremos al acantilado. Caminaremos un rato y regresaremos haciendo una especie de círculo.

—Muy bien, cogeré la chaqueta por si refresca.

—Han anunciado que este viento sur todavía nos acompañará un par de días, pero nunca está de más ser precavido. Voy a entrar a por una sudadera. Aguántame el helado, por favor.

Tomo el palito de madera y dejo que mi vista vague por El Último Rincón. Matt tiene en este lugar todo cuanto necesita para ser feliz: esta cabaña de madera que parece sacada de una película de aventureros canadienses, un trabajo que le apasiona, la compañía constante de sus animales y la ocasional de sus amigos y familiares. Renunció a su puesto en una importante empresa, se alejó de los aviones y de las reuniones para exprimir manzanas.

Tomar esa decisión fue, seguramente, un acto muy meditado. ¿Durante cuánto tiempo estuvo estudiando las ventajas y desventajas de ambas vidas? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Tuvo dudas cuando se estableció en Villaviciosa?

—¿En qué piensas?

—En que tengo que tomar una decisión importante.

—Espero poder ayudarte.

—Ya lo has hecho. ¿Vamos?

—¡Y yo sin enterarme! ¿Y cómo te he ayudado?

—Enseñándome este sitio.

No quiero hablar más, tampoco sabría por dónde empezar. Hay sentimientos nuevos en la sala de espera de mi mente esperando a ser atendidos por el especialista. A veces los síntomas desaparecen solos y no hay que medicarse.

Las nubes son enormes esponjas blancas que pasan veloces, impulsadas por las ráfagas de viento del Sahara. Caminar cuando el sol queda escondido detrás de una es un respiro que aprovechamos para dejar limpio el palito de madera del helado con la lengua. Siempre me saben a poco, cada día los hacen más pequeños.

Un bicho enorme anuncia su inminente llegada con un zumbido que me recuerda al sonido de una batidora a mínima potencia. Es algo negro y gordo

que, si no cambia la trayectoria, impactara cual meteorito sobre mi cabeza. Mi intuición me dice que no es un pájaro, éstos no vuelan como si estuvieran atontados y tampoco hacen ese desagradable ruido.

La razón me dice que espere, no son ciegos. Algún sistema de orientación tendrá el animal para ir volando sin darse de bruces con todo lo que se le ponga por delante. Mi corazón, que ha comenzado a latir como si estuviera participando en un concurso de tambores, le responde que no importa si tiene buena vista o es miope, no le interesa esperar para averiguarlo. Lo importante es alejarle, que se vaya volando en otra dirección. Y mientras me debato entre un argumento y el otro, tengo al monstruoso insecto casi encima. Cuando veo cómo le cuelgan las patas y cómo bate las alas frenéticamente para mantener en el aire a su fornido cuerpo, mando a paseo a la razón, alzo la mano porque no tengo nada con que arrearle y le lanzo a varios metros, donde queda patas arriba.

—¡Menuda puntería! Le has dejado KO.

—Es que venía directo hacia mí. —Me justifico frotándome la mano que ha tocado al bicho con el pantalón para quitarme la sensación de repelús.

—Pobre animal. Ese no se te acerca más.

—Así no tendré que volver a darle.

Matt le busca entre las hierbas y le ofrece su palito del helado, que el atontado insecto acepta agarrándose con sus negras patitas.

—Es un escarabajo, son inofensivos.

—¡De eso nada! Si me da en un ojo me lo saca. —Yo me tengo que justificar, aunque en realidad el insecto sí podría hacerlo con esas desproporcionadas protuberancias—. ¿Qué es?

—¿Nunca habías visto uno? Es un escarabajo ciervo —me responde y lo deja sobre una estaca del vallado—. De vez en cuando aparece alguno descarriado volando a media tarde, aunque lo más normal es verles cuando cae la noche. Este ha querido ser un rebelde y le ha salido cara su osadía.

—Es muy grande. —Se me pone la piel de gallina al mirarle de cerca sabiendo que le he tocado.

—Los he visto mayores.

—¡Qué horror!

—Venía de tu casa. —El tejado ya se ve—. Tendrás que acostumbrarte, esto es el campo y hay bichitos de todos los tamaños.

—Lo sé y me gusta verlos, pero este tan grande me ha asustado.

—Mi hermana mete en la maleta varios botes de insecticida y lo primero que hace al llegar aquí es fumigar todas las habitaciones y dejarlas cerradas durante un par de horas para que todos los okupas, que es como ella llama a las arañas y demás insectos que se meten en las casas, mueran. Como luego no hay quien pare con el olor que queda en el aire, abre bien las ventanas para airear, así que vuelven a entrar y de vez en cuando escucho sus gritos cuando estoy trabajando en los árboles.

—Espero acostumbrarme.

—Para acostumbrarse a algo hay que quedarse un tiempo.

—Sí. —Aquí es donde quiero estar, las ventanas abiertas: la música suave escapándose por las ventanas, flores en los bordes del terreno, frambuesas creciendo en la cara sur...

—¿No recuerdas cuando pasábamos por aquí para coger moras?

—Recuerdo las moras.

—Yo conocía este camino porque es el más corto para llegar desde la casa de mis abuelos hasta la playa. Todavía hay bastantes zarzas, ahora no tienen moras y generalmente es en agosto cuando se pueden comer. Ese mes de julio hizo tanto calor y sol que en la segunda quincena se podían coger a puñados.

—Me acuerdo de los arañazos, de que algunas tenían insectos viviendo en ellas y que para limpiarlas nos dabais un cubo de la playa lleno de agua.

—¿Y no te acordabas de esta casa? Vinimos tres o cuatro veces después de bañarnos y fue la dueña la que nos llenó los cubos.

—¿La mujer del señor que está ahora en la residencia? —Estoy alucinando.

—Guillermina y Ernesto. Un matrimonio de Palencia sin hijos. Pasaban aquí los fines de semana y el verano. Gente muy agradable que se llevaba muy bien con todo el mundo. Cuando ella falleció, él no quiso volver a dormir en la casa. Venía por la mañana, abría las ventanas, se sentaba un par de horas en el porche, volvía a cerrarlo todo y se marchaba de nuevo. Esa habitación tiene unas vistas muy bonitas.

—¿Has estado dentro?

—Hace muchos años. Les ayudé a meter una cómoda, que por cierto pesaba como si fuera de plomo. Ahora igual está diferente.

—No creo. Cuando la vi el otro día todo parecía antiguo.

Matt rodea la casa y yo le sigo. El bosquecillo donde nos adentramos parece una pequeña nevera. A nuestro paso pequeños pájaros se mueven entre las ramas. El camino está poco marcado y piso donde lo hace Matt.

—Hay ardillas, ratones, hay gente que ha visto zorros.

—Es muy bonito. —Un buen lugar para pensar al cobijo de los árboles.

—Y enseguida llegaremos a lo que yo considero un tesoro oculto.

El sonido del mar llega mezclado con el de las ruidosas gaviotas. Salimos del bosque. En el suelo se está librando una guerra: los brotes de hierba ocupan los espacios que las zarzas, los helechos y los arbustos dejan libre.

—¿Está muy alto? Tengo un poco de vértigo.

—Dame la mano. —Sin tiempo para pensar, Matt toma mi mano, la rodea con la suya y me la enseña sonriente—. Te tengo segura.

¿Segura? Su mano me cuidará de que no resbale y caiga al acantilado, pero ¿quién me salvará de los sentimientos que su piel provoca en mi corazón? Me río para mis adentros recordando de nuevo lo que interpreté como rechazo cuando le vi las primeras veces. ¿Me intentaba proteger? Siento que ya es tarde para levantar nuevas murallas, Matt las asalta como si fueran de paja.

—¡Qué bonito!

—Suelo pasear por aquí cuando quiero pensar. Un ratito caminando y todos los problemas se los lleva el viento.

—¿Todos?

—Casi todos. A los que pesan mucho les arranca cachitos y los hace más pequeños.

—Es una buena medicina.

—La mejor para el alma.

Dos matrimonios están recorriendo la costa en sentido contrario. Al cruzarnos y saludarnos, las dos mujeres sonrían después de mirar nuestras manos entrelazadas. El camino está suficientemente alejado del borde para que una mujer temerosa de las alturas como yo no se sienta en peligro. Aun así no

he retirado mi mano, porque me gusta demasiado cómo me hace sentir: aceptada, segura, reconfortada...

Regresamos a casa de Matt, hay que atender a Thor, ponerle agua, comida y cepillarle. Susan ha sacado la última botella de sidra en la comida y dos parejas se quedarán a cenar. Atenderemos a los animales y saldremos hacia La Casona Azul a las seis para que la bebida pueda enfriarse a tiempo y servirse a temperatura correcta si alguien la demanda.

—Necesito usar el cuarto de baño. —No aguanto más. Hay funciones fisiológicas que son idénticas para todos los humanos, por mucha vergüenza que sienta diciéndole educadamente a Matt que me estoy haciendo pis desde hace un buen rato.

—Dentro de la habitación.

—¿El baño está dentro de tu habitación?

—Sí, en plano la cabaña tenía la puerta del baño en el pasillo, pero como sabía que iba a vivir solo cambié la ubicación por comodidad.

Matt está en la cocina sacando dos refrescos de la nevera y me señala la puerta del fondo. Al entrar en su habitación lo primero que noto es su olor, yo tendré un olor, que espero sea siempre agradable, pero del que no tengo constancia. El de Matt es siempre fresco, como si terminase de salir de la ducha y su pelo oliese al champú con el que se ha jabonado, su piel emanase el aroma del gel de baño con el que se ha frotado y ambos olores se mezclasen con el suyo propio creando una nueva fragancia única.

La cama es tamaño extra grande y ocupa casi todo el espacio disponible. La funda del nórdico de rayas azul claro y oscuro está perfectamente alisada y confirma lo que vi en la nueva bodega: Matt es un hombre al que le gusta que todo esté ordenado. Paso al baño y me obligo a centrarme en lo que he venido a hacer. Nada me disgustaría más que pensase que me demoro cotilleando sus artículos personales.

Me río al ver el cepillo de dientes, la pasta y su maquinilla de afeitarse en un cuenco azul. El color es idéntico al de las paredes de La Casona Azul y me parece distinguir en sus pinceladas la mano inconfundible de Susan. Me lavo las manos recreándome en un pequeño sueño; mi cepillo al lado del suyo y mi crema de cara y perfume pegaditos a los suyos. Me miro sonriéndome ante este

íntimo secreto y salgo moviendo la cabeza para deshacer el hechizo que está haciendo jugarretas a mis pensamientos.

—¡Ah! ¡Qué susto!

He salido del baño con ímpetu y el pecho de Matt me ha frenado dejando mi cara a la altura de los botones de su camisa, que están sueltos.

—¿Quién pensabas que era? —No me suelta y yo tampoco me separo.

—No pensaba echarme encima de nadie, simplemente salía.

—Y yo estaba en medio de tu camino.

—Sí —pronuncio mi última palabra. Mis manos, colocadas en un acto reflejo sobre su poderoso pecho, perciben los latidos de un corazón que no está tranquilo.

—Eres tan suave y delicada —sus dedos frotan mis brazos desnudos— que cuando te toco tengo miedo de hacerte daño.

Su profunda y sonora voz tiene ahora otros matices. Encuentro emoción y pasión contenida, que hacen que mi pulso se acelere. Los centímetros que separan nuestras bocas van desapareciendo. Matt se acerca despacio y me da la oportunidad de poner cualquier excusa para evitar lo que yo sí deseo que suceda.

El beso comienza siendo tierno. Las manos de Matt en mi cara me emocionan. Se aleja y contengo como puedo la queja que mi garganta fabrica ante la brevedad de nuestro encuentro. Tomándolo como la invitación que es, captura mi aliento estrechándome entre sus musculosos brazos. Ya no hay rastros de inocencia. Con pasión su boca busca la mía e impactada por las respuestas de mi cuerpo le devuelvo torpemente mi deseo hasta que Copito decide darle un brusco final metiendo su cuerpo entre nuestras piernas.

—¿Qué haces aquí?

—Hay media barra de pan. —Le enseño el trozo que acaba de dejar en el suelo del pasillo.

—¿Qué os he dicho yo de entrar en casa?

Recoge el pedazo de pan lleno de marcas de colmillos y salimos al porche con Copito con el rabo entre las patas. Sus tres amigos están fuera esperando y los cuatro salen corriendo y ladrando cuando Matt les tira el pan, demostrando que todavía recuerda cómo lanzar, como si estuviera en la playa rodeado de

niños deseosos de atraparlo.

—Quieren jugar. —Con algo hay que llenar este embarazoso silencio.

—Jugar está bien siempre y cuando no incumplan las normas —sentencia Matt frotándose las manos para que caigan las migas de pan—. Viven en el campo. Si les dejase entrar pondrían todo lleno de barro, pelos y babas, y te aseguro que ni barren ni friegan.

—Sería increíble si lo hicieran. —Me río imaginando a los cuatro perros puestos a dos patas escoba en mano barriendo el porche o llenando el cubo de agua y escurriendo la fregona.

—Ven aquí —y sin pedirme permiso me abraza castamente dejando un beso en mi frente—. Tenemos que irnos —se lamenta y yo también lo hago—. ¿Me avisarás mañana si vienes a ver tu casa?

—Sí, Susan también quiere verla —le respondo dejando que su mano juguetea con mis dedos—. Nuestro plan es venir caminando. Isaías llegará en coche y después de un rato regresaremos todos juntos a La Casona Azul.

—¿Y a qué hora escriturarás?—Matt cierra la puerta después de lavarse las manos en el fregadero.

—A las nueve.

—¿Necesitas que pase a buscarte?

—Susan se ha ofrecido. Tiene que hacer unas compras y acudir al banco, así que aprovecharemos el viaje.

—Yo estaré toda la mañana en la nueva bodega. Tengo trabajos pendientes pero estaré atento al móvil. ¿Me llamarás cuando estéis cerca?

—Sí. ¿Querrás comer con nosotros? Pensaba invitarles para celebrar la firma, aunque no sé a dónde podríamos ir. Estoy pensando que lo mejor será venir en coche hasta la casa. —Quisiera celebrar la compra de mi vivienda en un restaurante con manteles de hilo y no quiero que Susan y yo estemos acaloradas después del paseo y con ropa deportiva.

—Se me ocurren un par de sitios que no están demasiado lejos.

—Estupendo. —Le sorprendo con un sonoro beso en la mejilla.

¿Dónde están esas cajas de sidra?

CAPÍTULO 13

—¡Enhorabuena! No sabía que Matt y tú salíais juntos.

—Ni yo tampoco. —Disimulo tocándome el pelo—. Todo comenzó ayer.

—Creo que para Matt lo hizo hace tiempo. La noche que cenamos con los gaditanos estuvo muy atento a todo lo que tú hacías.

—Ya sabes que hay momentos de aquella cena que tengo borrados.

—¿Y cuándo te invitó a la inauguración de su bodega? ¿No te diste cuenta entonces de que le interesabas como mujer?

—Me pareció raro que insistiera, apenas nos conocíamos.

—¡Y mira por donde os habíais conocido hacía diecinueve años! Era el destino, estaba escrito que os reencontraríais.

—Yo ya no sé qué pensar. Los hechos me superan, tengo una casa al lado de la playa de Rodiles, me estoy enamorando de un hombre maravilloso... ¡Por favor, no le digas nada a Matt! Mis sentimientos podrían no ser correspondidos y por nada del mundo quisiera que se sintiera forzado.

—Tranquila, no pienso decirle nada, ¿quieres un vasito del licor que tú llamas mágico?

—Un poquito. ¿Qué te ha parecido la casa? —Volvamos a terreno seguro.

Está demasiado reciente, mi corazón todavía no se ha calmado después de las muestras de cariño que Matt ha demostrado delante de Susan e Isaías mientras comíamos. Han sido pequeños detalles: agarrarme la mano, abrazarme, acariciar mi barbilla... Muestras evidentes ante todos los comensales del restaurante de que él y yo estamos juntos.

—Muy linda, tiene el tamaño justo y el jardín es amplio sin resultar un trabajo desbordante.

—Isaías va a plantar frambuesas y arándanos para que den fruto en verano.

Susan me ofrece el vaso y juntas salimos al jardín a disfrutar de los últimos rayos de sol.

—¿Y ya sabes lo que vas a hacer? ¿Vas a arreglarla por dentro o vas a

dejarla de momento como está?

—Quiero repararla sin prisa. Todavía no tengo una idea clara sobre los colores o la decoración.

—Eso está bien, mejor no precipitarse. ¿Cuándo regresarás a Londres, el quince de abril?

—Eso dice mi billete de avión.

—Pero no lo tienes claro.

—No, cuando pienso en volver, en estar durante horas encerrada en ese despacho, en malgastar los fines de semana esperando a que se pasen las horas, siento náuseas. Me parece como si tuviese una condena pendiente y el día dieciséis de abril tuviera que entrar en prisión a cumplirla.

—¿No puedes pedir una especie de excedencia? Yo podría hacer unas llamadas para que tuvieras un trabajo que te ayudase a mantenerte.

—Tengo dinero, no puedo jubilarme pero sí que podría tomarme un año sabático. Llevo días pensándolo. —Respirar el aire cálido me relaja y Susan me da la confianza para confesarle mis planes—. Me gustaría mover mi propio dinero. Siempre he dedicado mis esfuerzos a obtener beneficios para los clientes y lo he hecho muchas veces. ¿Por qué no hacerlo en mi propio interés?

—¡Me parece una excelente idea!

—Y si no funciona siempre podría volver a Londres y empezar de nuevo.

—Eso siempre, Beatriz, cuando se cierra una puerta se abre una ventana.

—O un balcón para tirarme por él si las cosas se ponen muy feas.

—Pero eso no va a suceder.

—Puedo plantar en el terreno y volverme vegetariana.

—Yo te llevaría un cachopo de vez en cuando.

—Y un pedacito de tiramisú.

—Y tendrías sidra de Matt.

—Para matar las penas.

—Matarlas no sé, pero ahogarlas fijo.

—Susan.

—¿Qué?

—¿Me dejarías mañana el coche un par de horas por la mañana? O el miércoles, si lo tienes que utilizar el martes.

—Te lo puedes llevar, hasta las cinco no lo necesitaré.

—Te le devolveré al mediodía. Esta mañana estaba tan emocionada que me he dejado muchas cosas sin mirar. Quisiera estar dentro un rato tranquila para ver bien los muebles, las puertas, los electrodomésticos...

—¡Qué emoción! Me recuerda los comienzos de La Casona Azul, esas ilusiones. Tenía prisa, quería verla como la imaginaba... ¡Y lo de Matt! Eso sí que me gusta. Es un hombre íntegro, tiene un corazón de oro y te miraba como si no hubiera otra mujer en el planeta.

—Es pronto. —Estoy, como suele decirse, en una nube y me cuesta pensar con claridad—. Es posible que al final todo termine en un encaprichamiento pasajero.

—Ni soy adivina ni estoy en la mente de Matt para saber lo que piensa. Simplemente te digo lo que veo. Si ha tenido algún romance durante el tiempo que lleva viviendo aquí, lo ha sabido guardar muy bien.

—El tiempo lo dirá. Voy a tratar de no darle cincuenta mil vueltas a todo para no volverme loca. ¡Total! Tanto meditar no me ha servido de nada. Cuando menos me lo espero mi vida cambia por decisiones que parece que no hubiera tomado yo. Tengo que hacer una llamada a Mary, la secretaria. Me preocupa que el jefe pueda estar volcando su enfado por mi ausencia sobre ella.

—Voy a darme un baño, este calor me incomoda.

—Te voy a copiar. —Me daré un largo baño en cuanto termine de hablar con Mary—. Estoy agotada.

—La tensión.

—Sí.

He estado nerviosa, algo que no me pasó cuando compré el apartamento de Londres. Estar en tensión durante el día cansa, aunque lo que realmente es agotador en mi caso es esta especie de juega en solitario a la que me dedico en cuerpo y alma cada noche. Unas veces es el ordenador encendido el que me confirma que he vuelto a salir noctámbula, en otros casos una silla cambiada de sitio o una luz encendida.

Esta mañana ni me he preocupado en buscar las pruebas, simplemente sabía que me había levantado. Esta noche debería ser diferente. La casa ya es

mía, parece que estoy muy cerca de cancelar definitivamente mi regreso a Londres y Matt se ha convertido en la persona en la que pienso constantemente.

—Mary, soy Beatriz.

—¡Hola! ¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Me alegra escucharte, me he acordado muchas veces de ti. Estaba preocupada y esta mañana, cuando Jason me pidió mi número porque querías hablar conmigo, me asusté.

—Puedes estar tranquila, estoy mejor que nunca, he engordado dos kilogramos y ya no tengo ojeras.

—¡Cuánto me tranquiliza saberlo! Últimamente parecías tan frágil.

—Me descuidé, Mary, pero ahora estoy cuidándome y no va a volver a pasar. ¿Cómo está el ambiente en el trabajo? —No quiero descubrir a Jason y por ello no le preguntaré directamente por Zimmerman.

—Bueno... —Mary titubea antes de seguir hablando—, no sé si sabrás que Zimmerman nos deja. —Por un momento olvidé que Mary es mucho más lista que todos nosotros juntos—. El jefe ha estado muy nervioso por si era el primero de muchos en caer.

—¿Ha habido algún problema con el resto de mi cartera de clientes?

—Ninguno. Todos se han adaptado, unos mejor que otros. Ya les conoces, en algunos momentos son peores que los críos pequeños. Compadezco al pobrecillo al que le toque la desgracia de tener a Zimmerman como cliente. Cuando tenías una reunión con él salías siempre pálida y abatida.

—Me costaba mucho mantener la templanza ante sus protestas infundadas. Menos mal que siempre estabas tú para ofrecerme un té mientras se quejaba con Adam de mi escasa profesionalidad.

—¿Cómo dices?

—Recordaba aquel reconstituyente té que tomamos aquella tarde en tu despacho. No sé qué habría hecho en ese momento sin ti. Después de aguantar sus reproches y de demostrarle con cifras que había cuidado muy bien su dinero, me obligó a llevarle con Adam para transmitirle lo descontento que estaba con mi trabajo.

—¿Qué té? Yo solo lo tomo por las mañanas. Si en la oficina tomo algo es una infusión de Melisa. En mi despacho no hay té.

—Sí, sí..., eso quería decir. Bueno, Mary, no te entretengo más. Que pases buena semana.

—Disfruta de tus vacaciones y olvídate del trabajo hasta que regreses.

Durante un tiempo camino absorta por el jardín intentando recordar aquella tarde. Tomamos un té muy azucarado que me devolvió algo de ánimo entretanto esperaba a que Adam y Zimmerman terminasen de cambiar impresiones sobre mi persona.

Estuvimos charlando sobre los beneficios del té, los diferentes tipos y de cómo hay que prepararlo. ¿Por qué no lo recuerda? Comprendo que solo mi profesionalidad estaba en entredicho, que ella estaba tranquila y era yo la que caminaba cardíaca por su despacho, pero estuvo tranquilizándome y dándome ánimos. ¿Ya se ha olvidado? ¿Mary no toma té en el trabajo?

A las tres y cuarto de la madrugada una pesadilla me despierta atemorizada. Corría por un pasillo que parecía no tener final. Quería esconderme y miraba dentro de las habitaciones que había a ambos lados. No tenían muebles y cientos de tazas de té de diferentes tamaños llenaban el suelo. El señor Zimmerman caminaba hacia mí. Sus pasos eran tranquilos y aun así me estaba alcanzando. Una ventana aparecía a lo lejos. Era tan grande el temor que tenía la impresión de que, si pudiera alcanzarla, sería capaz de saltar por ella. Su mano izquierda atenazaba mi brazo, me había alcanzado. Su piel estaba tan fría que parecía hielo sobre la mía. Me giraba para rogarle que me soltara, no soportaba el contacto con ese malvado anillo. No tenía rostro y aun así sabía que era él. Ese cuerpo vestido con ropas extravagantes tenía su olor. Su voz, que repetía una y otra vez mi nombre, parecía venir de algún lejano lugar.

Cinco horas por la noche cunden como si se multiplicasen por tres. Después de quedarme rostro arriba, de girarme a ambos lados y probar a dormir boca abajo, tiro la toalla y busco algo productivo a lo que dedicar este desvelo. Tengo un trabajo de investigación a medias: el de mi presente y sus posibles futuros. Ha llegado el momento de rematar todos los capítulos.

Es sencillo decidir quedarme en España, solo era cuestión de ponerle

letras a lo que ya habían pactado mi razón y mi corazón. Me concederé seis meses a modo de prueba. Se lo comunicaré a Adam a finales de semana. Le pediré más tiempo para recuperarme. Una mentira a medias, pues en realidad es allí donde enfermé y aquí estoy curándome.

Plantear todas las respuestas posibles es algo habitual en mí. Solo pensando lo peor se sabe realmente qué consecuencias podrá tener una decisión. A mi jefe no le mueven los sentimentalismos. Su negocio es su vida porque el dinero que consigue le permite disfrutar de todo aquello que le gusta. Estoy convencida de que le es indiferente lo que le suceda a las personas que estén en sus despachos, siempre y cuando su empresa mantenga los beneficios.

Me pedirá que vuelva, me amenazará sutilmente, tratará de meterme el miedo en el cuerpo diciéndome que los clientes me olvidarán y finalmente, si me mantengo firme, se despedirá diciendo que mi mesa estará esperándome a mi regreso. Esta promesa se cumplirá únicamente si a Adam le interesa. Si encuentra a alguien mejor le colocará en mi despacho y cambiará la cerradura.

Mi apartamento es el punto número dos de esta reunión. Ponerlo a la venta queda de momento descartado. Habrá que esperar al resultado de este experimento, que podría salir mal y hacer que necesitase un lugar donde vivir a mi regreso. Si es cierto lo que contaba la mujer de la inmobiliaria y el alquiler está garantizado por su estratégica situación, mantenerlo en esas condiciones sería ideal. El dinero que quedase libre una vez pagada la cuota de la hipoteca sería un ingreso extra que me vendría muy bien como colchón. Llamar a la inmobiliaria y prorrogar durante seis meses las condiciones queda anotado en el block de notas cortesía de La Casona Azul.

El punto número tres de mi orden del día en esta junta es “Examen y aprobación, si procede, del balance de cuentas del ejercicio”. Aquí es donde me quedo sola garabateando números hasta que agoto las hojas y tengo que recurrir al ordenador para pasar todos los apuntes a un archivo.

La compra de la casa todavía me ha dejado algo del dinero que me dio mi abuela. Sigo sin conocer qué obras urgentes necesitará la casa para ser habitable. Reviso precios de latas de pintura para exterior e interior en una página *online* de un gran almacén que vende todo lo que un manitas necesita

para convertir una chabola en un palacio. Busco el precio de los cuatro electrodomésticos básicos que necesito: lavadora, frigorífico, horno microondas y cocina. El precio final de modelos de gama media no me asusta. Colchón, sofá, televisión... Hago una lista redondeando los precios y sumo una partida de extras para todo aquello que no recuerdo ahora y pudiera necesitar. Incremento el importe total en un veinte por ciento por si acaso y compruebo con satisfacción que todavía me mantengo dentro del dinero que conservo del fondo de mi abuela. Con ese subidón emocional paso al siguiente punto.

¿Qué dinero invertiré? ¿Cómo organizaré mi jornada para que mi vida no se reduzca a mirar constantemente la pantalla de mi ordenador? Me conozco en ese aspecto. Si me dejase llevar podría empezar con la bolsa de Tokio, continuar con las europeas y terminar enfrascada en la de Nueva York. No tendría tiempo ni para dormir y entonces no duraría un mes. Si quiero tener una vida normal disfrutando de la luz del sol, de los paseos en la playa y de atardeceres en el porche, debería ceñirme a las bolsas europeas. Me lo prometo a mí misma. Seré una niña buena y a las cinco de la tarde me olvidaré, pase lo que pase, de las acciones hasta el día siguiente. Invertiré con prudencia, no necesito lujos para vivir y lo más valioso no cuesta dinero. De momento la playa es gratuita y la naturaleza de la ría de Rodiles está a disposición para quien quiera disfrutarla.

Mi último punto del orden del día, pero no por eso menos importante, es Matt. Escribo su nombre en varios huecos de los papeles. ¿Qué pasará cuando le cuente que me voy a quedar a vivir en la casita? Primero habría que saber qué busca en mí, no hemos hablado de ello. Nunca he tenido pareja, solo algún amigo con derecho a roce. En mi caso la palabra “roce” describe fidedignamente lo que he dejado hacer a mis compañeros de velada. En cuando pasábamos de los besos y las manos los contados chicos con los que salí comenzaban la expedición a mi cuerpo yo me cerraba como un mejillón en apuros.

Besarse estaba bien, no sentía que la tierra temblase bajo mis pies, ni se me agitaba la respiración a menos que estuviera constipada y el muchacho no me dejase tomar aire entre morreo y morreo. El problema surgía cuando las

manos se transformaban y tocaban como si estuvieran poseídas por el espíritu de un ginecólogo. ¡Estaba claro que algo estaba mal y que yo tenía parte de culpa! No era posible que me tocasen a mí en suerte todos los torpes. Ni esforzándome conseguí sentir nada que no fuera repelús ante tanto dedito aventurero. En ese punto se terminaban bruscamente todas mis citas y por ende posibles relaciones serias.

Si vas al dentista una vez y te hacen daño, vas una segunda vez y también resulta doloroso, ¿quién querría sentarse en esa silla una tercera vez? Yo no y enfié a cualquier posible pretendiente hasta que dejaron de existir.

¿Qué hacen las personas que comienzan a relacionarse? ¿Hablan? ¿Dejan que sus cuerpos lo hagan por ellos y así pasan los días y los meses hasta que se convierten en parejas estables? Sin experiencias propias debería preguntar para no meter la pata. Para Susan está claro: Matt quiere estar conmigo y la forma más rápida de que ni a mí ni a nadie le queden dudas es demostrándolo delante de gente a la que aprecia.

¿Y mis sentimientos? ¿Por qué he dicho que estaba enamorándome de él? Por la misma razón que ha movido a media humanidad a buscar a la otra media: por necesidad. Anhelaba sus caricias mientras les enseñaba la casa. Deseaba sus besos cuando acudíamos a comer, me moría por entrelazar mis manos con las suyas cuando salíamos del restaurante y ahora, sentada en el sofá, me imagino a los dos tumbados en mi cama y mi corazón se dispara.

Hablar con él, no hacerlo, hablar con él... No me pongo de acuerdo. Matt ha dado todos los pasos hacia mí. ¿No se supone que yo también debería hacer algo para demostrarle mi interés? Mañana me acercaré a la tienda de mascotas de su amiga, compraré unos huesos para los perros y algo apropiado para el caballo y dejaré la bolsa en el coche de Susan. Le llamaré desde mi casa. Si está en El Último Rincón le diré que quiero entregar regalos para los animales y para su dueño. Obsequiaré a los perros y al caballo y cuando él me pregunte cuál es su regalo, entonces le besaré.

¡La última parte es una soberana tontería! ¿Cómo voy a ofrecerle mis inexpertos besos como si de premios se trataran? Parecería pretenciosa y superficial, tendría que pedirle que se agachase y abrazarle yo. Lo visualizo y me dan ganas de reírme de mí misma. Las cosas saldrán de un modo natural.

Le llamaré y, si está en su casa y tiene tiempo, volveremos a estar muy cerca el uno del otro. Entonces escribiremos al fresco un nuevo capítulo.

¡Otro día de calor y yo sin un pantalón corto! Conduzco con mucho cuidado. En Estados Unidos tenía coche y los fines de semana solía buscar playas desiertas donde pasear. Desde que llegué a Londres no había vuelto a hacerlo y siento los nervios de aquellas primeras veces conduciendo después de obtener el permiso de conducción. La carretera parece muy estrecha, los coches con los que me cruzo se acercan demasiado a la mediana y, aunque voy a sesenta kilómetros por hora, siento como si estuviera tomando las curvas peligrosamente.

¿Y dónde voy a dejar el coche? No es mío y parece bastante nuevo como para darle un disgusto a su dueña diciéndole que le he hecho varios arañazos tratando de llegar a mi casa por un camino de vacas lleno de zarzas. Si me acercase, tal y como ahora sé que hizo la mujer de la inmobiliaria, pasando por delante de la casa de Matt dejaría el coche a pocos metros de distancia y le tendría bien aparcado para poder verle después de revisar la casa. ¿Y si al pasar está fuera y me ve?

Parezco una adolescente, me he arreglado el pelo, me he aplicado un ligero maquillaje y llevo en mi bolso una barra de labios, ¡y me gusta! Pasaré porque sería del género tonto dejar el coche en el *parking* de la playa, deshacer andando el camino hecho hasta el desvío, adentrarme por el sendero hasta mi casa para luego tener que recorrer el mismo tramo en busca del coche, y conducir hasta la casa de Matt si está dentro y libre cuando le llame. Si paso por El Último Rincón tendré el coche cerca de mi casa y de la suya, y eso es obrar con sentido común, aunque al acercarme a la verja sienta cosquillitas en el estómago y me muerda los labios al recordar sus besos.

No hay nadie fuera y las puertas de metal y el muro de piedra no permiten saber si estoy pasando a pocos metros de Matt o está en Oviedo comprándose un cepillo de dientes. Respiro profundamente para expulsar esta tonta decepción y avanzo hasta que la carretera desaparece. Aparco en un lugar donde el coche no moleste a quien tenga que pasar aunque lo haga en tractor, cojo el papel, el boli y la cinta métrica, y camino nerviosa hacia mi nuevo hogar.

¡Qué bonita es! Con cada visita estoy más segura de que he elegido bien. No hay carretera y en un futuro tendré que plantearme contratar a una empresa para que ponga un suelo donde ahora crecen las florecillas y el barro seco se muestra cuarteado por los días de sol y calor. Nunca se podrá aumentar el tamaño de la casa. El ayuntamiento permite reformar la estructura existente pero no añadir nuevas estancias ni, como me recalcó el arquitecto municipal, cerrar el porche, porque se consideraría un incremento de volumen. ¡Mira que decir eso! ¿Por qué iba a ocurrírseme a mí cerrar el porche, si es el mejor atractivo que tiene la casa?

Lo primero que hago al entrar es abrir todas las ventanas de par en par. Dentro de la casa la temperatura es inferior y quiero que el aire caliente corra de lado a lado para que se lleve el olor a cerrado. Abro la puerta del garaje con la nueva llave que la inmobiliaria me facilitó después de que sustituyesen la cerradura oxidada. También tiene una ventana para darle luz natural y descubro una pared con artículos para el mantenimiento del jardín. Reconozco algunos utensilios e intuyo el uso que podrían tener otros.

Una segadora, una desbrozadora, una carretilla y una manguera verde enrollada provocan mi aplauso. En mi presupuesto no había incluido la partida del jardín y, aunque las máquinas necesiten reparaciones, el resto de bártulos están listos para ser utilizados.

Con la moral alta ante este buen comienzo en el recuento de mi patrimonio entro en la cocina. En lo primero que pienso es en la cantidad de horas que voy a tener que dedicar estropajo en mano a la limpieza de este espacio. La compañía eléctrica ha cumplido lo que prometió y hay luz, así que conecto el horno, la nevera y los antiguos fuegos de resistencias. Un sonido me sobresalta. Desconcertada busco el origen del chasquido metálico que ha llegado desde el recibidor de la casa.

La puerta del frigorífico está abierta y ya no tiene luz. Pulso el interruptor de la cocina y la luz no alumbra. ¿He encendido demasiados aparatos a la vez? Acudo a la entrada y levanto la palanca. La luz vuelve, pero solo se queda conmigo durante un segundo. Vuelve a bajarse bruscamente haciendo que de un respingo y maldiga a la pieza de plástico por haberme asustado.

Entro de nuevo en la cocina, apago la luz, desconecto el horno y los

fuegos. Ejercicio nuevamente presión sobre la palanca y retorno a la cocina. El frigorífico mantiene la luz y añado la barra fluorescente de la cocina. Treinta segundos después pongo a fuego máximo las placas de cocina. El calor que comienza a ascender es prueba suficiente de que podría cocinar pasta, arroz o freír un huevo y un par de salchichas.

Las apago y pongo la lavadora. El agua entra a borbotones y el bombo chirría entumecido. El horno no me preocupa, un microondas es cuanto necesitaré de momento y en la encimera hay sitio de sobra para dejar uno donde poder calentar cómodamente la leche del desayuno.

Los sanitarios del baño ya eran viejos hace veinte años y el alicatado me parece deprimente. Susan me contó que hay baldosas que pueden pintarse. También me sugirió pintar las puertas y cambiar las manillas para darles un aire un poco más moderno. Las cortinas me dan grima, las sustituiré por otras en cuanto pueda. De momento con algo me tendré que proteger de las miradas de quienes pasen por delante, por lo que las lavaré para quitarles la suciedad.

La televisión no funciona. Tampoco esperaba milagros de un aparato que parece una reliquia y que debería estar en un rastro. El sofá es muy viejo y tiene muchas capas de polvo. Compraré uno nuevo en cuanto tenga ocasión y mientras llega taparé el triste tapizado marrón con una manta de alegres colores que anoto en mi lista de la compra.

La habitación principal me parece más hermosa cada vez que entro. El agua azul oscuro en una de las ventanas y el verdor de los campos en la otra serían suficiente motivo para desear vivir en esta casa. Apunto colchón y ropa de cama y me acuerdo de escribir dos juegos de toallas y un kit de menaje de hogar: escoba, fregona, bayetas, pinzas para la ropa, cuerda, una docena de perchas... Escribo como poseída hasta que me quedo sin ideas.

Llamo a mi empresa, nunca encontraré un momento mejor que éste en el que estoy llena de fuerza y determinación. En este porche comenzará mi nueva vida y lo hará diciéndole a Adam que no voy a volver, al menos de momento.

—¡Hola Beatriz!

—Hola, Matt. —Toda mi energía se ha consumido conteniéndome para no responder como se merecía a Adam. A mi jefe solo le ha faltado decirme que le debía la vida, cuando casi la pierdo por su codicia.

—¿Qué haces?

—Estoy en casa mirando lo que necesita.

—¿Acabas de llegar?

—No, hace un rato. Ya me marchó. ¿Estás en tu casa?

—Sí.

—¿Puedo ir? Si estás ocupado podemos quedar en otro momento.

—Ven —me responde riéndose y yo me desgañito buscando qué le ha podido hacer gracia—. Voy a abrirte la puerta.

—Hasta ahora.

Ambas viviendas están muy cerca, otra coincidencia que se suma a la lista de situaciones peculiares que me ocurren desde que perdí el conocimiento. Estoy pisando donde hace casi veinte años me detenía a comer moras. ¡Y volveré a hacerlo en verano!

—Hola. He comprado unas chucherías para los animales.

Los cuatro perros se empujan buscando un hueco en la bolsa por donde meter el hocico. El olor de los huesos es muy intenso y el plástico comienza a rasgarse.

—Dáselos.

La mirada de Matt es indescifrable. No sabría decir si está molesto por mi visita, si enfadado por algo en lo que yo no he tenido nada que ver o simplemente está concentrado en memorizar mis rasgos. Saco los cuatro huesos sintiendo una punzadita de inseguridad.

—También le he traído algo a Thor —apunto ahora que los perros se han marchado corriendo con sus huesos atrapados firmemente en sus bocas y nos hemos quedado en silencio.

—Ese que espere.

Este beso es nuevo, un asalto decidido a mi boca, que, poseída por el síndrome de Estocolmo, se identifica al instante con su secuestrador. Descubro, como si fuera una espectadora, que mi cuerpo tiene muchos deseos guardados y responder a la lengua de Matt es uno de ellos.

Olvido que hay que respirar, que tengo una bolsa en la mano y que estamos al lado de la puerta metálica que refleja el calor de los rayos del sol sobre nuestros cuerpos.

Cuando Matt interrumpe el beso estoy a punto de ser yo quien inicie otro, pero me contengo. Me falta experiencia y no sé qué espera que haga, ni siquiera tengo como referente las escenas de las películas románticas. Nunca me ha gustado verlas, porque me recordaban que yo no tenía a nadie con quien disfrutar esos momentos.

—Hola. —Me saluda de nuevo siguiendo con sus dedos la línea de mis cejas.

—Hola. —Le imito y recorro sus labios, que se abren atrapando mis dedos y haciéndome sonreír.

—Aquí hace mucho calor.

—Sí. —El que tiene mi cuerpo calentaría una habitación de veinte metros cuadrados.

—¿Le damos tu premio a Thor y buscamos un lugar a la sombra?

—Sí. —En este momento respondería sí a casi cualquier petición suya.

Me coge la mano, las mira y después me mira a mí. Empiezo a entender su lenguaje, “estamos juntos”, e incorporo la palabra “sí” mirando también nuestras manos y apretando la suya.

Thor está protegiéndose del sol debajo de un alero. No entiendo de caballos, pero puedo distinguir cuando alguien se preocupa por el bienestar de un ser vivo y Matt ha cuidado hasta el último detalle al construir la casa de su caballo. Acude con las orejas muy tiesas a mi llamada y le doy su recompensa sin dilación para que regrese a la sombra.

—Estaba a punto de llamarte. —Me confiesa llevándome a la bodega donde estaba trabajando.

Arrastra con su mano la mía y la besa sonriéndome con dulzura. Me podría acostumbrar a estas muestras de cariño. Me eleva limpiamente para sentarme sobre un barril y mete su cuerpo entre mis piernas. Ahora nuestras caras están a la misma altura.

—¿Y qué querías decirme?

—Que esperaba tu llamada. Desde que ayer nos intercambiamos los números te he estado esperando. —Me mira, sonríe y busca una vez más mis manos—. Quería darte tu tiempo. Si por mí fuera comeríamos juntos todos los días y pasearíamos cada atardecer.

Hace dos meses hubiera compuesto una máscara formada al cincuenta por ciento por tranquilidad y condescendencia al escuchar estas palabras en el improbable caso de que un hombre se hubiera atrevido a confiarme sus sentimientos hacia mí; pero eso hubiera pasado hace dos meses, cuando tenía una armadura de dura aleación de resignación y amargura. Me desprendí de ella en la playa, se quebró para dejar salir el dolor que enterré en el profundo agujero donde se descompone para crear un abono en el que crecerán delicadas flores.

Las lágrimas de esta emoción son benefactoras. Matt toma mi cara con sus manos y se sumerge en mis ojos. Dejo que bucee en esta alegría que rellena la erosión que tantos años de soledad había causado en mi alma. Me río, le beso, tiemblo, le abrazo y mojo su camiseta con esta agua bendita que me purifica.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? —me pregunta secándose una última lágrima.

—Ser tan torpe. No quería que pensaras que mi intención de invadir tu espacio. He dejado mi trabajo, he comprado una casa muy cerca de la tuya y voy a vivir en ella... Tú tienes tu vida y no sabía hasta donde querías involucrarte en esta relación.

—Hasta el final, Beatriz.

Su pecho, tan fuerte y poderoso, se convierte en una exquisita cuna donde me acurruco y me mezo en un vaivén marcado por sus vitales latidos.

—¿Y tú, quieres estar a mi lado? —La pregunta flota suspendida esperando una respuesta.

—Sí.

Matt posa sus labios sobre los míos en un purificado beso que sella nuestras palabras. Mucho más tranquilos al saber qué terreno estamos pisando, me ayuda a bajar del barril con su sonrisa de niño grande.

—¿Qué te parece lo que estoy haciendo? —Vayamos poco a poco.

—¿Una oficina? —El cuarto de madera adosado a una de las paredes es espacioso.

—Sí, me gusta trabajar con la madera y necesitaba un lugar donde dejar las carpetas.

—Y también se te da bien arreglar máquinas.

—Siempre me gustó destripar los electrodomésticos.

—¿Por eso estudiaste Ingeniería?

—Y porque la universidad tenía un buen equipo de fútbol americano. ¿Y tú qué estudiaste?

—Económicas. Siempre me han gustado los números.

—Entendí a Susan que eras corredor de bolsa. —Me mira como si temiera que me enfadara al considerar sus preguntas como una intromisión en mi vida —. Te vi llorando en la playa. —Aclara para que sepa que preguntó por mí al ver que yo estaba sufriendo.

—¿Me viste? —¿Qué habrá pensado de mí?

—Sí, nos habíamos conocido de manera oficial en la cena con los andaluces y me desconcertaste. Durante la cena estuviste tan hermética que casi tiro la toalla. Pensé que si continuaba haciéndote comentarios terminarías por mandarme a dar un paseo.

—¡Lo siento!

—No quiero más disculpas. Simplemente estamos hablando de algo que pasó.

—Está bien, pero yo actué así porque creía que estabas enfadado. —Se lo digo atropelladamente antes de que pueda acallarme.

—Lo sé. —Me da un beso en la nariz que hace que me den ganas de comérmele—. Y entonces sucedió.

—¿Qué pasó? Yo no recuerdo muy bien esa noche.

—Contaron un chiste y empezaste a reírte.

—¿Así de fácil, por una sonrisa?

—Así fue como descubrí que había otra persona debajo de la mujer que caminaba por la playa como si le acabasen de comunicar que le quedaban tres días de vida.

—Mi mundo se deshacía y yo terminé de desmoronarlo de una patada cuando vine aquí. —Acaricio la madera porque el pudor no desaparece de la noche a la mañana y estoy haciendo una confesión—. Cuando enfermé estaba convencida de que al curarme todo volvería a ser como antes. Trabajaría, me iría a mi casa, cenaría, me acostaría. Al día siguiente volvería a vestirme con ropa formal y me sentaría de nuevo en mi despacho.

—¿Y qué cambió?

—Cambié yo. —Engancho su mano y le dirijo a los manzanos. Aunque haga mucho calor necesito caminar para poder terminar de contar lo que Matt desconoce de mí y es importante que sepa en estos comienzos.

—Recuerdo bien ese proceso: un día todo lo que hasta ese momento parecía normal y agradable deja de serlo y empiezas a odiarlo hasta que resulta imposible volver a ese punto donde todo estaba en orden.

—¡Sí! Así fue. —Él también dejó su trabajo. Entiende muy bien cuáles fueron los síntomas—. Empecé a pensar en esa playa, no podía sacármela de la cabeza. Vine creyendo que todo terminaría cuando pisase esa arena, que la obsesión desaparecería y con ella toda esa tontería de dejar el trabajo.

Matt no me mira, mientras trato de resumir unos argumentos que explican que no estoy loca, que solamente me sentía perdida en la playa y me paré a leer los carteles que indicaban los destinos a los que podía dirigirme.

—Recuerdo —Matt juguetea con mis dedos mientras habla— cuando me instalé en casa de mis abuelos. Había algunos momentos realmente buenos, como las cenas con amigos, los baños en la playa para compensar todas las veces que había mirado desde las plataformas el agua oscura y fría, y las largas conversaciones con mi abuelo en torno a una botella de sidra. Cuando me iba a la cama empezaban las dudas: ¿había tomado la decisión correcta? Estuve a punto de llamar a mi empresa para pedir mi cargo o el que quisieran darme.

—Yo creo que he tomado la decisión adecuada.

—Para mí lo ha sido. Ya había mirado los vuelos y los horarios de los aviones a Londres.

—¿Sí?

—No pensarías que me iba a conformar con verte en verano, ¿verdad? Tenía un *planning* de visitas periódicas destinadas a convencerte de que en ninguna parte estarías mejor que aquí.

Comenzamos el beso perezosamente. Hay mucho que descubrir y con cada caricia aceleramos hasta que tenemos que parar para no dar un espectáculo a los vecinos de Matt.

—Me tengo que ir.

—¿Ya?

—Sí. —A mí me da tanta pena como a Matt—. Susan necesitará el coche esta tarde y prefiero llevárselo al mediodía por si desea salir antes.

—¿Tomamos algo a la tarde en Villaviciosa?

—No sé. ¿Tus intenciones son buenas?

—¿Parar en algún lugar oscuro para tener un momento de intimidad contigo antes de dejarte en La Casona Azul es para ti una buena intención?

—Muy buena —le digo pasando mis dedos por su cuello—. ¿A qué hora quedamos?

—¿Te paso a buscar a las siete y media?

—¿Quedamos en el ayuntamiento? Tengo que hacer antes unas compras en el pueblo.

—Allí nos veremos. Voy a continuar entonces trabajando en la oficina. ¿Me das un beso que me dé fuerzas para proseguir con la tarea?

—Pon las manos en tu espalda.

Matt es obediente y entrelaza sus dedos. Me acerco, me pongo de puntillas y le pido con mi dedo índice que colabore inclinando la cabeza. Mis labios comienzan en su comisura izquierda y van dejando pequeños besos hasta alcanzar la comisura contraria.

—¿Suficientes?

—Los dosificaré, pero a la noche necesitaré una nueva ración.

—Estaré preparada para suministrártela.

¿No es cierto que la vida puede ser maravillosa si uno pone un poquito de su parte?

CAPÍTULO 14

—¿Quieres que te recojamos el colchón viejo?

—¿Podéis?

—Sin problema —me responde el hombre secándose el sudor de la frente con un pañuelo blanco de hilo que me recuerda a los que usaba mi abuelo—. Esta tarde llevaremos varios muebles viejos al punto limpio.

—Me hacéis un gran favor. Decidme entonces cuanto tengo que abonar.

—Nada. —Suda copiosamente y verle hace que me pique la frente.

—Me gustaría poder ofreceros un refresco, pero la nevera todavía está vacía, solo hay agua del grifo.

—Un vaso no estaría mal. Este maldito sur está empezando a cansarme.

—A mí me encanta, pero yo no estoy trabajando. ¿Ya habéis metido la caja que tiene los vasos? No quiero usar los que había en casa.

—Sí, es la que está sobre la mesa de la cocina.

Ver cajas y bolsas en la entrada y en la cocina de mi nueva casa me entusiasma. Yo elegiré cada detalle hasta hacerla mía, un lugar donde cada objeto tendrá una historia en la que yo seré la protagonista.

—¿Dónde instalamos el televisor? —me pregunta el otro operario que está ayudando a sacar de la furgoneta las compras que realicé ayer en Villaviciosa.

—En el salón, donde está la otra.

—Hacía años que no veía uno tan antiguo. ¿Funciona?

—No.

—¿Nos lo llevamos también? —pregunta el sofocado operario, que toma el agua como si acabase de cruzar el desierto del Sahara.

—No, es un regalo para una amiga. ¿Lo podríais dejar en el garaje?

—Por supuesto —me contesta apurando hasta la última gota.

Regreso a la cocina y le lleno de nuevo el vaso. He elegido los que me gustaban y ahora me doy cuenta de que tienen poca capacidad. Cuando entro en el salón la televisión está conectada y en la pantalla aparece la frase “fallo de

señal”.

—Vas a tener que contactar con un antenista.

—Ya lo veo. ¿Me recomendáis a alguien?

—Te paso si quieres el contacto de mi amigo, aunque hay otra empresa en Villaviciosa que también se dedica a reparar antenas.

—El que tengas. Le llamaré después de comer. —Es la una del mediodía.

—Ya lo tienes. —Mi móvil me ha avisado—. Dile que llamas de parte de Mulas.

—¿Mulas?

—Sí, —se ríe secándose por enésima vez el sudor—, mi abuelo tenía mulas para trabajar. Es el mote de la familia.

—¡Ah! Se lo diré así entonces.

Acudo corriendo a la habitación y saco dos billetes que trato de entregarles sin éxito.

—Solo hemos hecho nuestro trabajo. —Se defiende uno de ellos.

—Está bien. Muchas gracias. —No quiero ofender insistiendo, pero ya se me ocurrirá el modo de recompensar tanta amabilidad.

Despido con la mano a la furgoneta, que se aleja despacito por el camino de tierra. Hoy han podido pasar, cuando llueva dos o tres días ni yo misma podré hacerlo sin llenar de barro el calzado. Entro y anoto en la libreta que he comprado “preguntar precio del camino”, continúo con “llamar antenista” y finalizo, de momento, con “comprar felpudo”.

Entro en mi habitación —la otra quedará como cuarto para los trastos— y saco de la mochila la ropa que he traído para ponerme a trabajar. Vestida apropiadamente con unas mallas y una camiseta de manga corta, me pongo manos a la obra.

El frigorífico es mi primer objetivo. He comprado un par de bolsas de comida y el embutido necesita refrescarse para que no se convierta en una pasta grasienta. A las tres recuerdo que no tengo señal de televisión y que me muero de hambre. Como un bocadillo de jamón, bebo agua del botellín que metí en la nevera, y que ya está fresco, y vuelvo a la carga.

El móvil descansa sobre la mesilla de la cama. El baño ya está desinfectado, algo importante después de la sed que me ha entrado al comer

jamón. Las cortinas están dando vueltas en la lavadora y cuando centrifuga hace el mismo ruido que un avión calentando motores en la pista. Limpio el armario, el cabecero de la cama, la puerta, el rodapié, los marcos de madera de las ventanas y la tulipa de la lámpara del techo. Barro el suelo, lo friego y espero a que se seque apoyada en el marco de la puerta.

Visto la cama con sábanas blancas. Saco las nuevas almohadas y meto las viejas en la bolsa. La colcha blanca con manchas de colores transforma la habitación. Me distraigo pensando que estaría bien pintar las paredes del mismo tono amarillo limón que tiene la tela. Me tumbo, quiero saber qué será lo primero que vea cuando me despierte si dejo las cortinas descorridas.

Despierto desorientada. Me incorporo asombrándome de la transformación que causa el sol al colarse en la habitación. A las cinco y media estaba despierta. Son las siete y cuarto y un wasap de Matt termina de despejarme.

Está en Oviedo, algo que ya sabía desde que esta mañana hablamos por teléfono. Una cadena de sidrerías quiere llegar a un acuerdo sobre el precio de la botella. Se reunían a las once y quería aprovechar para realizar algunas gestiones en la capital.

¡Han llegado a un acuerdo! A las seis han vuelto a citarse para la firma del contrato. No quiero interrumpir y respondo con aplausos y una enorme sonrisa. Salgo al porche y contemplo la playa. Podría quedarme así durante horas. Una paz profunda me inunda. Anoto mentalmente comprar una tumbona para poder echarme la siesta en el jardín.

Leo con avidez el nuevo mensaje de Matt. Están saliendo del despacho de abogados que ha redactado el contrato y van a cenar juntos para crear lazos. Eso está bien. Me alegra su éxito y le respondo que espero que disfrute de la velada y que nos veremos mañana.

El atardecer es la hora del día que más me gusta. El aire se queda muy quieto, los olores se intensifican, los sonidos de los animales se escuchan nítidamente y si no hay nubes en el cielo los colores se descomponen ofreciendo una paleta de tonos dorados y rojos con el azul oscuro del firmamento como fondo.

¡Me quedo a dormir! Tengo media barra de pan, una cuña de queso, una tableta de chocolate y dos paquetes de galletas.

—Hola, Susan. —Aprovecho la llamada de teléfono para descansar unos minutos.

—¿Qué tal va esa limpieza? ¿Todavía estás allí?

—Muy bien, acabo de colgar las cortinas de mi habitación, ¿y sabes una cosa? ¡Son blancas!

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué me dices? Pero si eran grises. ¡Pues sí que estaban sucias!

—Ahora la habitación huele a lavanda. Mañana les tocará a las del salón y a las de la otra habitación.

—Estoy saliendo de Gijón ahora. ¿Quieres que pase a buscarte o ya tienes quien te acerque a La Casona Azul?

—Matt está en Oviedo por negocios. —Que me haya confiado su nuevo e importante cliente no significa que desee que yo lo vaya contando a todos.

—Entonces, ¿te recojo dentro de veinte minutos?

—Voy a dormir aquí.

—¿Qué animada! ¿Te hace falta algo?

—No, tengo lo necesario para pasar la noche y mi teléfono móvil para llamar a la policía si me entra miedo.

—Puedes llamarme también a mí. ¿Matt regresará esta noche o se quedará a dormir en Oviedo? Lo pregunto porque vive cerca de ti.

—Lo sé. —Me río porque Susan se justifica aunque no es necesario. La conozco y sé que su único interés en esa pregunta ha sido mi bienestar—. Imagino que vendrá después de cenar, pero no lo sé. Él tampoco sabe que voy a dormir aquí. Aunque me da algo de respeto quedarme de noche, también siento emoción por dormir por primera vez.

—Me lo imagino. Mándame mañana un wasap cuando despiertes para saber que estás bien.

—Lo haré.

Apuro en el porche los últimos minutos de luz. El cielo colmado de estrellas adorna a la luna creciente. Me gustaría que Matt estuviera ahora a mi lado abrazándome.

Continúo limpiando hasta que los brazos me pesan. Examino satisfecha mi trabajo. La casa tiene muy pocos muebles, que ahora brillan después de pasar

el trapo concienzudamente con un producto que nutre la madera. Ceno el resto del pan con queso y como postre mastico un par de onzas de chocolate, al tiempo que continúo apuntando en la segunda hoja de mi lista todas las cosas que se me ocurren, tanto para la casa como para mi alimentación. No voy a poder traerlas montada en el autobús como hice esta mañana. ¿Surtirá algún supermercado a domicilio?

Me lavo los dientes mirando los azulejos del baño. ¡Cortina para la bañera! Antes de que se me olvide salgo con el cepillo en la boca para escribir el nuevo artículo en mi interminable lista. Necesito ducharme. Tendré cuidado para no empapar el suelo, pero no pienso acercarse ese plástico rosa con flores a mi piel. No tengo champú, hay gel de manos y toallas. Abro el agua caliente y cojo la libreta para dejarla a mano. Casi todos los artículos tienen un coste pequeño, pero como continúe apuntando me voy a gastar el dinero de mi abuela y el mío.

No sale agua caliente. ¿El termo estará en el garaje? No tengo ganas de ir a averiguarlo y me ducho con agua fría entre gritos y jadeos. Salgo temblando y me tapo con mis nuevas toallas naranjas. Apenas secan, son nuevas. Deslizan el agua de una parte de mi cuerpo a otra y me dejan la piel llena de pelusas.

Me pongo mi camiseta de tirantes y una braguita de repuesto que había metido en la mochila. Dejo dentro de la lavadora los dos conjuntos de toallas para lavarlos en cuanto me despierte para que se sequen al sol y me meto en la cama con mi teléfono móvil y mi libreta.

Continúo apuntando: alfombras para el suelo del baño, del salón, de la habitación, mantel para tapar la mesa de la cocina, cojines para cubrir el mimbres de las sillas de la cocina y que no se me claven sus palitos en el culo, un cuenco donde dejar el estropajo, velas aromáticas de las de Susan (que pienso pagar), refrescos, sidra de Matt para las visitas, latas de conservas, abrelatas...

A las doce menos diez dejo el móvil cargándose sobre la mesilla y apago la luz. He dejado las contraventanas abiertas y los últimos centímetros de las cortinas sin correr. La luna tiene cubierto el pico superior y ya no se ven tantas estrellas. Me duermo pidiéndome a mí misma que no olvide apuntar secador de pelo.

Me despierta el frío. Pensaba que la colcha sería suficiente y durante un rato he tratado de apretarla contra mi cuerpo. No ha funcionado. Entonces la he doblado y la he colocado de nuevo sin dejar aire entre mi piel y la tela. He vuelto a dormirme durante una hora para despertar helada. Sin abrir mucho los ojos he cogido del salón la manta que había comprado para tapar el sofá y la he desplegado sobre la colcha.

A las cuatro y cinco el ruido me despierta. La lluvia azota los cristales de la ventana que tiene vistas a la playa. Debería colocar las contraventanas, pero para hacerlo tendría que abrir la ventana y sacar los brazos, y me calaría. Escuchar la lluvia debajo de las mantas es agradable pienso arrebujándome y cierro de nuevo los ojos para volver a montarme en el tren del sueño.

A las cinco y doce minutos me toco la nariz. Está escarchada y ya no puedo envolverme mejor. La manta es fina, la colcha simbólica. Tengo los pezones duros y no es por la excitación. Busco las mallas y la camiseta. Están sucias, pero ¿a quién le importa en este momento? ¿Tanto se puede llegar a enfriar una casa en unas pocas horas si la temperatura exterior desciende?

Si no fuera porque se escuchan los truenos, hubiera jurado que alguien lleva horas apuntando con una manguera a la ventana. Ya no se ve nada. Hay una especie de muro negro delante de la casa y acudo a mi libretita para inaugurar una nueva hoja: “luz exterior”.

Una corriente de aire polar cruza mi habitación. Me acerco a la ventana del porche, por los marcos entra viento y es helador. Al aproximarme a la ventana que recibe el agua de la lluvia piso algo mojado que me provoca un estremecimiento. ¡El suelo tiene agua! Se cuele por el marco, por donde también lo hace un aire que está dejando la casa a la misma temperatura que una sala de curación de jamones.

Saco de la lavadora las toallas, ¡para algo servirán!, y las dejo sobre el charco en una pila. Me pongo los calcetines y las deportivas para revisar el estado del resto de ventanas. La del salón parece estar en mejor estado, pero la holgura de la de la cocina podría ser como una Puerta de Alcalá para un abejorro de tamaño medio.

La puerta de la entrada también es un paso sin aduanas que alimenta la corriente continua de aire que recorre la casa. Trato de restarle potencia

cerrando las puertas del baño, de la cocina y de mi habitación. ¡No sirve para nada! La que se genera entre las dos ventanas de mi habitación continúa y también se cuele aire por el hueco que hay en la parte inferior de la puerta. Añado la sudadera a mi vestimenta, extendiendo la colcha sobre la cama, la manta sobre ésta, me tumbo en una esquina y ruedo con los bordes de la ropa sujetos entre mis dedos hasta quedar convertida en una momia.

Metó la nariz y la boca dentro del rollito de invierno en el que me he convertido y respiro mi propio aire hasta que saco la cabeza sofocada. Me doblo sobre mí misma en un vano intento de conservar el calor de mi cuerpo.

Estoy agotada por la tensión a la que el frío somete a mis músculos, ya algo perjudicados por el esfuerzo que supuso arrancar la cal añeja de los sanitarios del baño. Abro cada pocos minutos los ojos. He descartado volver a dormirme, solo deseo que amanezca para levantarme y ponerme a limpiar como una posesa la cocina y así entrar en calor hasta las nueve, que es cuando me ha dicho el antenista que llegará aproximadamente.

¿No termina de amanecer? Parece que le cuesta hacerlo hoy. Desesperada me deshago de mi crisálida para poder mirar mi reloj. ¡Las ocho y veinticinco! Lo que veo desde mi ventana ya no se parece a la idílica postal que enmarcaba ayer. Ni se ve el mar, ni la arena, solo hay oscuridad y lluvia rodeándome. Me siento como una náufraga a la deriva.

¡Si tuviera al menos leche, café y azúcar para tomar algo caliente! O leche, o solo café... Lo que pueda considerarse un acompañamiento para las galletas y que no sea agua. ¡Alto ahí, Beatriz! Improvisa. Dos onzas de chocolate en un vaso, se le añade agua, un minuto en el microondas, se remueve y un rico chocolate casero debería estar listo para calentar mi aparato digestivo y devolver algo de calor a mi nariz antes de que se desprenda congelada.

Con la manta rodeando mis hombros como si fuera la rebeca de una abuelita me dispongo a llevar a la práctica mi brillante idea. El vaso empieza a dar vueltas dentro del microondas y yo lo sigo con la mirada para saber cuándo tengo que pararlo. Una llamada me despista: es el antenista que pregunta la dirección exacta de la casa. Se lo explico como puedo; mal y después de varias aclaraciones llegamos a un entendimiento. Estará aquí dentro de quince minutos. El ring del microondas me avisa de que ha

terminado y me relamo pensando en el vaso colmado de chocolate a la taza que voy a tomar.

¡Cómo no meta la cabeza dentro del microondas para lamer los restos requemados! El vaso está prácticamente vacío, la mayoría del chocolate está esparcido por el interior del aparato, hay trocitos blandos y otros que parecen meteoritos.

Froto este despropósito antes de que todos los restos se solidifiquen. Cuando me dispongo a hacer un nuevo experimento sin apartar la vista del microondas, un claxon comienza a sonar de modo insistente: el antenista ha llegado hasta la puerta con su furgoneta. Ahora la carrocería es bicolor, tono blanco en la parte superior y marrón en la inferior, por el barro que han lanzado sus ruedas al atravesar el barrizal en el que se ha convertido el camino.

Anoto en mi lista mental “comprar paraguas y botas de goma” y salgo pisando de puntillas para abrir la cancela al hombre a quien parece no importarle mucho que la lluvia le esté dejando los pelos pegados a la cabeza.

—¡Menuda mañanita!

—Si lo llego a saber hubiéramos pospuesto la cita para otra ocasión más favorable.

—¿Qué? —Golpea sus botas contra el suelo del porche para soltar el barro. —Vamos a poner el suelo perdido. ¿No tienes un trapo donde frotar el calzado?

—Sí. —Me acuerdo de las toallas de mi habitación y salgo corriendo, después de quitarme las deportivas, hasta la ventana, donde siguen colándose gotas—. Ahora vuelvo.

—Ya no recordaba esta casa, hacía tiempo que no venía por aquí. Desde la furgoneta se puede ver que la antena tiene más años que yo. ¿Tienes una escalera en casa? Lo pregunto para no pisar de nuevo el barro. En mi furgoneta hay una.

—En el garaje, pero no la he usado todavía, así que no sé si será segura.

—Vamos a verla.

Al antenista no le afecta la lluvia, al antenista no le afecta el viento que en fuertes ráfagas intenta derribarnos como si fuéramos bolos, al antenista la

inclemencia meteorológica no le preocupa. Es un superhombre y trabaja subido a la escalera mientras yo tiemblo de frío aguantando para que no se deslice en su base y terminemos los dos —dudo que posea el don de volar— en la sala de urgencias del hospital.

—¡Hola, cariño! Tenía el teléfono en la mano para llamarte.

—¿Estás en casa? —¡Siempre estoy preguntando lo mismo!

—Sí, efectuando los últimos trabajos en la oficina.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Qué ocurre?

—¿Puedes venir a buscarme a mi casa con tu furgoneta?

—Sal al porche, me tienes ahí dentro de un minuto.

Meto en mi mochila mi libreta y la ropa limpia que me quité ayer para ponerme a limpiar. Si algo estaba todavía seco ya no lo está. Al cerrar las contraventanas termino de calmarme y cuando Matt llega con la furgoneta camino hasta la puerta tranquilamente. Esquivo como puedo el barro y entro en el coche, procurando tocar solo lo estrictamente necesario.

—¿Cómo te has aventurado a venir hasta aquí con esta borrasca? —El beso devuelve algo de vida a mis entumecidos labios—. ¡Estás helada!

—He dormido aquí.

Matt coge mis manos. Tengo los dedos rígidos después de sujetar con fuerza la escalera. Las lleva a su boca para calentarlas con su aliento.

—¿Hay goteras en casa? —Maniobra la furgoneta con eficacia dando marcha atrás hasta salir al camino asfaltado.

—Entra agua por una de las ventanas de la habitación y mucho viento.

—¿Y tenías ropa para abrigarte? A medianoche la temperatura comenzó a bajar y ahora marca —mira el indicador de la pantalla del vehículo— ocho grados y medio.

—Los que debía tener dentro de casa. ¿Me invitas a un café? Lo necesito.

—Y una ducha caliente. Te prepararé un buen desayuno mientras estás en el baño. Es el mejor modo de entrar en calor.

—Tengo ropa de repuesto en la mochila. —Protesto tartamudeando.

—No te voy a hacer caso, no estás en condiciones. ¿Prefieres acaso enfermarse y que tenga que cuidarte llevándote la sopa a la cama?

—No me gusta la sopa.

—La que yo hago te gustaría.

Un escalofrío me mueve del asiento. Me paso los dedos por mi pelo, debo de parecer la loca de la colina. Aparca y rodea el motor velozmente. Abre la puerta y me coge en brazos, protegiéndome del aire frío con su pecho.

—Ya puedes bajarme —le pido cuando entramos en su cabaña, donde la calidez del ambiente me arranca un suspiro.

—Pero no quiero —me responde llevándome directamente al baño—. Es mi casa y mando yo. —Y por si quedaba alguna duda me vuelve a besar intensamente—. Aquí tienes toallas limpias. Tómate todo el tiempo que necesites.

Cierra lanzándome otro beso y se le devuelvo acompañándole de una nueva sacudida de mis hombros. La ducha de Matt tiene un control de temperatura. Está a treinta y ocho grados y tengo que bajarla, porque el agua que sale me quema. Cuando mi cuerpo se temple vuelvo a seleccionar la temperatura anterior, cierro los ojos y dejo que el agua corra por mi piel.

Un tabique de madera me separa de Matt. Estoy desnuda y él lo sabe. Es erótico pensar que si quisiera podría abrir la puerta del baño, que no tiene pestillo, desnudarse y meterse en la ducha conmigo. Salgo acalorada y gran parte de la culpa de este sofoco la tiene mi mente. Las toallas huelen a limpio, huelen a Matt. La ropa mojada está en suelo, pero ¿y la seca? Dejé la mochila a mis pies dentro del coche.

—¿Matt?

—Dime.

—He dejado la ropa en tu coche.

—Voy a por ella.

Toca la puerta suavemente y abro para que pueda meter la mochila. Su brazo desnudo apaga el interruptor de mi parte racional. Soy muy consciente de lo que voy a hacer, lo quiero, lo deseo, lo necesito. Termino de abrir la puerta con la toalla enrollada sobre mi cuerpo. Nos miramos y Matt me toma una vez más en sus brazos sin hablarme. Si quiere darme tiempo para recapacitar lo agradeceré como una muestra de su control. Yo no voy a hacerlo, solo ansío sentir su cuerpo desnudo a mi lado.

Cierra la puerta de su habitación a nuestro paso, con una mano retira la ropa de la cama y me posa sobre ella como si fuera lo más valioso que posee. La toalla se ha movido y ha dejado al descubierto mi pecho izquierdo. Matt lo mira como si quisiera memorizarlo y después conecta sus ojos con los míos para que sepa lo que está sintiendo: deseo, ternura, impaciencia contenida..., pasión.

Los nervios se desplazan hasta mis brazos, quieren alzarse y ayudarlo a quitarse la camisa. Me suplican poder tocar su hermoso cuerpo, conectar nuestras pieles hasta llegar a latir al compás. Habrá otros momentos, pero este será único e irrepetible y no quiero acelerar el tiempo. Mis sentidos están grabando a máxima definición creando un recuerdo imborrable.

Extiendo mis dedos sobre la sábana. Les amenazo con dejarles sin postre si se mueven de sitio. En el aire de la habitación flotan nuestras respiraciones cargadas de electricidad. Su camisa cae al suelo y al sentarse en el borde de la cama para soltarse los cordones de sus botas me concede un tiempo para contemplar su espalda. Me muero de ganas de recorrer los músculos que aparecen cuando mueve sus hombros.

Se acerca a la ventana, corre las cortinas y se gira. La luz filtrada por la tela recorta su hermoso cuerpo. Recordaba a un hombre muy grande y fibroso que ocultaba el sol cuando se acercaba a mí en la playa para ayudarme a hacer un castillo de arena. Su cuerpo es el mismo, pero es infinitamente mejor, porque es el recipiente de un corazón que hoy late acelerado por mí. Mañana no existe, cuando llegue será un nuevo hoy y solo entonces se podrá saber si la frecuencia ha cambiado.

—Estoy nervioso.

—Yo también.

—Quiero que sea especial.

—Ya lo es. Tú haces que me sienta única.

Ver a un hombre tan grande titubear aumenta mi deseo más aún. Libero mi mano izquierda y se la ofrezco. Espero que comprenda que le estoy entregando las riendas. Si tuviera que tomar la iniciativa lo haría, aun sabiendo que obraría torpemente. Aprender a dar placer a Matt es una asignatura en la que me gustaría licenciarme con matrícula de honor.

—Eres tan hermosa... No quiero hacerte daño. —Rodea mi pezón con sus dedos y me causa un doloroso placer.

—¿Por qué ibas a hacerme daño? No soy de papel.

—Déjame descubrirlo.

La toalla desaparece, me debato entre las ganas de cubrirme y las de disfrutar del efecto de mi cuerpo desnudo sobre su precario control.

—No estamos en igualdad de condiciones —le señalo en un arranque de valentía, que pago con un sonrojo que me provoca un incómodo calor en algunas partes de mi cuerpo.

—Pararía si me lo pidieras, pero me costaría mucho —me advierte.

—No voy a pedirte que pares.

El pantalón se esfuma y su ropa interior con él. Me besa, le toco, me muerde, le araño... Bailamos lento descubriéndonos los rincones, nos lanzamos en una danza frenética de besos hasta perder el aliento y quedamos agotados, después de rendirnos al primitivo compás de nuestros excitados corazones.

—Te llaman por teléfono. —La ronca voz de Matt me sacude el sueño.

—¡Susan! —Me incorporo algo desorientada—. No le envié el mensaje para que supiera que estaba bien.

—¿Dónde has dejado el teléfono?

—En la mochila, en el baño. —Recupero la consciencia y veo el trasero de Matt saliendo de la habitación.

Me tapo hasta las orejas. La ropa huele a él y a algo más. Mi propio cuerpo tiene un aroma diferente, el de una mujer increíblemente satisfecha, tanto que no podría decir dónde termina mi piel y dónde comienza el colchón.

—Si es ella deberías llamarla antes de que lo haga de nuevo.

—Sí. —Matt recoge la toalla y se la envuelve en la cintura. Me lanza un beso y sale de nuevo mientras atiendo a una preocupada Susan, con quien me disculpo ante mi descortesía.

—¿Tienes mucha hambre? Puedo hacerte una tortilla francesa o un par de tostadas, también tengo algo de embutido.

El olor del café con leche es delicioso. Me incorporo en la cama arrastrando conmigo el edredón.

—¿Tú ya habías desayunado?

—A las siete. Suelo levantarme a esa hora.

—Si lo llego a saber te hubiera llamado antes. —Tomo la taza de la bandeja que ha posado sobre la cama para que el líquido no se derrame cuando se meta de nuevo en la cama.

—¿Cómo se te ocurrió quedarte a dormir en esa casa? —Me pregunta tomando un pedazo de manzana.

—Me hacía ilusión. Hacía calor, estaba a gusto limpiando y salió una luna preciosa. Cuando me acosté no se movía ni una hoja y me dormí convencida de que descansaría como un bebé.

—Y te despertó el frío.

—Estaba helada. —Escenifico ese momento abrazándome.

—Si hubiera estado a tu lado habríamos encontrado el modo de hacerte entrar en calor.

Matt posa la bandeja en la mesilla y me rodea con sus vigorosos brazos. Mi cuerpo ha aceptado el suyo como si llevasen años tocándose y se reconociesen al abrazarse desnudos.

—¿Estás bien?

—Muy bien —le contesto lánguidamente.

—Si me lo hubieras contado...

—Ha sido perfecto. —No puedo impedir sonrojarme por enésima vez.

—¡Pelota! —Se ríe besándome la frente—. ¿Cómo puedes saber si ha estado bien si no has tenido otras experiencias con las que comparar?

—Porque lo sé.

Me abraza como si quisiera curar todos mis males con su cuerpo. ¿Qué estará ahora mismo pensando, que estoy pirada, que pertenezco a alguna secta? Desconozco si espera una aclaración, si tengo que dársela o, si como me gustaría a mí, podríamos olvidar esta cuestión, que ya ha sido resuelta.

—De haberlo sabido...

—De haberlo sabido no habríamos hecho el amor libremente. Te habrías preocupado tanto por mi bienestar que sin querer habrías hecho que me sintiera incómoda.

—Pero yo siempre he escuchado que la primera vez suele ser dolorosa.

—Ha sido un dolor fugaz. —Alzo la cabeza para que compruebe que no estoy mintiendo—. ¿Cómo te iba a contar que no había tenido relaciones sexuales con nadie? ¿Qué habrías pensado, que era un bicho raro del que sería mejor alejarse?

—Si me lo hubieran contado de una mujer a la que no conociese sí me habría parecido raro. A ti te conozco, y veo en ti más cosas de las que tú crees mostrar.

—¿Y qué ves?

—Eres una mujer inteligente, dulce, tímida, a la que la vida le obligó a madurar demasiado rápido y que se acostumbró a guardar su corazón hasta que olvidó dónde lo tenía.

—Voy a tener que ponerme gafas de sol cuando esté a tu lado. —¿Tan evidente es para él lo que yo en años no pude entrever?—. Muy inteligente no fui, dejé de esforzarme por ser feliz.

—Tenemos toda la vida para ser muy dichosos. Lamento si suena un poco egoísta, pero me alegra ser el único hombre. Parezco un troglodita. Siento deseos de cuidarte, de hacerte reír, de que recibas todo el placer que yo he experimentado cuando estaba dentro de ti.

—¿Puede ser mejor? —Necesito bromear antes de que las lágrimas interfieran en esta confesión—. Tendré que realizar varias pruebas para poder comprobar.

—¿Ahora?

—¿Puedes? Yo también he escuchado que los hombres necesitáis un tiempo para recuperaros.

—Esos que hablan no tienen una mujer como tú a su lado. Ven aquí.

¡Ay! Al moverme en la cama buscando otra postura para seguir durmiendo noto dolor y sensación de quemazón entre las piernas. ¡Me está bien empleado, por viciosa! Matt es grande, fuerte y tiene experiencia, y yo he querido suplir esa falta con ganas. Los recuerdos de sus manos descubriéndome sensaciones increíbles hacen que me sonroje y comience a sentirme excitada. “Ni se te pase por la cabeza —le advierto a mi entrepierna—. No voy a permitírtelo por mucho que insistas”. Estoy destrozada, en el mejor sentido de la palabra. Necesito recuperarme hasta que mi cuerpo se acostumbre a hacer el amor.

“Hacer el amor”, pienso todavía con los ojos cerrados. Me ha tocado, yo también lo he hecho. Su lengua se ha posado en lugares cuya sensibilidad desconocía. Estoy deseando reunir el coraje para ser yo quien moje su cuerpo con mi boca, para provocar las mismas reacciones de placer. Hemos respirado sofocados mientras nuestros cuerpos aún permanecían unidos y no me avergüenzo al recordarlo. Ha repetido que me quería y me lo ha demostrado constantemente. Es por eso por lo que, aunque sea una novata en esta cuestión, solo puedo definir lo que hemos hecho como un acto de amor.

No está en la cama y tampoco se escuchan ruidos en la cabaña. Me podría dormir de nuevo, cada músculo que muevo se queja. Abro lentamente los ojos y tomo mi teléfono móvil para mirar la hora. ¡Las dos y veinte! Me levanto bruscamente ignorando los lamentos de mi cuerpo y me meto en el baño regañándome por haberme quedado dormida tanto tiempo. Seguro que Matt tiene muchas cosas que hacer y no las puede llevar a cabo porque me tiene de huésped.

Me ducho superficialmente, tengo los pechos muy sensibilizados y mi sexo está inflamado. Me seco evitando frotar donde siento molestias y me visto con la ropa de la mochila. Me río sola recordando el momento, ese en el que decidí que ya no iba a ser espectadora de mi vida, y abrí la puerta para anunciárselo a Matt.

No tengo crema para la cara, ni barra de labios ni espuma para el cabello, y sin embargo nunca me había encontrado tan hermosa. En la cocina hay una nota sobre la mesa. Matt está en la bodega nueva. “¿Vienes?”, me propone. Como continúa lloviendo, ha dejado un paraguas, que tomo asombrada por lo bien que me sienta que me cuiden pensando en cada detalle.

—Hola. —Anuncio mi presencia rodeada de los perros que como siempre me reciben como si hubieran pasado siglos desde la última vez que nos vimos.

—Hola. —Aparece entre las cubas metálicas frotándose las manos con un trapo.

—No me has despertado —le reprocho antes de que me tape la boca con un beso que me recuerda los que hemos compartido debajo de las sábanas.

—¿Habías quedado con alguien? —me pregunta mirándome con devoción.

—No. —Le abrazo y aspiro su olor—. ¡Pero mira qué hora es! —Me

separo para señalarle mi reloj.

—Buena hora. ¿Quieres que comamos ahora?

—Todavía no tengo mucha hambre.

—Estupendo. Quiero terminar lo que estoy haciendo.

Muevo el cuello a ambos lados hasta que un crujido parece soltar lo que se había quedado trabado.

—No me extraña que te duela. Has estado soñando.

—¿Sí? —¿También hoy? Pues no me lo explico—. ¿Qué he hecho? ¿Me he movido, he hablado?

—De todo. Estábamos muy a gusto acurrucaditos los dos cuando has empezado a murmurar y a mover las manos. —Me gira y comienza a masajear suavemente mi cuello.

—Desde que estoy aquí he encontrado varias pruebas de que me levanto sonámbula. A veces enredo en el ordenador, otras voy al baño y dejo la luz encendida, o cambio de sitio los muebles.

—¿En Londres no te sucedía?

—Si lo hacía no dejaba pistas.

—También te has levantado.

—¡Uf, qué vergüenza! ¿Y a donde he ido? —Como me diga que me he metido en el baño y me he puesto a orinar sin cerrar la puerta me muero.

—A la ventana. Tenías los ojos abiertos y parecía que estabas despierta. Te he llamado y me has contestado “¿qué?”, tan convincentemente que he creído que te habías despertado y que querías ver el tiempo que hacía.

—¡Ya lo siento!

—Mírame. —Se coloca frente mí y me sujeta los hombros—. No quiero escuchar ni una sola disculpa más. Soñar no se puede controlar y no hay que pedir perdón por las cosas normales de la vida.

—¿También sales sonámbulo?

—No, pero aprovecho para anunciarte que cuando me resfrío ronco.

—Me pondré tapones.

—También podrás hacer como mi madre, que le da codazos a mi padre.

—Ya elegiré solución cuando tenga que enfrentarme al problema. Y cuéntame, cuando me he acercado a la ventana, ¿qué he hecho?

—Mover las manos como si estuvieras manipulando algo. Has estado así un par de minutos y después te has vuelto a la cama, te has tapado hasta el cuello y has continuado durmiendo. He esperado un rato y como parecías tranquila me he venido a la bodega para trabajar un rato.

—No te dejo hacer nada, lo siento. —Me tapo la boca para que no se escape una enésima disculpa—. ¿Tienes mucho trabajo estos días?

—Estoy realizando los últimos trasiegos.

—¿En qué consiste el trasiego?

—Acerquémonos a las cubas, te voy a explicar cómo se produce la sidra.

¿Me castigará con un beso si no atiendo en su clase sobre teoría de la sidra asturiana?

CAPÍTULO 15

—¿No quieres llevarte algo de comida congelada? Tengo puré de verduras, croquetas y albóndigas en salsa de zanahorias.

—Muchas gracias, Susan. He llenado la nevera, el congelador y las alacenas. Si me quedase incomunicada podría sobrevivir durante un mes.

—Me parece increíble el cambio que le has dado a la casa en dos días, parece otra.

—Son remiendos. Pospondré el pintado de las habitaciones para el verano. No tiene sentido hacerlo antes de cambiar las ventanas. Además, no quiero tener la casa abierta de par en par en estas fechas, hace demasiado frío.

—¿La estufa de butano dará suficiente calor a toda la casa?

—Tiene ruedas, la llevaré a la estancia en la que esté.

—¿Y el asunto de internet?

—Hasta la próxima semana no podrán venir a instalar la antena para que tenga conexión vía satélite. Tampoco tengo prisa por volver a quedarme cegata mirando la bolsa. Quiero hacer varios trabajos en casa y una vez que empiece a estudiar los mercados tendré menos tiempo.

—Estamos a jueves. El fin de semana no me quedará tiempo libre, ya que tengo un grupo de senderismo y han reservado todas las habitaciones con servicio de pensión completa. El lunes estaré sola y me pondré manos a la obra con unos pequeños detalles que creo quedarán muy bien en tu porche.

—Seguro que son preciosos.

—Lláname mañana. Si no lo haces lo haré yo.

—Esta vez no lo olvidaré.

Me despido de Susan sabiendo que me llamará en cuanto descubra que he ingresado en la cuenta bancaria de su negocio el importe total de la estancia, aunque me marchó cinco días antes. No hay modo de pagar todo lo que ha hecho por mí: abrirme las puertas de su mundo convirtiéndose en una especie de hermana mayor y ofreciéndome su apoyo. Abonar por los días que no voy a

estar provocará como reacción que me llene la casa de sus delicados adornos y alguna otra sorpresa que ni me imagino. Y yo contrataré acudiendo a la tienda de su amigo especial de Gijón para que me aconseje sobre cuál sería el regalo ideal.

La vieja furgoneta que Matt ha insistido en que tomara de modo permanente será un préstamo muy útil hasta que él me encuentre un cacharrito de segunda mano fiable. Conduzco hasta mi casa estrujándome los sesos en la búsqueda del regalo perfecto para pagar a mi manera el viaje del camión con pequeñas piedrecitas que ahora cubre el antiguo camino de barro. Matt lo gestionó particularmente —según él con un conocido que le debía un favor— y quiero agradecerse.

Comprar ropa o calzado queda descartado. Mide dos metros y cinco centímetros y mantiene el cuerpo ancho y musculado que desarrolló cuando jugaba al fútbol americano en Estados Unidos, mientras estudiaba en la universidad. Un reloj sería un regalo inadecuado, parecería que le estoy recompensando por sus veinticinco años de dedicación a la empresa.

Apenas conozco sus gustos. Cada vez que estamos juntos intercambiamos dos palabras y, antes de formular la tercera, ya estamos besándonos. Sé que le gusta morderme el labio inferior, que le excita que nuestras lenguas jueguen, que usa unos cinturones que tienen un sistema de cierre que se me resiste cuando trato de ser mala y que tiene una facilidad asombrosa para desnudarme.

Esta noche tiene otro compromiso en Gijón. El prestigio de su sidra está subiendo como la espuma y otra popular sidrería quiere incluirla dentro de su oferta. Quería que fuera con él y me hubiera gustado si no hubiera comprado un sofá que traerán de un momento a otro.

Esta segunda noche en mi casa estaré bien: sofá nuevo en que poder sentarme sin que me absorba el culo, televisión funcionando, estufa de butano que calentará las estancias, burletes colocados en todas las ventanas para aislar la casa y un edredón de pluma de oca para estar calentita dentro de la cama. Recordaré la otra noche como una prueba para reconocer errores y la de hoy como la verdadera primera velada en mi casita con jardín.

Hace tres horas que encendí la estufa y la temperatura ha subido algo, pero

todavía agradezco la manta verde sobre mi cuerpo acurrucado en mi nuevo sofá. Me levanto, cierro el paso del butano como precaución y me voy a la cama. Hoy no veré las estrellas, no ha llovido desde la mañana, pero el cielo todavía está cubierto de nubes, aunque ya no son tan negras y amenazadoras.

En la cama intercambio mensajes con Tina. Desde que la conocí he hablado más con ella que con todas mis amigas en los últimos cinco años. Le cuento a Matt que estoy bien, no tengo frío, no entra aire. Le invito mañana para tomar nuestro primer desayuno en mi casa. Tengo una cafetera plateada y negra con cápsulas de varios tipos para poder ofrecerle el café que más le guste, zumo de naranja y de piña en la nevera, galletas y bollos, pan para hacer tostadas si le gusta completar el desayuno con algo dulce y huevos, beicon, salchichas y queso si le apetece algo más contundente.

Tazas de desayuno en un vistoso tono amarillo, mantel a juego, cubiertos, ¡la mantequilla! Jod..., ya sabía yo que se me olvidaba algo. Ya no tiene remedio, si quiere tostadas serán ligeras y saludables. Tengo que apuntarlo. La libreta está en la mesilla, solo necesito sacar la mano y escribir la palabra “mantequilla”. Lo haré dentro de un minuto...

Faltan cuatro días. Cuatro días y seré inmensamente feliz. Los números hacen que sienta una dicha que nunca he conocido: el cuatro, el veinticuatro, el veintisiete... La palabra es muy importante, está guardada, no puedo olvidarla, es la llave que abrirá la última puerta. Todas las noches la nombro diez veces, ¿por qué no puedo decirla ahora? Empiezo a transpirar, ¡no es posible! Es una palabra fácil. Comienzo a sentir latidos en las sienes. Si no la sé nunca podré alcanzar la paz, la necesito. ¿Qué voy a hacer si la palabra no regresa? No quiero perder lo que ahora tengo, no quiero abandonar este lugar.

Me despierto sabiendo que he tenido una pesadilla, que todo ha sido un extraño sueño. Intento memorizar las sensaciones. Trato de unir los fragmentos que se van alejando movidos por fuerzas divergentes. Había algo muy importante que no podía olvidar, algo que me iba a hacer inmensamente feliz.

“Yo ya soy muy feliz”, me digo a mi misma estirándome calentita gracias al abrigo del edredón. De hecho nunca antes había sentido esta alegría permanente, como si cada cinco minutos recibiese una buena noticia y mi espíritu se mantuviera en un estado de gozo permanente. Son las seis y media.

Matt se suele levantar a las siete y a esa hora recibirá un mensaje invitándole a desayunar a él, a sus cuatro perros y al caballo, si se anima a traerlo hasta aquí.

—He desayunado demasiado. —Se lamenta frotándose la tripa por encima de la camisa—. Me has cebado.

—Eso lo has hecho tú solito. —Le respondo apurando mi segundo café.

—¡Yaaaa! No me has dado la comida con cuchara, pero la has puesto delante de mis ojos y al alcance de mis manos.

—Me le levantado pronto y no sabía qué te gustaría desayunar.

—Y has pensado: “Vamos a ponerlo todo sobre la mesa”. —Se carcajea y yo le imito porque no se equivoca. He montado un completo bufé en la mesa del salón.

—Otro día me ceñiré al café, el zumo y unas galletas.

—Bueno... —Agacha la cabeza para que no le regañe por lo que está a punto de decir—. Un poco de beicon tampoco hace daño y los huevos revueltos estaban exquisitos.

—¿En qué quedamos?

—En que ahora me da pereza levantarme para ponerme a trabajar. Los que tampoco se van a querer marchar son los perros.

—¿Me obedecerán si se quedan conmigo hasta la hora de comer?

—No suelen pelearse entre ellos y aquí están encantados, marcando todas las hierbas.

—¡Mientras no me meen las columnas del porche! Hoy voy a preparar el terreno donde voy a plantar. Isaías me ha explicado cómo tengo que hacerlo y el miércoles iremos juntos al mercado para comprar algunas plantas que quiero cultivar y de las cuales no tiene semillero. A partir de ese momento no podrán entrar, a menos que haga un cercado alrededor de la huerta.

—¡Y tendrá que ser uno muy alto! Son como los niños pequeños, en cuanto te vean trabajando pasearán todo el tiempo alrededor tuyo para ver lo que estás haciendo.

Matt se levanta tomando las tazas para llevarlas a la cocina. Me entenece este momento, él y yo desayunando y haciendo planes para el día. También siento un poco de miedo. La intimidad que tan rápidamente hemos trenzado es

frágil, una fina capa a la que le falta materia para resistir todo el peso de nuestras vidas.

—Yo lo haré, hoy yo seré la anfitriona. La comida se servirá a las dos.

—Llegaré puntual y con las manos lavadas.

Su boca sabe a capuchino y a deseo tranquilo. Me abraza constantemente y todo su cuerpo busca el mío, haciendo que sienta como si me recargase de energía. Me libero de sus brazos y corro riéndome hacia mi habitación a cambiarme para salir al jardín.

—Eres la granjera más sexi que he visto nunca.

—¿Lo dices por mi chubasquero, o quizá son mis botas de goma las que te excitan? Te advierto que soy capaz de retirarme los guantes con mucha sensualidad.

Hoy no hemos desayunado juntos. A primera hora de la mañana llegaba un camión con el material que Matt estaba reclamando por teléfono el día que yo me choqué contra él en Villaviciosa. Le he echado de menos.

—¿Sí? —Esa mirada la conozco, se está acercando a la puerta y si la traspasa no volveremos a salir de casa en un buen rato.

—En otro momento te haré una demostración en un pase privado. Ahora tienes que ponerte manos a la obra.

—Sí —me responde resignado—. Han dejado las cajas a la entrada de la nave.

—Para que no te olvides de ellas.

—¿Y vas a plantar hoy? Están cayendo gotas y han anunciado fuertes lluvias a última hora de la tarde.

—Sí, un poco de lluvia le vendrá bien al huerto. Estoy preparada para resistir cómodamente cualquier tormenta. Tengo una bombona de butano de repuesto y un cajón repleto de golosinas para que esta noche veamos una película acurrucaditos en el sofá.

—¿No sería más cómodo que pidieras un aumento de potencia en el contador?

—Sería —respondo apesadumbrada—, pero el electricista me ha dicho que la instalación está muy viejita y que habría que hacer obra antes de plantearse cualquier cambio en el contrato de luz. Hemos quedado para

hacerlo en el mes de junio, cuando los días tengan más luz. No me apetece alumbrarme con velas mientras truena y el viento azota la casa. El butano está bien, es un calor inmediato y la casa está bien aislada.

—¿Y la conexión a internet?

Nada me gustaría más que decirle a Matt que pasase y se sentase a mi lado en el porche, pero entonces ninguno de los dos haríamos nada. Nos dedicaríamos a darnos cariño y cinco días haciéndolo son prueba suficiente de que necesitamos separarnos durante unas horas al día para no quemarnos.

—He llamado por enésima vez y me han asegurado que el material llegará mañana. Si te digo la verdad, comienzo a acostumbrarme a no tener internet en el ordenador. Para mirar el tiempo que va a hacer me sirve el teléfono móvil. El lunes comenzaré a estudiar los mercados y cuando me encuentre preparada invertiré. Esa es la razón por la que tengo la azada en la mano. Hoy plantaré las verduras, mañana le tocará el turno a los arándanos y a las frambuesas, y el sábado por la mañana recortaré los arbustos.

—¿Y el sábado por la tarde y el domingo?

—Seré toda tuya.

—¡Ummm!, toda para mí. Te advierto que no voy a poder controlarme en el sofá, pienso aprovecharme de ti todo lo que pueda.

—Donde las dan las toman.

—Esto promete. —Matt se frota las manos con gesto avaricioso—. Seguro que la película es muy interesante.

—Fijo. —Me alejo porque somos como imanes con polos opuestos: pura atracción en las distancias cortas.

—Me voy a trabajar.

—Y yo también. Me parece que me he excedido comprando plantas de tomate. Si todas prosperan tendré que preguntarle a Susan cómo se hace tomate frito en conserva.

—O montar un puesto en el arcén para que los que pasen camino de la playa te lo compren. Luego vengo, cariño. Si necesitas algo llámame.

—También puedo enviar a los perros con un mensaje. Hasta luego.

Me fijo en los canes mientras Matt se aleja en dirección a su casa. Le observan con curiosidad. Parece que estuvieran pensando: “¿Adónde se irá?”.

Entonces me miran, menean el rabo y se alejan corriendo a la parte trasera de la casa. Están encantados de tener un nuevo territorio, aunque sea muy pequeño, que poder descubrir y dejar señalizado con meadillas. Donde uno levanta la pata acude el resto. Esperan en ordenada fila y huelen el terreno para asegurarse que no malgastan su orina. Entonces se colocan, sueltan dos o tres gotillas y dejan paso al siguiente. Dudo que queden lugares donde no hayan dejado su rastro y sin embargo continúan afanados en algo que la lluvia que asoma por el oeste diluirá, dando al traste con tanto trabajo.

Trabajo, y un poco absurdo, es el que tengo por delante. Somos dos y seguiremos siéndolo a menos que me dedique a invitar a todos los vecinos a comer verduras cinco veces por semana. ¿Para qué he comprado tantas plantas? Recuerdo lo que pensé delante del puesto de la plaza del mercado: “Soy novata, solo tengo unos pocos conocimientos que Isaías me ha transmitido. Es muy probable que se mueran la mayoría de las plantas o que den muy poco fruto. Si todas deciden crecer fuertes y sanas, y se cargan de frutos, siempre tendré la opción que me planteó Susan: comprar un arcón congelador, dejarlo en el garaje y meter en bolsas de plástico todo lo que no pueda consumir fresco”.

No puedo predecir el futuro de estas pequeñas plantas, solo mi presente: mucho tiempo agachada manipulándolas. Me río para mis adentros. Si dentro de unos meses una televisión hiciera un reportaje sobre mi vida más de uno se quedaría con la boca abierta:

—*Y cuéntanos, Beatriz, ¿a qué te dedicas?*

—*A la bolsa, compro y vendo acciones.*

—*Entonces necesitarás mucha concentración...*

—*Sí, la bolsa exige mucha dedicación. En ocasiones mantengo una acción dos o tres días, pero lo más habitual es que la compre y la venda a las pocas horas.*

—*Eso es estresante, ¿cómo te relajas?*

—*En mi huerto ecológico. ¿Te apetece llevarte unos tomates y una lechuga? Cebolletas no tengo.*

Y esta ha sido la entrevista a Beatriz Alcázar, una mujer que alterna el mundo moderno con el cuidado de los pimientos y los calabacines.

Acerco la primera caja con plantas a la tierra que ayer removí. Me arrodillo sobre un pedazo de plástico que servirá de aislante, porque no estoy dispuesta a probar de nuevo las agujetas que provoca estar en cuclillas durante horas. Busco una postura en la que me encuentre cómoda y comienzo a sembrar. El cielo está indeciso, a veces se oscurece tanto que creo que tendré que echar a correr hacia el porche de un momento a otro. Al rato un sol abrasador lanza sus rayos furiosos por tener que hacerse un hueco entre las nubes traspasando mi chubasquero.

De vez en cuando levanto la cabeza buscando a los perros, que están la mar de entretenidos regando cada hojita del seto delantero. Les he dejado el cubo de fregar lleno de agua delante del garaje. Imagino que vayan bebiendo al mismo ritmo que van orinando para no deshidratarse.

—¡Ah!

El susto, que no el golpe porque lo que me ha caído sobre la cabeza pesaba poco, me ocasiona uno de mis incontrolables grititos.

Me viene a la mente la imagen del escarabajo y revuelvo superficialmente mi pelo sin quitarme los guantes para que lo que haya podido aterrizar se caiga sin aplastarlo. No encuentro nada. ¿Será por los guantes, que me quitan la sensibilidad de los dedos? Me levanto, pongo la cabeza boca abajo y repito el remeneo de pelo. Ahí no hay nada, mis guantes se han desajustado por tanto movimiento y lo que fuera que me haya caído en la cabeza ya se marchó. Tomo el borde de la tela gomosa para tirar y es entonces cuando lo veo: sangre.

El guante ensangrentado sale despedido de un manotazo, el otro sigue el mismo camino. Mientras conjeturo sobre lo que ha podido dañarse o lastimarme a mí al impactar contra mi cabeza, elevo las manos para palpar mi cuero cabelludo. El aire que revuelven las alas de los pájaros que están peleándose a un metro de distancia llega a mis dedos antes que el graznido de la negra ave al ser atacada por un ave rapaz. Me cubro con los brazos y corro para protegerme debajo del porche. La lucha de los dos pájaros es tan ruidosa que los perros acuden para quedarse muy quietos mirando sin saber si es seguro meterse en medio e intentar mediar a la manera perruna en esta disputa o es mejor ser prudente y mantenerse como observadores de este furioso batir de alas.

Algo se desprende de las patas de la urraca, una especie de gusano gigante, y parece ser el causante de la disputa. El pájaro marrón, con pico curvo y largas uñas, se lanza al suelo en un picado que frena en seco para elevarse majestuosamente delante de mis ojos con el gusano firmemente sujeto. Un rayo de sol decide iluminar esta escena de fauna salvaje ibérica y el botín comienza a brillar. La urraca abandona la pelea derrotada y yo me quedo mirando con la boca abierta hasta que el pájaro ganador desaparece entre los árboles.

¿A quién le cuento yo que me ha parecido que lo que brillaba entre las patas era el anillo de Zimmerman y que el gusano podría ser su dedo?

Tengo una buena cultura general sobre animales gracias a los cientos de documentales que he estado viendo durante años en mis aburridas tardes de fin de semana. Hay pájaros a los que les gusta todo aquello que brilla y las urracas tienen fama de ladronas. La que ha desaparecido volando en dirección a casa de Matt habrá robado algo y el otro pájaro ha aprovechado su superioridad física para hacerse con un botín que ahora estará degustando encaramado en una rama.

Los perros se han vuelto a marchar. Ellos no conocen a Zimmerman ni a su obscuro anillo. ¡La sangre! Me quito las botas y entro veloz hasta la cocina. Meto la cabeza debajo del grifo y dejo que el agua, que al principio sale helada, se lleve cualquier resto de sangre. Me jabono con lo que tengo a mano: el detergente para lavar los platos sucios. El pelo queda áspero y el peine rechina al pasar por los mechones.

Me quedo pensativa frente al espejo del baño. ¿Cómo es posible que sea el dedo de Zimmerman? He soñado con él. Han sido pesadillas horribles y su anillo siempre estaba por medio. Estoy tan obsesionada con ese dedo que cualquier día le voy a ver flotando en la sopa o creciendo entre las lechugas.

La sangre en mi cabeza no me la he podido inventar. ¿Qué puede tener sangre y al mismo tiempo una pieza brillante? Un trozo de fuet no pierde sangre porque no la tiene. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Una pata de otra ave muerta que estuviera marcada con una anilla para controlarla?

¡Eso ha sido, los restos de un animal muerto que tenía alguna especie de arandela o marca metálica! Estoy convencida, ¿o no? La vista se ha aliado con

mi imaginación para gastarme una broma de excesivo mal gusto. Aceptar que es un dedo, que lleva un anillo y que es idéntico al de Zimmerman sería aceptar mi locura y eso no lo voy a permitir.

La lluvia llega anticipadamente. Me coloco otra vez las botas y el chubasquero, y salgo de nuevo al jardín para poner a cubierto las pequeñas plantas, que todavía están dentro de las cubetas negras de plástico. Me parecen indefensas. Sus hermanas recién trasplantadas están recibiendo el agua y el viento, tienen el mismo tamaño y sin embargo no me preocupan, será porque ahora están en su elemento natural y las plantas no salen volando cuando hay tormenta.

A los perros tampoco les interesa mojar sus peludos cuerpos y han buscado el cobijo del porche. No me fio de sus intenciones, las pequeñas plantas de pimientos son débiles y no resistirían cuatro meadas. Las meto dentro del garaje y cierro la puerta. Me siento en una de las butacas que he comprado para ver las puestas de sol y me quedo mirando la lluvia caer.

Diez minutos después la lluvia cesa y a mí la cabeza me estalla después de visualizar hasta la saciedad al dichoso pajarito con su premio entre sus garras, a Zimmerman, a mi reciente sonambulismo y a todos los momentos “peculiares” de los que he disfrutado desde que caí enferma.

¿Hasta cuándo me va durar este episodio de locura a ratos? ¿Y si pidiera cita con un profesional? Tendría que hablarle de Zimmerman y contarle que era un hombre muy desagradable al que no me gustaba atender. Cuando entraba por la puerta y me miraba con esos ojos de sapo de pócima de bruja se me quitaba hasta el hambre. Sabía, porque siempre actuaba del mismo modo, que escucharía dos o tres frases reprobatorias y varios chasquidos de lengua destinados a transmitirme todo su malestar por tener que perder el tiempo reuniéndose conmigo. Él era así, del mismo modo que otros clientes son simpáticos por naturaleza, aduladores o buscan que les recuerdes lo inteligentes que son y lo poderosa que es su familia.

Si Zimmerman fuera el último hombre de la tierra y tuviera que intimar con él, me habría tirado por la ventana de mi despacho. Solo pensar en su mano izquierda tocándome con ese anillo y me entraban ganas de vomitar. Afortunadamente para mí (si para él yo también era desagradable no me

importa lo más mínimo), nunca me estrechó la mano, y es quizá lo único que podría agradecerle. Cuando hablaba su mano derecha descansaba siempre sobre su regazo y era la izquierda, con todos los dedos extendidos, la que movía sin parar como si estuviera probándose el anillo y quisiera enseñarme lo bien que le quedaba.

En los seis meses que tuve la desdicha de ser su corredora de bolsa no tuve pesadillas, no sentí palpitaciones antes o después de su visita y tampoco se me quitó el hambre de comer perritos calientes, a menos que tuviera la desgracia de recibirle justo antes de la hora del almuerzo. Era simplemente un petardo, un cliente al que había que aguantar. ¿Qué me diría el médico si le contase estos pensamientos? No lo sabré nunca. Apartaré de mi mente las pesadillas, los hoteles de Tokio, a Zimmerman y su anillo, y empezaré ahora mismo arrodillándome de nuevo para plantar los pimientos.

—Buenos días, Jason. No hacía falta que me llamasen ahora, seguramente estarás atendiendo clientes. —No he podido resistirme, olvidar no es tan sencillo.

—Mi cliente ha dejado un mensaje diciendo que se retrasará diez minutos. ¿Qué tal sigue todo por España?

—Muy bien, voy a quedarme una temporada.

—Me lo imaginaba. Hay una nueva chica en tu despacho.

—¿Tan pronto? —No me lo esperaba—. Adam se ha dado prisa. ¿La conoces?

—No, solo sé que es rusa y más alta que yo.

—Espero que sea una compañera agradable.

—Ya te contaré... ¿Volveremos a verte?

—De visita fijo, para trabajar lo dudo. No sé si querré volver algún día, y si así fuera no creo que Adam me recibiese con los brazos abiertos.

—Si es para ganar dinero Adam abraza al diablo y le invita a cenar.

—Al diablo es posible. A mí después de que Zimmerman se fuera no creo que quiera darme un abrazo.

—Menudo tipo raro. —Me mantengo callada para que Jason continúe hablando—. Hace unos días coincidimos en un restaurante. Yo estaba comiendo con unos amigos y uno de ellos le saludó.

—¿Le conocía? ¡Qué desgracia!

—Zimmerman tiene un castillo en el norte, a unos cien kilómetros de Londres.

—Le pega.

—Una finca enorme con jardines, estanques y un laberinto. Encargó una remodelación de una de las alas del castillo al estudio de decoración donde trabaja mi amigo.

—Si tu amigo ha tenido que trabajar para Zimmerman le compadezco.

—¡Eso mismo pensé yo! Me contó que Zimmerman les introdujo a él y a su ayudante directamente por una de las puertas que comunican la biblioteca con el jardín para que tomaran medidas. Parecía que no quería que vieran el resto. Es un edificio exteriormente muy austero que esconde una riqueza increíble en sus habitaciones. Cuando Zimmerman escuchó las alabanzas ante las antigüedades que allí guardaba empezó a ablandarse y terminó haciéndoles un *tour* por todas las estancias. ¿Alguna vez le viste cojear o con dificultad para moverse?

—No. —No entiendo por qué me formula esta pregunta—. Me pareció que caminaba bien, muy estirado, pero tuve la impresión siempre de que era una pose, un modo de marcar superioridad.

—Alucinaron, es un museo. El castillo está repleto de objetos valiosísimos guardados en vitrinas metálicas cerradas con llave.

—Tendrá miedo de que le robe el personal de servicio, es muy desconfiado.

—Eso parece, todas las habitaciones tienen puertas de seguridad y cerraduras. Cuando salían de una estancia cerraba con llave y abría la siguiente. En la tercera planta había una puerta que estaba entreabierta y no parecía tener cerradura. Ahí no entraron, ya que Zimmerman dijo que era el almacén de los trastos viejos. El castillo tenía sistema de alarma y había cámaras de vigilancia por todas partes.

—Le gustará verse caminando de una estancia a otra. —Me recalcó varias veces que vivía solo.

—Lo más curioso de todo es que en la escalera principal había un salva escaleras.

—¿Por eso me preguntabas si cojeaba? Igual lo necesitaba el anterior dueño del castillo y Zimmerman no retiró el aparato por si algún día le hacía falta, o es tan vago que prefiere usar ese artilugio antes que subir las escaleras.

—También había rampas mecánicas al lado de los peldaños de acceso al jardín y estaban conectadas.

—No querrá que le salgan arrugas a su pantalón. —¡Yo qué sé!—. ¿Y no le preguntaron?

—Contestó que había que estar preparado.

—Por si se cae, que no me extrañaría. —Es lo que a uno puede pasarle si nunca mira al suelo al caminar—. ¿Y cuánto tiempo hace que le viste?

—A ver..., el sábado... no... ¡El domingo al mediodía! Mi cliente ha llegado. ¿Necesitabas algo, Beatriz?

—Solo saber qué tal estabas.

—Bien, te vamos a echar de menos.

—Y yo a vosotros. Hasta luego.

—Adiós, Beatriz.

Hace cinco días Zimmerman estaba en Londres disfrutando de una comida. ¡Me he quedado como estaba! El vuelo desde Londres a Santander, dura menos de tres horas, añadiendo otras dos generosas horas para viajar desde el aeropuerto hasta Villaviciosa y media hora extra para llegar hasta la playa. Podría haber volado ayer por la tarde.

Los perros me han seguido mientras hablaba con Jason y ahora me miran curiosos. ¡También deben de pensar que estoy como una cabra montesa! Llevo dos horas alternando los paseos por el jardín con las sentadas en el porche para meditar. ¡Yo compré este banco para sentarme a contemplar el paisaje, no para recordar a Zimmerman y a su hortera anillo de un millón de libras!

Matt llegará dentro de una hora. Tengo como reto un menú muy pretencioso para una cocinera inexperta. Pacto conmigo misma no contarle nada sobre lo que ha pasado en mi huerta. No quiero hablar más sobre ese hombre, no quiero que su imagen aparezca en mi mente, ni que su empalagoso perfume me maree. Estreno mi delantal con dibujos de caracoles, saco todos los ingredientes y poso la chuleta donde he apuntado los pasos que tengo que seguir para

conseguir que la receta de espaguetis a la boloñesa al estilo de Susan sea un éxito.

—He vuelto a comer demasiado.

—Yo no soy culpable.

—Sí lo eres. Me distraigo mirándote y como sin darme cuenta.

—Tendré que racionarte la comida.

—Sí, por favor. —Matt ha devorado el primer plato, el segundo y la generosa ración de macedonia que le he servido—. Esta noche podríamos cenar fuera.

—Prefiero quedarme —le digo enigmáticamente.

Matt y yo estamos conociéndonos y he descubierto algo que siempre hace y que me encanta: no invadir mi espacio. Ha dejado claro que quiere que estemos juntos y que para lograrlo no tiene problemas en hacer cambios en su vida. Así contado podría parecer un sistema de coacción; si él se sacrifica yo debería corresponder haciendo lo mismo. Lo increíble es la libertad que me hace sentir. Compartimos muchos momentos porque ambos lo queremos. Si él tiene ganas yo tengo más.

—Como quieras —responde aceptando mi decisión—. Avanzaré con el papeleo entonces.

—¿Crees que habrás terminado a las ocho y media? Podríamos hacer la cena juntos, así controlarías las cantidades.

—¿Aquí?

—Claro, tenemos que ver la película.

—¡Es verdad! La película... —La película en la que Matt está pensando ahora mismo no es la que está grabada en el *pendrive*—. Seguro que es muy entretenida.

—Seguro —le confirmo dándole un mordisquito al lóbulo de su oreja derecha.

—No sé por qué me parece que voy a tener problemas con los papeles.

—Conseguirás concentrarte.

—Lo intentaré. Me llevo a los perros porque ya he visto un agujero en la entrada de tu casa, y cuando uno de ellos empieza a escarbar el resto también se pone manos a la obra y pueden dejarte el jardín lleno de socavones.

—Está bien, pero otro día los traes, me han hecho mucha compañía.

—Y te han distraído por lo que he visto al entrar. Solo has plantado un par de filas.

—Por eso quiero quedarme esta tarde, para terminar el trabajo. — Disimulo como puedo. Me está mirando y es capaz de intuir que escondo algo —. Se puso a llover, me metí debajo del porche y me quedé atontada mirando la lluvia.

—Me marchó entonces para que puedas trabajar. Yo también necesito ordenar la montaña de papeles que tengo en el escritorio. —Me lo cuenta apesadumbrado—. Vámonos, chicos.

El beso es de liberación lenta. Tarareo mientras apunto en la última hoja de mi libreta que tengo que comprar una nueva libreta, una ensaladera mayor donde poder mezclar los ingredientes con el aliño sin que la lechuga se escape y un par de zapatillas, para estar cómoda en casa.

Las nubes se han vuelto más blancas y pasan dejando huecos por donde el sol se cuela calentando el aire purificado por la lluvia. Tomo la azadilla, me arrodillo y vuelvo a concentrarme en que cada planta ocupe el lugar que le corresponde.

—Estoy en la cocina. —Le echaba de menos.

—¡Qué bien huele!

—He encendido una vela de las de Susan. ¡Ay! —Su beso en el cuello me hace cosquillas.

—¿Te molesta la barba? Me afeitaré.

—No lo hagas. —Me giro para devolverle el gesto con un beso rápido en los labios—. Me gusta mucho.

—A mí me gustas tú. —Su boca recorre mi rostro dejando pequeños besos —. Tu frente, estas cejas que levantas de ese modo tan simpático cuando te sorprendes, tus hermosos labios, el cuello. —Lo huele arrastrando su nariz hasta mi hombro—. ¿Qué hago yo? —Se lava las manos con firmeza y yo le

paso un trapo de cocina riéndome por el ímpetu que demuestra—. Íbamos a cenar, ¿no? Cuando estoy a tu lado me pierdo.

—Si te pierdes yo te encontraré. ¿Te gustan los huevos revueltos?

—Con cualquier cosa. El que los descubrió merece un monumento.

—Huevos revueltos con setas y gambas, ensalada de guarnición y de postre copa de helados variados.

—Muy bien. ¿Por dónde empezamos?

—En la mesa están todos los ingredientes que he comprado para la ensalada. Sorpréndeme, prepárala a tu gusto. No hace falta usar todo, lo que tú creas que combinará bien. Yo me pondré a cocinar las setas y las gambas. He comprado algo de vino. En las películas americanas los protagonistas toman vino mientras cocinan y siempre se lo pasan muy bien en la cocina.

—Estupendo. ¿Dónde has dejado la botella?

—En ese armario. Toma el sacacorchos. También he comprado copas de vino.

—Brindemos —propone Matt ofreciéndome una de las copas—. Por esta noche, nuestra primera cena.

—Por nuestra primera cena. —Toco su copa con la mía y bebo sintiendo cómo el alcohol calienta mi estómago—. Tengo que comer algo, no quisiera quedarme dormida sobre la ensalada.

—Te llevaría a la cama en brazos, tengo experiencia.

—Con la cara llena de trocitos de lechuga. —Nos reímos imaginando la escena—. No, gracias, prefiero que lo hagas más tarde. —La reacción de Matt ante mi sugerencia no necesita palabras—. Voy a cortar unos taquitos de queso.

Comemos, reímos, nos narramos nuestras vidas... Le cuento lo que hecho esta tarde y él reconoce que ha vuelto a posponer el trabajo de oficina porque siempre encuentra algo mejor que hacer.

Un gesto de Matt rebañando el último trocito de huevo con un currusco de pan me recuerda a mi abuelo. Todo lo comía con pan, ¡incluso el pan! Mi abuela siempre tenía barras congeladas por si acaso se quedaba escasa a la hora de la cena.

—Un beso por tus pensamientos. —Me toca la mano y regreso al presente.

—Me acordaba de mis abuelos, de aquella casa que olía a hogar.

—Aquí también huele, a tu perfume, a las velas de Susan, al suavizante con el que has lavado las cortinas, a ti.

—Y me gusta —le confieso entre sonrojos—. No sabía cuánto añoraba tener un sitio propio hasta que te he escuchado llamarme cuando has entrado.

—Yo también llevo mucho tiempo solo, pero ahora ya no lo estoy, te encontré. —Y es simplemente perfecto.

—¿Tienes que volver para atender a los animales o cerrar bien la casa?

—Los perros tienen agua y comida, y a Thor se lo han llevado a un centro durante unos días para enseñarle. Su comportamiento es demasiado impulsivo cuando salimos a pasear. —Nos quedamos mirándonos. A veces el silencio cuenta más que las palabras.

—Quédate esta noche.

No quiero estar sola esta noche. El desasosiego está vigilando, esperando a que baje la guardia para arrinconarme.

—Si quieres contarme algo... Soy bastante bueno escuchando.

—Solo son tonterías. Todavía me estoy aclimatando.

—Y tienes pesadillas.

—Sí.

—Me quedaré hoy y todas las noches que quieras.

Me siento como si se hubiera aflojado la soga del cuello y pudiese aspirar profundamente aire por primera vez en muchas horas.

—Gracias.

—¿Me das las gracias? ¿No sabes que llevo días pensando en ti cuando me meto a la cama y no estás a mi lado?

—Después de esta noche quizá te replantees dormir a mi lado.

—¡Nunca! No hay nada que desee más que cuidarte y protegerte, aunque sea de tus pesadillas. ¿Tomamos el postre en el salón? Si no ponemos la película ahora me temo que no aguantaré hasta el final.

—Vamos.

Me sobra el edredón. El cuerpo de Matt es una estufa natural que me aporta casi todo el calor que necesito. Se ha tomado tan en serio su trabajo para que duerma bien que no me deja hacerlo. Cada vez que me muevo para

buscar una postura más cómoda se revuelve en sueños, me busca y me abraza como un pulpo. Esta noche no tendré pesadillas y será porque no podré dormirme. No le diré nada, pienso en algún momento de la noche su instinto de protección es el que está actuando. Cuando me acostumbre a tenerle a mi lado comenzaré, espero, a dormir a ratos, hasta que llegue un día en el que cierre los ojos a las once de la noche y no los abra hasta las siete de la mañana siguiente.

¿Será verdad que el amor mueve montañas?

CAPÍTULO 16

—Buenos días, señorita.

¿Ahora también escucho voces y me hablan en inglés? Agarro con fuerza el manillar de la segadora hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos. La máquina no tiene motor de avance y es pesada. Hay que empujarla para que siegue y es un trabajo agotador. El olor que produce el motor en marcha me está mareando. Si me tirase al suelo y segase la hierba a mordiscos no tardaría mucho más tiempo.

Comprar segadora será la primera anotación en mi lista diaria. Me ha dicho Isaías que a partir de ahora la hierba crecerá rápidamente y que lo mejor es mantenerla siempre corta con una o dos siegas semanales. La frecuencia dependerá de la lluvia y del sol. Si llueve a menudo y hace sol entre borrasca y borrasca la hierba se volverá loca de alegría y a mí también me volverá tarumba si tengo que estar un día más empujando esta reliquia.

—Disculpe, señorita.

Para estar escuchando voces me estoy imaginando muy bien a la que me está llamando. Acento pomposo y tono peculiar para una voz de hombre con la que me estoy pidiendo disculpas a mí misma.

—Señorita, si me hace el favor...

“Mira, cabecita loca. Si levanto los ojos de la hierba y te confirmo que no hay nadie, que aquí solo estamos tú y yo, ¿me dejarás segar tranquila? Apenas he dormido esta noche y tú tienes parte de la culpa. Si no te dedicases a fabricar esos estúpidos sueños, Matt no se habría preocupado por mí y no habría tratado de calmarme cada vez que movía una mano para rascarme la nariz. ¡Confieso que hasta las doce y media no hemos parado quietos! Y lo habríamos vuelto a hacer al despertar si yo no hubiera estado tan cansada, así que no me toques las narices y deja de hacer de ventrílocuo, porque soy capaz de tomarme la mitad de la botella de vino que dejamos anoche y saltarte los plomos hasta la hora de comer”.

¡Me cago en la madre que me parió! Lo siento, mamá, sé que no te gustaría saber que a veces pienso e incluso pronuncio tacos, pero si vieras lo que estoy viendo en la puerta del jardín lo comprenderías y añadirías cuatro o cinco insultos, por mucha meditación que estuviera practicando.

Según tú misma me has confesado, consigues llegar a la relajación a base de meter mano a tu pareja y dejar que ella te la meta a ti durante la hora que dura la clase magistral del maestro Ku. El susodicho se habrá quedado calvo pensando cómo conseguir que la mente y el cuerpo queden laxos. ¡Matt también consigue que llegue a ese estado de abandono! Y no te contaré cómo lo hace, porque tú me tuviste a mí y no quedaste embarazada por generación espontánea.

—Hola. —Ya volveré a pensar en mi madre dentro un rato.

Saludar en inglés es lo único que se me ocurre soltar por mi boquita ante la visión de los dos personajes que han aparecido por el camino. Son reales, mi imaginación no hubiera sido capaz de crearlos, porque no tengo tanta como para componer una estampa tan disparatada.

—Buenos días, señorita.

El que habla está en silla de ruedas, una de esas que tienen motor y se manejan con un *joystick* colocado en uno de los apoyabrazos. Me haría falta una foto o grabación en vídeo para poder recordar todos los colores que se ven en la ropa de este individuo: zapatos de piel marrón con cordones rojos, calcetines a rayas de varios tonos, pantalón verde oliva, camisa *beige*, chaleco verde como la hierba que estoy cortando, chaqueta roja a juego de los cordones y pañuelo verde con lunares rojos al mejor estilo dandi.

Las gafas de pasta de color azul cielo hacen juego con sus pálidos ojos, que se ven inmensos detrás de los cristales de aumento. Es un hombre muy grande y gordo, que parece haber quedado encajado en la silla, un aparato que tendrá un motor de muchos caballos de potencia para que haya podido llevarle a través de las piedras del camino desde donde termina la carretera.

El otro individuo tampoco se queda atrás en lo que a peculiar vestimenta se refiere. En el centro de Londres ambos habrían pasado desapercibidos. Hay tanta variedad de estilos que al final la calle termina siendo un “todo vale” en el que quien quiere ser original aprovecha para ponerse cualquier trapajo.

Es un hombre extremadamente delgado, para compensar quizá los kilos que le sobran al de la silla. Su piel cetrina enmarca unos pómulos poderosos y una nariz aguileña. ¿El color de sus ojos? No se puede saber, son pequeños y están hundidos en sus cuencas. El pelo negro y liso atado en una coleta baja me recuerda a los matones de las películas de mafiosos. No hay labios, una apertura precisa como las que hace el bisturí de un cirujano guarda el secreto de su voz. El traje flota sobre su cuerpo, negro y pasado de moda. Es demasiado grande y debería estar en un contenedor de basura para ropa vieja.

Se mantiene, quieto como una estatua de sal, en la parte trasera de la silla. Sus manos descansan sobre las manillas, preparado para ayudar al vistoso inglés del traje verde. Han aparecido por la izquierda, a la altura de mi casa. El terreno es llano, pero el resto del trayecto hasta la zona pavimentada es una cuesta ascendente. Si el motor de la silla funciona y ha sido el que ha movido las ruedas hasta mi casa, es de muy buena calidad, una silla todoterreno. Si ha sido el flacucho quien ha empujado la silla hay un cuerpo muy fuerte debajo de sus lúgubres vestimentas.

—Buenos días. —¿Qué querrán?

—Un día precioso. —¿Han parado para darme conversación? Que hablen entre ellos, que para eso son dos.

—Sí.

—¿Podría decirme si la playa está cerca?

—¿La playa? —¿Piensan ir campo a través con la silla de ruedas?—. Sí, está ahí, pero el camino es un poco complicado.

—Tiene una casa muy bonita.

—Gracias.

—En un paisaje muy bello, una zona tranquila... —Saca un pañuelo de un bolso que lleva sobre las piernas y se lo pasa sobre la calva, que se ha vuelto brillante por el calor que le provoca el sol que luce desde que amaneció—. Un rincón de postal.

Chasquea los dedos y en la mano del hombre de negro aparece un gorro de gánster que él se pone con bastante gracia. Yo estoy en manga corta y este hombre tiene más capas que una cebolla. El sudor tiene que estar empapándole la ropa interior. Su ayudante aguanta el calor sin pestañear ni dar muestras de

malestar.

—Está bien.

Es cuanto consigo articular ante esta surrealista situación. ¿De dónde se han escapado estos dos? Da la casualidad de que yo hablo inglés con fluidez, pero, ¿qué creen, que todos los habitantes de las zonas rurales del norte de España dominan su idioma?

—Muy bien, muy bien —repite el de la silla mirándolo todo con la determinación de un búho, grabando cada detalle.

Los ladridos de los perros rompen su concentración en las ventanas de mi porche. El sirviente abre por primera vez sus asexuales labios para susurrarle algo al oído. El de la silla asiente con la cabeza una vez y acerca la mano al *joystick*.

—Hasta luego, señorita. Ha sido un placer conocerla. Otro día seguiremos charlando. Que tenga muy buen día.

—Adiós. —Me despido aliviada.

La silla tiembla al avanzar sobre las piedras que cubren el camino. Me gustaría ver cómo se desenvuelven estos dos personajes cuando tengan que bordear cuesta abajo la finca de hierba. ¿Se hundirán las ruedas en el barro? ¿Se deslizará la silla o habrán puesto neumáticos adecuados para conducir sobre terreno resbaladizo?

Abro la puerta antes de que los perros de Matt, que vienen corriendo, me la rompan de un cabezazo. Entran como si fuese fiesta, brincando a mi alrededor y llenando el aire de sus pelos, que terminan entrando en mi boca.

—¡Ehhh!

El bramido de Matt hace que metan los rabos entre las patas. Yo también lo haría si fuera un perro, nunca le había oído pronunciar un sonido tan grave, fuerte y profundo. Ha generado una onda que me ha puesto el vello de la nuca de punta.

—Hola, preciosa. —Me besa como si llevásemos años sin hacerlo y yo me derrito de gusto—. ¿Qué os he dicho cuando salíamos de casa? Teníais que portaros como caballeros delante de Beatriz, ¿verdad? Si no lo hacéis no volveremos otro día.

¿Qué habrán entendido exactamente? Se han sentado, Copito le ha ofrecido

la pata y los demás están imitando el gesto de buena voluntad. Saco el móvil de mi bolsillo trasero e immortalizo el momento.

—Venga, id a correr.

Se levantan, meneando el rabo con más fuerza que antes. El castigo ha sido simbólico y lo agradecen lamiendo las manos de Matt.

—Tengo que lavarme, me han llenado de babas.

—Entremos, necesito un refresco. Esta segadora va a terminar conmigo.

Salimos con dos bebidas energéticas azules al porche y yo me dejo caer cual saco de patatas sobre el sofá de ratán.

—Ya va tomando forma el jardín.

—Proporcional a las agujetas que me están saliendo. —Al elevar la mano para beber mi brazo izquierdo se queja con pequeños pinchazos—. ¡Menos mal que es una parcela pequeña!

—Lo estás haciendo de un modo bastante rústico: has podado el seto con unas tijeras que cortan fatal. Ahora estás usando esa segadora que debería estar en un museo...

—Tengo que comprar herramientas, cambiar las ventanas antes de que llegue el próximo otoño, el canalón tiene goteras, sustituir la bañera por una ducha con mampara... La lista crece más que la mala hierba y todavía no tengo internet. Para cuando me quiera situar y empiece a comprar y vender habrá pasado otro mes y sin saber muy bien si voy a seguir teniendo facilidad para interpretar los mercados o la habré perdido. Últimamente me suceden cosas muy extrañas.

—¿Y soy yo una de ellas?

—¡La primera! —Me río y mis agujetas también lo hacen, no pienso repetir—. ¿No habrás visto a un par de hombres?, uno en silla de ruedas vestido como un árbol de Navidad y el otro de negro...

—Pues no. ¿Dónde estaban?

—De tu casa venían.

—¿A pie? No he visto ningún coche desconocido.

—Han aparecido, el de la silla montado en ella y el de negro a su lado, cuesta arriba hace un cuarto de hora.

—Los perros han estado ladrando hace un rato. Yo estaba en la nave y me

he acercado hasta la puerta. No hay timbre y si estoy metido al fondo no puedo oír si golpean la puerta. He abierto y no había nadie, los perros habían dejado de ladrar y he continuado trabajando.

—¡Tenías que haberles visto! Solo el de la silla ha hablado y se ha dirigido a mí en inglés.

—¿Y qué quería?

—Saber si continuando el camino llegarían hasta la playa.

—¿Con una silla de ruedas?

—Sí, de esas que tienen motor.

—No sabía que habían organizado un París-Dakar para sillas de ruedas en Villaviciosa. ¿Y se han ido cuesta abajo? —Apunta a la finca por donde se han marchado hace cinco minutos—. Si lo consiguen sin perder las ruedas o que la silla se desarme será prueba de la excelente calidad de la máquina.

—No han regresado y tampoco se ha escuchado ningún grito. —Me imagino al de la silla metido en un charco de barro y al de negro tirando de él y me vuelve a dar la risa—. Lo tendrían difícil los de la ambulancia para socorrerle.

—¿Habrán alquilado alguna casa cerca? Este camino solo le usamos los que vivimos por esta zona.

—Alguien se lo ha tenido que contar y no ha debido de explicarles muy bien las condiciones en las que se encuentra para meterse con una silla después de lo que llovió ayer.

Matt sonríe mientras apura el contenido de su botellín. Si no fuera por lo cansada y dolorida que estoy le besaría y terminaríamos deshaciendo la cama a las doce y media y con medio jardín sin segar. Es una lástima, pero tengo que terminar antes de que se me caigan los brazos y tengan que pegármelos con cola.

—Hace un par de veranos vino una finlandesa en una auto caravana que tenía la misma edad que tu segadora. Aparcó en el *parking* de la playa y permaneció la segunda quincena de junio.

Le miro sorprendida. Que se acuerde de una mujer que vino en una auto caravana es normal, que sepa que es finlandesa significa que probablemente mantuvo algún tipo de conversación con ella, pero que recuerde las fechas

quiere decir que hubo algo más. Aunque no nos conocíamos y lógicamente era un hombre libre para hacer lo que quisiera, empiezo a sentirme incómoda. No quiero imaginar sus escauceos con otras mujeres y, como empiece a contarme algo que no me guste, me levanto y enciendo la segadora.

—Si preguntas en el bar de Ramón por la Bardot de Finlandia seguro que más de uno todavía se pone nerviosito perdido al recordarla.

—¿Era muy exuberante? —No sé para que lo he preguntado, a veces no sé tener la boca cerrada.

—Bastante. —Que Matt vuelva a reírse no me hace ni pizca de gracia—. Yo creo que era mayor que yo, entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Era una mujer muy alta, rubia, con muchas curvas.

—¿La visteis en bikini?

—La vimos desnuda.

—¿Hacía nudismo? —Jod... con la finlandesa. Y yo perdiendo mis mejores años entre cuatro paredes.

—Ella decía que estaba en sintonía con la naturaleza. Se bañaba desnuda, paseaba desnuda por los acantilados, tenía mucho pecho y un trasero y piernas a juego. El primer paisano que la vio se lo contó a los demás y durante días el *parking* de la playa estuvo muy concurrido. Algunos abueletes no habían caminado tanto desde hacía años. Ahí debió de haber mucho desgaste de cachabas y dolor de articulaciones por las noches, pero sarna con gusto no pica y hacían caminatas de kilómetros para ver a la rubia.

—Debió de ser todo un espectáculo. —Me río más relajada.

—¡Para verlo! Sabía decir unas pocas palabras en castellano, sobre todo “amor”. Cada vez que la pronunciaba, a algunos se les reviraban los ojos. Les hablaba de la noche de San Juan. Quería hacer una gran hoguera en la playa y bailar desnuda alrededor de las llamas.

—¡No me digas que los viejetes también se apuntaron y danzaron como les trajeron al mundo agarrados de la mano!

—De eso nada, ¡ja, ja, ja! Eso sí que hubiera estado bueno. A ellos les interesaba ver los pechos de la mujer moviéndose mientras saltaba, no ver en pelotas al vecino de prado con el que jugaba todas las tardes la partida de mus.

—¿Entonces, que pasó la noche de San Juan?

—La playa parecía una feria de ganaderos y agricultores. Los que estaban solteros o viudos acudieron haciéndose los despistados.

—¡Vamos, que pasaban por allí!

—Exacto, ¡ja, ja, ja! Habían aprovechado la buena noche que hacía para dar un paseo hasta la playa a las doce de la noche.

—¿Y los que tenían mujer?

—De esos pocos había. Las mujeres los ataron en corto en cuanto se enteraron de que la finlandesa corría por los campos vestida solo con unas zapatillas y una gran pamea.

—Y tú, ¿qué hacías allí? —Le miro picarona, a ver qué contesta.

—Llevar en coche a Ramón. Le acababan de poner una prótesis de cadera y no podía montar en bicicleta. —Le interrogo con las cejas—. ¡No me mires así! Aquello fue bochornoso. Recuerdo a Rafael, un hombre que falleció dos meses después. Se quitó la camisa y empezó a ondearla por encima de la cabeza. ¡Llegó un momento en que pensé que se descoyuntaría con tanto movimiento!

—¿Y cómo terminó aquello?

—Con todos corriendo hacia los árboles para protegerse de la lluvia. Yo estaba dentro del coche rogando para que Ramón se cansase de ver tanto bailoteo y me pidiera que le llevase a casa. A aquella mujer no se le terminaban las pilas, daba vueltas a la hoguera bamboleándose. Las primeras gotas cayeron dispersas y sin término medio pasaron a convertirse en un diluvio que apagó el fuego.

—Menudo chasco se llevarían.

—Un buen resfriado es lo que se llevaron a sus casas.

—¿Y la finlandesa, continuó danzando?

—Se metió en su auto caravana chillando en su idioma. A la mañana siguiente se había marchado, dejando el sitio donde había tenido estacionado su vehículo lleno de suciedad.

—La amante de la naturaleza resultó ser una farsante.

—Y una vividora. Le había pedido dinero prestado a todos los hombres y alguno de ellos había caído en la trampa.

Tomo el último trago y me levanto muy a mi pesar. No soporto ver la mitad de la hierba a una altura y la otra mitad a otra. ¡Esa soy yo, la señorita responsable, no lo puedo evitar!

—Voy a terminar de segar.

—Yo lo hago.

—Muchas gracias, pero quiero terminarlo yo. Tengo algo personal con el jardín.

—Ya lo he notado. —Matt me abraza y yo me abandono durante unos segundos antes de separarme decidida—. Entonces yo cocinaré.

—Hazlo aquí —propongo—. Hay ensaladas, filetes de pollo y helados en el congelador.

—Los helados que se queden en su sitio. Esta noche celebraremos el cumpleaños de Cristina y será un despropósito. Esa mujer no entiende la palabra “suficiente”.

—Traerá mucha comida, ¿no? —Ya empiezo a acostumbrarme a las grandes cantidades que se sirven en cada plato. No me explico cómo la gente no está más gorda.

—Mucha comida para nosotros y para los perros. Thor se lo va a perder, pero si aparece algún pajarillo también se llevará su parte. Toda la cuadrilla está haciendo régimen desde el lunes para no privarse de nada esta noche. No me quiero imaginar qué organizará para inaugurar su casa.

—¿Falta poco para que esté lista para vivir?

—Ella insiste en que nos bañaremos en julio en su piscina. Yo pasé el otro día y me parece que ese baño nos lo daremos en agosto o septiembre, en el mejor de los casos.

—Por eso lo celebrará en tu casa.

—Viven en un piso de cincuenta metros cuadrados, ahí no entramos todos. Otros años nos hemos reunido en la planta baja de la casa de mis abuelos. El otro día hicimos la prueba en la nueva bodega y estuvimos bien, así que repetiremos.

—¿A qué hora vendrán?

—A las nueve. A las ocho y media sacaré las mesas y las sillas para tenerlo listo.

—He dejado para el último momento la compra de su regalo. ¿Qué le gusta? ¿Algo para la casa? ¿Tiene algún *hobby*?

—Tiene pasión por los collares y las pulseras. Le gusta que tengan muchos colores.

—A la tarde iré a Gijón. Necesito comprarme ropa, así que aprovecharé el viaje y buscaré una pulsera vistosa.

—Yo he quedado con el dueño de una finca para alquilársela. El año pasado me vendió unas manzanas bastante buenas y quisiera controlar yo personalmente los árboles. No está muy decidido, así que tendré que convencerle de que cuidaré sus manzanos como si fueran míos.

—Yo a las ocho estaré de vuelta. Dejaré lo que compre en casa y me acercaré hasta la tuya.

—Muy bien. Voy a preparar la comida.

—Y yo a terminar de segar.

Arranco la arcaica máquina y la empujo. ¡No debería haberme sentado a descansar! Ahora es peor. Me he quedado fría y mis músculos están agarrotados. A terca no me gana nadie. Bajo la vista para no ver todo lo que me queda por segar y obligo a la segadora a avanzar.

—¡Cariño!

La voz de Matt se eleva por encima del ruido que hace este trasto viejo. Levanto la vista y... ¿cómo no reírme ante lo que estoy viendo?

—¿Qué tal me queda el delantal?

—Bonito fajín. Te regalaré uno a medida para tu cumpleaños.

—Sí, por favor, con manoplas a juego para sacar las bandejas del horno.

Entra en casa riéndose y vuelvo a la carga pensando que incluso así vestido —con un delantal que solo le cubre las caderas porque la parte del pecho la ha tenido que dejar colgando al ser demasiado corto el cordón para pasárselo por el cuello—, es increíblemente masculino.

El *parking* aparece en el momento justo, cuando estaba a punto de tirar la toalla después de dar varias vueltas por calles que no me suenan de nada. Llegar ha sido una hazaña, aparcar la furgoneta sin llevarme por delante a otros coches ni a las columnas va ser otro reto. Por suerte para mí en la parte más alejada de la entrada, donde nadie quiere dejar su vehículo, hay tres

plazas libres juntas. Maniobro despacio, atenta a cualquier sonido. Cuando creo que lo he conseguido, me bajo para asegurarme de que he ocupado solo una plaza y que la furgoneta no sobresale de la zona marcada en la parte delantera. ¡He dejado un montón de espacio en la parte trasera y he invadido un metro de la zona de tránsito! Anoto mentalmente comprarme algún día un coche con cámara trasera. Amplío la anotación añadiendo que tendrá que ser pequeño y me marcho satisfecha y aliviada cuando la furgoneta queda perfectamente encajada dentro de las cuatro líneas blancas del suelo.

Las calles peatonales todavía no están muy transitadas a las cuatro y media, un buen momento para entrar en la primera tienda, donde espero encontrar ropa barata y cómoda que poder usar a diario y que no me dé excesiva pena ensuciar mientras enredo en la huerta o me divierto con los perros de Matt.

La ropa de verano llena los estantes. ¡De verano de Sevilla! Hay pantalones vaqueros, que se pueden encontrar todo el año, o pantalones muy cortos, camisetas de tirantes y tops que en realidad son sujetadores anchos. Pocas sudaderas, pocos pantalones largos de género fino y montones de sandalias.

Siguiente tienda, más de lo mismo. ¿Estaré haciéndome una idea equivocada de los *shorts*? Escojo uno negro, otro rojo y dos camisetas de manga corta. Entro en el probador y dedico dos minutos a asegurar la cortina a ambos lados, después de ver en tanga a la mulata que está en el probador contigo.

Yo he imaginado muy bien cómo quedarían estos diminutos pantalones en mi cuerpo, metidos por el culo, dejando casi todo lo que tienen que tapar al aire. ¡Como para agacharme a retirar las malas hierbas de la huerta con esto puesto! Con la de insectos que hay volando a lo loco, ¡quién sabe dónde aterrizarían! Además del riesgo para mi integridad física que supondría ir enseñándolo todo, algo a lo que no estoy dispuesta por mucho que lo quieran imponer las cadenas de ropa juvenil, tampoco estaría dispuesta a correr el riesgo de ser la próxima atracción de los viejillos de Villaviciosa.

Me quito los pantalones y el alivio que siento es inmediato. El talle alto empuja la prenda hacia arriba y ya estaba notando sus desagradables efectos

en mi entrepierna. Una chica ha salido del probador y está mirando cómo le sientan unos pantalones idénticos a los que yo acabo de rechazar. Se acerca al espejo, se aleja, se gira hacia un lado, tuerce la cabeza como la niña de *El Exorcista* para comprobar si le sientan bien en la zona del culo... Los lleva tan justos que ha convertido su culo en cuatro partes: dos quedan ocultas debajo de la tela y las dos inferiores están bien fresquitas al aire, donde serán un placer para cualquier chico que siga su misma dirección cuando camine por las calles de Gijón.

Le están tan justos que se me plantea una duda cuando paso a su lado: ¿cómo se le quedará lo de ahí abajo después de llevar esa costura metida entre sus carnes durante un rato? Escocido es la primera respuesta que me doy. El movimiento genera fricción y esa zona es muy sensible. Cuando se quite los pantalones tiene que sentir un alivio terrible, aunque quizá ni sienta ni padezca porque se le haya quedado dormido el sexo por falta de riego sanguíneo.

Pago las camisetas y salgo a la búsqueda de una tienda menos moderna que tenga pantalones cortos clásicos, de los que tapan medio muslo. Niños vestidos con uniforme azul marino corren con el bocadillo en la mano. Me gusta esta ciudad, la gente camina a una velocidad razonable.

Un luminoso verde me llama la atención. No puedo dejar de mirar los números que atraviesan la pantalla. Los susurro una y otra vez como si fuera un mantra: cuatro, catorce, veintisiete, treinta y dos, cuarenta y dos, cuarenta y ocho. Me escucho pronunciarlos, las cifras revolotean en mi cabeza. Un niño pequeño me está observando, le veo por el rabillo del ojo izquierdo. Consigo romper los lazos invisibles que mantienen mis ojos fijos en las luces verdes y bajo la cabeza para sonreír al chiquillo, que luce sin vergüenza un hermoso moco verde.

La madre acude con un pañuelo de papel en la mano e inicia una lucha estratégica para atrapar la viscosa secreción. El muchachito, que no tendrá más de cinco o seis años, está acostumbrado a estas guerras y se mueve como anguila en el agua esquivando a la sufrida madre que tiene una doble misión: capturar el moco y no hacerle daño al niño mientras lo intenta.

Doy un paso, otro, uno más, me alejo del luminoso asustada. Conozco esos números, repiquetean en mi cerebro haciendo que todo lo demás deje de tener

importancia. Ya no hay tiendas, todo se ha quedado atrás. Todo menos las seis cifras, que giran en órbitas como electrones.

Camino intentando que desaparezcan para que pueda pensar con claridad. Me paro delante de un famoso local de hamburguesas y pienso. ¿Cotizaciones de bolsa? ¿Claves de tarjetas de crédito? ¿Teléfonos de clientes? ¿Qué significan esos números? Anotarlos es una buena idea, pero la combinación ha quedado incompleta, dudo de algunas cifras.

Corro de regreso a la administración de lotería. Cuatro, catorce, diecinueve, treintainueve, cuarenta y dos y cuarenta y cinco. El primer número vuelve a aparecer y comienzo a repetirlos en voz alta: cuatro, catorce, diecinueve... El tercer número no me suena. Los que una y otra vez desfilan por el luminoso no son los mismos y yo ya no recuerdo cuáles eran.

Entro en una cafetería y pido un botellín de agua fría. Saco mi teléfono móvil y busco efectos a largo plazo de una deficiencia de potasio. Nada de lo que me está pasando encaja con los síntomas. He engordado tres kilogramos, mis ojeras han disminuido visiblemente, me encuentro más sana y sin embargo mi mente empeora.

¿Nuevas comidas? ¿Cambios en mis hábitos? He degustado varios cachopos, pero no creo que la carne empanada sea la responsable de estos bloqueos mentales. La palabra locura se empieza a formar, el calor de la batería del teléfono calienta mi mano. El camarero ha comenzado a pasar varias veces por delante de mí mirándome de reojo. Ha transcurrido media hora, ¿demasiado tiempo para haber consumido solamente un botellín de agua o también él está empezando a creer que tiene como cliente a una mujer trastornada? Pago dejando medio euro de propina y me mezclo con turistas y locales, que pasean buscando ese trapito que añadir al vestuario de primavera.

Hay gente con graves enfermedades que consigue tirarse en paracaídas, hacer *puenting*, escalar el Everest o bucear con tiburones. Si ellos pueden, yo también soy capaz de aceptar mi locura y convivir con ella. Y juntitas las dos nos vamos a meter en todas las tiendas que nos dé tiempo hasta que el reloj marque las siete y cuarto. ¡A ver qué piensa después de que la arrastre, cargada de ropa, a probarme sin descanso!

—¿Estás bien cariño? —¿Siempre va a ser así? ¿Dentro de cinco años

sentiré la misma emoción cuando me diga cariño?—. Pareces cansada.

—Lo estoy.

Me odiaría si mintiese a Matt, pero sí que estoy muy cansada. Ocultar el motivo no es mentir, es no contestar a lo que no me ha preguntado.

—No quiero que vuelvas a coger esa segadora. Si hace falta llevaré el tractor todas las semanas.

—Voy a comprar una, te lo prometo. —Me duelen los brazos si los elevo.

—¿Quieres acostarte ya? Aquí todavía tenemos reunión para rato. A Pelayo no le levanto de la silla ni haciendo palanqueta. Acaba de abrir la botella de orujo y hasta que no se termine no para.

—Será lo mejor, así podrás disfrutar con tus amigos. Voy a despedirme de todos.

—Te acompañaré a casa.

—No hace falta, está aquí al lado.

—Entonces ir y volver me costará dos lados, el de ida y el de vuelta.

—Está bien. —Lo va a hacer diga lo que diga.

Caminamos en silencio. La niebla que comenzó a llegar al anochecer ahora cubre cada rincón y vuelve el paisaje irreal. Contengo un escalofrío. A Matt, que parece siempre concentrado en mi bienestar, no se le escapa.

—¿Tienes frío? Deja que te abrace. Es la niebla, que trae mucha humedad. ¿Vengo a hacerte compañía cuando finalice el cumpleaños?

—No, que tengo agujetas.

Necesito descansar y si viniese terminaríamos como todas las noches: él tocándome, yo besándole, y una cosa llevaría a la otra hasta terminar arrojando el edredón al suelo. Después me buscaría en sueños, me acurrucaría entre sus brazos y volvería a pasar la noche en vela.

—Es verdad —recuerda resignado—. Mejor poner unos metros entre los dos, me costaría mucho contenerme.

—Como seguramente te despertarás después que yo, lo mejor será que tú me llames.

—Eso haré. Cierra con llave por dentro.

—A sus órdenes —le respondo tratando de sacar humor a crédito.

—Recupérate.

Doy dos vueltas a la llave y la dejo puesta. Sin nadie delante a quien convencer de que me lo estaba pasando bien, me permito relajar la cara para que muestre lo que llevo horas sintiendo: angustia. El número cuarenta y dos me acosa: Cristina cumplía cuarenta y dos años.

La cena comenzó bien: mucha gente a la que ha había conocido en la fiesta que dio Matt o al pasear con él por las calles de Villaviciosa, comida para alimentar a una docena de luchadores de sumo durante una semana, bebida para emborrachar a veinte bebedores empedernidos de despedida de soltero en Las Vegas y muchas ganas de pasar un buen rato.

Y así fue durante las dos primeras horas. Hay gente que tiene gracia para contar una simple anécdota y Pelayo nació con ese don. Me reí como hacía tiempo no hacía con sus explicaciones sobre lo que le costó que Cristina le hiciera caso y las maniobras que tuvo que hacer una noche de las fiestas del pueblo para darle el primer beso.

Cristina remató ese momento confesando que Pelayo era tan torpe cortejándola que llegó a plantearse cogerle de la mano y llevárselo a la parte trasera del tenderete de la orquesta para facilitarle el camino.

La llegada de la tarta con sus dos velitas encendidas me alteró. Ver el número cuarenta y dos desencadenó nuevamente esa sucesión de cifras que compartieron conmigo la última hora de compras en Gijón. Probándome calzado llegó a tener su gracia cuando debí decirle a la dependienta que calzaba uno de los números de la lista misteriosa sin darme cuenta y me trajo unas deportivas dentro de las cuales mi pie se perdía.

El cansancio real por haber segado la parcela resoplando, el desasosiego que me han provocado las dos velas componiendo el número cuarenta y dos, el sueño acumulado y la sidra se han confabulado para dejarme en un estado de “aquí estoy yo porque tengo que estar” del que ya no he podido salir, por mucho que lo he intentado. Dicen que hay que saber retirarse a tiempo y yo necesito este pequeño retiro para resetear mi cerebro y que quede limpio de virus.

Me cepillo con ímpetu los dientes. Las costillas asadas con salsa barbacoa estaban muy buenas, pero no pienso comerlas de nuevo a menos que me den un cuchillo y un tenedor. A punto he estado de pedir un palillo y marcharme fuera

para sacar las hebras que se habían quedado atrapadas entre mis dientes. No sería extraño amanecer con la lengua con agujetas después de la caña que le he dado durante diez minutos hasta que he conseguido que se desprendiese un pedazo que se me había metido entre las paletas y que me estaba poniendo atacada de los nervios.

Me desmaquillo por costumbre fijándome en mí. Me gustaría llegar al fondo de mis ojos y escudriñar en ese batiburrillo de ideas que tengo dentro hasta encontrar la podrida. ¿Quién sabría interpretar los síntomas? ¿Un sicólogo? ¿El siquiatra? Cuando mis padres se separaron mis calificaciones escolares cayeron en picado. En mi colegio, uno muy pijo que tenía un psicólogo en plantilla, asistí a mi única cita con este tipo de profesionales. Me hizo algunas preguntas que me parecieron muy inocentes y yo las contesté diplomáticamente.

¿Cómo sería esa hipotética sesión? ¿Me tumbaría en un sofá y me pediría que hablase de lo que yo quisiera mientras fingía tomar notas con cara de concentración? “Cuénteme qué le preocupa, señorita Beatriz”, “Verá... yo en ocasiones veo...”, “¿Muertos?”, “No, veo números, y también un dedo, y un anillo gigante... Busco en internet hoteles de Tokio sonámbula...”. No pienso contárselo a nadie.

La cama está fría y me arrebujó para compartir mi calor corporal con el edredón. Un wasap cuyo remitente intuyo hace que tenga que sacar los brazos para contestar. Matt me desea felices sueños y yo le respondo deseándole un buen final de la velada. No sería la primera vez que alguno de sus amigos termina durmiendo en una de las habitaciones de la casa de los abuelos porque no está en condiciones de conducir de vuelta a su domicilio.

El sueño aparece al instante animado por las facilidades que le estoy dando para tomar el control. Le pido un deseo: dormirme pensando en Matt y sintiendo la alegría que me causan sus detalles. Cierro mis manos como si sus dedos estuvieran jugueteando con los míos, me abrazo imaginando que es su cuerpo el que me está dando calor y dejo que sus dulces palabras me balanceen mientras atravieso las puertas del mundo onírico.

Camino entre las atracciones de feria. Si mi madre me viera me regañaría, a ella siempre le han dado miedo estos artilugios. Ya no puede prohibírmelo,

soy mayor. Como acto de rebeldía tardía, pido algodón de azúcar en un puesto. El primer bocado es delicioso, el segundo también, el tercero me parece menos sorprendente y cuando llego al sexto estoy deseando que se acabe para buscar una fuente donde limpiarme la cara y las manos, y enjuagarme la boca.

“La casa del terror”. Mis amigas del colegio contaban que esta atracción era adictiva; ni podían evitar montarse ni dejar de chillar en todo el recorrido. Quiero saber lo que se siente y compro un billete a una mujer vestida con un traje de lentejuelas verdes y sombra de ojos a juego.

Monto en la vagoneta sintiendo tantos nervios que estoy a punto de levantarme para irme. El tren se pone en marcha. Traspasamos unas cortinas de terciopelo negras y la oscuridad se vuelve total. Reconozco que estoy dentro de un sueño y coloco luces de cortesía en el recorrido para que los trabajadores que están agazapados para gritarme cuando pase cerca no me asusten tanto.

El color verde no lo elijo yo, viene como parte del equipamiento de serie del sueño. Luces colocadas estratégicamente dibujan, por medio de filtros sobre la pantalla, los números a mi paso. Una silla de ruedas dorada aparece a mi izquierda. El peluche gigante de un payaso está sentado mirándome. Mi vagón se detiene. La silla avanza sobre una cinta transportadora como la que lleva las maletas en el aeropuerto. La silla pasa a centímetros de mi hombro. Cierro los ojos dentro del sueño para no ver si el peluche se gira y me mira. Cuando los vuelvo a abrir veo los pelos de lana naranja de su nuca metiéndose en un agujero que se abre en la pared. El vagón continúa su marcha. Caminamos hacia un lugar impregnado de un olor conocido, cuando de repente un enorme anillo verde del tamaño de una sandía aparece colgado de una cuerda dorada.

El instinto actúa y llevo mis manos a la cabeza para protegerlas del probable impacto, que no llega a producirse al quedar suspendido amenazadoramente sobre mi cabeza. El dulzón perfume de Zimmerman es expulsado constantemente por dos artefactos hasta convertir el aire en veneno que quema mi sistema respiratorio y satura mis ojos de lágrimas.

Me bajo del vagón. La tos convulsiona mi cuerpo y apenas veo hacia donde camino. Solo espero poder encontrar la salida antes de caer

inconsciente. La puerta con la señal “EXIT” en letras parpadeantes está a mi alcance. ¿Por qué no la puedo tocar? ¿Es este el último y mejor truco del túnel del terror?

Me despierto empujando el aire frenéticamente con las manos. Una parte de mi mente, la que ya ha despertado, ha identificado lo que parecía tan real como un mal sueño. La otra, que está todavía encendiendo los sistemas manuales, continúa empeñada en alcanzar la puerta de salida y se le escapan dos últimos manotazos hasta que reconoce mi habitación.

“¡Jod...!” es cuando puedo decir. Sobran las palabras. Solo yo sé lo que acabo de vivir.

Me levanto sin dar la luz para no desvelarme. La pantalla de mi socorrido teléfono móvil hace las funciones de linterna y me ilumina hasta la cocina. Agarro la botella de agua cuando la función de ahorro del eficiente aparato japonés me deja a oscuras.

Dejo que mis pupilas se acostumbren a la oscuridad y por un momento me asombro de lo que el ojo humano puede llegar a ver si se le deja. Una ligerísima claridad se cuela por las contraventanas. ¿Se habrá marchado la niebla?

Si fuera una mujer valiente saldría al porche envuelta en mi manta verde y me sentaría en una butaca a contemplar la luna. Como soy una mujer tirando a cobarde me daré por satisfecha haciéndolo a través de la ventana.

Y no será la de la cocina. Para liberar las contraventanas hay que abrir la ventana, algo a lo que no termino de encontrarle el lado práctico. Las piezas de madera sirven para proteger el interior del frío, del viento y de la lluvia. Si llueve, el viento arroja la lluvia contra las ventanas y para protegerlas hay que sacar medio cuerpo y mojarse como un pollo. El que las diseñó no tenía un buen día.

Las de la habitación convertida en trastero nunca se cierran. Me acerco con el móvil enfocando al suelo para no golpearme los dedos con las cajas vacías de los pequeños electrodomésticos que todavía no he tirado al contenedor correspondiente. De nuevo el móvil se apaga. Es entonces cuando veo la luz, y no es la luna la que está dándose un garbeo nocturno por los alrededores de mi casa.

La niebla difumina el haz de la linterna. Una persona está caminando entre el muro de mi jardín y el bosque. Con tan escasa visibilidad no hay modo de saber si es hombre o mujer, si le conozco, si está buscando algo o simplemente pasea, lo cual le convertiría en alguien con un grado superior en locura al mío.

¿Quién está ahí? ¿Corro peligro? El haz de luz enfoca al trastero y se acelera mi respiración. Sin dudarlo reviso el registro de llamadas. Matt aparece de modo continuado y ruego que el sonido de aviso de llamada le despierte.

El agudo timbre de su móvil es molesto. Matt dice que se escucha aunque los cuatro perros estén dando una serenata de ladridos. En cuanto venga y ese mirón se marche le diré que el sonido de su móvil llega desde su casa hasta la mía.

—Beatriz, ¿estás bien?

—Matt, hay alguien fuera.

—¿Desde dónde le ves?

—Desde la ventana del trastero, la habitación que no uso.

—¿Y ahora qué está haciendo?

—Está moviendo la linterna hacia arriba y hacia abajo.

—¿Y ahora?

—Ha apagado la luz.

—Ábreme la puerta. Soy yo.

¿Qué está haciendo Matt a estas horas dando vueltas alrededor de mi casa?

CAPÍTULO 17

—¿Qué hacías fuera a las cuatro y media de la madrugada? —Le abrazo reconfortada al saber que no era un sádico quien estaba fisgoneando en plena noche, y también preocupada porque era Matt el que estaba dando vueltas alrededor de mi casa.

—Buscaba a quien ha dejado caer esto.

—¿Una tarjeta para acceder a una habitación de hotel?

—Eso parece.

Cierro la puerta y doy las dos vueltas de seguridad. Aunque Matt está a mi lado, todavía tengo el susto metido en el cuerpo. Le agarro de la mano para que nos sentemos en el sofá y por primera vez la noto fría. Me percaté de que está en camisa, como casi siempre, y de que la niebla es agua en forma de vapor que ha empapado su ropa.

—Quítate la camisa y el pantalón.

—¿Ahora? Me halagas, cariño. —Matt me besa y juego con sus fríos labios para devolverles algo de calor.

—Realmente lo que quiero en este momento es evitar que enfermes. —Me acerco a la estufa y la enciendo para que suba la temperatura de la casa—. Pero si quieres que aliente tu hombría te confesaré a esta intempestiva hora que siempre es un placer pedirte que te desnudes.

—Si me lo pides así... Me taparé con la manta.

—Tengo algo que puedes ponerte. Ahora vuelvo.

Seguramente no será el mejor momento para estrenar una camiseta de *surf* y un pantalón a juego, pero es la única ropa que podría ponerse sin que su extraordinario cuerpo quedase ridiculizado. No me apetece verle con una de mis camisetas apretándole las axilas y llegándole por debajo de los pectorales y con un pantalón de chándal que una vez puesto se convertiría en una apretada malla de *ballet*.

—Encontré una tienda con ropa para tu tamaño. Se suponía que iba a ser

un regalo. —Le entrego las dos prendas sintiendo cómo me sonrojo de vergüenza—. La dependienta me aseguró que si no te gustaba se podía cambiar por otra cosa.

—Y me gusta. —Se viste y su imagen es idéntica a la que formé cuando vi el bañador de *surf* expuesto en el escaparate. ¡Mi chico está para chuparse los dedos!—. Muchas gracias. ¿Y en esa tienda tienen bikinis a juego?

—Tienen muchas cosas. No me despistes, ya iremos otro día. Ahora cuéntame por qué has venido. Esa tarjeta podría llevar días o años en el camino. Tú mismo dijiste que en verano la gente que lo conoce suele pasear por los acantilados.

—El otro día no estaba.

—Han pasado varios días y la tarjeta es de plástico, no se deteriora rápidamente. —Me siento a su lado porque yo también me estoy quedando helada.

—Puede ser. La tarjeta igual se le ha caído a alguien hace una semana, pero los perros han venido corriendo hacía aquí porque han olido o han escuchado algo que les ha alertado, y la luz que he visto no me la he inventado.

—¿Y llevas mucho rato buscándole? —¿Y si le hubieran hecho daño? Matt es muy grande y fuerte, pero no es invencible—. ¿Por qué no has llamado a la policía?

—¿Y qué les habría contado, que me había parecido ver a alguien caminando en dirección a los árboles? Caminar no está prohibido.

—Y los perros, ¿dónde están?

—No lo sé. Espero que en la puerta de casa esperando a que les abra para poder entrar.

—Me pongo las zapatillas, el chubasquero y vamos.

Entro en mi habitación y sin perder tiempo tomo el calzado, una sudadera y el chubasquero, y regreso para ponérmelo en el salón, mientras Matt continúa contándome lo que ha pasado.

—Abrí las puertas para que se fueran los del cumpleaños. A los perros les encanta salir y marcar un perímetro alrededor de la casa. Esta hora es la mejor: no pasan coches, no hay ganado fuera... Les dejé corretear hasta que Guerrero se quedó muy quieto con las orejas tiesas mirando hacia tu casa. Es

el que siempre avisa, el que antes se entera si se acerca un coche de alguien conocido y el que se lo cuenta a los otros tres. Empezaron a ponerse nerviosos. Les llamé, pero no me hicieron caso y echaron a correr hacia aquí. A veces encuentran un erizo o se ha acercado demasiado un zorro, y salen hasta que el pobre animal se marcha por donde ha venido. No regresaban y pensé que estabas sola en esta casa, con una valla que la podría saltar un niño, con ventanas al alcance de cualquiera y una puerta simbólica que incluso tú podrías tirar abajo de una patada.

—Me estás asustando —le confieso atemorizada ante la escena que me acaba de sugerir—. No había pensado que mi casa le pudiera interesar a nadie, no hay nada de valor dentro.

—Estás tú. Hay gente que hace daño a mujeres.

—Es verdad. —Ahora sí que tengo frío, y del que no se quita por muchas capas de ropa que uno se ponga encima.

—Cuando subía la cuesta me ha parecido ver una luz moviéndose hacia los árboles. Los perros han salido corriendo hacia ella y yo también. Quien allí estuviera se ha marchado, porque los cuatro han regresado mientras estaba mirando si había huellas de sus pisadas en el suelo.

—¿Y las has encontrado? —Tengo de novio a un hombre todoterreno, lo mismo recolecta manzanas que sigue un rastro.

—¡Que va! Solo he visto las marcas de las uñas de los perros.

—Estoy lista. Llévate puesta la manta.

—Cualquiera que me vea con la manta va a pensar que hemos estado retozando en la playa.

—¡Mira tú qué bien! Así volverá a la cama muy animado.

No me gusta la niebla y ésta se ha vuelto tan espesa que la visibilidad se reduce a los dos metros que tenemos delante. Instintivamente me mantengo en silencio mientras nos acercamos a casa de Matt. Hay algo fantasmagórico en este fenómeno climatológico. Si las tormentas son una especie de pataleta de los cielos, la niebla tiene una esencia controladora. Llega, se deja caer en un lugar y se hace la dueña de la situación. Sus húmedos tentáculos palpan la tierra, se posan sobre los caminos e imponen un toque de queda. La niebla está viva a su manera, tiene pulso y caminar entre ella es atravesar sus entrañas.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No tenéis llave para entrar?

Los cuatro perros se muestran encantados de que hayamos aparecido. Se mueven alrededor de Matt pidiéndole disculpas como solo un perro es capaz de manifestar, con ese movimiento bajo de cola y orejas agachadas que significa: “La he liado, pero ha sido sin querer y ya estoy arrepentido”.

—Os habéis portado bien. Hay que defender a Beatriz.

Los perros controlan a la perfección el lenguaje de las emociones y el tono de Matt al felicitarles hace que sientan que se les ha ido un peso de encima. Donde esperaban recibir una reprimenda se están encontrando con unas palmaditas en los lomos. Lo celebran poniendo cara de niños buenos.

—Os doy permiso para comeros con patatas fritas al que quiera hacerle daño a Beatriz.

—Vas a tener que darles un premio entonces. Están babeando.

Son los primeros en entrar. La palabra “premio” es una de sus favoritas, seguida de la palabra “guapo” y el resto de halagos que se pueden decir a un perro. Mirando fijamente la puerta de la nueva bodega esperan su recompensa.

—Pero solo un poco, ¿de acuerdo? Ya os he dado antes y ya sabéis qué os sucede si coméis muchos alimentos de humanos.

—¿Qué les pasa?

—Que lo tragan sin masticar. El estómago sufre, les entra diarrea y como son unos cochinos no se les ocurre irse a la esquina más alejada a hacerlo. Lo van dejando por todas partes y tengo que sacar la manguera y rociarlo porque el olor es insoportable.

—Saben lo que estás contando. —Han vuelto a agachar las orejas, son más listos que el hambre.

—Por supuesto que lo entienden. Hasta ellos salen corriendo asustados después de hacerlo.

Sobre la mesa los restos del cumpleaños descansan ordenadamente: empanada, cuñas de queso, tostas de jamón y setas... Un manjar para cualquiera que tenga hambre. Los perros se detienen en una esquina marcando con sus hocicos lo que quieren.

—Les apetece dulce.

—Claro. Antes cenaron lo salado, ahora toca el postre. ¿Hay cuatro

cupcakes idénticos?

—Sí, los de la crema azul.

—Dáselos. Son muy envidiosos y si ven que son diferentes se ponen nerviosos.

Cuando se trata de comida son tremendamente educados y esperan a que les acerque la magdalena para tomarla con delicadeza y salir corriendo a la hierba, donde se tumban con ella entre las patas para disfrutarla.

—Te quedas aquí.

—Sí.

Sin preguntas, con decisión entrelaza nuestros dedos para dar fuerza a su afirmación. La mía es dejarme cuidar y querer. A su lado he aprendido que apoyarse en otra persona no es un acto de debilidad. He comprendido que siempre es mejor confiar en quien ha demostrado que se preocupa por mí, aunque corra el riesgo de que esa persona me defraude. Encerrarme dentro de una coraza para no sufrir ha tenido el efecto contrario al privarme de sentir, y eso es vivir, experimentar la alegría y a veces la pena, masticar cada momento como único porque no volverá. No hay segundos visionados. La historia continuará y el momento quedará grabado sin opción a filmar nuevas tomas.

Matt me hace el amor con dulzura, pero no me engaña. Encuentro gestos que confirman su preocupación: el modo en que enmarca mi cara con sus manos y sus ojos se clavan en los míos, la dolorosa agonía a la que me lleva al acariciar lentamente mis pechos, el modo en que me abraza cuando alcanzamos el orgasmo y que todavía nos mantiene unidos aunque nuestro deseo ya se ha apaciguado.

—¿Qué me aconsejas? ¿Debería acudir a la policía?

—Si no te molesta prefiero ir yo a contárselo a la guardia civil. Les conozco y les pediré que durante unos días patrullen con mayor frecuencia por el barrio.

—¿Estás seguro de lo que viste? —Me resisto a pensar que alguien pudiera estar pensando en hacerme daño.

—Estoy seguro de los perros —admite Matt abrochándose el cinturón—. Había algo y, aunque la niebla juega malas pasadas a la vista, sigo pensando que vi una luz. Y la llave del hotel no me la he inventado yo.

—Perdona, no estoy dudando de ti, simplemente me resulta más fácil pensar que no había nadie.

—Y a mí —musita abrazándome—, y a mí. Hoy también dormiremos aquí y los perros irán contigo cuando quieras estar en tu casa.

—Me parece bien.

Aunque se agacha para anudarse los cordones de las botas que usa para trabajar y su cara queda oculta, su pecho le traiciona soltando el aire que había contenido esperando mi respuesta. Si hubiera rebatido su propuesta habría tratado de convencerme. Está más asustado de lo que quiere demostrar y yo también debería empezar a preocuparme. Seré prudente y observaré a todo bicho viviente que se me acerque. Ni todo el mundo es bueno ni todos los malos están siempre cometiendo maldades en el otro extremo del mundo.

—No estoy en Londres, mamá. —Y si me escucharas cuando hablo te habrías enterado hace tres minutos, y hace dos, y hace medio...

—¿No? —¡Por fin parece que le ha llegado el mensaje!—. ¿Y dónde estás?

—En España.

—¿De vacaciones? Una semana de relax te va a venir muy bien, trabajas demasiado.

—Me he tomado unas largas vacaciones, mamá.

—Es una lástima que no coincidamos en Londres, tesoro. —No pregunta. Debería estar más que acostumbrada, pero siempre duele—. Llegaremos esta tarde al aeropuerto y allí nos estará esperando su chófer para llevarnos hasta su vivienda en un barrio muy exclusivo de Londres.

—¿Con quién viajas? —Espero que el profesor Ku o como se llame no esté intentando vaciarle la cuenta bancaria.

—Con Amélie. Nos conocimos en la playa.

—¿Una mujer? —Eso es nuevo.

—Sí, cielo. Tienes que conocerla, es un encanto, y está teniendo muchísima paciencia. Le he explicado que necesito algo de tiempo para acostumbrarme a besarla en público, a ir cogidas de la mano. ¡Ya cumplí los cincuenta!, y después de media vida relacionándome con hombres y creyendo que era hetero, no puedo cambiar mis costumbres de la noche a la mañana.

—Claro, mamá.

Los perros me miran y si tuvieran una cámara de fotos me tomarían una instantánea que inmortalizaría la cara de idiota se me debe estar formando al escuchar a mi madre confesándome que ha cambiado de gustos sexuales. No ha sido algo irrelevante como admitir que tiene un consolador en el cajón de la mesilla o que le excita que le digan guarrerías al oído. Mi madre se ha hecho lesbiana en unas vacaciones en Tailandia y me quiere presentar a su novia. Yo siempre intento prepararme abriendo mi mente cuando mi madre me llama. A veces lo consigo y otras siento cómo me chirrían los engranajes del cerebro. En este momento dos tuercas se han aflojado, un latiguillo está suelto y el motor trabaja a demasiadas revoluciones. ¡Y me parecían cuentos chinos algunos programas de la tele!

—Vamos a quedarnos una semana. Haremos muchas compras, acudiremos a espectáculos y después nos iremos a Sudáfrica. Su padre era el dueño de una mina de diamantes y todos los meses viaja para controlar la empresa. Le he contado que tengo una hija y quiere conocerte. ¿Cuándo regresas? Será estupendo que ambas vivamos en la misma ciudad.

—No lo sé, mamá. Voy a tomármelo con calma.

—Haces bien, la vida es maravillosa. ¿Tú estás bien?

—Sí, muy bien. —Mi madre, la que me cuidaba cuando tenía fiebre y no paraba de quejarme, está ahí, escondida debajo de esa capa de mujer de mundo que se ha echado como montera.

—Lláname cuando regreses y quedamos.

—Te llamaré. —Lo haré y será para contarle que me quedo. Pero antes de hacerlo tendré que preparar a Matt.

Como siempre sucede al terminar de hablar con mi madre, los sentimientos contradictorios aparecen. Echo de menos a mi madre, a la figura que fue abandonando según yo iba creando la mía de mujer eficiente y fuerte. Echo de más su cíclico interés en mi bienestar. Me obliga a fingir que mantenemos complicidad cuando en realidad hace años que somos dos extrañas unidas por el árbol genealógico familiar.

El logotipo del coche rojo que se acerca le conozco, la conexión a internet vía satélite está ahora más cerca. ¿Me obedecerán los perros o se lanzarán al

cuello de los dos chicos que bajan del vehículo peinados como si fueran a entrar en una discoteca de Ibiza?

Corro a la cocina. El chocolate les vuelve locos, se sientan, se levantan. Cuando me ven comerlo me dan la pata sin yo pedírselo. Los operarios no se atreven a traspasar la puerta, hay demasiados colmillos asomando.

—¡Chicos! Chocolate.

Los perros no se dan por enterados. Carraspeo, cojo aire y me asusto de la potencia de voz que sale por mi boca:

—¡Chooocoolaaateeeee!

—Les has dejado clavados en el suelo. —Tiene razón el que lleva tatuado el cuello, han metido los rabos entre las patas—. Menudo chorro de voz.

Me pica la garganta. Carraspeo y trago saliva para que los ojos dejen de llorarme como si estuviera picando cebollas. He conseguido lo que buscaba, que los perros solo estén fijándose en mí, concretamente en la tableta de chocolate a la que estoy quitando el envoltorio. Me siguen hasta el garaje, troceo la tableta y arrojo los pedazos al fondo. En cuanto los cuatro están dentro cierro.

—Estará bien cerrado, ¿no? Una vez me mordió un perro que parecía una alfombrilla de baño. La dueña me aseguró que no hacía nada y cuando pasé a su lado se me tiró a la pierna y me desgarró el pantalón.

—Está segura —y se lo demuestro empujando la puerta—. Podéis pasar sin miedo.

—¿En qué estancia quiere que coloquemos el dispositivo?

—¿Ocupa mucho?

—Como una caja de galletas.

—En el salón.

—La mejor ubicación para una casa con perros es el tejado. —Su dedo apunta la caja que contiene la antena parabólica.

—La escalera está en el garaje.

—Nosotros traemos todo lo que necesitamos. —El del tupé parece llevar la voz cantante y el del tatuaje en el cuello acepta con pullitas cada orden que recibe—. Tardaremos un rato.

—Voy a dedicarme al jardín entonces. Si os hace falta algo me avisáis.

Entro en la cocina y busco mis guantes para fregar los cacharros. No me atrevo a coger nada del garaje, los perros ya saben que soy una tramposa. Los hierbajos crecen rodeando todas las plantas que sembré. Mi huerta va a ser ecológica y natural, sin productos que maten las malas hierbas ni ahuyenten a los caracoles. Si consigo comerme un tomate cultivado por mí será cien por cien artesanal.

Susan e Isaías vendrán a cenar hoy y quiero que vean que todo lo que me han enseñado sobre jardín, decoración y cocina no ha caído en saco roto. Mi chico me ayudará preparando uno de sus platos favoritos: espárragos trigueros envueltos en tiras de beicon alternadas con tiras de hojaldre. El viejo horno es algo lento, pero Matt cree que dejando los espárragos más tiempo conseguiremos que el hojaldre alcance el punto de horneado deseado.

—Buenos días, señorita.

¡Silla de ruedas! ¡Colores chillones! No voy a levantar la cabeza, con un poco de suerte se marchará por donde ha venido.

—¡Hola, señorita!

Le he escuchado yo y los perros también. ¿Por qué tengo que aguantar a este hombre? En cuanto tenga oportunidad pienso elevar el muro hasta alcanzar los dos metros de altura. Nadie me podrá ver y si me llaman me haré la sueca.

—¡Hasta luego! —le respondo con todo el ímpetu que me sale después de ver su traje *beige* con rayas marrones.

Vuelvo a fijarme en las plantas de pimientos. Hasta el más tonto se daría cuenta de que ha sido un descarado modo de comunicarle que estoy demasiado ocupada para contemplar su estrafalario atuendo.

—¿Cultiva usted sus propias verduras?

¡Jod...! Le metería ese horripilante fular granate y dorado en la boca y le empujaría cuesta abajo.

—Estoy intentándolo. —La mueca de “si me dejaras de dar conversación quizá algún día pueda comerme un pimiento frito” me sale automáticamente. Este hombre me cae fatal y me da bastante asquito.

—¿Qué ha plantado? Desde la silla no puedo distinguir las plantas.

Si pretende darme pena por estar amarrado a un artilugio lo ha conseguido.

Me levanto y es entonces cuando veo al hombre de negro. Mismo traje, mismos zapatos de punta, misma coleta sin gracia y misma cara impenetrable.

—Tomates, pimientos... —Con dos verduras es suficiente, no esperará que le dedique una hora.

—Me encantan los tomates españoles —me dice con ese acento de inglés de alta cuna que utilizan los que desean aparentar—. Mi cocinera los corta en láminas muy finas, añade aceite de oliva, unas gotitas de vinagre balsámico y sal negra. ¡Es un manjar!

¿Y después que te comes, la vaca entera? Este hombre saca lo peor de mí, me irrita, me hace desear ser muy desagradable y me pone rabiosa. Estoy en mi casa, no me puedo ir, solo esconderme dentro y eso no voy a hacerlo.

Mantengo la boca cerrada, aunque este silencio me incomoda y bastante. Si él es un pesado que quiere charla yo seré una mujer obstinada que no soltará prenda.

—¿Lo ponemos en el mueble? Hay un enchufe detrás.

—Me parece bien. —Ese mueble desaparecerá algún día, otro más moderno ocupará su lugar, pero no será pronto. Hay otras prioridades, y cambiar la decoración del salón no aparece en los primeros puestos de mi interminable lista.

—¿Está de obras?

—Sí. —Las negras cavidades de los ojos del de la coleta me miran y sus inexistentes labios se han abierto para pasarse la lengua obscenamente. No voy a volver a mirarle, me revuelve el estómago.

—¿Internet? —Al de la silla le encanta preguntar.

—Sí.

Su sonrisa con la boca cerrada es inexplicable. La mantiene al tiempo que mueve su calva cabeza lentamente arriba y abajo. Sin pensarlo antes rompo mi promesa y busco de nuevo la mirada de su tétrico acompañante. Sin labios es difícil determinar si los músculos se han curvado hacia algún lado. No me gustaría encontrarme con este hombre en una calle desierta.

—No podemos vivir sin estar comunicados.

—No.

Demostrando, como hizo el otro día, que no tiene ni pizca de educación, el

hombre de negro le habla al oído. Aprovecho el momento para buscar una frase que deje bien claro que no voy a dar más conversación. No me caen bien y no quiero ser molestada en el futuro. “Váyanse a la mierda los dos” es demasiado grosero, “no molesten más” me haría parecer una vieja amargada, “si me disculpan tengo mucho que hacer” es demasiado suave e impreciso, podrían pensar que hoy la conversación se ha terminado pero mañana, si no tengo muchas cosas que hacer, no tendría inconveniente en conversar otro ratito, o invitarles a tomar el té con pastas y sándwiches de pepinillos.

Recurriré a los perros, esos no tienen que ser diplomáticos con esta pareja de excéntricos. Les amenazarán con sus dientes, les diré que a veces saltan la valla si la gente se queda parada delante de la casa y el de la silla descubrirá, sin haberlo planeado, la velocidad máxima que puede alcanzar su vehículo.

—¿No llegaba la señal? —Al señalar la caja con la parabólica apoyada contra la pared demuestra que entiende algo de conexiones vía satélite.

—No. Tengo que entrar en el garaje, los perros van a salir y atacan a desconocidos.

—Pero señorita —me dice jovialmente—, nosotros ya hemos conversado en otra ocasión.

—Los perros no lo saben. —Decidida camino hacia el garaje. Espero que no sea verdad lo de saltar la valla y que se mantengan a mi lado ladrando.

—El otro día no los vi en el jardín.

—Se los había llevado un amigo a pasear.

Un ligero gesto de fastidio se escurre por su mofletuda cara. Levanta la mano y sus gruesos anillos son una nueva razón para asegurar que si fuese el único hombre en la tierra preferiría emparentarme con una mujer antes de dejar que me tocase con esos rechonchos deditos.

Su asistente agarra las manillas. El suelo es demasiado irregular para el diseño urbano de la silla y empujar es la solución para que el artilugio avance.

—Que tenga un buen día, señorita.

—Igualmente.

Abro la puerta del garaje y dejo que los perros salgan. El de la coleta se gira para observar a los perros, que ladran al borde del terreno. ¡Míralos muy bien, porque esto es lo que te encontrarás la próxima vez que decidas pasar

por delante de mi casa: cuatro perros furiosos y una mujer dispuesta a actos que nunca hubiera sospechado con tal de no sufrir de nuevo vuestra presencia!

—¿Os habéis enterado de lo que ha pasado esta mañana en la ensenada de España?

—Algo he escuchado en la radio. Ha aparecido un cadáver, ¿no?

—¿Dónde está ese lugar?

—A unos kilómetros en dirección a Gijón. Es una pequeña playa de piedras.

—No había denuncias por desaparición de personas en la zona —apunta Susan—, pero las corrientes del mar pueden arrastrar un cuerpo a cientos de kilómetros de distancia. Según han contado los pescadores que han encontrado el cuerpo, está irreconocible.

—Hace un par de años apareció el cadáver de un pobre hombre que se había caído al agua hacía cinco días en Burela.

—¿En la playa de Rodiles? —Me resultaría muy difícil volver a pasear por la orilla del mar sabiendo que podría pisar un cadáver.

—¡Noooo! Tranquila, cariño, que ya he visto la cara que has puesto. Apareció en la zona de Avilés y eso está a unos cuantos kilómetros de distancia.

—Yo nunca he oído que en esta playa haya sucedido nada parecido. —Me tranquiliza Isaías—. Esta *mousse* de limón está muy buena, Beatriz.

—Gracias. Es un postre muy sencillo, solo hay que mezclar y dejar enfriar. —¡Buena idea! Pasemos a un tema más alegre, que estamos cenando.

—Pero hay que saber hacerlo —Susan toma una cucharada y se la mete en la boca con satisfacción—, y tiene algo especial.

—Un chorrito de nata líquida. Lo vi en un tutorial de YouTube.

—¡Bendita internet!

—Sí, he podido buscarlo en mi portátil.

—Ya hemos visto la antena parabólica en el tejado.

—Mañana probaré durante todo el día si funciona bien.

—¿A qué te refieres? —Lo he hablado con Matt. Susan e Isaías desconocen por qué necesito hacer estas pruebas.

—Las acciones en las que quiero invertir son muy volátiles. —Busco un

modo sencillo de explicarlo—. El precio de esas acciones no se mantiene estable, sube y baja constantemente. Hay que revisar su valor a menudo, estar atenta y ordenar la venta en el momento justo.

—¡Ya entiendo! Tienes que saber, antes de comprar, que tu conexión a internet no va a fallar en el momento en que más la necesitas.

—Así es. Voy a empezar con poco dinero, pero tampoco es cuestión de perder lo invertido por un fallo técnico.

—Mañana será nuestro último día de vacaciones.

—¿Por qué les dices eso? —le pregunto desconcertada.

—A partir del miércoles —se dirige a Susan e Isaías—, trabajará de ocho a cinco, y aunque esté a menos de doscientos metros no podré verla, ni llamarla por teléfono...

—¡Exagerado! Habrá días en los que será así y otros más tranquilos en los que me retiraré a las once, o simplemente no invertiré si el mercado está revuelto.

—¿Te lo crees, Susan? ¿Has visto cómo tiene la huerta?

—Yo sí. —Isaías intenta esconderme su sonrisa.

—¿Qué le pasa a mi huerta?

—Que parece hecha con láser, cariño. Es perfecta. Todas las plantas están exactamente a la misma distancia, es un cuadrado perfecto. No hay ni una mala hierba, ni una hoja dañada.

—Me gusta hacer bien las cosas.

—Lo sé. —Me besa antes de que pueda decir nada ni una palabra más—. Eso me gusta. Cuando decides hacer algo te pones manos a la obra aunque no te guste.

—Hoy he pospuesto rascar el suelo del pasillo, y es la segunda vez.

—Eso es tener sentido común. Has trabajado sin descanso desde que compraste la casa.

—Pero es que me gustaría verla bien. —Sólo me ha faltado hacer pucheros como una niña pequeña.

—A mí me parece muy acogedora.

—Gracias, Susan. Es cómoda.

—Y comienza a tener carácter propio. Esto merece un brindis. He traído

una botella de licor.

—¡Y yo tengo los vasos apropiados para disfrutarlo!

Brindamos con vasitos de chupito de colores: el de Matt es rojo; el de Susan, amarillo; el de Isaías, verde, y el mío, azul. Al colocarlos debajo de la lámpara que alumbra la mesa del salón el cristal lanza destellos. Una vez más me acuerdo del anillo de Zimmerman y de ese cuerpo que el mar ha devuelto.

—Quédate un rato más. —La voz de Matt al apagar el despertador es densa como el *toffee*.

—¿Qué hora es? —pregunto abrazándome cual koala.

—Las siete y media.

—Me levanto contigo.

—¿Tienes prisa por echarme de tu casa?

—Yo no quiero echarte. Solo pensaba acompañarte mientras desayunabas.

—Tengo sueño y tú también lo tienes. Tomémonos un par de horas por asuntos propios. Es una de las cosas buenas que tiene ser jefe, poder decidir.

—Yo todavía no he empezado.

—Mayor motivo para tomarlas. ¡Sssss! Duerme.

—Buenos días.

—Buenos días. —Incorporo la cabeza para liberar a mi oreja izquierda.

—¿Te duele el cuello?

—Un poco. —No entro en detalles. Qué más dará cuello que oreja.

—No te has movido en dos horas.

—¿Ya son las diez? Sí, parece que he cerrado los ojos solo unos minutos.

—Lo necesitabas. En realidad nos ha venido muy bien a los dos.

En estos momentos estoy más espesa que un puré de patatas del día anterior. ¿Qué hicimos anoche? Recuerdo la cena con Susan e Isaías, y que nos despedimos a las once. ¿Y después? Recogimos el salón, lavamos lo que habíamos ensuciado, salimos al porche, abrimos el garaje, dejamos un cubo lleno de agua, extendimos unas mantas viejas que Matt había traído para que los perros las utilizaran como camas y nos metimos en la nuestra. Me acurruqué a su lado y debí de quedarme dormida enseguida, porque ya no recuerdo nada más.

Sé que he tenido pesadillas. Cuando sonó la alarma del móvil estaba

luchando contra una mutación entre tarántula y avispa asiática. Estaba con Matt, Susan e Isaías, y no sé porque razón nos encontrábamos de pie mirando la pared de una casa muy vieja construida con adobe.

Cientos de protuberancias en la pared del tamaño de ciruelas rojas comenzaban a vibrar. La tierra se desprendía y quedaban al descubierto docenas de agujeros por donde salían unos insectos muy grandes que se unían formando un numeroso enjambre.

“Será mejor que nos apartemos”, decía alguno de mis acompañantes. Los avispones ascendían y descendían en paralelo a sus nidos y llenaban el aire con sus zumbidos. Cuando ya no se agregaron más individuos el grupo comenzó a dispersarse. Varios de ellos se acercaron a donde nos encontrábamos.

En la vida real yo me habría alejado con la aparición del primer insecto con rayas amarillas, pero los sueños son caprichosos: lo mismo vuelas que tratas de parar el coche que conduces y aprietas los pedales, como queriendo traspasar el chasis. En mi mano apareció un trapo de cocina. Empecé a moverlo para disuadir las mutaciones de permanecer en mi perímetro de seguridad.

Veía la tela. Tenía las típicas dimensiones de un trapo de esos que se utilizan para limpiarse las manos cuando se está cocinando. Era blanca, con dos finas líneas azules en sus bordes. Yo hacía los típicos movimientos con el brazo arriba y abajo para que el trapo rasgara con fuerza el aire. El esfuerzo era el normal en estos casos, pero la tela se movía a cámara lenta. Y ahí fue donde el sueño empezó a complicarse. El trapo se convertía en una sábana de cama de matrimonio *king size*. El movimiento era demasiado lento para ser efectivo y los animalejos empezaban a rodearme cada vez más furiosos. Uno de ellos aterrizó en mi codo izquierdo, que para darle más realidad a la pesadilla estaba desnudo. Al mirar al insecto no se veían las alas. Tenía el tamaño de una medalla olímpica, muchos pelos amarillos y el aspecto de una araña gigante.

Se posaba, se elevaba unos milímetros, volvía a descender. Era como si estuviera buscando el aterrizaje perfecto. Yo quería que se fuera y comenzaba a mover el brazo sin brusquedad, porque sabía que tenía agujijón y que su

picadura era muy dolorosa. El bicho parecía decidido a hacer una paradita en mi piel y volvía una y otra vez a colocarse en el mismo sitio, hasta que por fin se quedó quieto.

La picadura se anunciaba inminente. No quería darle un manotazo, era tan grande que la idea de ver tanta carne espachurrada sobre la mía me daba más aprensión que el miedo que sentía. Matt me pedía que me lo quitara de encima cuanto antes: “No esperes, Beatriz. Tenemos que alejarnos antes de que los demás decidan atacarnos”. Y tenía razón, había cientos de insectos mutantes revoloteando a nuestro alrededor, esperando a que su avanzadilla probase mi carne para lanzarse en picado.

Mi única esperanza residía en la técnica de la canica: acercar mi mano libre, flexionar el dedo corazón, retenerlo con el pulgar, concentrar la fuerza y lanzar el dedo como si fuera una catapulta hasta el cuerpo del insecto, que saldría disparado sin tener tiempo para picarme, al notar el contacto de mi uña con sus pelos.

En mi sueño el bicho tenía muy buena vista y conocía el juego de las canicas. Cada vez que intentaba arrearle se levantaba y mi dedo golpeaba el aire. El tiempo se agotaba. Sabía que este cachondeo del bicho mutante no iba a durar mucho más tiempo y agarré mis cuatro dedos para asegurar el tiro. En el momento en que la peluda araña (ahí ya no quedaba ni un gen de la avispa asiática) inició un vuelo libre, ya sabía que me había picado, aunque todavía no sintiese dolor. Lo esperaba contemplando al resto de insectos cuando el despertador me salvó a tiempo de descubrir qué se siente si se combina el aguijón de una avispa asiática y la picadura de una tarántula.

—¿He hablado en sueños? —Matt no me contesta y me siento para observarle—. No te he dejado dormir. —El cadáver, el anillo, el odioso inglés de la silla de ruedas, su sombrío acompañante, las avispas mutantes... Tengo muchos argumentos para una buena historia de terror.

—Tú tampoco has podido descansar bien, por eso estamos a estas horas en la cama.

Pocas cosas me gustan más que mirar a Matt cuando se despierta. Sus ojos están claros como el agua de un mar tropical, su barba crecida y la sonrisa de niño bueno que me dedica antes de abrazarme me recuerda, por si lo había

olvidado, por qué estoy enamorada hasta los huesos.

—Mírame. —Me rehúye—. Me he levantado, ¿verdad?

—Sí.

Se pasa las manos por la barba. De la cama no sale hasta que me cuente lo que he estado haciendo.

—¿He ido al ordenador?

—Sí.

—¿Y he vuelto a buscar hoteles de Tokio?

—No.

—Entonces, ¿qué he estado haciendo?

No me responde y eso me preocupa. Yo no puedo saberlo si no me lo cuenta. Desconozco si he hablado, le he pegado una patada o me he paseado desnuda por la casa tocando palmas.

—De aquí no nos movemos hasta que me lo cuentes todo. Creo que tengo derecho a saberlo.

—Te has levantado tres veces. —Matt suspira y sé que no va a gustarme lo que voy a escuchar—. La primera vez me ha despertado un ruido. No estabas en la cama y me he asustado. Pensaba que la persona que había rondado la casa había regresado. No te encontraba y salí al jardín a buscarte. Los perros se asomaron adormilados a la puerta del garaje al verme, así que tenías que estar en casa.

—¿Y dónde estaba?

—Sentada en el suelo, oculta entre el sofá y la ventana. Tenías el ordenador sobre tus piernas.

—¿Encendido?

—Sí.

—¿Y que estaba mirando, hoteles en Nueva Zelanda?

—Creo que la bolsa de Tokio.

—¿La bolsa? No estaría comprando acciones, ¿verdad? ¡Espera! Todavía no he hecho los trámites para poder comprar y vender. ¡Qué susto!

—Yo eso no lo sabía, así que te quité el ordenador. Lo apagué y te llevé a la cama.

—¿Y te obedecí?

—Murmuraste algo, números.

—¿Qué números?

—No los recuerdo. Apenas te podía entender. En ese momento solo me interesaba que levantasess el culo del suelo de baldosa.

—¿Y las otras dos veces?

—Más de lo mismo. La segunda vez te tenía cogida de la mano, por lo que me desperté en cuanto retiraste el edredón. Encendí la luz y te vi caminar con los ojos abiertos. Saliste de la habitación y fuiste a la cocina, tomaste agua y volviste a coger el ordenador. Esperé por si acaso cambiabas de búsqueda, pero nuevamente entraste en una página que hablaba de fondos y acciones de Tokio.

—Hace años que no invierto en ese mercado. Y tampoco es mi intención hacerlo con mi propio dinero. Estoy algo nerviosa ante la nueva aventura en la que me voy a embarcar y tendría sentido que en sueños fisgonease la bolsa de Madrid, o la de Londres, incluso Wall Street, pero ¿Tokio? Primero fueron los hoteles de lujo, ahora la bolsa. ¿Por qué me he obsesionado con esa ciudad?

—Ni idea. Te llevé a la cama y por si acaso me quedaba dormido apagué el *router*. La tercera vez, en cuanto comprobé que te metías en el salón, te agarré y te dije que era domingo y que la bolsa no estaba funcionando.

—¿Y te contesté?

Siento bochorno porque Matt tenga que verme cada noche sonámbula, lástima por lo que tiene que aguantar y miedo porque cualquier noche podría salir al jardín y ponerme a arrancar las malas hierbas a las cuatro de la madrugada. Hacerlo vestida sería peligroso, pero hacerlo en braguitas supondría, además del riesgo a que me entrase una neumonía, motivo para tener que soportar el cotilleo durante mucho tiempo.

—Me dijiste “¡ah!” sin mirarme a los ojos y te metiste en la cama hablando sola.

—¿Tengo que verme! —Necesito saber el grado de estupidez que pone mi cara cuando lo hago—. ¿Si mañana vuelve a suceder me grabarás?

—A ver, cariño, no te lo he contado para que empieces a agobiarte con la cara que has puesto, lo que has dicho o cómo caminabas. Te lo he contado por varias razones: la primera es para rogarte que siempre que te vayas a dormir

cierres con llave y la dejes guardada en un cajón, hasta que se te pase este episodio de sonambulismo, que estoy convencido ha aparecido por todo el estrés que has soportado. Tienes que poner medidas para impedir que te puedas hacer daño. Además, quería que supieras que he sido yo quien ha apagado la conexión a internet.

—También podría salir por las ventanas, o ponerme a freír huevos y quemarme. —La angustia se va apoderando de mí—. Lo mejor sería atarme a la pata de la cama todas las noches.

—Tampoco hay que dejarse llevar por el pánico. Vamos a dormir juntos siempre, ¿no?

—Sí —le contesto abrazándole. En estos momentos me siento muy pequeña.

—Dejemos pasar unas noches antes de tomar una decisión.

—No te dejaré descansar.

—En algún momento cesarán.

—Eso espero. De todos modos, esta noche quiero que me filmes si me levanto. —De repente me acuerdo de otra cuestión importante—. Vamos a dejar el *router* encendido. Quiero ver qué páginas visito. En cuanto lo haga apagas la conexión a internet y dejas el ordenador encendido y conectado a la red eléctrica.

—Está bien, lo haré. Y ahora deja que te cuente cómo vamos a olvidarnos hoy de tus salidas nocturnas.

Esa mirada también la conozco. Matt tiene miradas tiernas, de protección cuando me nota preocupada, de determinación cuando me pongo demasiado terca y la que está dedicando a mi boca: puro deseo que prende la piel de mi sexo.

—Me gusta tu sistema, parece divertido.

—Y lo mejor de todo es que tiene un doble efecto: yo te haré olvidar y mirándote yo también lo olvidaré.

—Muy bien. —Me quedo callada con cara seria y el desconcierto de Matt se delata en su elevación de cejas—. ¿A qué esperas?

—Serás bruja.

—Aprendiz, tengo que practicar mucho si quiero mejorar.

El beso lo esperaba, lo deseaba y lo imaginaba, pero cada día al lado del hombre al que amo es diferente. Hay tantas historias por escribir y es tan adictivo crear nuevos momentos que me sumerjo entusiasmada en mi improvisado y activo papel en esta novela.

¿Dónde dejé mi libreta para apuntar todo lo que quiero compartir con Matt?

CAPÍTULO 18

Poder estudiar los mercados bursátiles en mi porche tomando un refresco no tiene precio. Tener que dejarlo porque los perros me avisan de que se aproxima la silla de ruedas tampoco.

Me alegro de que los perros tengan en tan poca estima al florido inglés y a su siniestra sombra. La vista no puede doblar ángulos. Si yo les he descubierto ellos también me han tenido que pillar entrando precipitadamente en casa con el ordenador medio abierto en una mano y el cuaderno de notas y el bolígrafo en la otra.

Cierro con llave y me meto en el baño. Interponer tabiques entre esos dos personajes me asegurará que no les escucharé por mucha “señorita” que vocifere el calvete.

Me siento en la taza del baño tratando de enlazar este momento con el que acabo de dejar en la butaca del porche y proseguir así con mis anotaciones. Los ladridos de los perros no cesan. ¿Y si al de negro se le ocurre hacerles algo? Podría lanzarles piedras o darles comida envenenada. Poso sobre la alfombrilla del suelo el portátil y abro la puerta tan atropelladamente como la crucé, esperándome lo peor.

—Buenas días, señorita.

—Hola. —Toma la palabra mi sentido de la educación por mí.

Los cuatro perros se han callado. Están muy ocupados mordisqueando huesos de piel seca prensada. Los conozco porque yo misma los he comprado, pero estos son mucho más grandes. Si con los míos estuvieron una hora entretenidos, con los que ahora mastican no volverán a decir guau hasta la hora de la siesta.

—Espero que no le moleste la libertad que me he tomado. Me encantan los perros. —Les mira y sus palabras parecen honestas—. Mi padre no permitía animales en casa.

—A mí tampoco me dejaban. —Otra frase que se escapa. Yo no quiero dar

conversación, deseo que se marchen para volver a enfrascarme en mis cálculos.

—¿Ya tiene internet?

—Sí.

—Donde estoy alojado no llega muy bien la señal y lo echo de menos. Creo que tengo lo que denominan mono. ¿Hacía mucho que no disponía de red?

—Unos cuantos días.

—¿Y podría saber qué es lo primero que ha buscado al recuperar la conexión con el mundo?

—Una receta de pescado. —Lo primero que se me ha ocurrido.

Me da coraje que me haga tantas preguntas. ¡No te conozco de nada! No quiero ser tu amiga por mucha lástima que sienta al verte atrapado en esa silla. La receta de pescado no la he buscado y es poco probable que lo haga este año. Cada vez que me coloco el delantal más consciente soy de lo básicos que son mis conocimientos culinarios.

—¿No pensabais saludar, chicos?

—¡Hola! —Siempre siento felicidad cuando Matt está cerca. En esta ocasión mi gozo es mayor. A él se le ocurrirá una frase correcta y tajante con la que finalizará esta forzada conversación. —Pasa, te estaba esperando.

Mentira bien gorda. Habíamos quedado a la una para dar un paseo hasta la playa y hace cinco minutos mi ordenador señalaba las once y media. Una ojeada a los dos pintorescos turistas y otra a mis ojos y Matt comprende que me encuentro en un apuro.

—Por eso venía. Entra a cambiarte de ropa, no quiero que lleguemos tarde.

—Ni yo. Hasta luego. —Me despido como si fuera a perder el tren—. Enseguida salgo.

—Claro, aquí te espero.

Si he sido demasiado brusca me alegro. Entro sin girar la vista. Nos vamos a ir de verdad, aunque sea a casa de Matt un rato. Los dos turistas estrafalarios nunca han regresado por el camino de la playa. Hoy podrían hacerlo y, aunque tengo libertad para decidir si salgo, entro o me quedo todo el día en el porche,

me sentiré más cómoda manteniendo la farsa y eso también hace que me enfade todavía más con el causante. Si el de la silla de ruedas no fuera tan pesado, yo no estaría ahora mismo haciendo esto, seguiría en mi porche tranquilamente.

—¿Qué haces?

—Enchufarlo a la red para que la batería se recargue. —Matt está apoyado en el marco de la puerta del salón.

—Eso ya lo había visto. —Se ríe y a mí también me gustaría hacerlo—. ¿No vas a trabajar más?

—¿Tú tienes que volver al trabajo ahora?

—No puedo. Se ha reventado la tubería de agua y durante un par de horas no tendremos suministro. Estaba limpiando unos toneles de madera y tendré que esperar hasta que cambien el tramo dañado. ¿Tú tienes agua?

—No lo sé. Llevaba una hora sentada con el ordenador cuando aparecieron esos dos.

—Por ellos tenemos algo urgente que hacer, ¿verdad? Desde lejos podía ver la cara de agobio que tenías. Son los pesados del otro día. —Fácil deducción—. Imagino que no habrá mucha gente que vista así, que uno de ellos utilice una silla de ruedas eléctrica y que tenga la valentía de meterla por estos caminos.

—Valientes no sé si serán, pero cargantes sí que lo son. Ayer pasaron cuando estaban instalando la antena parabólica. El de negro nunca habla, solo le cuchichea al de la silla. Y el de la silla habla por los dos, no para de hacerme preguntas. Intenté dejar claro que no quería cháchara, que el primer día había sido cortés, pero que eso se había terminado. ¡Al calvo le dio igual! Le tuve que amenazar con soltar a los perros que había metido en el garaje para que los técnicos pudieran entrar y salir de la casa. ¡Hoy ha venido con un hueso para cada perro!

—No te preocupes, después de lo que le he dicho no creo que te vuelva a molestar. Y tampoco es probable que pasen más por delante de tu casa.

—¿Qué les has dicho? —Matt es tan educado que me cuesta imaginarle mandando a tomar vientos a nadie.

—Nada. —Me besa la frente y me da una palmadita en el culo—. Si quieres que salgamos acompáñame hasta la tienda de Ramón. En la furgoneta

tengo unas cajas de sidra para él. Me las va a pagar con un lote de productos de su tienda. ¡A saber lo que me meterá!

—Llevemos los perros a tu casa. No me fío de esos hombres, han aceptado los huesos.

—¡A ver quién se los quita ahora!

—Yo tengo un remedio.

Si les gustó el chocolate con leche, también debería servir el chocolate blanco. El otro se terminó. Cuando estudio las empresas y la evolución de sus acciones, siempre tengo una tableta a mano y me voy metiendo pedacitos en la boca.

—Eso no lo sabía yo. —Matt observa cómo se acercan babeando.

—Aprovecha para meterlos ahora en esta bolsa. —Los huesos han quedado esparcidos por la hierba—. Se los daremos de nuevo cuando estén dentro de tu casa.

—¿Y de que te hablaba ese tipo de la silla, que por cierto tiene un acento bastante petulante?

—De internet —le digo camino de El Último Rincón—. Ayer vio a los chicos que lo estaban instalando y comenzó a hacer preguntas. Hoy lo primero que ha querido saber es si ya funcionaba y cuál era la primera búsqueda que había realizado.

—Parece un árbol de Navidad con tanta tela de diferentes colores. No sé cómo se aventura con esa silla por los caminos de piedras. La rueda trasera derecha parecía a punto de salirse cuando se ha marchado ladera abajo. El otro no me gusta ni un pelo: mira de reojo y se fija en todo. Parece su guardaespaldas.

—Su aspecto es tan diferente al de la silla que forman una pareja muy singular. Los trajes negros y holgados, esos zapatos de punta, ¡y la coleta! No sabría decir cuál de los dos me da más grima. Espero que estén aquí de paso y que se les terminen las vacaciones pronto.

—Se lo preguntaremos a Ramón. El bar del barrio es el mejor lugar para los chismorreos —sugiere Matt estacionando la furgoneta al lado de un camión de alimentos congelados.

—¿Te ayudo a sacar las cajas?

—Pesan mucho. ¿Por qué no vas pidiéndome una cerveza con un chorrito de limón?

—Muy bien.

En el interior tres personas están charlando con Ramón apoyadas en el mostrador. La campanilla anuncia mi entrada y los cuatro se giran a la vez.

—Buenos días.

—Sí que hace bueno —contesta el hombrecillo enseñándome una sospechosa dentadura blanca como la nieve.

—¿Me pones una cerveza y un zumo de piña?

—¿Qué cerveza? —Ramón se encoge de hombros.

—No lo sé. —Es la primera cerveza que Matt va a tomar a mi lado—. Es para Matt...

—¡Pues haber empezado por ahí! Suele tomar esta —me enseña un botellín marrón— con zumo de limón.

—Así ya sabes cuál puedes ponerle en casa, niña. A los hombres hay que cuidarles con su cervecita, una buenas fabes, un chorizo a la sidra...

—¡Herminia, que la estoy oyendo!

—Le estoy dando buenos consejos a tu novia. Ahora en las ciudades los jóvenes comen como pajaritos. Mi nieta me pide que plante y se lo come todo cuando abulta menos que mi dedo. “Abuela, ponme brotes”, me dice. “¡Niña, si no das tiempo a que brote nada!”.

—¿Ya has probado el cachopo? —Me interroga la otra mujer—. Cuando Matt era pequeño jugaba mucho con mi nieto mayor y siempre me pedían que les pusiera cachopo. Tu novio se comía el suyo y lo que mi nieto dejaba en el plato y una hora después le oía pidiéndole a su madre la merienda.

—Le he probado un par de veces.

—Fini —la mujer busca a Matt, que aparece detrás del mostrador ordenando las botellas de sidra en una balda—, yo sigo comiéndome el mío y lo que Beatriz deja.

—¡Es que son muy grandes!

—Yo te doy la razón, hija. —La otra mujer se pone de mi lado—. Cuando yo era niña los cachopos eran más pequeños. Ahora parece un concurso, cada restaurante intenta prepararlos más grandes. Cómo continúen así en algunos

sitios dentro de poco van a necesitar una bandeja de camarero para presentárselo al cliente.

—Estos críticos gastronómicos son vecinos del barrio: Fini y Dámaso viven en la casa verde que se ve desde mi porche y Herminia tiene la casa de piedra que está al lado de los manzanos jóvenes que te enseñé el otro día.

—Encantada.

—Queremos mucho a Matt y a toda su familia. Me alegré mucho cuando me contaron que le habían visto muy acaramelado con una chica. Es un buen muchacho.

—Lo sé —respondo feliz.

—Si alguna vez se porta mal, cuéntamelo y sacaré la vara de avellano.

—¡No me digas que todavía la tienes! —Matt se tapa los ojos con la mano y Dámaso le palmea el brazo riendo socarronamente—. Tenía a todos los niños del barrio atemorizados con la famosa vara.

—Venían a robarme las ciruelas. Se subían a los árboles y partían las ramas.

—Pedírtelas no tenía la misma gracia.

—¿Y sabes lo que hacían después? Mordisquear las ciruelas y tirarme las pepitas.

—Era un juego —se disculpa Matt—. En las pepitas quedaban restos de la pulpa de la ciruela y si las agarrabas con dos dedos y apretabas salían disparadas.

—A mi calva —remata Dámaso quitándose la boina—. Desde entonces llevo la azotea protegida.

—Matt era muy inquieto —recuerda Fini—. Antes todos dejábamos las puertas abiertas. Una vez hizo una trastada y se escondió en mi casa. Le encontré atado con una cuerda de cáñamo a la columna de la cuadra de las vacas. Me miró muy serio y me dijo que estaba en mi casa para pedir “asilo político”. Yo no sabía qué era aquello. Cuando me explicaron lo que significaba casi le arranco la oreja al llevarle a casa de sus abuelos.

Le miro divertida. Me hubiera gustado poder verle en ese momento. Matt me sonrío asintiendo con la cabeza. Debe de tener muy buenos recuerdos de su niñez y entre ellos deben abundar los que incluyen alguna trastada.

—¡Como para dejar las casas abiertas ahora! —Herminia tiene voz de pregonera de fiestas—. ¡Con los personajes raros que andan ahora por el mundo! ¿Habéis visto a ese de la silla de ruedas con motor?

¡También ha tenido la desgracia de toparse con el inglés! ¿Qué estará haciendo por el barrio, que ahora también es el mío?

—Si voy así vestido me meten en un circo y me ponen a hacer globos para los niños.

—Yo no le he visto. ¿Qué lleva puesto? —le pregunta Fini a Dámaso.

—Va hecho un cuadro, con todos los colores juntos. Parece un loro.

—El de la silla como un arcoíris y el que le ayuda a bajarse del coche de negro como una urraca.

—¿Qué coche, Herminia? —pregunta Matt dándole el primer trago a su cerveza.

—Uno muy grande en el que les he visto llegar una vez. Lo aparcaron en el camino que lleva al huerto de Marisol. El portón trasero se abrió y salió una rampa. Salieron tres hombres, uno de ellos el que viste de negro y los otros dos con pinta de garrulos.

—¿Y bajaron la silla por la rampa?

—Con el de los colorines montado en ella. Le dijo algo al de negro, se acercó a los otros dos y la furgoneta se marchó.

—¿Y a dónde se fueron con la silla?

—Al camino de la playa.

—No tiene sentido —pienso en voz alta—. Si tienen vehículo, ¿para qué hacer el recorrido por un camino que no está asfaltado?

—Les gustará el campo —aporta Ramón, que había permanecido callado hasta este momento—. Estos guiris son muy raros.

—Estamos rodeados de campo, no hace falta complicarse la vida metiéndose por un camino de cabras con una silla eléctrica para ver naturaleza.

—Yo creo que los dos matones de los que habláis han entrado el otro día. —Ramón suele ser parco en palabras, pero en esta ocasión también tiene un dato que aportar—. Me pidieron unas latas de cerveza frías. Hablaban como los indios: “cerveza”, “fría”. Ha sido uno de esos días de viento sur y tenían

las mangas de las camisas remangadas. Los brazos estaban llenos de tatuajes de serpientes y puñales. A esa gente no le dejaría pasar a mi casa ni para mirar el contador de la luz. Cuando se giraron tenían las camisas pegadas a la espalda por el sudor y yo juraría que llevaban pistolas.

—El aspecto del que acompaña al de la silla de ruedas tampoco es muy amigable. —Matt está preocupado. Es en mi casa donde paran.

—La ropa que viste el que está en la silla no es barata. Si los anillos que luce son auténticos y trae tres ayudantes, debe ser una persona con muchos recursos.

La cara de los vecinos de Matt y el tendero mirándose hace evidente que no han entendido lo último.

—Si tiene mucho dinero —“Ah”, contestan los cuatro aliviados al poder retomar el hilo de la conversación—, no sería extraño que se hiciera acompañar por guardaespaldas.

—Pero, hija —Herminia casi me deja sorda con su trompeta bucal—, ¿quién iba a hacerle daño en el barrio? ¿De qué tiene miedo, de las vacas?

—Vete tú a saber. Un día dieron un reportaje en la televisión sobre estos nuevos ricos que vienen a España para disfrutar de la buena vida. Se compran un chalet, tienen coches de lujo, viven sin pegar palo al agua y cuando les investigan se descubre que trafican con armas o con droga.

—Esos viven en el Mediterráneo, allí hay muchas urbanizaciones de chalets de lujo. Buscan pasar desapercibidos, aquí se les ve llegar.

—¿Perdone usted, señor sabelotodo! Si no me enteré bien fue por tu culpa.

—¿Por la mía? —Dámaso se acalora—. Siempre la culpa es mía.

—Por supuesto, no me entero de nada porque cenas demasiado. Después te duele la tripa y me pides que me levante del sofá y te prepare una manzanilla.

—Nosotros nos marchamos. —Los reproches de Fini y Dámaso parecen un capítulo de un guion que se sabe de memoria—. Cóbrame las consumiciones, Ramón.

—*Na* —que debe significar que estamos invitados—. No te olvides las bolsas.

—¿Hay algo que se estropee si dejo la comida durante un rato en la furgoneta?

—No.

—Entonces vamos a hacer unos recados. Hasta luego a todos.

—Adiós. —El matrimonio continúa echándose en cara la vida.

—Hasta luego, niña. —Herminia hace un paréntesis como espectadora en tan acalorada discusión para despedirse de mí—. Si tienes algún problema, ya sabes dónde puedes encontrarme.

—Gracias.

Las bolsas que Matt ha posado en los asientos traseros de la *pick up* impregnan de olor a embutido el coche.

—Menudo aroma llevamos. —Bajamos un poco las dos ventanillas para compartir el olor a chorizo con el resto de habitantes del valle.

—Tenemos chorizo y sidra, dos de los dos ingredientes de la comida del mediodía. He visto una hogaza de pan y una cuña de queso. Solo nos falta el postre.

—¿Vamos a Villaviciosa?

—Necesito comprar algo en la ferretería, pero si prefieres ir a otro sitio...

—No, lo preguntaba para saber si también podríamos parar en un supermercado a comprar fresas. Ramón no tenía y me apetecen.

—Entraremos en el supermercado. ¿Cómo te gusta comerlas, solas, con nata montada?

—Con yogur de frutas del bosque.

—Así no las he comido nunca.

—Pues están muy ricas y resultan más ligeras que si les añades nata.

—Así compensamos el chorizo a la sidra.

Nos quedamos en silencio. Aunque hemos entrado en la furgoneta tratando de construir una conversación normal, y hablar de comida es lo más habitual que puede parlotear un español, el recuerdo de lo que hemos hablado con los vecinos de Matt y ahora míos no se ha ido.

—Si tienen armas tendrán permiso. Será un excéntrico que estará buscando la Atlántida.

—¿La Atlántida?

—¡Yo qué sé! —A veces busco unos ejemplos muy originales—. Es un decir. Un pirado que tiene mucho dinero y tiempo libre.

—Y que quizá se ha encaprichado contigo.

—Pues lo lleva claro. Que me espere sentado. —Me echo a reír, en parte un modo de soltar tensión, pero la verdad es que lo que acabo de decir ha tenido su punto. Sentado está y si espera algo lo hará en esa postura.

—Vamos a estar juntos hasta que se marchen. Si vemos alguna irregularidad daré aviso a la guardia civil.

—¿Les contaste que te pareció haber visto a alguien rondando mi casa la noche de la niebla?

—Sí, y poco o nada se puede hacer si no invade propiedades particulares. Detrás de tu casa hay un camino que da acceso a las fincas que lindan con el acantilado y está permitido caminar por él tanto de día como de noche.

—Estoy convencida —vuelvo a pensar en esos indeseables visitantes— de que, si hubiera pasado una pareja vestidos con vaqueros y camisetas, y unas mochilas al hombro, no estaríamos ahora preocupados. Si se hubieran parado para preguntarme el camino a la playa yo les habría respondido con normalidad. Y si me hubieran preguntado por mi huerta les habría explicado lo que estoy plantando con naturalidad. Es el aspecto de los dos y la silla lo que provoca inquietud.

—¡Claro! Ir con una silla eléctrica por los caminos de piedras no es muy normal.

—Para nosotros que podemos caminar. Para alguien que no puede hacerlo la silla es el único modo de alcanzar ciertos lugares que son cotidianos para nosotros.

—No suelen encontrarse sillas por caminos de barro —insiste Matt.

—Personas ricas hay pocas si las comparamos con las que no tenemos patrimonio para vivir del cuento. —Estoy intentando aplicar la lógica a esta situación—. Ricos con problemas de movilidad hay menos y ricos que necesiten silla de ruedas para desplazarse y a los que les guste pasear por los caminos del norte de España muy pocos. Encontrarse a una persona que cumpla con estos tres requisitos se convierte en algo más difícil que acertar con el Euromillón. Que además sea un asesino en serie es llevar muy lejos las coincidencias.

—Pero existen, Beatriz.

—También nos puede caer un meteorito en la cabeza y por eso no nos quedamos en casa todo el día.

—Los meteoritos no flotan sobre nuestras cabezas, están a miles de kilómetros de distancia. Estos tipos están aquí, y si tienen pistolas es porque hay algo que proteger. La gente de la calle no lleva armas, el del traje negro podría portar un armamento completo debajo de su chaqueta.

—Y yo guardar un lanzamisiles en la cocina de mi casa. —Si Matt no cambia de tema va a conseguir que no me sienta segura ni dentro de mi baño.

—No sé, no sé... Ese cuarto de los trastos parece muy extraño. Ahí podrías guardar cualquier objeto de tortura y yo soy un hombre confiado.

Matt parece haber comprendido que su estudio sobre las posibles intenciones del de la silla y sus ayudantes me está alarmando seriamente.

—Estoy aprendiendo técnicas para martirizarte y voy a ponerlas a prueba esta noche. Espero tu colaboración.

—No garantizo nada.

—No me obligues a atarte al cabecero de la cama. —Me sonrojo imaginándome sobre el cuerpo inmóvil de Matt.

—Tu cama no tiene cabecero, cariño.

—Habrá que comprarlo. Voy a anotarlo en la lista. —Le miro inocentemente.

—Aprendes muy rápido.

Para la furgoneta y, antes de que pueda prepararme, su lengua está enredada con la mía. Soy muy consciente de que estamos en el arcén. Esta carretera tiene mucho tráfico y también acostumbran a utilizarla ciclistas o personas como yo que pasean todos los días camino de la playa. Uno de los dos debería mantener la cordura y las manos de Matt dentro de mi blusa me dicen que no va a ser él. Sus labios están en mi cuello, en mi oreja. Es un torbellino que tenemos que parar.

—Estamos a la vista de todos.

—¿Ummm? —El mordisquito en el lóbulo es delicioso.

—Que tienes que parar antes de nos detengan por escándalo público.

—¡Ay, qué dura es la vida del enamorado!

—Y de la enamorada.

—¿Me quieres? —Su mirada lo dice todo.

—Sí —le respondo acercando mi frente a la suya.

Me sonrojo hasta la planta de los pies. No estoy preparada para acompañar mi afirmación con palabras bonitas. Los sentimientos están ahí, pero no me funciona muy bien el traductor simultáneo que transforma sensaciones en vocablos. Confío en que el lenguaje de los signos sea suficiente. Paso mis manos por sus bellos rasgos y dejo un beso cargado de mi amor en sus labios.

—¿Me has grabado?

—Buenos días.

—Buenos días. —¿Cómo no deseárselos si me mira así?—. ¿Me has grabado?

—Ni un beso, ni una sonrisa...

—Buenos días. —Le beso en la nariz y me coloco sobre él abrazándole con toda la fuerza que tengo—. ¿Me has grabado?

—¿Por qué tienes tanto interés en verte?

—Porque sí, porque quiero contemplarme caminando por la casa, porque si lo hago quizá entienda qué me está pasando y entonces se acabe.

—Está bien. —Matt cede pasándome el teléfono.

—¿Cuántas veces?

—Dos, pero solo he grabado la primera. La segunda vez te he cogido en el pasillo y has vuelto conmigo a la cama sin oponer resistencia.

—¿Y he hablado?

—Sí, yo no lo he visto —dice señalando su móvil—, así que no sé si se escuchará bien lo que dices.

—Ahora lo veremos.

Pulso “play” y me veo saliendo de la habitación. Llego al salón, desenchufo el portátil de la toma de corriente, me siento en el sofá y poso el ordenador sobre mis piernas. La cámara enfoca por primera vez mi cara y me sorprende mi gesto. Siempre había imaginado que una persona sonámbula no tendría expresión, que su mirada estaría perdida observando el vacío y que sus movimientos serían desmadejados.

Mi cara está contraída. Parezco preocupada, como si tuviera que hacer

algo muy importante que requiriera una gran concentración. Mis ojos recorren la pantalla y mis labios se abren y cierran constantemente. Subo el volumen a máxima potencia. Consigo entender el número cuatro, el resto es una letanía de balbuceos incomprensibles.

Matt enfoca mis dedos, que teclean eficientemente. La pantalla está llena de vivos colores. El hotel con decoración minimalista tiene una piscina en la azotea y las luces que iluminan el agua cambian de color gradualmente.

—¿Viste el nombre del hotel? Podría darme una pista sobre lo que tanto me preocupa para tener que buscarlo incluso en sueños.

—Cariño, no es un hotel.

—¿Qué es entonces? Tiene habitaciones, un *buffet*, hasta una piscina con sus hamacas para descansar al sol.

—Yo creo que no lo estás mirando bien.

—Claro que sí. —Muevo la pantalla para que quede entre ambos—. Mira que baños tan modernos. ¡Me encanta la ducha!

No estaría mal sorprender a Matt con una escapada de fin de semana a una ciudad donde ambos nos sintiéramos a gusto. Un *hotel-boutique* con *jacuzzi*, que trajeran el desayuno en un carrito, tomarlo lentamente en la cama, salir a pasear sin rumbo, comer en un pequeño restaurante con encanto, volver a dormir o a descubrir nuevas formas de amarnos.

Apuntaré esta idea en mi lista mental. Sería una bonita manera de celebrar mi primer éxito como inversora personal. Lo tomaré como una motivación para concentrar mis esfuerzos.

—Ahora vengo.

—Vale —le respondo volviendo a visionar mi actividad sonámbula.

—Apagué el ordenador sin cerrar los programas. —Abre el portátil y pulsa el botón de encendido.

—Dicen que hacer eso no es bueno.

—No va a pasar nada por una vez.

—No, pero no hay que acostumbrarse.

—Observa la pantalla.

—Muy bien. ¿Solo examiné un hotel?

—Beatriz —la pausa de Matt presagia malas noticias—, es una página de un banco especializado en comercializar fondos de inversión.

Le miro, me fijo en la pantalla del portátil y vuelvo a mirar a Matt. Si está bromeando sabe mantener el tipo muy bien. Le sonrío buscando que su máscara se caiga al suelo y la inocentada termine. Me devuelve la sonrisa, pero es una mueca que no llega a sus ojos. Entonces comienzo a sentir mucho miedo.

—Parece que va a hacer muy buen día.

Cierro lo que para mí sigue siendo un hotel de lujo en algún lugar de Japón, apago el ordenador y bajo la tapa. Después saltó de la cama demasiado

bruscamente. Doy un primer paso vacilante hacia la ventana, que tiene vistas al mar. Las piernas se han vuelto de chicle. Veo puntitos brillantes de colores y en mis oídos se ha instalado un zumbido que apenas me ha dejado escuchar mi última y chocante afirmación.

Me debato entre ir corriendo al baño para agacharme delante de la taza o quedarme quieta y luchar contra la reacción en cadena que se ha desencadenado en mi cuerpo al saber, ya sin lugar a dudas, que estoy gravemente enferma.

—Beatriz.

—Dame unos minutos, por favor.

—Los que quieras, cariño —me contesta colocándose detrás de mí—, pero tómatelos en la cama. Estás temblando y tienes los pies desnudos sobre la baldosa.

Me abrazo para aguantar las sacudidas de mis hombros. Respiro por la boca conteniendo con el aire que aspiro las ganas de vomitar. Algunos rasgos del paisaje real comienzan a aparecer como mi valla y las ramas de un eucalipto. Me concentro en buscar la línea del mar hasta que aparece.

—Voy a ducharme.

Abro el armario esquivando sus ojos. Tomo mi ropa interior y un conjunto de camiseta y pantalón corto de chándal a los que arranco las etiquetas con el precio y le rodeo mirando obstinadamente al suelo.

—Prepararé el desayuno.

—No tengo hambre —le digo encerrándome en la falsa seguridad del baño.

—Beatriz. —Su voz, siempre reconfortante, se queda a las puertas de mi corazón.

—¿Qué? —le pregunto sin abrir.

—Te quiero.

Las dos palabras generan una brecha en el hielo que amenazaba con dejar anestesiada mi alma para protegerla de tanto dolor. Pego mi cuerpo a la madera y busco su presencia al otro lado. Está ahí, no se va a marchar. Si él ha decidido aceptar esta guerra, yo también lucharé.

—Yo también te quiero. Dame cinco minutos para despejarme y ahora

hablamos.

—Bien. Voy a estar al otro lado del tabique preparando café y huevos revueltos. Si te encuentras mal dentro de la ducha golpea la pared. No corras el pestillo, no quisiera tener que tirar la puerta si te pasase algo.

—Está bien. No me pongas mucha cantidad.

—Tranquila, lo que no comas los perros lo agradecerán.

Vacíó el depósito de agua caliente del calentador de agua eléctrico y salgo sin poder recordar qué he estado pensando mientras me frotaba con rabia la piel. Ha sido un momento de desconexión, un reseteo para colocar cada cosa en su sitio antes de sentarme delante de Matt y comenzar.

En cuanto abro la puerta y salgo al pasillo me doy cuenta de mi error. La casa no tiene treinta grados, ni veinticinco ni veinte. La estación meteorológica que me regalaron en el supermercado por una compra superior a ciento cincuenta euros marca una temperatura de diecisiete grados.

Arrojo sobre la cama el pantalón corto y me pongo uno largo, subo la cremallera de mi chaqueta de forro polar y entro en la cocina empujando la estufa de butano para que lo primero que caliente sea la estancia donde estamos.

Matt me observa. Le sonrío como puedo para que sepa que todavía estoy en el país de los cuerdos, que no ando vagando en un limbo de hoteles con carta de almohadas y sábanas de algodón egipcio.

—¿Falta algo? —le pregunto acercándome a la mesa.

—Solo el café. Siéntate, que ahora acerco las tazas a la mesa.

—Está bien.

El olor de la variedad de café que me gusta tomar en el desayuno comienza a extenderse y me hace sonreír. Sé cuánto vale una caja de cápsulas, cómo se llama este tipo de café, cuánto me costó la máquina, puedo notar el tacto del metal en la yema de los dedos y saborearlo antes de probar el primer trago. Y hace diez minutos hubiera jurado por lo más sagrado que lo que estaba viendo era la página web de un hotel de Tokio. Confío en Matt, sé que dice la verdad del mismo modo que hace días soy consciente de que algo malo le está sucediendo a mi cabeza.

—¿Me dejas volver a verlo?

—¿Para qué? —Es normal que no quiera.

—Estoy bien, solo quiero verlo una vez más antes de hablar.

Me mira y mantengo la vista clavada en sus ojos. No voy a ocultarle nada, ya no tiene razón de ser y voy a necesitar su ayuda para poder enfrentarme a esto.

Me entrega su teléfono, busco la grabación e intento visualizarla con la mente limpia. Vuelvo a contemplarme. Siento que esa mujer que camina con determinación y toma el ordenador sin titubear no soy yo, mi cuerpo ha sido usurpado por otra fuerza que lo utiliza como vehículo.

Detengo la grabación cuando la pantalla del ordenador llena la del teléfono. Cierro los ojos y cuando los abro la decepción esperada aparece: el hotel que mi cerebro ve podría estar en cualquier capital del mundo, no encuentro la palabra Tokio, simplemente lo sé. ¿Cómo saber hasta dónde se extienden las alucinaciones? La mañana se presenta muy larga.

—Toma. —Le devuelvo el aparato.

—Come.

—Enseguida. —Primero el café—. Quiero que me hables con sinceridad.

—Siempre soy sincero contigo. —Extiende su mano y agarro con fuerza sus dedos. Esto va a resultar muy difícil.

—Además de levantarme sonámbula, hablar en sueños y mirar productos financieros, ¿he hecho algo extraño?

—No.

—Has contestado muy rápido. Piénsalo mejor.

—Me acordaría. No hay nada que pueda definir como raro. Se van a enfriar los huevos y lo que ha sucedido no va a cambiar aunque no comas.

Cargo el tenedor. Matt tiene razón, como casi siempre: dejar de alimentarme no va a mejorar mi situación. Sin esfuerzo no hay recompensa, comer sin hambre seguramente será el remedio que requiera un sacrificio menor.

—No puedo ver el contenido de la página. Para mí solo hay habitaciones y zonas comunes.

—¿Quieres que se lo enseñemos a alguien más? Solo la parte del vídeo donde enfoqué la pantalla.

—No hace falta. Hace tiempo que soy consciente de que hay algo enigmático en mi mente.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde que desperté en la habitación del hospital. —Ya no me quedan dudas, ese primer recuerdo de la playa de Rodiles no era normal—. ¿Estás preparado para escucharlo todo?

—Sabía que algo te pasaba. Algunas veces te he encontrado mirando ausente y, cuando te he preguntado, siempre has cambiado de tema.

—Ahora estoy preparada para contártelo todo, si me abrazas mientras hablo.

—Voy a ponerles agua limpia a los perros y ahora regreso. Espérame en el sofá.

Arrastro la estufa hasta el pasillo, me cepillo los dientes, meto la ropa sucia en la lavadora y espero a Matt extendiendo la manta verde sobre la zona donde vamos a sentarnos.

—¿Tenías mucho cariño a la escoba que había en el garaje?

—Ya estaba cuando compré la casa y pensaba jubilarla uno de estos días, pero imagino que los perros han decidido por mí.

—Sí, están jugando al pilla pilla: uno corre con ella en los dientes y los otros tres le persiguen.

—¿Y mi huerta?

—Sana y salva, gracias al cierre que colocó Isaías.

Se sienta y busco mi hueco favorito a su lado, con mi cuerpo muy pegado y Matt rodeándome con uno de sus brazos.

—¿Te conté lo que me pasó en Londres?

—Algo. —La mano de Matt masajea mi brazo y yo busco la otra para aumentar la conexión.

—Hace un mes y pico desperté desorientada en un cama de hospital londinense. No sabía lo que me había pasado, sentía que me moría y aun así mi principal pensamiento era la playa, un lugar donde había estado unos días cuando era pequeña.

—Tuviste una bajada de potasio.

—En general tenía muchos marcadores en niveles mínimos. Llevaba un

tiempo sintiéndome incómoda, sin apenas apetito, sin ganas de hacer nada, con mucho estrés por el exceso de trabajo. Un buen día mi cuerpo dijo que había que parar, que no aguantaba más el ritmo.

—Tuviste suerte, el cuerpo te avisó.

—Eso mismo dijo mi médico. Una semana después me dieron el alta. Me planteé ciertos cambios para que no me volviera a suceder y traté de retomar mi vida en el punto en el que la había dejado. No pude, pensaba constantemente en la playa, en los juegos que hacíamos en la arena, en las moras que cogíamos.

—A cien metros de donde estamos.

—Sí. —Como si fuera ayer y han pasado veinte años—. Empecé a sentirme muy incómoda en el trabajo, me faltaba el aire. Londres se convirtió en una cárcel. Me despertaba sobresaltada por las pesadillas y cada vez era más frecuente que me distrajera pensando en la playa o buscando en internet fotos de la zona. Las vacaciones aparecieron como una solución. Recordaría los lugares, terminaría de ponerme bien y olvidaría de una vez por toda esta especie de obsesión en la que se había convertido regresar a esta tierra.

—Y encontraste La Casona Azul.

—Digamos que nos encontramos las dos. Me gustó en cuanto la vi y acerté al hacer la reserva, aunque los primeros días lamenté que estuviera a medio camino entre Villaviciosa y la costa.

—Entonces aparecí yo y lo compliqué todo.

—A ver si lo explico bien. —Necesito que comprenda que reencontrarme con él ha sido una bendición, que mi trastorno comenzó a manifestarse antes—. Las señales que recibí en Londres eran claras. El cambio en mi vida se produciría de un modo u otro y algo en mi interior me decía que tenía que volver a Villaviciosa antes de tomar decisiones. Nos reencontramos y me diste una razón para quedarme.

—¿Fue aquí donde comenzaste a salir sonámbula?

—En Londres nunca encontré el ordenador encendido al despertarme. Una de dos, antes era más cuidadosa o mi estreno como sonámbula fue en “la habitación del pintor”.

—¿Siempre has visto hoteles de Tokio?

—Si. ¡A saber lo que he estado realmente mirando! —Yo no lo puedo saber, eso es lo que tiene la locura—. Cuando me desmayé estaba reunida con Zimmerman, un cliente del que no recuerdo si te he contado algo. Antipático, soberbio, desconfiado y otros cuantos adjetivos que no merece la pena buscar para definirle.

—Una joyita.

—Joyita sí que tenía, un anillo de oro excesivamente grueso con una esmeralda del tamaño de un abejorro. Ya lo llevaba en nuestro primer encuentro y cada vez que movía la mano lo exhibía. Me parecía ridículo que un hombre luciera una joya tan grande. He soñado varias veces con ese anillo y con Zimmerman, y cuando estaba plantando los pimientos sucedió algo...

—¿Qué?

—Dos pájaros estaban peleándose por un botín, uno de ellos lo soltó y me cayó sobre la cabeza.

Se me revuelve el estómago al recordarlo, cómo toqué mi pelo buscando insectos, mis guantes verdes con restos de sangre, el brillo del anillo entre las garras del ave rapaz y el miedo paralizándome.

—Estamos en la naturaleza. Aquí nada se regala, todo hay que ganárselo.

—¿Aunque sea el dedo de Zimmerman con anillo incluido? —Matt detiene las caricias. Un gesto insignificante teniendo en cuenta lo que acabo de decirle —. Es lo que vi, pero ¿cómo iba a contártelo?

—¿El dedo quedó a tu alcance en algún momento?

—No, noté el impacto y cuando levanté la cabeza uno de los pájaros elevaba el vuelo con él.

—Entonces solo pudiste ver un trocito. Pudo haber sido cualquier cosa, una golosina con su papel, una salchicha de un campista...

—¿Que goteaba restos de ketchup? ¡Por supuesto que tiene que ser algo explicable!, pero parecía tan real... Después apareció ese cadáver y me obsesioné buscándolo en internet.

—¿Por si era verdad que el dedo que creíste ver pertenecía a Zimmerman?

—Sí. No encontré nada. El otro día en Gijón me quedé como tonta mirando el luminoso de una administración de lotería que mostraba los números resultantes del sorteo de la lotería. No podía apartar la vista. —La angustia

regresa al recordarlo—. Hay cifras rondando mi cabeza, no puedo atraparlas, se escapan cuando tomo un papel y un boli e intento escribirlas, regresan cuando estoy bebiendo agua, cuando me calzo... Parece que jugaran al escondite.

Hablamos, me pregunta, le respondo, relleno todos los tiempos hasta que conoce cronológicamente todo lo que he vivido y pensado desde que desperté convencida de que me quedaban pocas horas de vida en este mundo.

—El teléfono. Cógelo.

—Sí. —Estoy metida hasta el cuello en mi historia y decido, antes de mirar la pantalla, que hoy no estoy de humor para escuchar a mi madre.

Me levanto y sigo el sonido hasta mi habitación. Mi padre, mi madre, algún pesado de compañías telefónicas que quiere venderme su producto, alguien que se ha equivocado, Susan, Jason, y mi lista se acaba.

—Hola, Tina. —No lo esperaba y me alegra.

—¿Qué tal estás, guapísima?

—Muy bien. —Mentira piadosa—. ¿Y tú?

—Bien, no me puedo quejar. He empezado a trabajar para un despacho de abogados.

—¡Qué bien!

Nunca dejaré de sorprenderme ante lo rápido que mi mente se adapta. Soy capaz de mantener una conversación sobre el trabajo de Tina cuando hace un minuto mi corazón palpitaba de miedo.

—De momento, cuatro horas al día.

—Bueno, es un comienzo.

—Sí, están llegando muchos nuevos clientes. Si no meto la pata y la trayectoria se mantiene, dentro de un par de meses pasaría a trabajar a jornada completa.

—Seguro que lo haces muy bien.

—¡Eso espero! ¿Vas a estar en Villaviciosa este domingo?

—Imagino que sí. ¿Vas a venir? —Le he invitado varias veces y, aunque este momento pueda parecer inoportuno, me apetece verla.

—El sábado iremos a Gijón. Una de la cuadrilla se casa y haremos allí la despedida de soltera.

—¿Cuántas sois? Tengo un sofá cama en el que entran dos y...

—Tranquila, ya hemos reservado hotel en el centro. No es la primera vez que celebramos allí una despedida y tenemos experiencia. Antes de cenar tomaremos unas sidriñas, en la cena beberemos más y después remataremos con lo que se tercié.

—Y lo mejor es un hotel cerca.

—Sí, nada de coches ni de tener que buscar taxi a las tres de la madrugada. El domingo nos tendremos que ir a las doce del hotel. Comeremos por ahí y les dije a mis amigas que podríamos hacerlo en Villaviciosa, así nos veíamos y charlábamos un rato.

—Me gustaría, pero no conozco a tus amigas y estaréis celebrando la despedida. No sé, va a parecer un poco raro que aparezca y me sume al grupo.

—¡Que va! Les he hablado de ti y les parece estupendo. Alicia y Gabriela te acribillarán a preguntas. Están pensando irse a la aventura a Londres para buscar trabajo.

—No hay problema, si puedo les ayudaré encantada.

—Entonces nos vemos el domingo y me enseñas ese lugar tan chulo que has elegido para vivir. ¿Qué restaurante nos recomiendas? Tengo que llamar para hacer la reserva. Nosotras somos ocho y contigo nueve.

—Déjame hacer primero una llamada. ¿Te importa que el restaurante esté a cinco kilómetros del centro del pueblo?

—Mientras que me digas cómo encontrarlo me da igual, vamos a ir en dos coches. A las doce tendremos que dejar las habitaciones. A alguna se le pegarán las sábanas y habrá que esperarla en recepción o tomando un café para terminar de despejarnos. ¿Si a la una y media estamos ya montadas en los coches camino de Villaviciosa, llegaremos a tiempo para comer a las dos?

—Mejor a las dos y media.

—Tienes razón. Vamos a desayunar tarde, no hay prisa para comer.

—Voy a llamar y con lo que me digan te cuento.

—Muy bien, hasta ahora.

—¿Ha pasado algo?

He salido a atender una llamada y regreso al salón quince minutos después. Es normal que en el estado en el que me encuentro se preocupe.

—No —contesto a Matt sonriendo, hasta que recuerdo que ahora ya no hay secretos entre nosotros y seguramente esté pensando que estoy loca de remate —. Me ha llamado Tina.

—¿La chica que conociste en Santander? —Esa parte ya la sabía, no hacía falta esconderla.

—Sí, celebrarán la despedida de soltera de una amiga el sábado en Gijón y el domingo quieren parar a comer aquí. He hablado con Susan. Tiene mesa libre y he vuelto a llamar a Tina para darle el teléfono y que hagan la reserva.

—Van a comer muy bien.

—¡Vamos! Yo también voy y tú si quieres. —¿Qué me responderá?

—¿Yo? ¿Un hombre comiendo en una despedida de solteras?

—La despedida será el sábado.

—En la comida hablaréis más cómodas si no hay un hombre en el grupo. Puedo tomar un café si te parece bien y me presentas a tu amiga.

—Me parece. —Sellamos este acuerdo con un beso.

—Aprovechando que estabas hablando por teléfono, he estado analizando tus explicaciones.

—¿Y a qué veredicto has llegado, a que estoy más loca que una cabra? — Ya no sé si reír o echarme a llorar.

—Desconozco qué profesional trata a una persona que tiene esos síntomas, si el sicólogo, si sería más apropiado un psiquiatra... Yo soy ingeniero, no tengo conocimientos sobre la mente humana, así que te voy a dar mi opinión teniendo en cuenta mi sentido común y el tiempo que llevamos conociéndonos.

—Dámela —le pido sentándome en el otro extremo del sofá para poder mirarle bien.

—Eres una mujer muy responsable y autoexigente. Creas objetivos y te esfuerzas como si fueran a imponerte una sanción si no los cumplieses en el plazo que tú misma has determinado.

No puedo ocultar el gesto de sorpresa que suscitan sus palabras.

—Piensa en el día de la segadora. ¿A quién tenías que demostrarle que podías hacerlo tú sola en una mañana?

—A nadie.

—A ti. Creo que el desagradable señor Zimmerman y sus continuas quejas

te han afectado más de lo que crees. Eres tan profesional en tu trabajo, te responsabilizas tanto de todo lo que haces... No puedes asimilar que no fracasaste con ese cliente, que tú no tuviste la culpa. ¿Pensaste en invertir en la bolsa de Tokio?

—Sí, pero no lo voy a hacer, la diferencia horaria es tan grande que decidí ceñirme a las europeas.

—Has tomado muchas decisiones en poco tiempo y estabas débil cuando las adoptaste. Yo esperarí­a antes de empezar a preocuparme. ¿Vas a trabajar hoy?

—No, necesito que me den unas claves para operar en bolsa y poder comprar y vender a tiempo real, y no llegarán hasta dentro de dos o tres días. Este contratiempo me favorece, necesito más tiempo para estudiar.

—¿Por qué no nos concedemos un mes a contar desde el día en que comiences a trabajar? Cuando tengas una vida ordenada, y con ello quiero decir una casa de la que no tengas que preocuparte, una rutina y compruebes que dedicarte a la bolsa para ti es como hacerlo para los clientes, seguramente las pesadillas desaparecerán, te olvidarás de Zimmerman y dejarás de pensar en números a todas horas.

—¿Y si no se me pasa? ¿Y si empeoro?

—Entonces buscaremos ayuda profesional.

Me muerdo el interior de mi boca para contener las lágrimas que acuden al escuchar cómo habla en plural. Somos una pareja, eso es lo que deben hacer dos personas que se quieren, apoyarse, y Matt estará a mi lado pase lo que pase.

—Te nombro guardián del *router* —declaro abrazándome a su pecho—. Escóndelo cada noche y no me lo cuentes. Da igual que estemos en esta casa o en la tuya.

—Si no tienes claves para comprar no hay riesgo.

—Me sentiré más tranquila sabiendo que no puedo comprar un billete de avión a Tokio.

—O un kimono.

—O una espada samurái.

—Guardaré el *router*. —Matt se protege el cuello con las manos.

—Y los objetos punzantes.

—Tranquila. —Su beso es medicina—. ¿Damos un paseo hasta la playa con los perros?

¿Cómo es posible que cada día sienta que mi amor por Matt ya no puede ser mayor y aun así siga creciendo con cada gesto suyo?

CAPÍTULO 19

—¿Estás seguro de que no quieres venir a comer con nosotras?

—El café. —Matt se queda pensativo—. Y un pedazo de tarta si queda.

—Se lo diré a Susan al entrar al comedor, que te guarde algo dulce para acompañar al café.

—¿Dónde has quedado?

—En la rotonda que hay a la entrada de Villaviciosa. Le he enviado una foto de la furgoneta para que se queden detrás de mí cuando me vean y me sigan hasta La Casona Azul.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—Antes de las tres y media no terminaréis de comer.

—Lo dudo.

—Entonces aprovecharé para meterme en la nave nueva.

—No te dejes trabajar. Cuando no sales corriendo de noche a socorrerme son los turistas excéntricos los que me molestan y tienes que dejar lo que estás haciendo.

—No tengo que fichar a la entrada del trabajo. Ajustaré mi horario al tuyo cuando comiences a invertir.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te quiero y lo feliz que me haces?

—No lo recuerdo, pero puedes repetírmelo todas las veces que quieras.

—Te quiero —le digo dirigiéndome hacia la puerta de salida.

—Nunca dejes de hacerlo —me pide desarmándome con su limpia mirada.

—Nunca —reitero antes de cerrar la puerta.

No podría aunque quisiera, y estoy segura de que no quiero. Hay que estar enamorada para comprender a otra persona que también lo está cuando afirma que la vida sin el ser amado deja de tener sentido. Si pienso en que voy a comer elaboro un menú pensando en sus gustos, si voy a dar un paseo por la playa quiero que me acompañe. Si no puede hacerlo y voy sola le cuento

después que he visto un cangrejo corriendo por la arena mojada cerrando y abriendo sus pinzas, como si fuera una folclórica. Cuando hablo con mi padre vigilo mis palabras para no incluir ningún plural que provoque que me pueda preguntar por cortesía si me trata bien. Cuando hablo con mi madre procuro no meter la pata para que no me vuelva loca con sus preguntas, que podrían abarcar desde si es buena persona hasta si me complace en la cama.

¡Llegó el domingo! Salgo de la ducha contenta. Me apetece estar con Tina, conocer a sus amigas, pasar un rato escuchando sus aventuras, presentarle a Susan y que conozca a la persona de la que tanto le he hablado y que ha sido parte primordial en el giro de ciento ochenta grados que he dado a mi existencia.

Los nubarrones que veo asomar por el oeste son un fastidio. El jardín de La Casona Azul hubiera sido un lugar estupendo donde tomar el tónico de Susan, pero me parece que si no cambia el aire terminaremos la velada sentadas en el salón.

Monto en la furgoneta. Las primeras gotas mojan la luna delantera. He aprendido a dar marcha atrás bastante bien a fuerza de practicar y llego a la zona asfaltada con el ruido ensordecedor de una granizada de primavera, que se marcha tan velozmente como ha llegado.

Paso delante de la casa de Matt y le lanzo un beso a la puerta. Hoy ni los granizos ni la lluvia van a ensombrecer mi buen humor. He descansado muy bien y no me he levantado de la cama sonámbula. Sí, he continuado soñando, lo sé porque Matt me cuenta cada mañana mis aventuras nocturnas, pero me he quedado sentada murmurando y cuando me he cansado de recitar tonterías me he vuelto a tumbar y no me he movido hasta que Matt me ha tocado íntimamente. Nos hemos levantado una hora más tarde con mucha hambre por el ejercicio matutino y más contentos que un niño con bicicleta nueva.

A las dos menos cinco estoy buscando un lugar seguro donde poder dejar la furgoneta. La rotonda no es el mejor sitio donde esperar a Tina y a sus amigas cuando la visibilidad es prácticamente nula por la lluvia.

Una casa en apariencia deshabitada a unos metros parece el mejor lugar. Hay una zona de aparcamiento con más agujeros que asfalto y esquivando los que puedo estaciono la furgoneta paralela a la carretera para poder ver por el

espejo retrovisor cuando los dos coches se coloquen detrás de mí.

Envío un mensaje a Tina y espero. Me contesta que estará atenta y que llegarán dentro de cinco minutos. Envío un emoticono a Matt y un gran corazón rojo latiendo. Arranco el motor para que el limpiaparabrisas funcione y enciendo la calefacción para que los cristales se desempañen. Dos coches negros de alta gama han aparcado detrás. “¡Menudo nivel!”, pienso atándome el cinturón. La puerta del copiloto se abre y me giro para saludar a Tina.

—¿Qué hace?

Un hombre al que no había visto en mi vida sube de un salto a la furgoneta. Estoy tan asombrada mirándole la cara que tardo unos segundos en darme cuenta de que me está apuntando con una pistola, y no se parece a las que venden en la sección de juguetes de las tiendas de los chinos.

—Conduce.

—¿A dónde? Mis amigas están detrás.

La cabeza se mueve en ambos lados y la pistola se acerca peligrosamente a mi costado.

Me incorporo a la carretera y cuando llego a la rotonda disminuyo la velocidad. Busco una señal, un milagro, algo que me diga que tengo una oportunidad. No hay nadie a quien gritar, ni un coche a quien poder hacerle el cambio de luces hasta que el conductor se ponga de mala leche.

—¿Hacia dónde?

—Adelante.

—¿La atravieso? —Estoy tan nerviosa y mi corazón late tan fuerte que apenas puedo escuchar algo más que la lluvia que golpea el metal de la furgoneta.

—¿Qué?

Mi secuestrador habla inglés, pero no es su lengua materna. Es muy moreno, cejas gruesas, ojos negros, labios gruesos, barba tupida. Parece uno de los cuarenta ladrones de la cueva de Alibaba y sabe que yo hablo inglés.
¿Por qué?

—¿Recto? —Estoy parada esperando.

—Sí.

Los dos coches me siguen; en realidad, son dos furgonetas largas para

pasajeros. Intento memorizar la matrícula que veo por el espejo retrovisor. Empiezo a repetir los números y las letras, aunque ¿a quién se lo voy a contar si este bruto me pega un tiro?

¿Y si me tirase del coche en marcha? Me da demasiado miedo, podría venir un vehículo en sentido contrario en el momento de caer al suelo. O también podría matarme yo sola al arrojarme. En un programa de televisión los profesionales del doblaje explicaban cómo había que hacerlo: formando una bola con el cuerpo para rodar hasta que la energía se agote. Eso está muy bien cuando de teoría se trata, en la práctica podría resultar mortal.

Arrebatarle la pistola tampoco es una idea merecedora de ganar un concurso de ocurrencias. ¡Como si lo viera!: la agarro, tiro hacia mí, al moreno peludo se le resbala el dedo en el gatillo y adiós Beatriz.

Mi teléfono móvil está guardado en mi bolso, imposible sacarlo y ponerme a conversar delante de mi secuestrador. Me quedo sin ideas. Voy girando a izquierda y derecha por caminos que nunca antes había recorrido. Solo podría decir que me parece que estoy alejándome mucho de la playa, que estamos adentrándonos en una zona rural. Si ya fuera poco lo que está pasando dentro del coche la lluvia decide hacerse más virulenta. En una curva cerrada no calculo bien y las ruedas de la parte derecha quedan enterradas en el arcén y los bajos de la furgoneta se traban en el asfalto.

—Baja —me gruñe enfadado. ¿Qué esperaba, que tomara la curva como Fernando Alonso?

Por si me quedaban ganas de huir una de las furgonetas se ha situado a mi lado. Abro la puerta, otro moreno barbudo ha deslizado la puerta lateral de corredera y tira de mi brazo con tanta fuerza que temo me haya exprimido la sangre de la carne que ha rodeado con su mano de hierro.

Cuento tres hombres: el que me ha subido a pulso, otro similar que está conduciendo y un hombrecillo pálido vestido con una gabardina *beige* que está sentado en el asiento del copiloto. La ruta por los montes de Villaviciosa y alrededores continúa. Ni siquiera me molesto en mirar que tipo de arma me está apuntando. Si no fui capaz de hacer nada cuando éramos uno contra uno, ahora que hay dos y medio (el hombrecillo parece sacado de un sarcófago egipcio) ni me molesto en gastar energía ideando un plan de escape.

Hago apuestas: ¿qué quieren, violarme?, ¿violarme y después matarme?, ¿utilizarme en un ritual para después matarme, o hacerlo para después violarme y matarme? Ya no soy virgen, pienso riéndome amargamente para mis adentros. Se les va a joder el ritual, si van a derramar mi sangre se van a llevar un chasco cuando la poción se les pudra.

Estoy pensando tonterías, pero ¿a quién le importa? Ahora estoy justificada, puedo desvariar lo que me dé la gana, me han secuestrado y no creo que me quieran vender una aspiradora. Viviré estos últimos momentos como me apetezca, pensando gilipolleces sin estar soñando.

Abandonamos la carretera asfaltada. Hemos girado a la derecha para adentrarnos en una pista forestal. A ambos lados solo hay grandes eucaliptos que se balancean al compás de las ráfagas de viento. Giro la cabeza, el otro coche nos sigue. Tenía que haber saltado en la rotonda, ahora ya no habrá oportunidades y presiento que nunca saldré del bosque.

La puerta se abre y el que me secuestró me hace gestos con la cabeza para que baje del coche. La certeza de que algo muy malo me espera dentro de la cabaña a la que hemos llegado me ha dejado sin fuerzas y le miro bobaliconamente.

—Baja.

Sin esperar a que su orden tenga efecto me coge del antebrazo que no me habían estrujado y me arranca del asiento sin ningún miramiento. Hay un metro al cielo raso entre la furgoneta y el alero de la cabaña, suficiente para calarme sin que el frío me afecte. Ya estoy helada por dentro, preparándome para lo peor.

La pequeña casa de piedra no tiene paredes divisorias, toda la planta baja está ocupada por una única estancia. Las ventanas de madera tienen las contraventanas echadas y la puerta al cerrarse tampoco deja entrar la claridad del día. La luz amarillenta ilumina una escalera de madera adosada a una de las paredes y a una silla de plástico naranja con mesa a juego que parecen un chiste en medio de la rústica habitación con suelo de piedra y techo con vigas de madera.

—Buenas tardes, señorita.

¡Lo sabía! En los minutos —veinte porque mis manos no están atadas y he

podido mirar mi reloj— que han transcurrido desde que me han secuestrado no he querido admitir que el calvo de la silla tenía que ser el responsable de mi secuestro. ¿Por qué? Muy sencillo, porque hacerlo me provoca una inmensa rabia. Aguanté sus conversaciones, me dio pena cuando habló de su infancia, y lo peor de todo, retuve a los perros de Matt dentro del garaje. Si les hubiera soltado antes y les hubiera azuzado para que atacasen probablemente mi situación actual diferiría bastante de la que ahora estoy padeciendo. Él estaría muerto o en un hospital recuperándose de las heridas y yo me enfrentaría a una demanda por permitir que los perros le hubieran atacado a él y al hombre de negro.

—¿Por qué me ha secuestrado?

Me giro y ahí están los dos: el de la silla sentado en ella y con una paleta de azules en su ropa que ni Miguel Ángel tuvo a mano cuando pintó la Capilla Sixtina; el de negro se mantiene en su línea, de negro y con las mismas botas de puntera que tan originales resultan como complemento a un traje de vestir.

—Siéntese, por favor. —Acerca la silla con gran destreza, algo normal para una persona cuya existencia está unida todos los días a este aparato eléctrico—. Usted es una mujer alta y me resulta doloroso mantener el cuello elevado para mirarla.

¡Mira qué fino! A mí me duelen los brazos. Las tenazas hidráulicas que tu matón tiene por manos me parecerán una caricia después de lo que vais a hacerme, así que no te quejes tanto, que la que debería estar gritando y lloriqueando desconsolada soy yo.

—Siéntate. —Otro de los hombres peludos me agarra y me lleva hasta la silla, donde acabo sentada sin que mi resistencia altere la fuerza que ejerce su mano en mi hombro.

Estoy frente a todos: el de la silla, su sempiterno acompañante, el medio hombre pálido de la gabardina *beige* y los tres hermanos peludos. Seis pares de ojos que me observan y hacen que cruce los brazos sobre mi pecho en un vano intento de proteger mi alma. Si no puedo llorar es porque estoy bloqueada. Mi mente se protege intentando negar lo que mis ojos le dicen: que esto no es una pesadilla de la que despertaré de un momento a otro.

—¿Tiene frío? —Eleva la mano izquierda y el de negro se inclina para

escuchar sus indicaciones. —Este clima es impredecible. He pasado mucho calor en esta tierra y ahora hay tanta humedad que me parece que estuviéramos en Inglaterra.

Uno de los peludos sale. El de negro le ha dicho algo al oído. Regresa con una manta de cuadros y me la arroja. No es el momento de hacer aspavientos, no tiene poderes mágicos, pero me cubro con ella como si fuera un escudo protector.

—Le presento al señor —su mano regordeta queda en el aire—, digamos, Smith.

No me había fijado en el abultado maletín que el hombrecillo porta y que abre sobre la mesa. Busco con pavor cuchillos, tenazas u otros objetos de tortura. Su contenido me recuerda al médico que venía a visitar a mi abuelo en sus últimos meses de vida.

¿Y si me levantase y corriese hacia la puerta? ¿Y si dijera que me quiero ir? ¿Y si me provocase un desmayo conteniendo la respiración? Tina estará buscándome. Habrá llamado a mi móvil, que descansa en el asiento de la furgoneta que me dejó Matt. Nadie sabe dónde estoy, ni yo misma podría dar una situación aproximada. El fatalismo se apodera de mis músculos. Me han derrotado antes de hacerme nada y no encuentro razones para darme ánimos.

—Tiene algo que me pertenece, Beatriz.

—¿La casa?

—¿Qué casa? —Es la primera vez que veo al calvo sorprendido.

—La que he comprado.

—¿Y para qué iba yo a querer esa chabola? ¿Tengo pinta de vivir en la caseta de un perro?

—Mi casa no es una chabola —le respondo indignada para volver a desinflarme al recordar que en la situación en la que me encuentro mi casa y su diseño no tiene ninguna relevancia—. Yo no tengo nada más.

—No sabe nada.

Es la primera vez que el hombre de negro habla en alto, y ahora que le he escuchado hubiera preferido que mantuviera esos labios tan finos pegados. Su voz se arrastra por mis oídos buscando, repta hasta mi cerebro llenándolo de un miedo primitivo. Es un demonio y está deseando jugar conmigo.

El hombrecillo se quita la gabardina, la dobla cuidadosamente y la coloca al lado del maletín. Se acerca al organizador de mi rapto, con pequeños pasos que no hacen ruido al tocar el suelo de piedra. Ellos hablan, yo les miro y los demás me miran a mí. Aprieto la manta sobre mi cuerpo y espero temblando de frío y miedo.

—Atendiendo a los sabios consejos del señor Smith, voy a darle algunas referencias que quizá le ayuden a recordar. Le sugiero que, si no desea prolongar nuestra estancia en este lugar —lo observa con manifiesto desagrado—, colabore aportando cualquier dato que se le ocurra cuando escuche mis palabras. ¿Ha entendido?

—Sí. —No le he entendido muy bien. Estoy demasiado aterrada para concentrarme en todas sus palabras, pero ahora sí que comprendo a los torturados que confiesan cualquier cosa y firman declaraciones que ni siquiera han leído. Tengo tanto miedo que podría afirmar cualquier barbaridad si sirviese para recuperar mi libertad.

—Me llamo Natan Zimmerman. —Sonríe al ver cómo mi cara se descompone—. Mi hermano era Víctor Zimmerman, ¿le recuerda?

—Sí.

El hombre de la silla se calla para que yo pueda asumir la magnitud de la revelación que acaba de hacerme. Busco rasgos físicos comunes con el recuerdo que tengo de Zimmerman. No los hay y sin embargo sí que compartían algo: la soberbia que se esconde detrás de su trabajada condescendencia.

—Difícil encontrar parecidos, ¿verdad? Víctor era delgado, tenía los rasgos delicados de mi madre y una buena mata de pelo suave como el de un bebé. Era el hermano mayor y se llevó lo mejor de ambos progenitores: la belleza de mi madre y la capacidad de mi padre.

¡Cuánta rabia pueden contener las palabras! Este hombre está envenenado por el odio.

—Tuve que encontrar mi habilidad. Estar encadenado a una silla de ruedas no me permitió perder el tiempo aprendiendo a montar a caballo, o acudiendo a fiestas para intimar con bellas mujeres. Mi hermano lo hacía por los dos y cuando regresaba a casa de madrugada me despertaba para contarme sus

aventuras amorosas.

—¿Está muerto?

—Sí.

Una afirmación dicha sin dolor es una confirmación de los sentimientos negativos que su hermano generaba en el hombre que mira ahora al infinito. Saber que no estaba loca, que era su dedo el que cayó sobre mi cabeza no me consuela. La gente no va perdiendo dedos como si fueran pétalos de rosa. Ese dedo fue arrancado de una mano que ahora estará descansando con el resto de su cuerpo. Un hombre que descubrieron a pocos kilómetros de mi casa flotando en la orilla del mar.

—Mi hermano se reunió con usted en varias ocasiones. ¿De qué hablaron?

—Tenía cuatrocientas cincuenta mil libras en una cuenta bancaria y quería que produjeran beneficios.

—¿Todas las conversaciones giraron en torno al dinero y al modo de invertirlo?

—Sí. —Parece que espera más datos y me apresuro a darle todos lo que tengo—. Las reuniones duraban aproximadamente media hora. Yo le mostraba dónde estaba depositado su dinero y la ganancia acumulada. Él revisaba las cifras y después se marchaba.

—¿No recuerda nada más, alguna palabra que siempre repitiese, algún gesto que le pareciera extraño?

—No... Bueno había algo que me parecía una extravagancia.

—¿Qué? —La silla acerca al hermano hasta quedar a un metro de distancia. Está sudando, aunque dentro la temperatura es baja y su olor mezclado con el dulzón de su perfume se impone sobre el de la humedad que guarda la cabaña.

—El anillo. —La cara del medio hombre adquiere un repentino interés—. Tenía un anillo muy grande con una esmeralda. Movía esa mano de un modo exagerado.

—¿Lo pasaba por delante de su cara? ¿Se lo mostraba?

—Sí —respondo a la primera pregunta del hombrecillo—. Hacía así. —Imito aquel balanceo de brazo que tan ridículo me parecía.

—Sé de qué joya me habla —le dice Natan—. ¿Podría servir un anillo

similar?

—Lo dudo, pero podemos intentarlo.

—Enseguida. —Se seca con uno de sus vistosos pañuelos la sudorosa calva y lo guarda dentro del carísimo bolso que descansa sobre sus piernas—. Mi hermano tenía una habilidad: inducir a las personas para que hicieran lo que él quería. Usted vivía en Londres, tenía un buen trabajo. ¿Por qué lo dejó todo?

—No entiendo la pregunta.

—Usted vivía en un apartamento muy bien situado, tenía un puesto en el que podía desarrollar todos los conocimientos que había aprendido en la universidad, ganaba bastante dinero y estaba adquiriendo mucho prestigio. Le repetiré la pregunta: ¿por qué vino a este pueblo?

—Había estado aquí de niña.

—Pero no había vuelto.

—No. Estuve estudiando fuera, después comencé a trabajar en Estados Unidos...

—Pero podía haber venido de haberlo deseado.

—Sí. ¿Me está diciendo que su hermano me metió en la cabeza que tenía que venir a Villaviciosa? —Menuda tontería—. Su hermano no sabía que yo había estado en un campamento. Ya le he dicho que su hermano y yo no hablábamos de temas personales.

—¿Está segura? Las personas a la que hipnotizan no recuerdan nada. Mi hermano le dio unas indicaciones y necesito averiguar algo que está en su cabeza, aunque usted no lo sepa conscientemente. Beatriz, no me interesa causarle daño, solo quiero un dato y no volverá a verme en su vida. Si colabora, podrá volver a su casita —su desprecio hacia mi vida se le escapa en cada palabra—, seguir plantando tomates, dar paseos con su novio y cuidar a los perros.

—¿Qué tengo que hacer? —Quiero vivir y su ofrecimiento, aunque sea falso, es lo único que tengo.

—Relajarse y dejar que el señor Smith le hipnotice.

—Yo no hice nada, si me hipnotizó, —algo que daría una razón a lo que me ha estado sucediendo—, lo hizo sin mi ayuda.

—Y le resultó fácil porque usted no lo sabía. —El hombrecillo habla como si viviera en un estado permanente de agotamiento—. Ahora es consciente de lo que va a suceder y su mente podría oponer resistencia, a eso me refiero.

—Lo intentaré. —Si no puedo huir prefiero no saber lo que van a hacer conmigo.

Uno de los peludos saca una silla del hueco de la escalera y se la acerca al señor Smith, que se sienta rozando sus rodillas con las mías.

—Cierre los ojos, Beatriz.

Lo hago con temor. ¿Los volveré a abrir?

—Beatriz, ¡despierte!

—Sí, sí.

Desorientada miro a mi alrededor. Seis pares de ojos me miran. Sonrío por educación hasta que recuerdo que esas personas no son mis amigos. Estoy presa en una cabaña de piedra que está situada en una ladera de un monte no muy alejado de Villaviciosa.

—¿Ya está? —Que digan que sí, que digan que sí.

—No, Beatriz —se lamenta Natan Zimmerman. A mí sí que me da pena. ¿Qué van a hacerme ahora que la hipnosis no ha desvelado lo que está escondido en mi cerebro?

—¿Puedo irme?

—No, Beatriz —contesta con hastío—. Necesito esos datos, no podemos marcharnos.

Miro mi reloj, una de las pocas libertades que mantengo. Las cuatro y diez. ¿Tanto tiempo he permanecido bajo los efectos de la hipnosis?

—¿He colaborado? ¿Me he relajado?

—Sí, usted no ha puesto impedimento alguno —me responde el hombrecillo.

—Entonces, no habrá nada aquí adentro. —Me toco la cabeza angustiada.

—Lamento llevarle la contraria. Lo hay —el hombrecillo se muestra apesadumbrado— y el señor Víctor Zimmerman lo protegió de un modo excelente.

—Proceda, señor Smith. Este lugar me enferma, quiero volver a mi casa.

El medio hombre asiente con su cabecita de alfiler. Mis brazos quedan inmovilizados por las manazas de dos de los hombres peludos. La jeringuilla se acerca goteando un líquido ambarino.

¿Han vivido los actores en su propia carne lo que se siente cuando te inyectan drogas para que comiences a hablar como si fueras una cotorra? Me pesan mucho las piernas, los brazos, las orejas... Mi cuerpo se escurriría cual pañuelo de seda si no lo estuvieran sujetando los dos simpáticos muchachos que me miran sonrientes.

¡Espera un momento! ¿Me están enseñando los dientes? Hace un momento tenían pinta de estar muy enfadados. ¡Ahhh! Ya recuerdo lo que estaba pensando: en los actores y actrices que interpretan secuencias en las que les drogan. ¡Qué bien lo hacen! ¿Seguirán el método Stanislocotrofchopprot, probando primero para repetir lo que han notado? Lo hacen de put... madre. ¡Perdón!

—Beatriz.

—Sí. —Beatriz, Beatriz, Beatriz... ¿Es que no se saben otro nombre?

—Somos amigos, muy buenos amigos.

—Sí. —Tu cara me suena, pero decir que somos amigos...

—Y los amigos se cuentan todo.

—Sí.

—Los amigos no tienen secretos.

—No.

—Cuéntame entonces...

—Vale. Eres muy poquita cosa, Smith. Deberías comer mejor, ir a un gimnasio, poner alguna nota de color a tu vestimenta...

—¡No!

Parece que se ha enfadado, yo solo quería ser sincera. ¿No es así como hablan los amigos?

—Bueno. —Me quiere sonreír, pero no sabe hacerlo, no lo aprendió de pequeño y ahora tendrá que ir a clases particulares de la señorita Luci—. Lo has hecho bien. —Estoy algo piripi, pero me doy cuenta. ¡Te has picado, ja, ja, ja!—. Ahora cuénteles a Natan lo que Víctor le dijo.

—Si se lo cuento, Natan Zimmerman se enfadará conmigo.

—No se va a enfadar.

—Si lo va a hacer. Tú te has enfadado cuando me has pedido mi opinión, que te la he dado con todo mi cariño, porque quiero que encuentres a una mujer buena que te cuide y te dé mimitos.

Todo me da vueltas. ¡No vuelvo a tomar sidra en mi vida!

—No te comas las uñas —le digo a uno de los atractivos morenos que me cuidan—. Tienes unas manos muy bonitas y a las chicas no nos gusta que nos toquen con esos dedos que parecen gusanos. A los pájaros les gustan esos dedos. Si se te cayera uno no lo podrías recuperar. Se lo llevaría volando y tendrías que ponerte una salchicha de Frankfurt.

—Beatriz.

—¿Qué?

—Zimmerman no se va a enfadar, yo no me he enfadado.

—Está bien. —Se va a enfadar fijo—. Víctor me dijo que no soportaba a su hermano, que era un pedorro que llenaba el castillo con su insoportable olor y que por eso le mando a la última planta a vivir.

—¡Porque me puse a régimen para perder peso y la verdura me sentaba mal!

¡Uy, uy, uy! A este hombre tampoco le ha sentado nada bien lo que decía su hermano. No sé para qué me piden sinceridad si luego se enfadan. No voy a contarle lo otro. Víctor me dijo que no podía decírselo a su hermano, me hizo jurar que nunca se lo revelaría. Llevaba muchos años aguantándole y había llegado el momento de estar libre. Víctor se lo merecía.

—No te enfaaadesss.

—Dale otra dosis. ¡No tengo todo el día!

—Ya le he suministrado la dosis máxima. Si vuelvo a inyectarle el suero podría morir.

—¿Y qué importa si muere ahora o dentro de dos horas? No pensarías que íbamos a dejarla con vida, ¿verdad?

—¿Me vais a matar? —¡No me lo puedo creer! ¡Serán malotes!

—¡Está lúcida! —grita el de la silla—, ¿por eso no colabora?

—No —responde el medio hombre nervioso. El resto no lo comprendo, tengo una nube en la cabeza. La muevo para volver a aclararme—. Su mente se

resiste, es más fuerte de lo que parece.

—Soy muy fuerte —y me levanto para hacer poses de culturista—, por eso no voy a contar lo que Víctor me dijo, lo tengo guardado aquí. —Me señalo la cabeza.

—Déjala. —El medio hombre pide a los hombres peludos que no me sujeten.

Estoy borracha. Me lo han metido en vena, pero el efecto es similar al que noté cuando tomé sidra por primera vez con Matt. ¡Ay, Matt, cuánto te quiero! Me va a matar, ese gordo calvete me va a enviar al otro barrio. ¿Y cómo va a hacerlo, me va a atropellar con la silla? De eso nada, yo quiero darme un paseo en esa silla ahora que han empezado a sonar los fuegos artificiales.

—¿Una vueltecita en la montaña rusa?

CAPÍTULO 20

Me muero y esta vez no puedo estar de nuevo equivocada en mi diagnóstico. Tengo experiencia. Cuando estaba ingresada en el hospital de Londres, creía que fallecería de un momento a otro por el malestar que sentía. Eran caricias ahora que puedo compararlas con los terribles dolores que siento en la pierna y en la cadera izquierda. La cabeza me estalla como si la Filarmónica de Londres estuviera ensayando dentro. En mi labio inferior me ha brotado un corazón que late desagradablemente.

La cama se mueve, las paredes tampoco están quietas y tengo náuseas. Intento abrir los ojos. Si hay algún médico o enfermera cerca, quizá pudiera darme algo para que mi cuerpo se apaciguase.

—Cariño, estoy aquí, a tu lado.

—¿Matt?

—Sí. —Una mano caliente sujeta la mía.

—¡Has venido a verme!

—Y no me voy a separar de ti.

Le miro. La cara de Matt vibra deformándose. Aprieto los párpados y cuando los abro de nuevo ahí está mi chico sonriéndome. Sus ojos brillan y nada me gustaría más que sentir su cuerpo abrazándome. Tanteo con la lengua mi labio. El corazón sigue ahí latiendo sordamente, sumándose al resto de dolores que han invadido mi cuerpo.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

—Te queda muy bien el color azul, hace juego con tus ojos.

—Gracias.

—Matt —ronroneo al sentir sus dedos en mi frente—, pregúntale al médico si me puede extirpar el corazón.

—¿Cómo va a hacer eso?

—No quiero que me recuerdes con un corazón en el labio.

—Cariño, no tienes un corazón en el labio.

—¿Cómo es posible que no lo veas? —¿A dónde estará mirando?—. Tiene el tamaño de una castaña gallega.

—Matt, ¿sabes qué me apetece?

—Dímelo.

—Ir a coger moras.

—¿Y echarlas en un cubo con agua fría para comerlas en el momento?

—Ummm, sí. Llévame Matt, vamos a comer moras.

—Te han puesto un calmante hace media hora. ¿Cómo te encuentras?

Si el doctor Tanner era como un cura a quien siempre había que decirle la verdad, al que está esperando mi respuesta le acabo de hacer obispo. Estoy en sus manos y colaboraré haciendo todo lo que me diga para que mis males desaparezcan pronto.

Busco en mi escala de dolores padecidos y he tenido días mejores: me duele la pierna, sobre la cadera izquierda parece que hubieran dejado olvidada una piedra de cincuenta kilogramos aplastándome la carne y el labio todavía me late de vez en cuando, aunque ahora sepa que no me ha crecido ningún órgano sobre él. ¡Qué tontería! ¿Cómo llegué a pensar que en un labio podían brotar riñones o corazones como si fueran champiñones?

—Mejor, es un dolor tolerable.

—De eso se trata, de que puedas descansar. No queremos pacientes sufriendo innecesariamente, porque el dolor no ayuda a curar las heridas. Cuando notes que el efecto desaparece, avisa a la enfermera. Le voy a dejar indicaciones para que te suministre más analgésicos.

—Gracias.

El médico me sonrío mientras garabatea en su portafolio, que tiene apoyado sobre su antebrazo izquierdo. ¡No me extraña que tengan una letra que no entienden ni ellos mismos!

—¿Cómo tiene la pierna?

Matt pregunta lo que a mí no se me había ocurrido. Tiene mi permiso para tratar en mi nombre aquellos asuntos en los que todavía no puedo valerme por mí misma. Me pincharon dos veces y me inyectaron potentes drogas para que les revelase hasta la marca de la papilla que me daba mi madre. Los efectos

todavía coletean, mezclándose con la anestesia de la operación, los medicamentos que me están suministrando por vía y el *shock* de la traumática situación por la que he pasado.

—Era una rotura muy mala.

—Lo vi.

—¡Menos mal que yo no miré!

Matt me ha contado que, en el momento en que desobedecía la prohibición que le había impuesto la policía de acercarse a la cabaña, yo salía al exterior montada en la silla de Natan Zimmerman. El hombre de negro nos seguía pistola en mano y fue el propio Matt quien le placó y le lanzó a varios metros sobre el suelo empedrado, donde quedó inconsciente. Tiene quince hermosos puntos en la cabeza y un hombro que tardará mucho tiempo en curarse.

La silla pasó a su lado sin que a él, ni al resto de agentes que se encontraban fuera en ese momento, les diera tiempo a extender la mano para frenarla. Al llegar a la hierba empezamos a coger mucha velocidad. La pendiente, combinada con la hierba mojada, hizo que las ruedas, que no estaban preparadas para suelos tan resbaladizos, perdieran tracción y nos deslizáramos hacia los árboles sin remedio.

A Zimmerman el susto que llevaba en el cuerpo no le debía permitir lanzar ni un gritito, yo los profería por los dos. Me reía sin control, sujetando el mando que controlaba la silla, como si me acabasen de contar un chiste buenísimo. A punto estuve de librarme del golpe. Zimmerman quería arrojarse en marcha y me empujaba para liberarse de mi abrazo de koala. Afortunadamente para mí, el impacto llegó cuando ya tenía medio culo fuera y el otro medio sobre el apoyabrazos.

El castaño estaba en medio de nuestra trayectoria. No recuerdo el golpe, pero sí tengo una vaga imagen de mi cuerpo volando sobre un vallado. Una pierna rota y varios hematomas es tener mucha suerte. No era el día de Natan Zimmerman y lo recordará durante el resto de su vida. Él, que no estaba drogado, pudo ver cómo la silla se acercaba al grueso tronco, hacerse una clara idea de lo que estaba a punto de sucederle y notar el tremendo impacto que le tendrá comiendo papillas durante mucho tiempo. Las ruedas de la silla al tocar el árbol actuaron como catapulta y le lanzaron de morros contra el

tronco del castaño.

Me duele y tendré que ayudarme de muletas durante unas semanas, pero no envidio la parte que le tocó a Matt. Contemplar impotente cómo la persona a la que quieres sale volando y correr a buscarla para encontrarla con la pierna izquierda descalabrada y sin parar de decir tonterías debió de ser muy duro. Él no sabía que me habían drogado y yo no estaba en condiciones de explicárselo.

—Hemos operado, los huesos se han colocado bien y tienes un clavo para ayudar a que sane correctamente. Dentro de unas semanas podrás caminar por la playa de Rodiles.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijiste en el quirófano. No paraste de hablar hasta que te anestesiarnos.

—Lo siento. —¡Qué vergüenza!—. ¿Y que más te dije?

—Estabas drogada y te habías golpeado contra un árbol, por lo que el anestesista actuó rápidamente para que dejaras de moverte y empeoraras las heridas. Me contaste que querías ir a bañarte a esa playa y que no estabas loca, lo repetiste varias veces. Espero que todo salga como debiera y que no sea necesario intervenir de nuevo para retirarte el clavo, pero eso lo valoraremos dentro de tres meses aproximadamente. La cadera —el doctor prosigue su inspección palpándome y haciendo que me acuerde de toda su familia— está milagrosamente intacta. El impacto provocó un importante traumatismo, por eso la zona está inflamada y muy dolorida. Si no hay complicaciones mañana por la tarde podrás irte a tu casa.

—Muchas gracias, doctor. —Matt le estrecha la mano y, como yo no puedo levantarme, recibo una palmadita en la pierna sana como respuesta a mi agradecimiento.

—Tenéis visita. La policía suele ser comprensiva —se dirige a Matt—, pero, si observas que tu chica se encuentra mal, avísame y les invitaré a que prosigan su interrogatorio cuando la paciente recupere las fuerzas.

—Entendido. Que nos den un segundo, por favor.

—Claro.

—Cariño —sus caricias son la mejor medicina—, ¿quieres que les

pregunte si me puedo quedar a tu lado?

—Sí.

Matt regresa con tres hombres. En un primer momento me sorprende su aspecto. Yo esperaba ver entrar por la puerta uniformes y caras serias, y me encuentro con tres chicos que no tendrán muchos más años que yo vestidos de modo informal.

Se presentan: dos son españoles y el otro es inglés. Me explican su trabajo, que en resumen consiste en buscar y detener a ladrones que utilizan la informática para cometer sus delitos.

—No puedo incorporarme. Si pudieran sentarse me sentiría menos violenta.

—Por supuesto. —El más alto sale a buscar dos sillas. En mi habitación solo hay una y Matt prefiere estar de pie. Está más nervioso que yo.

Regresan y se colocan a mi derecha, como si estar cerca de mis heridas las pudiera perjudicar. Matt mete un cojín debajo de mi cabeza para que esté más cómoda.

—Lo primero que quiero comunicarle es que...

—Tutéame, por favor. Estoy en camisón.

—Claro. —Le he dejado cortado, todavía quedarán restos del suero y seguro que son los responsables de estos ataques de absoluta sinceridad tan poco necesarios—. Lo que quería decirte Beatriz es que tu seguridad está garantizada. Todos están en prisión o en el hospital con vigilancia las veinticuatro horas del día.

—¿En este hospital?

—No, en otro, a muchos kilómetros de distancia.

—Mejor.

—Sí, no queremos que corras peligro. Sé que estás convaleciente de una operación y no vamos a extendernos mucho.

—Contestaré encantada, aunque hay momentos que no recuerdo.

—Nos consta que te hipnotizaron y te drogaron. Te voy a hacer un pequeño resumen de lo que hemos averiguado. Corrígeme si me equivoco.

—Vale.

—Víctor y Natan Zimmerman eran hermanos. Víctor era el mayor de los

dos hijos que tuvieron Jared Zimmerman y Nicole Sheridam. El padre estuvo prisionero en un campo de concentración y, según los datos que hemos podido recabar, se convirtió en la persona de confianza de los altos mandos que controlaban el campo gracias a sus increíbles poderes mentales. La madre era una mujer perteneciente a una rica familia londinense que falleció en extrañas circunstancias y el padre se hizo cargo del cuidado de los niños cuando eran pequeños.

—Los hermanos se odiaban.

—Pero se necesitaban. Víctor había heredado de su padre la cualidad para manipular la mente de las personas. Natan no la tenía, pero era un genio de la informática y formaron un equipo.

—Víctor me hipnotizó para utilizarme en su provecho. —Eso no se me va a olvidar mientras viva.

—A ti y a otros cuatro inversores de otras empresas.

—¿Para qué?

—Para hacer posible un robo perfecto. Ocultó en tu ordenador y en el del resto de profesionales elegidos un programa que había creado Natan. En cada caso el programa tenía ligeras diferencias, ya que cada uno de vosotros teníais una función diferente.

—¿Y qué parte del trabajo me encargó a mí? ¿Algo relacionado con fondos de inversión?

—¿Cómo lo sabes?

—Se ha levantado sonámbula varias veces —apunta Matt, que es quien puede hablar de esta parte—. Encendía el ordenador y entraba en la página de una empresa especializada en la compra y venta de fondos de inversión.

—¿Y pudiste ver lo que hacía?

—No, me daba miedo que se arruinase comprando sin ser consciente, por lo que desconectaba el *router* y apagaba el portátil.

Los tres agentes se miran asintiendo con la cabeza. El rompecabezas comienza a resolverse.

—Víctor os dio a cada uno de vosotros indicaciones concretas. No voy a marearte explicándote los detalles del plan de Natan, pero tuvo una idea brillante. El dinero salía de las cuentas bancarias de millones de inversores y

se anotaba como gastos bancarios. El programa está tan protegido que, si no fuera por la colaboración del propio Natan, se tardaría tiempo en desmontar todos los sistemas de seguridad que incluyó en el programa para hacerlo ilocalizable. Los puntos de la boca le impiden hablar, pero se le ha facilitado un ordenador portátil y está mostrando su trabajo a un informático de nuestro grupo.

—¿Y cuál era mi misión?

—Vender los fondos de inversión que el anterior eslabón compraba a tu nombre con el dinero que se iba generando y transferirlo desde la cuenta que había abierto a tu nombre a otra en un paraíso fiscal.

—¿También a mi nombre?

—No, a nombre de los hermanos Zimmerman.

—¿Mucho dinero?

—Natan ha calculado que superará los quinientos millones de dólares.

—¿Vendí fondos de inversión por valor de millones de dólares y los deposité en una cuenta mía?

—Sí.

—No veía la página. —Me disculpo, aunque me hayan dicho que yo no era consciente de lo que hacía—. Para mí eran hoteles de lujo en Tokio.

—Según ha escrito Natan Zimmerman, su hermano podía dar órdenes para que las personas a las que hipnotizaba hicieran lo que él deseaba, sin que nunca llegaran a ser conscientes de que estaban actuando bajo los efectos de la hipnosis. Si es cierto que te “animó” a coger vacaciones, también pudo hacerlo para que creyeras que buscabas hoteles.

—¿En Tokio? —El agente se queda sin argumentos. Quizá nunca se sepa hasta dónde hurgó Víctor Zimmerman en mi cabeza—. Y los pasé a la cuenta de los hermanos.

—No. Esa cuenta tiene diez dólares, que son los que transfirió Natan cuando la abrió a nombre de una sociedad de la cual los dos hermanos eran los únicos socios. Creemos que el dinero está en una cuenta que Víctor abrió a tu nombre en el mismo banco, en una cuenta tuya, Beatriz.

—¿Y habéis podido retirarlo? —Ese dinero no es mío. La policía y las personas que lo han perdido no van a dejarme tranquila y yo quiero que esta

pesadilla termine de una vez para siempre.

—No es tan fácil, se trata de cuentas bancarias donde no consta el nombre del titular. Se le otorga una numeración y solamente quien la sepa puede disponer del dinero depositado.

Tomo agua para recuperar la humedad en mi boca. En los gestos menos insospechados la verdad aparece y ese momento por fin llega.

—Eso es lo que buscaba el hombrecillo...

—¿Quién es el hombrecillo?

—El hombre menudo que me hipnotizó. Me dijo que solo quería que le contara mi secreto.

—Los dígitos asociados a la cuenta bancaria donde está depositado el dinero. —Matiza el otro policía español, haciendo que me sobrecoja ante la gravedad de la situación en la que he estado involucrada involuntariamente.

—Exacto. Necesitamos esa numeración, Beatriz. ¿La recuerdas?

—Puedo intentarlo. ¿Estáis seguros de que Víctor está muerto?

—Sí.

—¿Y todos los demás están detenidos?

—Sí, no tienes nada que temer.

—¿Cuándo fui de compras a Gijón?

—El viernes de la semana pasada. —Me contesta Matt, tratando de encontrar sentido a mi pregunta.

—¿El jueves hay algún sorteo?

—Sí —me responden los dos agentes al unísono—, la lotería primitiva.

—Necesito ver esos números, y también un papel y un boli.

Matt ya tiene en la mano su móvil con la página oficial de Loterías y Apuestas del Estado.

—El luminoso verde —le digo para que recuerde lo que le conté.

—Sí —asiente comprendiendo.

—¿Podéis dejarme sola unos minutos? —Solicito a los agentes. Si me están mirando no puedo relajarme y dejar la mente en blanco para que los números aparezcan.

—Sin problema.

Tomo el boli y sujeto el papel para que no se deslice cuando escriba. Los

números no se han ido, están ahí revoloteando despistados. Echo un rápido vistazo a la pantalla, la coloco boca abajo y la tapo con la sábana. El cuatro es el primero en llegar... Si pudiera recordar el segundo, las cifras restantes vendrían de la mano. Vuelvo a mirar, oculto la pantalla del móvil y recuerdo a aquel niño que me miraba con los mocos cayéndole cual estalactitas. Entonces escribo.

—¡Ya está! —vocifero para que me escuchen al otro lado de la puerta. Mi propio grito me causa dolor en las heridas.

El agente inglés toma el papel. Noto cómo cuenta los números con satisfacción. Me agradece en su lengua mi colaboración y sale de la habitación.

—¿Y ahora que pasará?

—Si la numeración es correcta el dinero se podrá devolver a los bancos y éstos lo ingresarán en las cuentas de los clientes. Natan Zimmerman y sus amigos pasarán una larga temporada en la cárcel.

—¿Qué pena es la habitual para un delito de estafa?

—Muchos menos años de los que el juez les impondrá por asesinato. Natan ha confesado que ordenó a su guardaespaldas que matase a su hermano.

—¿Por qué?

—No quiso colaborar.

—Natan le habría matado aunque le hubiera dado el dinero. Le había traicionado.

—Descubrió que su hermano nunca había tenido intención de compartir el dinero. Víctor le había ocultado que te había enviado lejos de Londres.

—¿Él hizo que viniera a Villaviciosa? —Me cuesta asimilarlo.

—Eso es lo que ha contado Natan. Los otros inversores no alteraron su vida, continuaron trabajando en la misma empresa y realizando las mismas actividades que desempeñaban antes de ser hipnotizados. Solo tú te fuiste y Natan está convencido de que lo hiciste porque su hermano lo decidió así. Víctor quería que su hermano no te pudiera encontrar nunca. Natan estaba receloso y llamó a tu empresa para pedir una cita. Le contestaron que te habías marchado de vacaciones. Eso no formaba parte del plan y ordenó a su guardaespaldas personal que siguiese a Víctor a donde quiera que fuera. Supo

así que también Víctor preparaba su salida del país.

—Voló hasta aquí.

—Tenías que haber transferido el dinero hace varios días, pero no lo hacías y por eso vino Víctor, para comprobar qué había salido mal.

—No podía, me mudé a mi nueva casa y no tenía internet.

—Cuando Víctor compró un billete de avión a España, Natan le siguió. Dejó que su hermano averiguase a qué lugar te habías ido a vivir.

—Me marché antes de tiempo de La Casona Azul.

—Víctor justificó el cambio de planes argumentado que tú eras la pieza fundamental del plan. Te había dado indicaciones para que tomaras vacaciones y de ese modo no hubiera interferencias en la misión que te había encomendado. Villaviciosa fue tu elección, alojarte en “La Casona Azul” fue una orden de Víctor para tenerte localizada.

—Natan no le creyó. —Es la segunda vez que el otro agente colabora en la exposición de los hechos—. ¿Y cómo supisteis que yo estaba involucrada involuntariamente?

—A tu cliente —retoma la palabra el otro agente— se le había relacionado varias veces con la desaparición de joyas y obras de arte, pero nunca habíamos podido demostrar su participación. Identificaron al cadáver que apareció en la playa: tenía una bala en el pecho y una numeración en la cara interna del antebrazo. Víctor se había tatuado el mismo código con el que a su padre le marcaron en el campo de concentración.

—Encontrasteis la conexión.

—Así fue —le responde a Matt el agente—. Uno de los hermanos había aparecido asesinado en una playa de Asturias. Sabíamos que el otro hermano había entrado a España en compañía de un peligroso criminal con un largo historial delictivo. Desconocíamos qué estaba pasando, pero era obvio que no iba a ser bueno.

—¿No se habían quejado los titulares de las cuentas bancarias al ver que los gastos bancarios aumentaban?

—Los brókeres movéis el dinero de los clientes. Una vez instalado el programa en el ordenador de cada uno de los hipnotizados, solo hicieron falta unas pocas operaciones para algunos clientes y el programa comenzó a

propagarse por las bases de datos de los bancos donde tenían depositado el dinero. Se extendió rápidamente y llegó a millones de cuentas. De cada movimiento, una compra de acciones, una venta de un fondo de inversión, renta fija, o cualquier otro método para obtener un rendimiento el programa anotaba un gasto bancario falso en la cuenta bancaria del titular y ese dinero iba a parar a las cuentas que los hermanos Zimmerman habían abierto a nombre de los cuatro inversores. Ellos utilizaban, sin ser conscientes, ese dinero para comprar fondos de inversión de un banco especializado en esos productos y tú, Beatriz eras el último eslabón, la persona encargada de hacer ricos a los hermanos Zimmerman. Todo estaba perfectamente camuflado, las operaciones parecían legales. Con el tiempo los bancos habrían recibido muchas quejas ante el aumento injustificado de las comisiones. Se hubiera comprobado y descubierto que esos gastos ni habían sido ordenados por la entidad ni el dinero cobrado se encontraba en el activo del banco. Para entonces el dinero ya estaría muy lejos y los cinco apareceríais como únicos responsables de la estafa.

—Natan pasó por mi casa el día que me instalaron internet.

—Y el día siguiente, cuando manejabas el ordenador —apunta Matt—. Estaba esperando a que tuvieras conexión a la red y cuando la tuviste y no hiciste la parte final de tu trabajo que su hermano y él habían tramado se puso muy nervioso.

—Porque tú no me dejaste. —Miro a Matt y después a los policías para comprobar que están entendiendo mis explicaciones—. Continuaba sonámbula. Ya tenía conexión a internet, pero también tenía a Matt a mi lado, que apagaba el *router* y les estropeaba cada noche el plan a los hermanos Zimmerman.

—Y te raptó para que le dijeras dónde habías depositado el dinero. Sabía que no estaba en la cuenta que Víctor había abierto a nombre de los dos. Parece que Natan estaba en lo cierto al pensar que su hermano había intentado jugársela. Si el dinero no estaba en esa cuenta, ¿dónde estaba?

—¿En la que se ha llevado el agente inglés?

—Esperemos que sea la correcta. Ya no es trascendente averiguar el destino final de ese dinero, si tú tenías orden de transferirlo a una cuenta personal de Víctor o si ibas a depositarlo en la que abrió Natan a nombre de

los dos.

—La numeración que yo he anotado podría pertenecer a cualquiera de las dos cuentas, a mi nombre o con Víctor como titular.

—Lo averiguaremos. —Los agentes se levantan—. No te molestamos más. ¿A dónde irás cuando te den el alta?

—A mi casa. Yo la cuidaré.

—Tenemos tu teléfono y el tuyo también, Beatriz. Nos mantendremos en contacto.

—Sin problema —le digo señalando mi pierna recién operada—. Voy a posponer mi ascenso al Everest.

Los dos agentes me miran sin entender muy bien por qué estoy bromeando en un momento como este.

—Todavía estoy algo confusa. Demasiadas drogas para una mujer que se emborracha con un vasito de sidra.

—Claro, claro, es normal.

Los agentes cierran la puerta con cuidado y se marchan.

Vuelvo a tener sed. Tomo el último traguito y miro a Matt, que está absorto contemplando la pantalla de su teléfono móvil.

—Cariño.

—Dime —responde apurado—. Son los amigos. Preguntan cómo estás y te envían recuerdos. Les dije que nada de visitas, que aquí estas para curarte y que cuando estemos en casa podrán ir a visitarte.

—Tranquilo. —El pobre está tan nervioso que me siento culpable—. Dales las gracias de mi parte. ¿Me podrías traer un par de botellines de agua? Tengo una sed horrible.

—Por supuesto. ¿Quieres algo más?

—Tengo gominolas, chocolatinas y caramelos. No traigas más chuches.

—Ahora vengo. —Un beso fugaz me sabe a poco.

Anoche yo no pude apenas dormir y él tampoco. La cadera me dolía a rabiar y no era capaz de quitarme de la cabeza algunas imágenes de lo que había sucedido en la cabaña. Matt colocó la silla a mi lado y dejó encendida la luz del baño y la puerta abierta para que iluminase la habitación sin molestarnos. El simple movimiento de las sábanas le despertaba preocupado y

yo no podía parar quieta, por lo que la noche se hizo muy larga para los dos.

El sueño acude sin invitación y me lleva hacia la inconsciencia. Hay algo que está mal en la conversación que hemos mantenido con los policías, un detalle que hará que todo lo que he construido con Matt se derrumbe, algo tan doloroso que preciso darme unas últimas horas de paz.

Despierto sabiendo que tengo que pensar profundamente y que lo haré cuando Matt no esté cerca. Tengo miedo de que pueda leer mis ojos y lo descubra antes de estar preparada.

—Isaías me ha dicho que tu huerta está creciendo muy rápido.

—No debería preocuparse tanto. Bastante trabajo tiene como para venir a cuidar mis pimientos.

—Ya sabes que le gusta.

—Me consta. Este verano vas a poder ofrecer carta de tomates en el menú: los de tu huerta o los de la mía, que es compartida.

—Ya te dije que te ayudaría a conservar el tomate que te sobrase.

—Si todas las plantas florecen y no podemos comerlos frescos entonces los meteremos en conserva. Tina me ha llamado esta mañana.

—Una chica muy maja, y sus amigas también. Apenas probó la comida por lo preocupada que estaba por ti.

—Pobrecilla.

—Yo no quería decir nada para no asustarle aún más, pero sabía que algo malo te había pasado. Te conozco, eres capaz de arrancarle el teléfono de la mano a cualquiera con tal de cumplir con tu promesa y después disculparte hasta darle dolor de cabeza. Cuando llamé por segunda vez a Matt, me daba miedo escucharle. Me confirmó lo que me había imaginado, que había recorrido todos los posibles sitios a los que podrías haber ido desde que llegaste a la rotonda y que no había visto la furgoneta.

—¡Como para encontrarme! —Susan solo sabe que me tenían retenida. La policía me ha ordenado que de momento guarde silencio—. Volverán dentro un mes y repetiremos la comida. Espero estar presente en esa ocasión.

—¿Es tu teléfono el que está sonando?

—Sí. —Susan se levanta para acercármelo—. Está en la mesa de la cocina.

Es un número desconocido y estoy a punto de rechazar la llamada sin atenderla. Una empresa de telefonía móvil me está acribillando a llamadas, por mucho que haya insistido en que no deseo cambiar.

—¿Le puedo llamar dentro de cinco minutos? —solicito a mi interlocutor.

Cuelgo temblando después de atender la llamada y posponer la conversación. Susan está acariciando a los perros y no quiero que cuando se gire vea mi cara desencajada, así que disimulo como puedo alisándome las imaginarias arrugas de mi falda.

—Te voy a dejar, estás ocupada —ha escuchado que tengo que devolver la llamada— y yo necesito hacer unas compras.

—Te acompaño. —Un sudor frío moja mi piel.

—Quédate en el porche, no te conviene esforzarte —Susan lo siente, el ambiente ha cambiado. No se me da bien disimular delante de ella—. ¿Vendrá Matt pronto?

—Enseguida. Ha ido a un almacén de maderas.

—Lláname si necesitas cualquier cosa.

—Muchas gracias, Susan.

La veo alejarse. Sonrío por última vez antes de coger de nuevo el teléfono.

Hay dolores que se curan llorando; otros que las lágrimas no curan, pero hay que verterlas para que la pena no nos ahogue, y hay dolores tan devastadores que paralizan todas aquellas funciones que no son imprescindibles para mantener al cuerpo con vida. No hay gritos ni lágrimas, solo respiración agitada y rápidos latidos. Esos dolores son los peores. Matt se acerca con la bolsa de un supermercado sobre la cabeza para que los perros no le arranquen las barras de pan. Ha llegado el momento de hablar.

—¿Te duele la pierna? Tienes mala cara.

—Matt, ¿tienes algo urgente que hacer ahora? ¿Podemos hablar?

—¿Qué ha ocurrido?

Su semblante ha cambiado. Me parte el corazón ver cómo sus ojos, hace un momento alegres y claros, ahora me interrogan sombríos.

—Siéntate a mi lado, por favor.

—Sí. —Le ofrezco mi mano. Será un poquito menos difícil comenzar a hablar si noto su contacto.

—Me ha llamado la policía.

—¿Qué querían?

—Mañana a las once tengo que estar en Oviedo.

—¿Tienes que volver a declarar?

—Sí.

—¿Por qué?

—No pueden acceder al dinero.

—Pero si les diste la numeración de la cuenta bancaria.

—Está protegida con una clave. No pueden entrar, por lo que tampoco pueden comprobar si el dinero está depositado en ella.

—Una contraseña. ¿La sabes?

—No.

—¿Entonces?

—Quieren hipnotizarme. Una mujer austriaca, experta en hipnosis que habla castellano y colabora con la Interpol, está volando ahora hacia España.

—¿Te dolió que te hipnotizarán?

—No, eso no duele.

—¿Entonces? Ya sé que en tu estado viajar supondrá una molestia.

—No es por eso. —Es todavía más difícil de lo que pensaba—. ¿Recuerdas la conversación que mantuvimos en el hospital con los agentes de policía?

—Sí.

—Víctor Zimmerman le confesó a su hermano que vine a Villaviciosa porque él me metió esa idea en la cabeza. Para mí fue un pensamiento obsesivo desde que me desmayé. Me acordaba de la playa, del campamento, de las moras, de ti. Recordaba lo amable que eras, tu risa, tu cuerpo grande y fuerte corriendo en bañador con el balón de fútbol americano entre las manos.

—Él hizo que recordases algo y el resto que creías olvidado emergió.

Su mano está fría y sudorosa. Me entretengo mirando cómo los perros persiguen a una mariposa que vuela demasiado bajo. Si Matt ya lo había pensado, ¿por qué lo ha ocultado? ¿Cómo ha conseguido hacerlo sin que yo lo descubriese?

—También lo has pensado. —Esquiva mi mirada—. Dime la verdad.

—Sí. —Apenas un susurro—. He pensado que si Zimmerman no te hubiera elegido nunca nos habríamos conocido.

—Es más que eso, y lo sabes.

—Pero no tiene por qué serlo.

—¿Y si lo es? —Esta duda podría corroer nuestros cimientos.

—¿Para qué iba a querer Víctor Zimmerman que te enamorasas? Quería que estuvieras aquí durante un mes, que colaborases en el robo del dinero y que lo transfirieras cumplido el plazo.

—Tengo miedo.

Volví a Villaviciosa porque Zimmerman lo quiso. Aprovechó mis recuerdos en su propio beneficio y dentro de ellos también estaba Matt. ¿Qué me hizo? Le odio, jugó con mi vida.

—Mírame.

Lo hago y el amor que siento revienta las costuras de mi alma. Le quiero como no sabía que se podía querer a un hombre. Y saber que estos sentimientos podrían desvanecerse mañana me mata.

—No sé lo que hay aquí adentro. —Me toco la frente—. ¿Cómo lo hizo? ¿Qué ideas me metió en la cabeza? Es posible que al hipnotizarme todo cambie y que lo que ahora siento como mi hogar deje de serlo.

—Entonces nos iremos a donde tú quieras.

—¿Con cuatro perros y un caballo?

—Si es un lugar muy frío les pondremos una bufanda.

—¿Y si hace mucho calor un sombrero de paja? No quiero que mi vida cambie, estoy echando raíces y pensar que la hipnosis puede arrancarlas me aterra.

—Tú tenías un buen recuerdo de este lugar antes de conocer a Zimmerman. Viniste cuando eras una niña y te acordabas de la playa porque te gustaba. Él aprovechó algo que ya existía. Todo lo que hacemos, cuando probamos una comida nueva, conocemos nuevos lugares, nueva gente, todo está enlazado. A todo podemos buscarle un responsable de que suceda, no de los sentimientos que nos causa. ¿Me quieres?

¿Cómo saber qué recuerdo guardaba de mi estancia en el campamento? Si él manipuló mi mente todos mis sentimientos hacia este lugar podrían estar

adulterados. Si Matt ha llegado a profundizar tanto como yo en las consecuencias que esta hipnosis ha podido tener en mis sentimientos hacia él es algo que ni quiero ni puedo saber.

—Muchísimo. —Y en este momento sí me vendría bien llorar.

—Yo a ti más. Tienes que hacerlo. Iremos, les darás la clave y no tendremos que pensar nunca más en ello.

—Está bien. —No lo está.

—Estoy muy nerviosa.

—Todo va a salir bien. Te tumbarás, les dirás lo que necesitan saber, te despertarás relajada, comeremos en un bonito lugar y volveremos a casa para echarnos una larga siesta. No has dormido en toda la noche.

—Ni tú tampoco.

—Me preocupa verte así.

La puerta se abre. Los tres agentes que estuvieron en el hospital entran con una mujer. Pelo canoso recogido en un moño informal, gafas de pasta de color rosa pálido que enmarcan unos ojos azules que inspiran confianza y un traje de pantalón azul, camisa blanca y zapatos planos oscuros.

—Buenos días, Beatriz. —Cambia de mano su libreta para estrechar la mía.

—Hola. He venido con Matt, mi pareja.

—Encantada, Matt. Soy la doctora Sophie, siquiata y experta en técnicas hipnóticas. La Interpol ha solicitado mi ayuda. ¿Te han explicado lo que vamos a intentar hoy?

—Hipnotizarme para que te diga la contraseña de la cuenta bancaria.

—Exacto. Intentaré que permanezcas en ese estado el menor tiempo posible. ¿Estás dispuesta a colaborar?

—Sí.

La mujer tiene esa mirada amable y tranquila de las psiquiatras de las películas, muy diferente a la asustada del medio hombrecillo que me hipnotizó en la cabaña. Ese recuerdo es como un pincho clavado en la planta del pie. Cada vez que pienso en ello puedo oler la humedad de la planta baja, escuchar la lluvia y, lo peor de todo, experimentar la sensación de derrota.

Ahora no hay hombres apuntándome con pistolas, no veo maletines con

agujas hipodérmicas. Estamos en una sala del edificio que ocupa la policía en Oviedo. Matt no ha soltado mi mano desde que hemos entrado. ¿Por qué me siento como si me fueran a sentenciar? Todavía hay esperanzas...

—Estupendo. Vamos a pasar a otra estancia donde tendremos mayor privacidad.

—¿Quieres que te acompañe?

Llevo horas esperando esta pregunta. Si la doctora me echa una mano negándole la entrada, yo no me tendré que involucrar en la respuesta.

—No es conveniente. Su presencia podría alterar el resultado de la prueba.

—Todos esperaremos aquí —le dice uno de los agentes, que invita a Matt a sentarse en una silla de metal con asiento y respaldo tapizados en tela azul marino.

Me da un beso, al cual respondo tratando de fingir normalidad. Nos miramos, recorro sus rasgos cincelandolos en mi alma y me muerdo el labio inferior para no decir nada, porque cualquier palabra sobra.

—Yo la llevo. —Sophie maneja mi silla con soltura.

—¿A dónde vamos?

—Nos han preparado una sala con un sofá. Generalmente los pacientes están más cómodos si se tumban.

—A mí me han hipnotizado en mi puesto de trabajo y sentada en una silla de plástico en una cabaña en medio del bosque con dos hombres sujetándome y un tercero apuntándome. En la silla estaré bien.

—Será rápido.

—Quiero saber lo que Víctor Zimmerman metió en mi cabeza.

La doctora coloca su silla frente a la mía, abre su bloc de notas, agarra su bolígrafo, escribe tres líneas, levanta la cabeza y me mira.

—Todo. —Insisto—. Me resistiré a su hipnosis a menos que me confirmes que voy a poder saber la verdad.

—Lo sabrás. Ahora cierra los ojos e intenta relajarte.

Lo haré ahora mismo, pero antes tengo que tomar una decisión. Respiro profundamente tres veces y me prometo que al despertar continuaré queriendo a Matt pase lo que pase.

—La contraseña es correcta, Beatriz.

La doctora Shopie deja su teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta. Todavía estoy recuperándome. Saber que ya no tendré que dejar que hurguen otra vez en mi cabeza es un potente aliciente para regresar a la consciencia.

Regresamos a la habitación, donde Matt espera impaciente. Son las doce menos veinte. “Ha sido rápido y limpio”, así lo ha definido la doctora.

—¿Estás bien?

—Muy bien.

—¿Nos podemos ir?

—Sí. Gracias por tu colaboración, Beatriz.

—A vosotros por llegar a tiempo a la cabaña.

—Si no hubieran manipulado el motor de nuestro coche te habríamos ahorrado el mal rato. —Se disculpa uno de los policías.

—Cosas que suceden.

Salimos a la calle en silencio. Matt me lleva de ruta por la parte antigua de la ciudad. Él empuja y yo miro esperando con paciencia que formule la pregunta. Los minutos pasan, repetimos calles y cuando entramos por tercera vez en la plaza Alfonso II el Casto detiene la silla. De cuclillas frente a mí toma mis manos y esboza un intento de sonrisa.

—¿Qué te ha dicho?

—Que te quiero.

—¿De verdad? —Una pregunta sencilla con muchos matices.

—Sí, de verdad de la buena.

Una excursión de japoneses nos rodea. El guía se ha parado frente a la fachada de la catedral de Oviedo. Señala una estatua y parlotea sin parar ayudado por su varita. La media de edad de los turistas supera los setenta años. Algunos están tan encogidos que parece difícil que puedan ver algo más que las piernas de la estatua, por mucho que intenten elevar la cabeza. Una mujer menuda se acerca. Qué raro, no lleva palito de selfi. Pide con una reverencia que Matt sujete la cámara y corre como solo una octogenaria puede hacer en busca de su marido, un señor que también da las gracias con varias reverencias. Sonríen a la cámara y vuelven a agradecer el detalle hasta que el guía prosigue el recorrido. Ahora entiendo que se muestren tan activos a su

edad, ¡hacen un montón de ejercicio!

—Cariño...

—Dime —me responde girándose para poder mirarme. Todavía hay restos de miedo en sus ojos.

—¿Conoces algún comercio que venda mobiliario de jardín?

—A las afueras de Oviedo.

—¿Me llevas?

—¿Ahora?

—Sí, ya buscaremos otro sitio para comer, o preparamos algo rápido en casa.

—Está bien, como quieras. ¿Qué quieres comprar?

—Una mesa, sillas, una barbacoa...

—¿Vas a hacer una barbacoa? —Matt me mira divertido.

—Voy a organizar una fiesta. Será dentro de unas semanas, cuando me quiten la escayola, pero conociéndome ya deberías saber que siempre intento hacer las cosas con mucha antelación.

—¡Y tanto! —Matt se echa a reír haciendo que todo vuelva a ser casi perfecto.

—El mobiliario puede tardar en llegar si hay que pedirlo a fábrica. La gente tiene compromisos y quiero que estén todos. ¡Y me encuentro mejor haciéndolo a mi manera!

—Está bien. —Matt se rinde y no lo hace por mis argumentos, lo hace porque ya sabe cómo soy y me respeta—. ¿Y qué vas a celebrar?

—Vamos —recalco el plural— a celebrar que todo ha terminado, que voy a volver a Londres. —No consigo ponerme seria y la broma cuela a medias. Matt se queda a la espera de que continúe hablando—. Que voy a volver contigo cuando esté de nuevo operativa para recoger el resto de mi ropa del apartamento y que te quiero.

—Muchas celebraciones. —La sonrisa de Matt compite en brillo con el sol—. Esa fiesta va a ser muy larga.

—Tendrás que llevar mucha sidra.

Extiendo los brazos para que me ayude a levantarme de la silla apoyándome en mi pierna buena. Mantener el equilibrio sintiendo el peso de la

escayola es complicado. Matt me coge por la cintura y me atrae hacia su cuerpo. Rodeo con mis brazos su cuello y comienza un beso que interrumpimos sonrojados cuando un hombre que pasa a nuestro lado comienza a aplaudir. Los japoneses, que han aparecido de nuevo, se suman chocando sus palmas como si fueran niños pequeños encantados de lo amena que está resultando la visita a Oviedo.

—¿Ya has pensado cómo vamos a hacer con la escayola cuando nos tumbemos esta tarde para echar la siesta?

EPÍLOGO

—La cuenta bancaria ya está cancelada, ya no soy una mujer rica.

—¡Joooo!, yo que te elegí por tu dinero...

—Para tu información te diré que hoy he ganado cuatrocientos veintiocho euros.

—¡Genial, cariño!

—Ayer perdí doscientos y pico...

—No siempre se gana. —Un mordisquito en el cuello al pasar a mi lado me provoca escalofríos de placer—. Así que la contraseña sirvió.

—Sí, y si no llegan a sacármela de aquí —me toco la sien—, ahí se habría quedado hasta el verano.

—¿Por qué hasta el verano?

—Porque al pasear la habría recordado.

—¿Cuál era? Si ya no existe la cuenta puedes contármela.

—Moras verdes.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando desperté de la hipnosis la doctora me preguntó cómo me gustaban las moras. Yo respondí que verdes. Las que están maduras son muy dulces y a mí me gustan las que son ácidas y tienen la carne dura.

—Las moras verdes.

—Víctor Zimmerman utilizó todo aquello que me gustaba para reforzar sus indicaciones y a mí las moras verdes me gustan.

—Y a mí me gustas tú.

—Entonces, ¿a qué esperas para darme otro mordisquito?

FIN